



ANTONI DALMASES

ojo por ojo

Marzo de 1919. Barcelona es una ciudad en plena ebullición. La huelga de La Canadiense ha conseguido la jornada de ocho horas para todos los trabajadores españoles. La patronal, que no puede asimilar tal humillación recurrirá al asesinato de sindicalistas para resarcirse...

Enric Serra acaba de llegar de la guerra de África a Barcelona para reunirse con su hermano Isidre, pero una mañana Isidre es asesinado por unos pistoleros a sueldo, a la salida de la fábrica donde trabaja. Enric, deseoso de venganza, decide liderar un grupo de autodefensa de los trabajadores, que cada día ven como sus compañeros son asesinados por pistoleros a sueldo de la patronal y del Estado.

El golpe más importante del grupo de Enric, será secuestrar a Eulàlia Torrents, la hija de un rico empresario textil. Así nacerá un amor imposible entre Eulàlia y su secuestrador...

Antoni Dalmases

OJO POR OJO

Edición digital: Carretero

Siempre para María: fuerza, tiempo y razón
(Y también para Anna S-P, que empuja las ideas)

LA LLEGADA DEL SIGLO XXI

Me piden que acabe, que recoja todos mis bártulos y me largue, porque la universidad no puede permitirse el lujo de mantener esta especialidad deficitaria, testimonial

-ellos la han calificado de «medieval», intentando un insulto educado y culto-, que desde la jubilación del doctor Menargues he ocupado en solitario. A pesar de los rumores que advertían este final, yo tenía la leve esperanza de que, al no haber nadie más, la plaza de jefe de departamento fuera para mí. Pero ya no hay ni departamento, porque ha llegado el siglo XXI, como hace un rato me ha comunicado con sarcasmo la decana después de un breve discurso de semidisculpa y justificación, de aquellos de « nos vemos obligados a...», y que siempre acaban con un «es una decisión administrativa » que exculpa al ejecutor. Ante mi silencio de simulada extrañeza, ha perdido un instante la compostura oficial para decirme que los métodos arcaicos de investigación que utilizo y los resultados que consigo no se corresponden con la finalidad ni con los intereses de una universidad moderna.

Y ha sido después de hablar de universidad moderna cuando ha dicho lo de «medieval» y me ha informado, torciendo su sonrisa más hipócrita, de la llegada del siglo XXI.

Es muy probable que ella y todos sus acólitos de carrera administrativa tengan razón: entrados en el siglo XXI, ni yo ni mis papeles pintamos nada aquí. Debo acabar admitiendo, pues, que soy un resto del pasado, y que de la misma manera que ellos no me interesan en absoluto, es lógico que mi trabajo ya no interese a nadie. Y lo que durante años he archivado, guardado, recuperado, estudiado y hasta a veces editado, no tiene espacio en este santuario de la modernidad en el que, ciertamente, a mis cincuenta y seis años, ya parezco un fósil extemporáneo que la llegada de «su» siglo XXI pone en evidencia.

Dolido, sí. Ofendido, no. Y aún menos humillado, a pesar de las miradas de conmisericordia que encuentro al cruzarme con alguno de mis colegas, y de las falsas palmaditas en la espalda cuando se paran a interesarse por mí, para felicitarme con afectación, porque «con la jubilación podrás dedicarte «full time» a tu pasión por los documentos». Cuando dicen «full time» me entran unas ganas locas de soltar unos cuantos insultos en vernáculo, que apenas puedo reprimir con una sonrisa, que, para más guasa, quizás ellos confundan con un signo de tristeza porque les perderé de vista. Y es que temo que tanta falsedad para ocultar la alegría que les produce mi marcha les lleve a pensar en la posibilidad de organizarme una fiesta de despedida, con una comida de discursos y placas conmemorativas de agradecimiento. Se me acaba de ocurrir y un espasmo amargo de asco me sube del estómago. Evidentemente, si organizan algo así, yo no pienso asistir.

Pero lo mejor será dejar de darle vueltas a la decisión y aplicarme a guardar los papeles, si no quiero que el nuevo ocupante del que ha sido mi despacho llegue aquí con sus muebles y ordenadores de última generación junto con sus inevitables becarios-esclavos, a tomar posesión de su territorio cuando mis cajas y carpetas todavía están desparramadas por todas partes.

Aunque lo cierto es que me han dado dos semanas para desalojar -¡sí, sí, dijeron «desalojar», como la policía franquista; pero, ¡ah!, aquello era el siglo xx...!-; bueno, pues desalojaré, pero a mi ritmo, aprovechando para ordenar documentos traspapelados y para revisar algunos de los archivos a los que más tiempo e interés he dedicado.

Y, evidentemente, cuando digo tiempo e interés, quiero decir también sacrificio y esfuerzo. Es lo que me sugiere la caja que tengo en las manos y el trabajo que contienen todas estas carpetas que acumulé durante mi primer intento para llegar a ser doctor en Historia. Fue en aquellos años jóvenes en que la insistencia de mis colegas me hizo abandonar porque tan pronto como conocían el tema que había escogido para investigar, lo encontraban ridículo y hasta desagradable y peligroso (estábamos en el siglo XX, todavía, y lo que después no ha tenido interés, entonces era peligroso...). Eran tantas las objeciones, los prejuicios y las caras raras en cuanto explicaba por encima por donde andaba mi trabajo que al final cedí e hice caso a todo el mundo, que me

aconsejaba que, si quería pasar de mi condición de doctorando -que ya amenazaba con convertirse en eterna- a la categoría de doctor, más me valía cambiar el rumbo de mis estudios.

Total: renuncié al tema que me apasionaba y acabé tra-bajando sobre la demografía medieval, una cuestión que nunca me interesó lo más mínimo, pero que sirvió para que me volvieran a mirar como si fuera uno de ellos y para ganarme un título de doctor, que nunca he enmarcado ni colgado en la pared. Y que ahora también vendrá conmigo a casa, enrollado y secreto dentro de este tubo de cartón donde siempre ha estado, mezclado con mapas, certificaciones de asistencia a algunos congresos y otros papeluchos.

Paso las yemas de los dedos por cada una de las letras del título que se me ocurrió ponerle a la tesis que nunca acabé, *Ojo por ojo*, que provocó aquellas reacciones de extrañeza y rechazo, pero que tanto hizo reír al doctor Menargues en el primer momento, porque al recomendarme que la abandonara no pudo evitar uno de sus comentarios jocosos: «Es un título novelesco, como usted». Y era verdad, porque ni el subtítulo de Pistolerismo y represión en la Barcelona de 1919, pretencioso y de falso aspecto erudito-histórico, disimulaba mi interés por las hipótesis sugeridas a lo largo del texto. Mi investigación se había convertido casi en una perquisición novelesca, durante la cual no solamente me serví de documentos, cartas y publicaciones, como suele hacerse, sino que, obcecado por la pasión que lo que iba encontrando me producía, me empeñé en completar los espacios en blanco que no podía documentar con deducciones e hipótesis, siempre fundamentadas, eso sí, pero de imposible demostración. Para ello pude contar con la preciosa colaboración de gentes que habían recogido de sus familiares papeles, cartas, escritos y no pocos testimonios directos, y hasta con declaraciones con-trastadas de hijos y nietos de algunos de los protagonistas que vivieron en primera persona los hechos. Todo este material posibilitó un trabajo singular, del que me siento modestamente muy satisfecho, aunque no haya salido de mi despacho, nadie lo conozca y gran parte de la enorme cantidad de documentación que acumulé haya quedado enterrada en este archivador.

Es cierto que, si bien todo este material fue abandonado como tema de tesis, su interés era tan grande que nunca pude sustraerme a su atractivo, por lo que me entretuve muchas horas considerando hipótesis de lo ocurrido y rellenando los vacíos que ni los testigos ni la documentación aclaraban lo suficiente, hasta llegar a construir lo que puede considerarse un relato casi real o verosímilmente real. Si bien, como digo, es verdad que me vi forzado a añadir algunos detalles deducidos de lo que conocía con certeza documentada, todo lo que escribí se confirma con los hechos históricos y la evolución de unos protagonistas cuya existencia es fácil de comprobar.

Lo recogido en estos legajos puede considerarse, pues -digan lo que digan mis dignos y científicos ex colegas-, la auténtica realidad. Tan auténtica, por lo menos, como la que tantos reputados investigadores suelen corroborar con las informaciones oficiales que obtienen de los archivos que el Estado y que las instituciones ponen a sus disposición para que confirmen que la historia es la que fue y no otra, y que sus protagonistas -héroes, militares, esforzados próceres y demás grandes figuras-, son gente de una pieza, intachables en propósito y conducta, que han legado al mundo su imagen sabiamente recortada para justificar una indiscutible gloria sin mácula. Siempre habrá quien crea, pues, que la historia es una materia objetiva. Amén.

La discusión es antigua y no pienso perder en ella ni un minuto. Quien se precie de aceptar como únicas verdades las versiones oficiales documentadas por sabios especialistas en la ciencia correspondiente, puede despreciar las ideas que yo intenté aportar al redactar este relato con el propósito de rellenar las lagunas y olvidos injustos, tan habituales. En los documentados y eruditos estudios nunca aparece el sacrificio anónimo de tantos humildes, ni se menciona a las víctimas inocentes de las malvadas mentiras tejidas con grandilocuentes discursos, porque se trata de hombres y mujeres sin títulos, ni testamentos, ni abogados, ni notarios, por lo que puede parecer que no existieron. Y sin duda existieron. De ellos se ocupaba mi trabajo y eso debió ser lo que lo convertía en incómodo y peligroso.

Ojo por ojo, en fin, es un título que puede parecer «raro para un estudio que no sea oftalmológico o bíblico» -reíamos con el doctor Menargues-, pero está tomado de uno de los testimonios orales que recogí, y me pareció ideal para

definir los hechos que estas páginas relatan. Ojalá que algún día pudieran servirle a alguien de lección, consuelo, entretenimiento o reflexión. Si es que en el siglo XXI existen las lecciones, los consuelos, los entretenimientos y las reflexiones, claro.

19 DE MARZO DE 1919

Esta historia empieza la tarde del 19 de marzo de 1919.

Aquellos días, Barcelona es una ciudad en ebullición continua y creciente desde hace ya años, mucho antes de que empiece el siglo XX. La industrialización, con el incesante flujo de gente que trae a esta capital tras abandonar la esclavitud ancestral y miserable del campo, ha convertido en agresiva aglomeración la convivencia. Las costumbres seculares de la sociedad agrícola de la que proceden muchos de sus nuevos habitantes no sirven en esta nueva geografía urbana. La vida y las relaciones familiares están condicionadas por la novedad de unas pautas de tiempo fijas, ignoradas hasta entonces por la mayoría de los recién llegados, que tienen que abandonar la cadencia estacional para adaptarse al calendario continuo de la maquinaria y al ritmo vital que marcan las sirenas de las fábricas y los talleres. Se trabaja frenéticamente y por unos sueldos misérrimos, en unas condiciones no por habituales menos pésimas. Los obreros se quejan, se crispan y se revuelven, hasta que se organizan en sindicatos y, algunos pocos, empiezan a entender que la cultura puede ayudarles a construir una sociedad más justa.

También los hay que toman el camino expeditivo e impaciente de las bombas, iniciado con el petardo que explota en el edificio del Fomento del Trabajo el 1 de septiembre de 1896, seguido de la estruendosa propaganda que produjo la Orsini del Liceo en 1893. Después vendrá la que Mateo Morral lanza en Madrid contra la comitiva de la boda real de Alfonso XIII el mediodía del 31 de mayo de 1906, cuyas esquirlas alcanzan Barcelona en forma de represión, y seguirán muchas otras hasta que llegan las que explotan durante el mes de julio de 1909, cuando la ciudad se revoluciona, alza barricadas, profana iglesias, quema conventos e intenta, atolondrada, un nuevo orden social a lo largo de una semana que algunos califican de Trágica -denominación que pasará a la

historia, convertida en oficial por libros y periódicos-, y otros llaman Revolucionaria, porque la viven desde el otro lado de las barricadas. Sea como sea, la Semana Trágica o Revolucionaria de 1909 acabará con la inevitable represión y los fusilamientos, en 1913, de cinco supuestos instigadores. El grupo lo encabeza un maestro de ideas anarquistas y ateas, Francesc Ferrer i Guàrdia, perfecto chivo expiatorio, en el punto de mira de las autoridades desde hace tiempo por su actividad pedagógica al frente de una subversiva Escuela Moderna, que pretendía hacer de la cultura un arma de transformación social al servicio de los obreros.

Así, en una espiral vertiginosa de acción y represión, va avanzando la historia de la primera década del siglo XX.

Y de modo muy parecido seguirá en los años posteriores. Los enfrentamientos, huelgas, tiroteos y alguna que otra bomba se suceden, convirtiendo Barcelona en escenario de una violencia continua, con unos pocos momentos de aparente calma, sobre todo mientras las fábricas ofrecen trabajo para todos. Y esto es así porque Europa está en guerra y las industrias catalanas trabajan sin cesar para la exportación y el consumo de los territorios en conflicto, que como no pueden producir son un mercado seguro. Hasta que la llegada de la paz hace innecesaria tanta producción, por lo que la mano de obra es excesiva y se abarata y, naturalmente, los precios suben, convirtiendo en inaccesibles para muchos los productos de primera necesidad. Es entonces cuando las riadas de gente llegadas a las ciudades para buscar en la industria el trabajo seguro que el campo no les proporcionaba, se encuentran desamparadas y hasta en la miseria. Los problemas para sobrevivir se agudizan, y la tensión y los enfrentamientos entre obreros y patronos se multiplican. Y siguiendo la tradición de la Solidaridad Obrera, que agrupaba todo el sector textil, los trabajadores catalanes de todos los ramos se unen masivamente a la Confederación Nacional del Trabajo, que se funda en 1911 en Barcelona bajo los postulados del sindicalismo revolucionario y que derivará hacia el anarcosindicalismo, fuerza de choque que defiende los intereses obreros frente a sus patronos cuando entran en los cada vez más frecuentes conflictos. Hasta que uno de estos conflictos se convierte en una huelga que se extiende por toda Cataluña.

Empieza a finales de enero de 1919, cuando unos trabajadores de la Barcelona Traction Ligth and Power Company Limited, más conocida como La Canadenca por la procedencia de su capital, insisten en cobrar sus salarios en dinero y no en los bonos cotizables que les ofrece la empresa para comprar en determinados establecimientos.

A primeros de febrero de este mismo año, la protesta se convierte en un reguero de pólvora que se ensancha y arrasa hasta los últimos rincones, para derivar en una huelga general a la que se unen miles de trabajadores de todas las empresas de Cataluña. Las cárceles se llenan de obreros, las industrias cesan su actividad, se multiplican los sabotajes y se paraliza casi por completo la vida en las ciudades, que llegan a estar sin luz, sin gas, sin agua y sin tranvías. No parece que haya solución para un conflicto que ni el ejército, ni la declaración del estado de guerra del día 13 de marzo han podido atajar. Hasta que el gobierno de Madrid destituye al gobernador civil de Barcelona y envía a un hombre capaz de negociar y que merece cierta confianza a los dirigentes sindicales.

A pesar de los más de tres mil trabajadores presos en el castillo de Montjuïc, los interlocutores sindicales aceptan el diálogo, y el día 17 de marzo llegan a un acuerdo, de manera que las autoridades permiten celebrar una asamblea multitudinaria al cabo de dos días, para que los huelguistas acepten normalizar la situación a cambio de algunas mejoras.

Conocemos por la historia estos y muchos otros detalles de lo sucedido, pero los hechos que nos interesan ahora nos llegan por el testimonio de Joan Salvat, un enfermizo poeta autodidacta que se ha ganado la vida como guardián nocturno de cargas en los muelles de su barrio, la Barceloneta, y amigo de la infancia de Isidre y Enric Serra, los dos hombres de quienes vamos a hablar.

Salvat, agitador artístico y político, alma e instigador de efímeras publicaciones revolucionarias y obreristas, orgulloso de la clase a la que pertenece, dejará escritas unas impresiones de su asistencia al acto que se produce aquella tarde del 19 de marzo en que se inicia nuestra historia, en los alrededores de la plaza de toros de Las Arenas de Barcelona, donde el estado de excitación es enorme, con multitud de obreros que pasan y van de un lado a otro, formando grupos

mientras entran en la plaza. Se saludan con el puño en alto, algunos enarbolan banderas y muchos intercambian a gritos consignas revolucionarias con una sonrisa de complicidad, unos para infundirse ánimo, otros convencidos de que la victoria está muy cerca.

En un rincón de la entrada que da al cruce de la Gran Vía con la carretera de Madrid, frente a las obras que el ayuntamiento y las «fuerzas vivas» de la ciudad han encargado al arquitecto Puig i Cadafalch con la pretensión de que un día acojan la Exposición Internacional, un hombre joven y fuerte busca con la mirada entre la multitud. Le han dicho que su hermano estaría aquí, que no puede faltar porque hoy todos estarán en Las Arenas.

Y desde hace un rato, el joven Enric Serra, seguro de que Isidre no puede andar lejos, escruta con inquietud esperanzada todos los rostros que pasan a su alrededor. Hace poco, ha saludado a un grupo de viejos compañeros, entre los que está Joan Salvat, que apenas le han reconocido, pero que le han indicado que «Isidre está al llegar, porque hemos salido juntos del Ateneo», y le han asegurado que si le ven dentro le dirán que él está esperando allí. Por eso no deja de mirar a uno y otro lado, al interior de la puerta y a la calle, con ojos zigzagueantes, mientras con una mano agarra el petate que contiene sus pocas pertenencias y que todavía le une al largo servicio militar que acaba de cumplir en Marruecos.

De hecho, el gentío que le rodea contribuye a mantener la sensación de vaivén y mareo que le ha acompañado durante la larga travesía acabada hace tan solo unas horas en el puerto. Al desembarcar y encontrarse en el muelle de «su» puerto, por un momento ha perdido la noción de la realidad y, olvidando que su madre murió antes de su marcha, ha dado unos pasos guiado por una intuición infantil camino de la calle Rossic, de su casa. Como si fuese posible jugar con el tiempo y recuperar algunas de las sensaciones que se perdieron hace ya muchos años, cuando corría inconsciente por entre esas callejuelas del barrio, la plaza del Born, los muros de Santa María del Mar, o llegaba clandestinamente hasta los muelles para jugar al escondite entre las cargas evitando al vigilante que maldecía a los críos del demonio. A veces, incluso iba a la Barceloneta a jugar y a dar volteretas en la arena de la playa hasta quedar exhausto, sudando alegría, con toda la pandilla capitaneada por su hermano

Isidre. Las horas pasaban volando y el tiempo parecía sin fin, hasta que volvían corriendo casi a noche cerrada, antes de que su madre saliera al balcón para llamarles con un grito -«¡Isidreeeeet!»- que les incluía a los dos en el nombre del mayor de los Serra.

Todo esto ha pasado por su mente en unos segundos. Ha sido un instante casi imperceptible, cuando se ha quedado quieto en mitad de la acera, como si hubiera llegado a un país lejano y desconocido y no supiera hacia dónde ir. Pero enseguida ha borrado la ensoñación del pasado, se ha dado la vuelta y ha pensado que ni su madre lanzaría grito alguno desde el balcón, ni encontraría a Isidre en casa a media tarde. Recuperada la conciencia del tiempo presente, ha renunciado a entrar en el barrio y a pasar por la taberna de la calle Atlántida en la que mataban algunas tardes de charla con los amigos desde los primeros años de trabajo en la fábrica, y ha decidido subir por la Rambla, para reencontrar su paisaje de colores y voces que le reconcilian con su ciudad y su idioma, y para dirigirse a la calle del Carme, donde esperaba abrazar a su hermano, asiduo a las reuniones que se celebran en el Ateneo Enciclopédico Popular. Y ha sido allí donde le han indicado que hoy todos estaban en Las Arenas.

Podemos, pues, fácilmente imaginarle nervioso y con-fundido, desacostumbrado como está a las aglomeraciones de la ciudad después de dos años de ausencia, buscando a su hermano. Y ahora teme no verle, porque las gorras, las boinas, los puños en alto y los saludos a gritos se igualan y se confunden entre la multitud que va entrando en la plaza.

-¡Maldita sea, soldado!

Esas son las palabras que, acompañadas por un coro de risas que jalea y explota a sus espaldas, despiertan a Enric de su ensimismamiento. Sin esperar, se encuentra con una mano que le sujeta por el hombro y le menea como si quisiera descoyuntarle, y una cara mal afeitada a un palmo de la suya le sonríe y vuelve a gritar:

-¡Enric, maldita sea! ¿Ya no conoces a tu hermano?

Le abraza estrujándole y él reacciona repitiendo «¡Isidre! ¡Isidre!», pero casi no se le oye, porque su voz emocionada se ahoga, con el rostro pegado al hombro de su hermano, que no calla.

-Pero... ¡Qué desgracia! ¿Qué te han hecho esos esbirros armados del capital? ¡Estás seco como un clavo!

Los compañeros de Isidre, que no han parado de reír por el saludo exagerado que ha sorprendido al joven Serra, se acercan ahora al soldado y le saludan. A algunos no les conoce, pero se siente feliz al ser tan bien recibido. Inesperadamente, Isidre le agarra del brazo y se pone a dar vueltas a su alrededor como si observara una atracción de feria, mientras chilla con voz de pregonero:

-¡Vean, señores, vean! -le señala, teatral, imitando a los charlatanes callejeros. ¡Vean al gran Enric Serra, que ha escapado de las garras del ejército servil para volver con sus hermanos de clase y unirse a la revolución!

Las risotadas hacen que Enric se avergüence un poco por las miradas de algunos curiosos que pasan a su lado.

-¡Por favor, Isidre, suéltame! -empuja a su hermano-. ¡Ya llevaba razón mamá cuando decía que tenías que dedicarte al circo o al teatro!

-Ni circo ni teatro, chaval. Ahora las cosas no están para comedias ni bromas. ¿O es que no llegaban noticias de la gran revolución que se prepara a aquel culo del mundo donde te tenían secuestrado? ¡En Rusia ya ha empezado y ahora nos toca a nosotros!

Coincidiendo con estas palabras a las que todos asienten, un hombretón de cara redonda y abotagada saluda al pasar:

-¡Salud y libertad, Isidre!

—¡Salud y revolución, compañero! -contesta Isidre alzando el puño.

Entran en la plaza donde se agolpan más de veinte mil personas y, mientras todos buscan dónde sentarse, los dos hermanos hablan.

-Os veo muy animados -dice Enric-. ¿Y cómo van las cosas por la fábrica? Todavía sigues en la Torrents, ¿no?

-Sí, allí estoy y estaré cuando la huelga termine. Y si tú quieres, también podrás volver.

Enric mira a su hermano frunciendo el ceño y acercándose a su oído para que le oiga bien, con voz grave, como si se confesara, le dice:

-Verás, es que lo he estado pensando y... creo que voy a quedarme en el ejército.

Isidre separa su cara desencajada y le mira a distancia con un gesto de irritación, como si quisiera fulminarle. Los labios le tiemblan y tartamudea al exclamar:

-Pero... ¿Qué... qué coño estás diciendo? ¡El sol de África te ha secado el cerebro!

-Entiéndelo, Isidre, es una forma segura de ganarse la vida.

-¿Ganarse la vida matando por un rey ridículo y una bandera absurda? -Isidre habla incrédulo, con los ojos fuera de las órbitas y un gesto de asco evidente. Toda la algarabía de las gradas que les rodea no existe, en aquellos momentos.

-Amo a mi patria y la defenderé con mi vida -Enric ha contestado con voz neutra, como si recitara el catecismo.

Isidre está a punto de levantarse para irse. Se remueve sin saber qué decir, hasta que suelta una exclamación que encubre la rabia y la amenaza:

-¡Si no fueras mi hermano...!

Lo ha dicho mascando las palabras, bajando la cabeza y luchando para contener el odio irrefrenable que crece en su interior. Hasta que oye la rotunda carcajada que Enric suelta mientras le agarra por el pescuezo con el brazo.

-¡Ven acá, anarquista inocentón!

-¡Animal! -Isidre le golpea, para dejar salir el susto-. Casi me matas con esta tomadura de pelo. ¡Idiota! ¡No me digas nunca más, ni en broma, que te pasas al enemigo!

-Venga, ponme al día -le pide Enric-. Cuéntame de qué va todo este follón que habéis armado.

Isidre le habla atropellándose y con emoción de la extensión de la huelga de la Canadenca. Le dice que es el principio de la gran unión de la clase obrera que se ha hartado de ser pisoteada, que los obreros han demostrado que son el auténtico motor de la sociedad moderna, que la lucha ya no tiene vuelta atrás porque es toda Cataluña la que se ha levantado, y nadie podrá detenerlos.

-... Ha habido persecuciones y detenciones, claro. El ejército, el estado de guerra la semana pasada, piezas de artillería en la plaza de Catalunya... Lo que quieras, ¡pero no pueden con nosotros!

El griterío de la multitud en la plaza es incesante. Y parece que arrecia cuando un hombre, gesticulando de pie en la tarima donde se han situado los dirigentes sindicales, intenta hacerse escuchar pidiendo silencio inútilmente. Los abucheos de los obreros que llenan las gradas se mezclan con las consignas de «¡Revolución!», «A las barricadas!», «¡Vivan los soviets!» y «¡Libertad para los presos!», que ensordecen a los que, como Enric e Isidre, se encuentran cerca de la tribuna de los oradores.

-¿Por qué no le dejan hablar?—pregunta Enric a Isidre-. Es de los nuestros, ¿no?

-Sí -Isidre asiente con la cabeza-, pero han pactado acabar con la huelga y todavía quedan compañeros presos por salir.

Y después de aclararle esto, Isidre se pone en pie y grita con todas sus fuerzas:

-¡Queremos a los presos! ¡O todos o ninguno!

Los compañeros que les rodean cantan rítmicamente la consigna de Isidre:

-¡O todos o ninguno! ¡O todos o ninguno!

-¡Dejadles hablar! -pide una voz.

-¿Para qué? ¿Para que nos manden de vuelta al trabajo? -otra vez Isidre gritando-. ¡Revolución! ¡O todos o ninguno!

-¡Revolución!

El grito lo ha lanzado Enric, ante el entusiasmo de su hermano, orgulloso de ver cómo se une a la lucha el pequeño Serra recién llegado. Los compañeros le aplauden.

-¡Esta huelga ya dura demasiado! -un obrero les increpa desde unas filas más abajo.

-¡Compañeros, ahora no podemos rendimos! -se exalta Isidre.

—¡Se nota que no tenéis hijos que mantener!

Ahora Isidre se revuelve hacia los suyos para responder a este reproche:

-¡No confundamos «mantener» con «sobrevivir»! Si nos detenemos ahora, tus hijos y los hijos de todos nosotros solamente podrán sobrevivir, en el mejor de los casos. ¡Y ellos y nosotros nos merecemos mucho más!

El grupo de amigos de Isidre le aplaude, pero desde unos metros más allá alguien desafía de nuevo:

-¿Y cómo lo conseguiremos, tú, que eres tan listo?

-¡Con la revolución, compañeros! -no duda en responder Isidre, alzando el puño ante el entusiasmo de unos cuantos y la admiración de su hermano.

-¿Y qué propones, valiente? ¿Enfrentarte al ejército? ¿Con qué armas?

-Si tienes miedo, vete a casa con tu mujer y tus hijos... -contesta, sonriendo con malicia, Isidre.

El increpado se abre paso para acercarse, amenazándole. Enric se interpone y en unos instantes se forma un pequeño barullo de empujones e insultos, que acaba cuando una voz grita:

-¡El Noi del Sucre! ¡El Noi del Sucre!

Efectivamente, en el centro de la tarima se ha puesto en pie Salvador Seguí, el dirigente sindical conocido con el sobrenombre del Noi del Sucre, por su afición a comerse los terrones de azúcar que le sirven con el café, que ha sido liberado de la cárcel apenas unas horas antes, esa misma mañana. Levanta los brazos para llamar la atención y hacer callar al gentío. Algunos abuchean, pero él aguanta impasible los primeros silbidos, hasta que la mayoría acalla las protestas pidiendo silencio. Enric, Isidre y los que discutían con ellos a empujones se han sentado, dispuestos a escucharle atentamente, porque el respeto que este sindicalista merece a la mayoría de obreros es indiscutible. Seguí, con voz firme y decidida que se puede oír hasta el último rincón por la multitud ahora en silencio y expectante, grita:

-¡Compañeros, hemos ganado!

Y espera unos momentos que la mezcla de silbidos, abucheos, aplausos y vítores se calme para continuar.

El discurso del sindicalista es tan apasionado como inteligentemente estratégico. Así lo señalará el reportaje que Francesc Madrid publicará en *La Ley*, periódico republicano y obrerista, que acaba su crónica reproduciendo la escena.

Volvió a enfrentarse a la multitud, con seguridad y firmeza, con-vencido de su razón. Aguantó todos los gritos, detalló las bases del pacto firmado con la patronal, que incluía aumentos salariales, readmisiones, la jornada de ocho horas y la liberación de los presos en dos días. Hasta que alguien gritó desde el público:

-¡Queremos a los presos!

Y el Noi del Sucre respondió con un gesto tan atrevido como psicológico, que paralizó a los veintitantos mil asistentes:

-¿Queréis a los presos? -tronó su voz. Y señalando con el brazo firme hacia Montjuic, desafió-. ¡Pues vamos a buscarles!

Naturalmente, nadie se movió. Y entonces Seguí lanzó una mirada general alrededor y preguntó:

-¿Se acuerda la vuelta al trabajo?

El «sí» unánime atronó en la plaza.

Ha sido Isidre Serra quien ha lanzado el grito reclamando la libertad de los presos, pero es evidente que Seguí ha resuelto la cuestión con autoridad y que ha conseguido el apoyo general. Puede que por el cansancio o por la convicción de haber dado un importante paso adelante.

La mayoría de los asistentes al mitin comentan con entusiasmo las conquistas conseguidas, mientras abandonan Las Arenas. Los grupos avanzan hacia la calle y se disgregan. Algunos siguen agitando las banderas con cánticos revolucionarios y se felicitan, convencidos de una victoria muy próxima.

Enric es uno de los entusiastas y, como muchos, baja las escaleras sonriendo y pensando que ha vuelto a casa en un buen momento. Pero ve que Isidre tuerce el gesto y se mueve apesadumbrado. Al llegar a la calle, le habla con optimismo, intentando animarle.

-Han contestado a tu grito, ¿eh? -sonríe-. Y se ha conseguido mucho más de lo que muchos creían. El Noi del Sucre tiene razón: quizás habrá que dejar la revolución social que tú pedías para más adelante y admitir que hay cosas que se consiguen paso a paso. Y tú, Isidre, ¿cómo lo ves?

-¿Quieres la verdad? Mal, lo veo muy mal, porque ya hace mucho tiempo que esperamos y no sabemos hasta cuándo habrá que esperar. Desde luego, lo que es seguro es que la libertad se gana luchando y no esperando.

-Pero no me negarás que algo se ha ganado, ¿no? -Enric insiste en hacer ver a su hermano la cara optimista de la situación—. Poco a poco iremos conquistando todos nuestros derechos...

-Mira, Enric, tú acabas de llegar y no sabes nada de cómo están las cosas - Isidre habla crispado, con un tono de desprecio que intenta disimular inútilmente-. Desengáñate, chaval. Nosotros no queremos pequeñas mejoras. Queremos lo mismo que están logrando nuestros compañeros rusos: una sociedad nueva. Y, por lo que veo, con estos pactos que han firmado no creo que vayamos a lograrla.

-Isidre tiene razón. Algo nuevo tendremos que hacer para avanzar.

Quien ha hablado es uno de los compañeros del sindicato, que se les ha unido hace unos momentos y ha seguido las últimas frases de la conversación. Se trata de Eusebi, el delegado de la CNT del ramo textil, que se apresura a presentarse al recién llegado. Enric encaja su mano, mientras él continúa hablando:

-Y estoy convencido de que lo que hace falta es precisamente gente decidida a entrar en acción como Isidre. Tu hermano es un hombre de ideas claras, aunque a veces toma decisiones demasiado radicales que, a la larga, no suelen salir bien.

Enric le escucha y le mira con curiosidad. Isidre está un poco molesto con este último comentario y, para cambiar de tema, explica a Eusebi que Enric acaba de llegar de cumplir el servicio militar en África. Cuando el delegado oye esto, suelta un comentario que no gusta nada a Isidre:

-O sea, que tú manejas bien armas y explosivos... Siendo un Serra no me extraña. Pero ándate con cuidado y no te juntes con quien no conviene...

Lo ha dicho con una media sonrisa enigmática que a Isidre no le ha hecho ni pizca de gracia, por lo que se ha apresurado a cortar la conversación:

-Vamos a casa, Enric, que nos esperan... -el tono de voz quiere ser neutro, pero con la mirada fulmina a Eusebi, que aún sonríe-. ¡Hasta mañana, compañero!

Y cuando se han distanciado un poco, Enric comenta:

-Un tipo interesante y simpático, este Eusebi. ¿Y dices que es el representante del sindicato? Ya se le ve listo y decidido.

-Sí, da muy buenos discursos -Isidre habla con sarcasmo-. Aunque a veces se anima tanto que se le calienta la boca y suelta más de lo que debe.

-Si tú lo dices... -Enric no entiende el comentario, pero en este instante recuerda un detalle-. Por cierto, antes has dicho que en casa nos esperan ¿Quién nos espera?

Isidre le guiña el ojo y anuncia, misterioso:

—Será una sorpresa, ya verás... —al tiempo que levanta el brazo saludando a un amigo-. ¡Ei, Salvat!

CUMPLEAÑOS DE EULÀLIA TORRENTS

Discreción es la palabra clave. La burguesía textil catalana de principios del siglo XX se mostró especialmente celosa de su intimidad y de todo lo que ocurría dentro de sus dominios. Y eso era así tanto en los negocios, cuyos tratos solían realizarse en voz baja y con los empresarios cerrando los acuerdos protegidos por la reserva de discretos despachos, como en la vida familiar; un ámbito hermético del que apenas trascendían unos pocos detalles, y solamente en el caso de que, por uno u otro motivo, sus integrantes estuvieran interesados en difundirlos. Se conocen, por ejemplo, muchos de los acuerdos y transacciones firmados entre fabricantes y hombres de negocios por los documentos que alumbran gran parte de los episodios económicos, y hasta políticos, ocurridos en Cataluña; todos los confesables, claro está. Pero de la vida privada de los más destacados prohombres de la época -excepción hecha de las importantísimas pero muy puntuales aportaciones orales que se recogieron por testimonios de criados y sirvientas- apenas se sabe lo que se comentaba discretamente en algunos círculos y que, con toda probabilidad,

el tiempo cambió, borró, silenció o amplificó a conveniencia de las diversas autorías anónimas, superpuestas a lo largo de las muchas versiones que pasaban de boca en boca.

Por eso solamente se puede suponer; y en algunos casos aventurarse a imaginar; porque nadie refirió nunca algunos detalles de la vida cotidiana en el interior de aquellas mansiones familiares, como la torre residencial de la calle Pomaret, esquina con Tetuán, situada en la parte alta de una Barcelona que está urbanizando con tesón la montaña, más allá de la carretera que conecta el pueblo de Sarriá con la plaza de la Bonanova.

Este mediodía del viernes 21 de marzo de 1919, la familia se ha reunido allí para celebrar el vigésimo aniversario de Eulàlia Torrents, la hija del rico empresario textil Ricard Torrents y de doña Dolors Gasull. En el comedor; especialmente engalanado para la ocasión, los criados dan los últimos toques a la mesa del banquete, siguiendo las órdenes de doña Dolors y de Rosa, su nuera. Los hombres de la casa están al llegar de la fábrica y quieren que lo encuentren todo a punto. Hoy vendrán los tres, padre e hijos, para estar presentes en la celebración de la menor de los Torrents y porque, además de festejar su cumpleaños, a la hora de la tarta y los cafés está prevista la presencia de Rafel. El señor Torrents, incapaz de negarle casi nada a su niña, ha accedido a invitarle para que haga su presentación más o menos oficial como pretendiente reconocido de la chica, coincidiendo con la efeméride.

Cuando la puerta se abre y el señor Ricard entra en el comedor; su esposa Dolors enseguida ve que algo no marcha bien. Los criados desaparecen de inmediato, siguiendo las estrictas instrucciones recibidas de no presenciar nunca las conversaciones privadas de la familia. Por eso, los padres Torrents mantienen su diálogo en un discreto tono de voz, simétrico al que utiliza en su conversación el joven matrimonio formado por Joan Torrents y Rosa.

-Te veo cansado, Ricard...

-Sí... Pero ahora, en cuanto coma algo, se me pasará.

-¿Todo va bien por la fábrica, Joan? -al otro lado del salón, tras un beso en la mejilla paralelo al de los padres, Rosa ha preguntado a su esposo.

-Sí... Todo lo bien que puede ir en estos tiempos...

Estas palabras, dichas en un tono de disgustada ironía apenas disimulada, provocan que Gregori, el hermano soltero que se está sirviendo una copa de vino, comente en voz demasiado alta:

-¡Y mientras no se haga nada para acabar con estos líos, cada vez irá peor!

Joan se revuelve al oír estas palabras y lanza una sentencia que provoca un instante de tensión y paraliza rostros, gestos y miradas:

-¡Los remedios que propones son peores que la enfermedad!

Ricard, el padre, les mira furioso, recriminando estos comentarios y que no le hayan hecho caso cuando, unos minutos antes de entrar ha cortado la discusión que tenían sus dos hijos, aceptando una reunión esta misma tarde, después de la celebración, para «aclarar las cosas», como ha dicho Gregori. El señor Torrents aprieta los puños, levanta la cabeza y parece que está a punto de hablar, pero se limita a suspirar de forma elocuente para mostrar su cansancio. Es una de las maneras que utiliza habitualmente para decir «basta» sin chillar. Todos saben que el señor Torrents tiene prohibido hablar de negocios o de cualquier cuestión relacionada con la fábrica a la hora de la comida familiar, y menos delante de las mujeres. Y la madre, Dolors, para salvar la situación, toma al padre del brazo y le conduce hasta la mesa:

-¿Qué te parece esta mesa tan bien preparada, Ricard? Las flores las han traído hace muy poco...

-¡Magnífica! ¡Son espléndidas!

-Son rosas primerizas -le muestra-. ¡Mira qué color tan hermoso!

Ricard Torrents acepta el quiebro de su mujer y pone el punto final a la discusión entre sus hijos de manera ostensible, dándoles la espalda. Entonces, Dolors toma del centro floral una rosa que se diría de rojo terciopelo, se la acerca a la nariz y, tras comprobar el perfume suave que exhala, la pone en la solapa de su marido, que le sonríe complacido.

Rosa, la nuera, hace exactamente los mismos gestos al otro lado de la mesa, con un clavel amarillo, pero al intentar captar su aroma solamente percibe un lejano olor a humedad insípida. Y Joan, su marido, ni la mira, cuando insiste en colocárselo dentro del ojal con impericia.

Gregori ha observado la escena y no puede evitar una mueca de desesperación, al comprobar por enésima vez que su cuñada Rosa no está de ninguna manera a la altura de las circunstancias. Y es entonces cuando recuerda la inminente presencia de Rafel Tolosa, el periodista de quien se ha encaprichado su hermanita, un individuo de profesión sospechosa y procedencia imprecisa, que tampoco le merece ninguna confianza. Está a punto de soltar en voz alta sus pensamientos -«Esta familia se está

descomponiendo por momentos... Uno que ya está viejo para tomar decisiones, otro que no tiene carácter ni perspectiva, y los “advenedizos” que se incorporan al clan Torrents, modelos de la decadencia de estos tiempos»-. Por suerte, sobreponiéndose a estas ideas inconfesables ante aquel público, pregunta, con la sonrisa más deslumbrante y simpática que ya está acostumbrado a utilizar en momentos tensos como aquel:

-Y Eulàlia, ¿dónde está?

La respuesta es un saludo jovial mientras la puerta se abre de par en par.

-¡Hola a todos!

Eulàlia aparece corriendo y se abraza a su padre, que la recibe satisfecho, a pesar de que su madre no puede por más que reprocharle:

-¡Hija! ¿Ni el día de tu cumpleaños puedes peinarte y vestirme con más esmero?

-Estaba... leyendo en mi habitación, se ha hecho tarde y no me ha dado tiempo. Además, lo importante es reunimos y no vestir de etiqueta...

-¡Cómo eres, niña! No entiendo que no te guste vestir bien y vayas siempre así, como si no tuvieras qué ponerte. Mira a Rosa, se ha puesto hasta el collar de su boda en honor tuyo.

La nuera da un codazo de complicidad a su marido por el comentario, aunque él tarda en reaccionar, todavía con el gesto preocupado. Mientras, Eulàlia sigue abrazada a su padre, sin soltarlo, riendo y dando vueltas, como si intentara hacerle rodar en un vals enloquecido, hasta hacer que el hombre suelte una carcajada.

-Eulàlia, hija, ¿te has vuelto loca? -dice la madre, ante el arrebató juvenil de la chica.

-Todo se está perdiendo -ríe Gregori-. La etiqueta, los modales... Hasta el respeto a los padres y el sentido de la elegancia, ¿verdad, mamá? Suerte de Rosa, que mantiene la dase de la familia...

Joan sabe perfectamente que las palabras de su hermano son un dardo dirigido a él. Y por eso se siente aún más ofendido cuando su mujer asiente como agradeciendo un piropo.

-¡Venga, a la mesa! -ordena el señor Torrents-. ¿Dónde están los niños?

Llaman a la niñera para que traiga a Joanet y Margarida, los hijos de Joan y Rosa, que vienen planchados y tiesos como figuras de un museo de cera, se acercan a su abuelo, le besan la mano, dan una vuelta sobre sí mismos y repiten a coro ante Eulàlia:

-¡Felicidades, tía Eulàlia!

Eulàlia ríe, Gregori se atraganta, Joan baja la cabeza y Rosa aplaude dando saltitos.

-¡A comer! -insta Dolors, que se da perfecta cuenta de la reacción de sus hijos.

La comida transcurre como puede esperarse en una ocasión así. Todos procuran reír y simular despreocupación, elogiar el menú y levantar la copa para brindar cada vez que alguien cree que hay que decir algo, para que los vítores de homenaje demuestren que todos están muy contentos. La decoración de la mesa, los platos que se sirven, la temperatura de las bebidas, todo está perfecto. Eulàlia recibe los regalos esperados, el padre pronuncia unas palabras emocionadas que los demás comensales cortan con unos aplausos, y enseguida llega la hora de la tarta y el café, que coincide con la aparición de Rafel Tolosa.

-Buenas tardes... -Rafel entra con una sonrisa tímida, después de ser anunciado por la criada.

El novio saluda con reverencias a cada uno de los miembros de la familia, acaricia levemente el pelo de los dos chiquillos y es invitado por el señor Torrents a sentarse a una punta de la mesa, entre Rosa y los niños.

Después de un breve silencio embarazoso, de sonrisas forzadas y congeladas, el señor Torrents se cree en la obligación de romper el hielo y pregunta:

-O sea, que es usted periodista, joven. ¿Y en qué periódico trabaja?

Ha sido lo primero que se la ha ocurrido, y cuando acaba de pronunciar la última parte de su interrogación recuerda que su hija se lo había contado y no le había hecho la más mínima gracia. Pero ya es tarde para rectificar y tiene que escuchar la respuesta:

-Colaboro en El Diluvio... -ha contestado tímidamente el muchacho.

-¡Ah! O sea, ¿que es usted republicano? -como un resorte sin control, más que pregunta Gregori Torrents interroga inquisidor desde el ángulo contrario de la mesa y de la ideología.

-No contestes a mi hermano, Rafel -tercia Eulàlia, porque tan pronto como la palabra «republicanismo» ha sobrevolado la mesa, ha observado la cara de espanto de su madre y se ve obligada a intervenir-, Gregori siempre encuentra la manera de entrar en polémicas. Es, como si dijéramos, un deportista de la discusión.

Ha hablado sin dejar de sonreír y todos han agradecido que lo que parecía que iba a ser una nueva situación tensa acabara en una broma ingeniosa de la niña.

La señora Dolors ha ofrecido café y tarta al invitado, una criada se ha llevado a los niños y durante un rato se han sucedido los comentarios sobre el tiempo que hace y la estación que hoy empieza, se ha celebrado como siempre en esta fecha la coincidencia de que Eulàlia naciera con la primavera de hace veinte años, se han recordado episodios de inocencia infantil de la homenajead, y la conversación, conducida por las mujeres, ha ido derivando y languideciendo, mientras el señor Torrents y sus hijos esperaban el momento adecuado para retirarse. Por su parte, Eulàlia y Rafel han estado sonriendo como si les interesaran todos los comentarios, pero también están impacientes por encontrar una excusa, levantarse y salir al jardín un rato.

-Padre... -ha susurrado Gregori con gesto nervioso, al servirse otra copita de licor.

-Sí, es cierto -el señor Torrents ha simulado una cara de fastidio teatralmente exagerada al levantarse-. La compañía es muy grata, pero tenemos que tratar algunos asuntos de urgencia. Si nos disculpáis...

La ocasión es aprovechada también por los dos novios, que salen al balcón del jardín y se pierden bajando lentamente la escalera que da a los setos. En los últimos peldaños, mirando atrás para asegurarse de que no le oyen, Rafel se libera de la presión del cuello de la camisa con el dedo y resopla como si estuviera cansado:

-¡Uf! ¡Qué agobio! ¡Pensaba que no acabaríamos nunca! Y tu hermanito Gregori me ha echado una mirada que por poco me fulmina...

-Olvídale. Siempre es igual. Necesita dejar bien claro que él es superior a todo el mundo y que puede reírse de quien quiera, siempre que quiera. Y desde que se ha afiliado al Partido Carlista, todavía está más quisquilloso. No es mal chico, pero un poco creído y estirado sí es...

-Sí, parece bastante... estirado -«idiota» es el adjetivo que se le ha ocurrido al periodista, pero no se ha atrevido a decirlo, por no molestar a Eulàlia.

-Dejemos a Gregori y sus tonterías, y dime, ¿has hablado con Layret? ¿Qué te ha dicho?

Eulàlia ha estado aguardando la visita de su novio durante toda la mañana, más impaciente por la respuesta que por el pequeño regalo que ahora recibe en el rincón de la magnolia. Rafel espera que la entrega del paquetito sea correspondida con un beso furtivo que los arbustos protegerían de posibles miradas desde la casa. Pero el beso no llega.

-¡Qué bonito broche, Rafel! -exclama ella, dándole el envoltorio y ojeando con rapidez la joya-, pero no valía la pena que te gastaras un dinero... De todos modos, gracias. Y ahora dime, ¿qué te ha dicho Layret?

Eulàlia insiste en que Rafel le dé noticias de Francesc Layret, el brillante abogado y diputado de las Cortes, fundador del reciente Partido Republicano Catalán, defensor de obreros y de sindicalistas en los tribunales, voz de la clase trabajadora republicana y azote de la derecha recalcitrante. Eulàlia nunca ha tenido ocasión de hablar con él, a pesar de haber visto muchísimas veces por la calle a aquel hombre joven y tullido desde la infancia, que camina con unas muletas que le hacen inconfundible. De hecho, Layret vive en el número 26 de la calle Balmes, muy cerca de la familia Gasull Recoder, tíos de Eulàlia por

parte materna, a los que suele visitar muy a menudo en su domicilio de la calle Diputado, donde se establecieron atraídos por la modernidad del Ensanche ideado por Sardá. Y Eulàlia, que le admira después de leer algunas de las brillantes intervenciones del diputado reproducidas en la prensa, sabe que pertenece a una familia acomodada, que fue educado en el respeto a la libertad y la justicia, y su combate contra la desigualdad social le ha convertido en una figura admirable a ojos de la joven Torrents, que comparte sus ideales y cree ver en él un modelo a seguir, por coincidencia de clase e intereses. Por eso, cuando supo que Rafel conocía a Layret, que se había relacionado con él durante sus estudios universitarios y había aprendido tanto en las clases paralelas de la Asociación Escolar Republicana que el joven político había fundado, Eulàlia había insistido sin cesar para que les presentara o, por lo menos, hablara con el abogado de la admiración que la chica le profesaba. Y Rafel, que últimamente ha hablado con Layret con ocasión de algunas visitas y entrevistas que ha realizado para Diluvio, ha aumentado todavía más la fascinación de la chica, al contarle que este abogado incansable, convencido del valor liberador de la cultura, organizó el Ateneo Enciclopédico Popular de la calle del Carme -el mismo al que acudió Enric Serra en busca de su hermano al llegar de África-, que actúa como centro de formación cultural e ideológica de los obreros barceloneses. Además de todo este sinfín de actividades, Layret colabora, junto con otros políticos y abogados -Lluís Companys y Salvador Seguí, entre ellos-, en la fundación y gestión de periódicos como La Lucha, defensor de las nuevas corrientes políticas, de opinión obrerista y republicana, del que el propio Layret es el alma.

Y es justamente por eso, por lo que vale su opinión y por su influencia en La Lucha, por lo que Eulàlia ha reiterado sus ruegos para que Rafel entregue a Layret algunos artículos que la chica ha escrito y firmado con seudónimo, con la esperanza de contribuir a la causa de la justicia, colaborando en el periódico revolucionario. De nada valió que Rafel, en un primer momento incrédulo y después asustado por el atrevimiento de su novia («¿Qué dirían tu padre y tu hermano si supieran lo que escribes?», «No tienen por qué saberlo. Además... son mis ideas, y no las tuyas, las que defiendo»), intentara darle largas al asunto. Tanta fue la obstinación de Eulàlia en su demanda que al final le dijo que hablaría con Layret la tarde de ayer, en que tenía concertada una

entrevista con motivo de la agitada huelga y el multitudinario mitin de Las Arenas, y le aseguró que aprovecharía para proponer al abogado que leyera alguno de los artículos firmados por Eudald Teixidor, seudónimo que se supone que ha de salvaguardar el nombre de Eulàlia Torrents.

-Sí, he hablado con Layret -miente Rafel, y a la muchacha se le iluminan los ojos-. Me ha dicho que le parecen muy bien tus dos escritos, pero que ahora no pueden publicarlos, porque están pendientes de las informaciones inmediatas que se producen sin cesar. Los guardará para cuando tengan espacio. ¡Ah! Y me ha encargado que, si quieres publicar más, yo haga de intermediario para mantener tu identidad en secreto...

-¡Estupendo! -la chica se entusiasma-. De hecho, hoy ya he estado escribiendo otro referido a los detenidos de Montjuïc. Lo tengo aquí guardado, ¿quieres que te lo lea?

-Desde luego... -Rafel le coge las manos y se acerca a ella-. Pero antes preferiría que me dieras un beso, aunque solamente sea porque he cumplido con precisión tu encargo...

Eulàlia le besa con rapidez y él, en el fondo, lo agradece, porque le parece oír que alguien se acerca por el jardín. Al cabo de un instante respira tranquilo, cuando ve llegar a los niños, que buscan a su tía. La idea de que Gregori pudiera aparecer entre las matas acusándole de robar la virtud familiar le había insensibilizado la mejilla.

Pero en estos momentos Gregori tiene otras preocupaciones que velar por la virtud de su hermana. En el despacho del señor Torrents, la conversación está en su punto de máxima tensión, con Gregori intentando convencer a su padre y a su hermano de que la situación requiere mano dura.

-No puede ser... Ya hemos aguantado bastante. Y encima hoy se presenta ese par de mequetrefes, Isidre Serra y Quintana, pidiendo, qué digo pidiendo, ¡exigiendo!, un aumento del cinco por ciento después de tantos días sin producir ni un metro de tela, además de no sé qué historias sobre los derechos de las mujeres embarazadas y los enfermos para que cobren sin trabajar. ¡No

pararán hasta acabar con la fábrica y con todo! ¡Es una consigna de sus sindicatos! ¡Hay que cortar por lo sano!

-Cálmate, Gregori, hijo... Ya has visto que les he dicho bien claro que no se puede pagar lo que no se trabaja y que como máximo podemos subir un dos por ciento.

-¿Y creéis que lo aceptarán sin más? Recordad con qué gesto de desprecio Isidre Serra lanzó sobre la mesa, rechazándolo, el sobre con la «propina» que le ofrecimos para que acabara con la payasada de la huelga...

-Sí, pero ahora ha habido un pacto y van a tener que aceptarlo...

Joan ha hablado después de un buen rato en silencio. Sabe que su hermano siempre ha sido muy enérgico y partidario de cortar por lo sano, como acaba de decir, pero últimamente su obstinación ya es una enfermedad.

-Un pacto humillante que pagamos nosotros... Hasta que se les ocurra pedir cualquier otra cosa y aprovechen la primera excusa para volver a declararse en huelga. ¿O es que no habéis visto hoy la cara del tal Isidre? El otro, Quintana, todavía, porque parece más apocado y dócil, pero este Isidre Serra que les dirige ¡es un buen pájaro!

-¿Y qué propones que hagamos, pues? -Joan ya no sabe cómo acabar con aquella conversación que considera inútil y enervante.

-Lo que han hecho todos los industriales: preparamos por si las cosas van a peor y plantarles cara.

Su padre y su hermano saben que se refiere a lo que algunos empresarios han empezado a organizar, una especie de grupos de defensa formados por elementos armados para hacer frente a las amenazas de los sindicalistas, atemorizarles, escarmentarles y responder a los atentados que, desde el año anterior, ya se han cobrado una docena de víctimas.

-No creo que esta sea la mejor manera de arreglar las cosas... -el señor Torrents mueve la cabeza, negando con gesto preocupado.

-Desde luego que no -sentencia Joan.

-Decid lo que queráis, pero yo no pienso quedarme quieto esperando que estos desgraciados nos arruinen o nos den algún disgusto irreparable.

-Eres un exagerado, hijo... -el padre quiere creer lo que dice.

-Gregori pasa demasiado tiempo con la gente de la Sociedad de Cazadores y del Partido Carlista, y le han llenado la cabeza de fantasmas -Joan intenta tranquilizar a su padre con una sonrisa y una exageración-. Como ya ha acabado la guerra en Europa y no saben de qué hablar, ahora se han inventado otra guerra aquí...

-Ríete todo lo que quieras, que cuando nos necesitéis te recordaré estas palabras. Y piensa que de los cobardes nunca se ha escrito nada... -sentencia Gregori, antes de salir dando un portazo.

Joan y Ricard Torrents se han quedado en el despacho hablando de la negociación que esta mañana han tenido con Isidre Serra y Quintana. Temen que mañana vuelvan a parar la producción y se vean obligados a ceder un poco más.

Gregori, por su parte, abandona el despacho a toda prisa y sale a la calle por la puerta trasera del jardín. Está furioso y camina crispado, pensando que si no fuera por su hermano, tan débil e indeciso, seguro que hubiera convencido a su padre de que se uniera a los otros fabricantes en el frente común antisindicalista. Y ahora, tal como había planeado, hubiera podido invitar a entrar, para que les conociera, a Orellana y Ramón, el policía y el hombre de confianza que le presentaron ayer en el Casino de la Sociedad de Cazadores y con los que acordó un plan para atajar definitivamente los problemas de la empresa Torrents, S. A.

-Le esperábamos, señor Torrents -le saluda el subinspector Orellana.

-Los planes han cambiado -contesta él-. Tendremos que actuar deprisa y por nuestra cuenta.

-No hay problema -responde el policía, mirando al otro hombre.

-No, ningún problema -confirma aquel, colocándose el sombrero marrón de ala ancha que llevaba en la mano.

El coche que estaba esperando se pone en marcha para tomar la carretera de Sarriá en dirección al centro de la ciudad, en cuanto los tres hombres se suben a él.

19 DE MARZO DE 1919

-¡Qué suerte, Isidre! Admito que la presencia de Raquel, fue una auténtica sorpresa, pero que cada día podamos comer un guiso como si estuviéramos en un restaurante en lugar de la fábrica, porque nos llena la fiambreira de patatas, garbanzos y tocino hasta los topes, es un regalo inesperado. ¡Y encima es guapa! ¡Entiendo que te hayas casado! ¡Hasta yo estoy pensando en casarme también, para ser tratado así, como un rey!

—¡Y dale con casarse! Que no, que no nos hemos casado como los burgueses, con ceremonia, cura y todas las monsergas religiosas. Ni podemos ni queremos permitirnos esos lujos. A ver si te pones al día y te enteras: Raquel y yo somos compañeros. Ahora las cosas van así. La revolución lo cambiará todo, hasta la idea de matrimonio y familia.

-Todo lo que quieras, hermano. Pero esta delicia no la cocinaremos nunca ni tú ni yo. Además, que esto de tener una mujer en casa, una cuñada, hasta me gusta.

-No te tomes tan a la ligera lo que te digo: hay que cambiarlo todo, y todo es todo, ¿comprendes? Mira -saca un pequeño volumen muy manoseado del bolsillo de la camisa-, tienes que leerlo sin falta, porque te abrirá los ojos y el cerebro. ¿Ves? La conquista del pan, de Kropotkin. Lo he leído y releído decenas de veces, porque todo lo que dice es fundamental para entender dónde estamos y adonde debemos ir.

Enric mira el libro y sonríe. Lo suyo no es la lectura. Isidre lo guarda. Los hermanos Serra charlan y comen, sentados sobre unas cajas en la parte trasera del almacén de Torrents S. A. Es el mediodía del viernes 21 de marzo, e Isidre está de un humor de perros, porque la conversación que esta mañana han tenido con Ricard Torrents -Lamo- y sus hijos ha acabado sin acuerdo. Ni él ni

Quintana, que le ha acompañado en la negociación, han conseguido casi nada de lo que proponían. Y pronto llegará Eusebi, el delegado del sindicato textil, para saber cómo van las cosas y traer noticias de otras fábricas. El mal humor de Isidre, que su hermano Enric quiere borrar, aumenta cuando se une a ellos Quintana, con aquella cara de tristeza perpetua que trae siempre.

-¡Mira, el señor Alegrías! -Enric bromea al verle llegar-. Tú debes desayunar con vinagre, ¿no, Quintana?

El hombre hace como que si nada y se acerca a Isidre. Hablan un instante y enseguida llaman a los demás trabajadores, que están sentados por todos los rincones del patio, charlando y acabando sus comidas, para informarles de cómo están las cosas con los patronos.

-No os podemos dar muchas noticias buenas... -empieza Quintana.

-¡Qué extraño! Al verte tan sonriente y juerguista yo pensaba que nos daban unos días de descanso y nos regalaban pollos...

Una risotada general sigue a las palabras de Enric, a quien su hermano mira con impaciencia, mientras se encarama a una de las cajas para hablar:

-¡Compañeros! Quintana tiene bastante razón: los Torrents no parecen dispuestos a aceptar nuestras propuestas. Se excusan en la crisis del mercado europeo, pero todos sabemos que tienen dinero para comprar nuevas máquinas y ampliar las naves de los telares; por lo tanto, si quisieran también lo tendrían para pagar justamente a sus trabajadores...

Unos murmullos de aprobación han interrumpido al orador unos instantes.

-... ¡Porque la verdadera maquinaria somos nosotros, los trabajadores! Nosotros, que día a día, con nuestro sudor, hacemos prosperar sus negocios. ¡Porque nosotros somos la fábrica, y no ellos, su dinero y sus máquinas!

Los aplausos que estas palabras han provocado le sirven a Isidre para presentar al recién llegado Eusebi, que sube a su lado y acalla la ovación.

-Os presento al compañero Eusebi. La mayoría ya le conocéis, porque nos representa en el sindicato.

Eusebi asiente y toma la palabra:

-Ya os ha dicho Isidre que los patronos no parece que quieran cumplir con el pacto que aprobamos en Las Arenas. Otra vez se han burlado de la buena fe de los obreros. Y otra vez van a ver que les plantamos cara sin miedo. ¡Compañeros y compañeras! La CNT dispone de cajas de resistencia que nos ayudarán a mantener la lucha. Por lo tanto, no os preocupéis, porque cobraremos cada semana sin falta -y mirando a su alrededor sube el tono de sus palabras-. ¡Los presos todavía no han salido! ¡Los patronos no cumplen lo acordado! ¡No respetan ni a nuestras compañeras embarazadas ni a los enfermos! Por lo tanto, no nos queda otra vía: ¡iremos de nuevo a la huelga! ¡Y, estad seguros, esta vez la ganaremos!

Unas cuantas mujeres aplauden con entusiasmo su discurso y empiezan a gritar «¡Huel-ga! ¡Huel-ga!», dirigiéndose a los hombres que las rodean para que se unan a su reivindicación.

Isidre felicita a Eusebi, que está recibiendo encajadas amistosas de las trabajadoras. Enric, que ha seguido las arengas y los vítores desde un rincón, fumando, sonríe y se dirige hacia el interior de la nave.

-Buen discurso, compañero -admite Isidre, despidiendo al delegado-. ¡Salud!

Cuando Eusebi se ha alejado, Quintana se acerca a Isidre con el gesto preocupado de siempre.

-Ánimo, Quintana -le dice-, que viéndote así cualquiera pensaría que eres de la familia Torrents...

-No te rías de mí, Isidre. ¿Puedo hablar contigo?

-Claro. ¿Qué pasa?

Se han alejado de los demás y Quintana habla bajando mucho la voz:

-Tengo miedo, Isidre. Hace días que unos tipos me siguen. Creo que van a por mí...

-Tranquilo. Reuniremos a unos cuantos compañeros y les prepararemos una emboscada. Tú ya sabes que yo conozco gente que...

-No, no... -Quintana susurra, y parece dudar de lo que va a decir-. En realidad yo quería... pedirte si podías dejarme una pistola...

-Hablaré con los del sindicato. Y mañana te diré dónde puedes recogerla.

-Es que... temo que hoy, al salir, vuelvan a seguirme -Quintana insiste-. ¿No podrías conseguirme una enseguida, aunque solamente fuera para asustarles?

Isidre le mira, pensando qué hacer. Duda un instante, hasta que el gesto de desamparo de Quintana le convence. Se acerca a él y saca su pistola de debajo de la blusa, para dársela discretamente.

-Ve con cuidado y que no te la vean -le aconseja.

-Gracias -Quintana tiembla, al esconder el arma.

Esta escena no ha sido observada por ninguno de sus compañeros. Los obreros se han incorporado a sus puestos y ellos dos hacen lo mismo, sin comentar nada a nadie. Después, la tarde transcurre sin novedad alguna, hasta que suena la sirena de la salida y todos se apresuran para marcharse a casa.

Enric está apoyado en un muro, en la otra acera, frente a la fábrica. Pasan unas trabajadoras que le sonríen y él hace el gesto de perseguirlas, a lo que ellas responden con risas provocativas.

-¡Porque estoy esperando a Isidre, que si no...! -les grita.

Entonces ve pasar a Quintana a su lado, como una sombra aventada por la urgencia, que apenas responde a su saludo.

-¡Adiós, Quintana!

-Eh... Dios, dios...

Enric le mira caminar huyendo por la acera y piensa que este hombre es un ser extraño, con alguna amargura secreta incrustada que no le deja vivir ni relacionarse con normalidad. No parece saber reír ni hablar como los demás. Le preguntará a Isidre, que le conoce mejor y comparte con él la representación de los trabajadores ante los Torrents, qué le pasa a aquel pobre tipo.

Mientras fuma y piensa en esto, se da cuenta de que hay alguien que está, como él, esperando que salga gente de la fábrica. No les conoce, pero es evidente que no son obreros ni parece que tengan nada que ver con sus compañeros de Torrents. Son dos individuos con sombrero y abrigo largo. No les ve las caras y eso le inquieta, pero cuando quiere fijarse más en ellos han desaparecido tras la esquina. Es el mismo momento en que ve a Isidre a la puerta de la fábrica, charlando con dos muchachas. Se ha parado en la acera y desde el otro lado le pide a Enric con un gesto que le espere, porque debe querer terminar la conversación con las chicas.

Entonces aparece un coche negro que ha girado desde la calle Vilá. Avanza lentamente. Tanto Enric como Isidre lo miran un instante, justo antes de que pegue un frenazo a la altura de Isidre. Entonces Enric empieza a correr gritando:

-¡Isidre! ¡Isidre!

Su hermano le oye y hace el ademán de coger la pistola que ya no tiene. Un tipo con el bigote bien recortado y un sombrero marrón de ala ancha baja del coche con una pistola en la mano. Las chicas chillan y se apartan asustadas, como los demás obreros que salían en aquel momento.

Y entonces todo sucede en unos segundos. Isidre se da la vuelta para huir, el hombre de la pistola le pega dos disparos que dan en su espalda y le remata con un tercer tiro en la cabeza. Enric llega cuando el pistolero vuelve a subir al coche, que arranca antes de cerrar la puerta. Busca inútilmente con ojos desesperados el rostro del asesino de su hermano, pero el malnacido ya está dentro del automóvil, perdiéndose en dirección al Paral·el.

Entonces las mujeres se arrodillan ante el cuerpo de Isidre, entre gritos de pánico y desolación. Cuando Enric las aparta para ver a Isidre, todos callan. Suavemente toma la cabeza ensangrentada e inerte, la palma tras la nuca, y llora en silencio, apretando los dientes.

Por unos instantes no ve nada, no oye nada, no entiende nada. Un frío glacial recorre todo su cuerpo, que tiembla descontrolado. Levanta la mirada hacia el círculo que le ha estado rodeando y se encuentra con los ojos de Orellana, que

le miran con una preocupación tan falsa y forzada que se diría complacida ironía.

-Policía -el subinspector, como si estuviera cansado y aquel fuera un detalle más sin importancia de su rutina cotidiana, recalca las sílabas de cada palabra-. A ver, ¿qué ha ocurrido?

Enric no contesta. Le mira fijamente con un rencor infinito y reconoce en él a uno de los dos hombres que hace un momento esperaban apostados en la esquina.

-¿Quién es usted? -pregunta de nuevo el policía, aguantando la mirada.

Enric sigue en silencio, como si no le oyera. Sin apartar los ojos del desconocido, toma el cuerpo de su hermano, lo abraza y se da la vuelta para pedir a los compañeros que le miran que avisen a Raquel, su mujer.

-Toma, Enric... -alguien le habla muy bajo y le pone en el bolsillo un libro que se le ha caído a Isidre al ser abatido por los disparos.

Enric no oye nada ni ve nada. Sus ojos clavan un silencio de odio en el desconocido que le ha preguntado quién es.

El policía se encoge de hombros y se retira por donde ha venido, dando muestras de despreocupación y refunfuñando algo como: «¡Si no quieren ayuda...!». Pero nadie le escucha.

Una noticia como esta no tarda en correr como un reguero de pólvora por la ciudad, a pesar de que la historia y las cifras que establecen los estudiosos pueden hacer creer que muertes así eran tan frecuentes que ya no afectaban a nadie. Es cierto, por ejemplo, que en el año anterior; 1918, son doce los muertos a manos de pistoleros, y que durante aquel 1919, del que no han transcurrido ni tres meses, los asesinatos se cobrarán diez vidas más; que podría pensarse que no son nada comparadas con las 42 y las 96 que se producirán en los dos años siguientes.

Pero ahora Isidre Serra es uno de estos cadáveres que contabilizará la historia y las consecuencias de los tres disparos que le han abatido a las puertas de Torrents S. A. se empiezan a poner en marcha la misma tarde de su muerte.

Porque dos horas después, mientras Enric y Raquel velan su cadáver y acumulan odio y rabia junto a sus compañeros y amigos en el humilde segundo piso del número nueve de la calle Ros-sic, lejos de allí, en la otra punta de la ciudad, al lado del American Park, en el local que la Sociedad de Cazadores tiene en la avenida del Tibidabo, acaba de celebrarse un brevísimo encuentro entre Gregori Torrents y el subinspector Orellana. No ha sido una conversación al uso, porque los dos hombres solamente han intercambiado gestos y signos convenidos a distancia, sin cruzar ni una palabra, pero ha quedado todo muy claro entre ellos.

Orellana ha entrado en el salón llamado de lectura reservado a los socios más importantes, ha saludado desde la puerta a Gregori, que estaba charlando ante un círculo de hombres que le escuchaban admirando su siempre preclara vehemencia, y se ha ido. En el momento en que el policía ha aparecido y se ha sacado el sombrero un instante para volvérselo a poner enseguida con estudiada parsimonia, el orador Torrents se ha callado, ha carraspeado un «perdón» y ha cortado sus explicaciones con una frase solemne, de las que tanto le gustan a él:

-Propongo, pues -ha levantado la copa de brandy que tenía en la mesita-, que brindemos por el futuro próspero de nuestras industrias, libre de la plaga de parásitos anticristianos que ahora nos invade...

Algunos parecen no haber entendido que, después del encendido ataque a los sindicatos ateos que pretenden hundir el cristianismo y las bases de la sociedad acabando con la sagrada propiedad privada, a los que hay que combatir con todas las armas hasta que desaparezcan de la faz de la tierra y etcétera, el hijo Torrents se haya limitado a proponer un brindis en lugar de explicar las soluciones que parecía tener tan claras cuando empezó a perorar.

Pero es que no han visto al hombre del sombrero, que ya ha desaparecido del zaguán de la puerta hace un rato, y que cuando ellos levantan sus copas está subiendo a un automóvil y da las órdenes al chófer —«a la comisaría de Consell de Cent»- satisfecho de haber cumplido con una eficacia absoluta la misión que tenía encomendada.

Y, claro está, nadie relacionará el discurso interrumpido con aquella presencia de señales convenidas, que a Gregori Torrents le han confirmado que lo que se tenía que hacer ya está hecho y que ha sido un éxito rotundo. Siendo así, el gran orador de la Sociedad de Cazadores apura su copa de un trago y, entre sonrisas y saludos, disculpándose por un encargo urgente que debe realizar en nombre de su padre, al que todos respetan, se ausenta con prisa para, en la escalera, encontrar a un hombre que le espera y le saluda con un movimiento marcial, agachando la cabeza.

-Es usted Álvarez, ¿verdad? -pregunta, tendiéndole la mano.

-Sí, señor Torrents. Encantado.

-Vamos. Será mejor que demos un paseo -propone Gregori-. Estoy seguro de que mi propuesta le interesará, Álvarez, porque me han hablado muy bien de usted y creo que es el hombre que necesitamos.

El otro asiente y se pone a andar a su lado, escuchando en silencio la voz ahora calmada y discreta de Gregori, que le ofrece el puesto de chófer guardaespaldas de la familia, aunque todavía no haya hablado con nadie de este nuevo empleado.

Ricard Torrents y su hijo Joan se encuentran en casa, sin saber que Gregori está contratando a un sirviente al que ha asignado una misión de vital importancia, sobre todo para su padre.

Esta tarde, Ricard y Joan se han quedado, no solamente porque es una tradición de hace años que en el cumpleaños de la pequeña Torrents la familia pase la tarde en casa, sino porque tienen que encontrar la forma de convencer a Isidre y a Quintana para que, pase lo que pase en las otras fábricas y con las convocatorias de huelga general que vuelven a oírse, Torrents S. A. quede al margen y produzca por lo menos una parte de los pedidos pendientes.

-Si pudiéramos convencerles para que trabajaran los diez próximos días en tres turnos -sueña el padre Torrents-, conseguiríamos hasta los pedidos que la competencia no podrá servir si todo el mundo para.

-Tienes razón, papá. Pero, dejando a un lado que nos pondríamos a todos los fabricantes en contra, porque lo considerarían una traición... Antes tendríamos que convencer a la gente de la fábrica para que trabajasen a destajo sin escuchar las consignas sindicales. Y esto yo diría que es imposible...

-En lo que se refiere a la «traición a la competencia», me trae completamente sin cuidado: todos sabemos que «el negocio no tiene ni corazón ni entrañas», como suele decirse. En cuanto a convencer a nuestros obreros, eso ya... Solamente lo conseguiríamos pagando lo que piden (que mañana sería más, y al otro el doble). Y entonces sí que se nos echarían encima los del gremio, que además nos tratarían de idiotas, con razón. Porque... ¿no querrás pagarles cada día más y por el mismo trabajo, no?

-Y ya hemos visto que lo del sobrecito aparte a Isidre no ha funcionado...

-Ha dicho que era una cuestión de dignidad... ¡Como si la dignidad fuera la que me ha ayudado a mí a levantar la fábrica!

-No te alteres, papá -aconseja Joan.

-No, no me altero, pero insisto: el futuro está negro... ¿Tú tienes alguna solución, hijo?

-Podríamos probar con Quintana a solas... -propone sin convicción.

Ricard Torrents no tiene ni tiempo de decirle a su hijo que no cree que aceptara, influido siempre por Isidre, el verdadero cabecilla, porque cuando está a punto de hablar alguien llama a la puerta del despacho. La cabeza de una criada asoma y se disculpa:

-Perdone, señor Torrents -susurra-. Hay unos señores de la policía que desean verle...

Padre e hijo se miran sorprendidos y por unos segundos olvidan sus cuitas profesionales. Una visita de este tipo casi a las ocho de la tarde no puede significar nada bueno. Los Torrents piden que les haga pasar enseguida.

-Y no les diga nada a las señoras -ordena, previsor Joan.

Entran dos hombres. Uno, el más joven, es Orellana, que se mantiene en un segundo plano cuando el otro se acerca a Ricard Torrents y le tiende la mano.

—Señor Torrents... Mucho gusto. Soy Melquíades Bazán, comisario de policía. Disculpen la irrupción a estas horas, pero venimos a comunicarles un hecho luctuoso que acaba de acontecer hace un rato a la puerta de su fábrica: han matado a un hombre.

Ricard y Joan Torrents se alteran. La primera persona en quien el padre ha pensado ha sido en Gregori, este hijo atolondrado y demasiado locuaz que, desde que anda enredado en política y frecuentando los círculos carlistas, puede haberse metido en un lío irreparable. Por eso, cuando Joan ha reaccionado pidiendo el nombre del muerto y ha oído que decían «Isidre Serra Gascón», ha respirado aliviado un instante, antes de preguntar:

-¿Y cómo ha sido?

El relato lo hace Orellana, a quien presentan como «un inspector fuera de servicio que se encontraba en las inmediaciones cuando se produjeron los hechos», según él mismo hará constar en las diligencias de la comisaría. Y mientras Orellana explica la historia increíble de siempre en estos casos, afirmando que «según opinión del subinspector que firma el presente informe, se trata de un ajuste de cuentas entre delincuentes anarquistas», entra en el despacho Gregori.

-¡Han matado a Isidre Serra, Gregori! ¡Lo que nos faltaba!

Joan no ha podido por más que exclamar lo que piensa: que las consecuencias de aquel asesinato serán nefastas para la fábrica y su producción.

-Tienes razón, hijo... ¡Nos esperan unos días agitados y con los pedidos sin cumplir!

-Esto, según como lo miréis... -sugiere Gregori, sin terminar la frase intencionadamente.

-Si me permiten -interviene el comisario Melquíades-, se dice que el tal Isidre Serra era el cabecilla, el que instigaba a la huelga en su fábrica.

-¿Qué quiere decir con eso? -pregunta Ricard Torrents-. ¿Adonde quiere ir a parar?

-Quiero decir que eso les deja a ustedes, y sobre todo a usted, señor Torrents, en una situación delicada.

-¿Pretende acusarme de algo?

-De ninguna manera. Solamente me preocupa su seguridad -el comisario mira a un lado y a otro-. ¿Piensa asistir mañana al entierro?

-Por supuesto que sí -contesta Ricard Torrents, y señala a sus dos hijos-. Asistiremos todos: era un trabajador de nuestra fábrica.

Gregori escucha con atención. No está de acuerdo con su padre: la presencia en el entierro le parece un signo de debilidad. Pero enseguida piensa que aquel gesto acabará dándole la razón y hará imprescindible los servicios de Álvarez, a quien tendrá que llamar antes de lo que creía, porque su padre comprenderá que necesita protección.

-Nuestra presencia -añade Joan, equivocadamente según Gregori-, borrará cualquier sospecha sobre la implicación de la familia en esta... muerte.

-Como ustedes quieran. Pero entonces también acudirá la policía -añade el comisario Melquíades.

-Cumplan con su deber, comisario. Nosotros cumpliremos con el nuestro.

Ricard Torrents está molesto con el policía por sus insinuaciones.

-No quiero robarles más tiempo -dice Melquíades Bazán, y él y Orellana se dirigen a la puerta-. Buenas noches.

-Yo les acompaño -se ofrece Joan.

Gregori se ha quedado a solas con su padre, que repite la misma pregunta que ha estado haciendo toda la tarde a su otro hijo Joan:

-Habrá otra huelga... ¿Y qué crees tú que debemos hacer?

-La muerte de Isidre Serra nos pondrá las cosas más fáciles. Sin él, pierden su punto de referencia. Su primera reacción será enérgica, sí, pero no aguantarán mucho sin un dirigente.

-Puede que tengas razón...

—Necesitamos contundencia, papá. Y después todo irá como una seda.

-Ya has oído que contamos con la policía -el padre sonríe con sarcasmo-. Y si hace falta llamaré al Somatén.

-La policía y el Somatén no son la solución, créeme -Gregori recupera su tono redentor y ve el camino expedito para convencerle y llevarle a su terreno-. El problema, desengáñate, son los sindicatos, la CNT. Cataluña necesita una alternativa a estos ateos. Y la alternativa ya la estamos preparando nosotros, los carlistas: ¡es el Sindicato Libre!

Joan acaba de entrar de nuevo en el despacho, a tiempo de oír la sentencia de su hermano.

—Claro que preferimos tratar con el Sindicato Libre, Gregori. Pero el ramo del textil, como tantos otros, está controlado por la CNT. Si contratamos trabajadores del Libre, tú sabes que la fábrica se nos llenará de pistoleros. Y esto de hoy será cada día. No, no nos interesa. Nosotros tenemos un negocio, no un campo de batalla, ni una plataforma política.

-¡Pero podemos vencerles! -grita Gregori-. ¡El Sindicato Libre crecerá y nosotros también tenemos pistoleros!

El patriarca Torrents ha estado observando las diferencias de carácter y de métodos que tienen sus dos hijos. En el fondo, cree que se complementan en la defensa de la empresa familiar. Y esto le gusta. Pero ahora han empezado a chillar y las mujeres se alarmarán.

-Puede que tengas razón, Gregori, y ya sea hora de enfrentarse a los sabotajes huelguistas con sus mismas armas -concluye Ricard-. Pero ahora tienes que escuchar a tu hermano: nos conviene guardar las apariencias. Por lo tanto, mañana acudiremos al entierro de Isidre Serra.

Gregori y Joan asienten en silencio y los tres salen en busca de las mujeres.

NO MATARÁN LA IDEA

Está claro que todos le apreciaban y sabían que era un buen hombre, un excelente compañero. Puedo estar muy orgulloso de mi hermano, como me dijo ayer Eusebi cuando vino a casa a darnos el pésame.

El rincón del cementerio donde han abierto el nicho está lleno de gente, a pesar de que el entierro no ha sido anunciado con las habituales ornamentadas esquelas de media página en las portadas de los diarios más importantes de la ciudad, y no merecerá ni un discreto comentario o glosa de firma solvente en la prensa. En todo caso, a juzgar por la presencia de la policía que, con la indiscreción habitual, ronda por el cementerio desde hace ya un buen rato, aparecerán tres o cuatro líneas en las secciones de sucesos dando fe del óbito, debido a las circunstancias especiales que lo rodean.

El cura que piensa esto mientras suelta morcillas en latín que nadie escucha sabe que es evidente que, por el aspecto de los que acompañan el duelo, por la caja de pino sin barnizar y desnuda de cruces, y por el lugar de la sepultura, entre los nichos más pobres, la vigilancia policial no es porque el difunto fuera un traficante o un hampón, de esos salidos del arroyo que gustan de vestir trajes caros y que acaban víctimas de una reyerta con otro chulo más espabilado y más hábil. No, a juzgar por la vestimenta de la comitiva, el muerto nunca vistió ropa elegante, ni frecuentó los clubes y cabarés privados en los que en las noches locas se bebía champán y se jugaban partidas con cantidades imposibles de dinero sobre las mesas. No, no se trata de un guapo de ese estilo. Este, a buen seguro, ni cató el champán en toda su vida, se dice.

Por eso el entierro del tal Isidre Serra es una ceremonia más que sencilla, tirando a parca y escasa, de puro compromiso, con las plegarias apenas audibles del oficiante indiferente, que sabe que aquellos desgraciados que

ahora lloran y acompañan compungidos el cadáver al salir del cementerio blasfemarán sin freno, porque no creen ni en la vida eterna, ni casi en la terrenal, ya que ambas les son hostiles. Y es que para los sin Dios que rodean en silencio el agujero mientras él esparce unas gotas de agua bendita, aquel apresurado responso tiene el significado terrible de la derrota, porque uno de los suyos ha sido derrotado definitivamente, y según parece de manera violenta, le han dicho, aunque él no ha preguntado los detalles, claro está.

Lo que parece indudable es que por este servicio no va a recibir ni un real de propina, a no ser que aquellos señores que siguen la ceremonia un poco apartados de este centenar de desharrapados, decidan contribuir al sostén de la Santa Madre Iglesia en su persona y suelten algunas monedas, o quién sabe si un billete, si son cristianos honrados, como por su aspecto parece. En fin, ya va siendo hora de acabar porque, sea lo que sea lo que ha traído a este desgraciado al camposanto, no puede tratarse de nada bueno, por la compañía y la vigilancia, y mejor será abreviar; dar el pésame a la que parece su viuda o su hermana y terminar cuanto antes esta comedia. «Amén.»

No sé por qué teníamos que organizar toda esta pantomima para enterrarle. ¡Si hasta han venido los Torrents en pleno! Menos mal que se mantienen alejados de los que en verdad eran sus amigos.

Gregori Torrents recorre con una mirada muy atenta, desde la distancia prudente que separa a los Torrents de la comitiva, los rostros de la multitud de asistentes que rodean a la que parece la viuda de Isidre Serra. Lamenta no poder fotografiarles a todos, uno a uno, para identificarles después, aunque ya sabe que muchos son obreros de Torrents, seguramente la mayoría, pero los demás, puede que ocho, diez o más, deben ser pájaros de cuidado, enviados por los sindicatos, a los que valdría la pena tener catalogados. Y luego está el hermano, el otro Serra, un tipo que según Orellana tiene su mismo carácter y que no se separa de la cuñada desconsolada -de bastante buen ver, parece, a pesar del pésimo vestido que quiere ser de luto y es de una lamentable tristeza pobretona.

La ceremonia está a punto de terminal; a juzgar por los gestos del sacerdote, y se nota que este montón de ateos desgraciados no tienen la más mínima

costumbre de asistir recogidos y con fervor a un acto religioso. Son tan animales que ni han sido capaces de ordenar que oficien una misa para intentar reconciliar al muerto con el más allá. Ni siquiera al enterrar a un familiar o amigo saben dar la importancia que merece al momento crucial en el que el difunto traspasa la frontera de lo humano para convertirse en un alma, que, con toda seguridad, arderá en la hoguera eterna adonde van a ir a parar todos esos, hermano y mujer incluidos; aunque lo ignoren con la inconsciencia de las bestias, claro está, excepción hecha, quizás, de este grupo de beatas encorvadas, seguramente madres y vecinas de algunos de ellos, que siguen con la piadosa mirada de los ignorantes los movimientos del cura y del monaguillo. Pero no, no se merecen ni la triste ceremonia de urgencia que ha oficiado este sacerdote, tan adecuado para el caso, que también parece sacado de una mala comedieta popular.

En fin, sin poder fichar sus rostros e identificar sus filiaciones (que es lo que la policía debería haber hecho, si sirviera para algo), Gregori Torrents se pregunta qué están haciendo allí todos los Torrents en pleno. Su padre también podía haberle prohibido a la tonta de Eulàlia que viniera, en lugar de aceptar que les acompañara con la excusa de que «así verán que toda nuestra familia está con la familia del difunto», como ha dicho la niña. Y el viejo, que se lo permite todo, se ha dejado convencer; pensando que quizás hasta sería bueno que nos vieran a todos aquí, poniendo cara de compungidos y lamentando «tan sensible pérdida», según suele decirse. Cuando esta idea le ha venido a la cabeza, Gregori ha insinuado una mueca de media sonrisa que enseguida ha logrado disimular; pero no ha dejado de pensar que es cierto que la muerte de Isidre ha sido una pérdida muy sensible... para los huelguistas y los revolucionarios. Por lo que se podría considerar una «estupenda limpieza», desde el punto de vista de él. En realidad, se ha dicho al salir de casa: vamos a asegurarnos de que Isidre Serra no nos molestará más. Y, bien pensado, no está mal la presencia de casi toda la familia -mamá no está, es incapaz de aguantar según qué payasadas y ha dicho, irónica: «Ricard, supongo que con que haga acto de presencia Eulàlia es más que suficiente»-; porque que hayamos venido todos podría interpretarse como una demostración de fuerza y de valentía, de que los Torrents no se arrugan ante cuatro pelagatos. A pesar de que Eulàlia lo mira todo con ojos de pasmo juvenil, aferrándose al brazo de

papá, y Joan, a su lado, simula impasibilidad con aquella cara de divagación, de melancolía perpetua, en duda constante, sin saber qué pensar incapaz de ser constante en nada, ni de tomar la más simple decisión. Si de él dependiera, para ahorrarse disgustos y quebraderos de cabeza, sería capaz de dejarle el gobierno de la fábrica a cualquiera de estos desharrapados.

Al fin. A este cura ni se le oye, pero por los gestos se diría que ha musitado el «amén». Ya era hora: «¡Amén!».

Yo lo vi. ¡Lo vi! Vi como mataban a mi hermano y no pude hacer nada. Ni tan siquiera fijarme en el modelo del automóvil ni en el número de la placa... ¡Pobre Isidre! ¡Pobre Raquel!

Viéndolos así, Joan Torrents se conmueve. El silencio del lugar; la cantidad y el aspecto serio de los presentes le impresionan. Las mujeres mayores, que siempre visten de negro, ahora han encontrado un motivo para juntarse y rezar de esa manera triste en la que se reza cuando ya no se espera nada. El silencio del resto de la multitud es tan sobrecogedor como la imagen de la mujer que llora sin cesar en silencio, apoyada sobre el hombro del cuñado, un hombre de nuestra fábrica que no ha dejado de mirar fijamente a un punto perdido, concentrado, como si quisiera atravesar el más allá con esa mirada que es de dolor y de rabia. Es tan cruda como comprensible la escena. Y la tensión del momento. Ver morir a un hermano debe ser duro, y al parecer él fue quien recogió el cadáver del suelo, después de ver cómo le disparaba un desconocido por la espalda. Terrible. No sé por qué se tiene que morir así. No comprendo qué clase de odio estúpido enciende la mecha de una espiral loca que aboca a la muerte y a la destrucción, con lo fácil que sería que todos, obreros y patronos, colaborásemos en la construcción de una sociedad moderna. Pero parece que no es posible, que la violencia, el enfrentamiento y la guerra forman parte de la constitución del ser humano. Y todo eso alimentado por el motor irrefrenable de la envidia. ¿Por qué no sabemos los hombres conformarnos con lo que tenemos y deseamos siempre lo que tienen los demás? Sin la envidia, estoy seguro de que no se producirían ni la mitad de los disparates que estamos viviendo. Y nos ahorraríamos todos el dolor de momentos como estos. Cada uno en su sitio, sin pretender otra cosa que cumplir con nuestro deber, y ya está. Así de sencillo. El deber de los

empresarios, crear beneficios para que los negocios prosperen y haya más trabajo para todos; el deber de los obreros, que las fábricas obtengan beneficios para asegurarse el puesto de trabajo y el sustento. De esta manera, la sociedad se mantendría siempre en marcha y nadie echaría en falta nada. Y, sobre todo, no se producirían episodios como este que ahora estamos viviendo, que ha provocado el dolor de una gente humilde que puede que, mal orientada, aconsejada con intenciones torcidas inconfesables, se haya dejado llevar por la ambición y la malévola envidia, convirtiendo casi en delincuente amenazador y camorrista a un obrero como Isidre Serra, que empezó en nuestra fábrica cuando apenas tenía ocho años y que podía haber llegado hasta a ser capataz, si hubiera sabido encauzar sus indudables dotes de mando en lugar de lanzarse a los brazos de la aventura sindical, llevado por las erróneas ideas revolucionarias que tanto daño hacen a todos, y a los obreros más que a nadie.

Joan Torrents no oye desde allí los rezos monótonos que se producen alrededor del ataúd de pino que descansa en el suelo. Ve que Gregori está muy atento a todo lo que ocurre, en contraste con él, que desde hace un rato se ha perdido por el laberinto de pensamientos que tantas veces acuden a su mente sobre una situación que lamenta y daría lo que fuera para acabar. Y cuando ha mirado a su hermano de reojo, piensa en lo peligrosamente expeditivo que es Gregori, aunque ahora parezca ensimismado en las plegarias inaudibles del sacerdote. A veces se pregunta por qué Gregori no se ha hecho sacerdote. Con la fe arrebatada de que hace gala siempre, sería un perfecto predicador y salvador de almas. La muestra la tiene ahora mismo, cuando le ha oído pronunciar con una convicción apostólica la palabra que indica el fin de la ceremonia: «¡Amén!», ha exclamado. Y Joan se apresura a repetirlo, para no ser menos y que Gregori le mire mal, como tantas veces que le ha sorprendido distraído en misa.

¡Y el desgraciado del cura, prolongando esta tortura! Ha venido tanta gente que ni les conozco. Incluso las viejas vecinas amigas de mi madre. ¡Es a ellas a quienes más aprovecha esta comedia!

Es horrible, insoportable. Quizás no debiera haber venido. Fui una inconsciente al ofrecerme para acompañarles, porque yo creía que sería un funeral como

otros. Pero no. Aquí, excepto esas pocas viejecitas del pañuelo negro, nadie responde a los rezos del sacerdote. Todos parecen estar más allá del rito que se está oficiando para sepultar a su compañero. Se ven furiosos; sí, lo están. Su silencio es desprecio y rabia contenida. Una rabia que les mantiene muy lejos de esta ceremonia que han aceptado sin pensar en nada, tal vez porque la tradición obliga a enterrar a los muertos bajo la advocación de la Iglesia, aunque ellos son ateos, claro. Y se limitan a callar como signo de respeto. Pero su silencio impresiona. Es el silencio de la multitud tensa. Un silencio que reverbera en esas caras mal afeitadas, medio sucias, con el cansancio acumulado de generaciones y generaciones de trabajo grabadas en sus arrugas, cuando muchos de ellos deben de ser todavía jóvenes. ¿Qué edad puede tener esa mujer que llora sin consuelo? Es difícil adivinar la edad de los obreros.

Debo ser más fuerte, debo aprender que la realidad es a veces dura y difícil. No, no me puedo echar a temblar a cada momento. Hay que curtirse, he hecho bien en venir; sí. Ahora que me he fijado bien y entiendo el sentido de todo esto, es evidente que estoy ante dos realidades enfrentadas, pero me resulta imposible aceptar que el dolor humano sea el precio de la justicia. Sin embargo, lo mejor que puede hacerse es contar desde el corazón lo que se ve.

Eulàlia Torrents ha estado dando vueltas a todo lo que veía. Para ella, que ha leído mucho, aquello es nuevo. Enfrentarse con la realidad es un choque para un alma sensible como la de esta chica. Pero de pronto se ha encontrado hilvanando unas frases que le han gustado, que piensa que describen desde el sentimiento lo que presencia, y le gusta comprobar que es capaz de anotar mentalmente unos cuantos elementos que le impresionan, para, al llegar a casa, escribir un pequeño artículo que podría ser una exclusiva importante para La Lucha, ya que no ve que haya por los alrededores ningún periodista tomando nota de aquel acto de significación profunda en la Barcelona abocada a los enfrentamientos irreconciliables entre clases sociales. Por eso ha pasado de las imágenes concretas a buscar las palabras que acerquen a quien no la vea «a esa mujer que oculta el rostro y el llanto sobre el hombre que la sostiene, y que aguanta su mirada dura como el grafito, fija sobre la madera del ataúd en el que descansa el cuerpo de un obrero víctima de la violencia de

los pistoleros a sueldo, que no dudan en acribillar a quien les ordenan para acabar con los defensores de un mundo más justo, luchadores por unas condiciones de trabajo más humanas». Bien.

Ya lo tiene, entornando los ojos ha escapado de la ceremonia, que transcurre monótona al ritmo cansino con que el cura recita su responso. Ha conseguido situar su mirada ante la hoja de papel imaginaria donde ha escrito un breve pero sentido artículo, que, está segura, Rafel aplaudirá y entregará inmediatamente a Francesc Layret para que mañana mismo o el lunes salga publicado en el periódico que defiende a las víctimas como aquella. Ahora solamente le falta un título sugestivo, impactante, que mueva a detenerse y leer la descripción de aquellas escenas tan duras.

-Amén -acaba el sacerdote.

—Amén -su hermano Gregori responde con energía.

-Amén -dice también en voz baja Eulàlia. Y entonces se le ocurre que aquel será el título de su escrito.

—Amén -repite.

Menos mal que ha terminado. Pero ahora viene lo más duro: ver desaparecer la caja dentro de este agujero. ¡No llores más, Raquel, que tu llanto se contagia!

-Cuidado, ahora, que se mueve todo el mundo. No perdáis de vista a los Torrents, ni dejéis que nadie se acerque a ellos.

El comisario Melquíades ha dado las órdenes a sus dos subinspectores, Orellana y Rico, para que las comuniquen a todos los agentes.

Una comitiva improvisada va pasando ante Enric y Raquel, que reciben el pésame con apretones de manos y abrazos de consuelo. Algunos les susurran palabras al oído, que ellos aceptan asintiendo, a veces sin comprender. Todo transcurre con normalidad, hasta que los Torrents se disponen a acercarse a consolar a los familiares, como hacen los demás asistentes. Los policías, siguiendo las órdenes del comisario, les rodean. Y es entonces cuando Enric siente como un relámpago que inunda de luz la oscuridad de su dolor: al lado

de Gregori Torrents, protegiéndole y hablando discretamente, ve a Orellana, el policía que se encontraba en el lugar del crimen y que, según dicen, ha afirmado que «se trata de un ajuste de cuentas entre rivales». Y por si Enric no se hubiera encendido bastante con aquella aparición, mientras reacciona, se encuentra a medio metro a Ricard Torrents, que saluda circunspecto con sus maneras de señor rico, inclinando levemente la cabeza en una reverencia para hacer como que besa la mano de la pobre Raquel, que no sabe ni dónde está ni quién es aquel señor tan elegante que le habla así:

-La acompaño en el sentimiento, señora Serra...

Nunca nadie la había llamado «señora Serra». Y ya nadie más la volverá a llamar así. Ella musita un «gracias» apenas audible, y entonces Ricard Torrents se pone la mano en el bolsillo para ofrecer discretamente el mismo sobre que Isidre rechazó cuando las negociaciones.

-Acepte este dinero, por favor...

Joan Torrents ve en el inesperado gesto de su padre una forma inteligente de reconciliación. Eulàlia se conmueve, quiere pensar que su familia no participa ni comparte los métodos represivos de los pistoleros. Gregori, en cambio, le mira crispado, porque ve en aquella maniobra caritativa una claudicación innecesaria y peligrosa, que desdibuja la actitud valiente que han asumido.

Raquel, en cambio, toma el sobre, pero en un primer momento no entiende de qué se trata. Ha tardado unos segundos en comprender la palabra «dinero», los suficientes como para que Enric, que ha seguido la escena con atención, reaccione atravesando al señor Torrents con su mirada más hostil y levantando la voz:

-¡Devuélvelo, Raquel: este dinero está manchado de sangre! ¡La vida de mi hermano no se compra!

Los presentes y los muchos que se alejaban han oído los gritos de Enric y han visto cómo arrancaba el sobre de las manos de su cuñada para lanzarlo con rabia a los pies de Ricard Torrents. La mujer se horroriza, pensando que acaban de tirar la única oportunidad de futuro que aquella desgracia podía ofrecerle, pero calla. Un nuevo silencio cargado de violencia sobrevuela la

escena. Desde lejos, el comisario Melquíades maldice la lentitud de sus hombres; quiere intervenir, pero teme que, si se identifica, la tensión aumente y desemboque en un enfrentamiento entre sindicalistas y policías. Se limita a gesticular para que los policías se acerquen y acaben con aquella escena. Pero, para su desesperación, parecen no entenderle.

-¡Su presencia y la de sus hombres es un insulto a la memoria de mi hermano!
-añade, todavía más furioso, Enric.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? Exijo una disculpa... ¡ahora mismo!

Los policías por fin acuden. Melquíades tensa el gesto. Gregori lanza una mirada imperativa a Orellana; Joan y Eulàlia intentan llevarse a su padre.

-Y si no lo hago, ¿qué? ¿Va a mandar matarme también a mí? -grita todavía más Enric, al ver que Ricard Torrents es apartado.

-Isidre... Isidre... -Raquel, que ha sido dejada de lado en el fragor de la discusión, repite el nombre del que fue su compañero.

Algunos obreros del sindicato se acercan para apoyar a Enric. Los hay que incluso se llevan la mano al interior de la chaqueta, como si quisieran sacar un arma. La policía rodea a Ricard Torrents, y Orellana le aconseja con voz queda:

-Vamos, señor Torrents, déjelo...

-¡Has perdido la razón!

-Vamos, papá, vamos -Eulàlia insiste en llevarse a su padre-. Es cierto que está tan afectado por la muerte de su hermano que no sabe lo que dice...

-Lo sabe perfectamente -tercia Gregori-. Están intentando provocar otra matanza. ¿No ves que quieren atacarnos?

-¡No vuelvas más por la fábrica! -grita Ricard Torrents cuando sus hijos y los policías ya le han separado de la turba amenazadora.

-¿Y ahora qué voy a hacer, sin hombre y sin trabajo? -Raquel habla consigo misma, ajena al enfrentamiento que todos siguen con atención.

Cuando el coche de los Torrents se ha alejado protegido por la policía, Enric ha dado las gracias a todos los compañeros, a muchos de los cuales ni conoce, porque eran amigos de Isidre, y ha quedado a solas con un par de ellos, que le acompañan junto con Eusebi y Raquel.

-¿Y ahora qué vas a hacer? -pregunta uno.

—¿Qué quieres que haga? -dice Enric-. Ir a la huelga como quería Isidre, hasta que cumplan, y después buscar trabajo en otra parte.

-¿Y qué será de mí, sola y perdida? -pregunta Raquel, con un hilo de voz desesperada.

-Tú tienes tu casa, que es la de Isidre y la mía -responde resuelto Enric-. Es lo que quería Isidre ¿no?

-Bien dicho, chico -Eusebi le da una palmada de ánimo y echan a andar-. Isidre estaría orgulloso de ti, porque, como solíamos decir: ¡no matarán la idea!

LOS INGOBERNABLES

Desde el ventanal del despacho de Ricard Torrents, la fábrica vacía es una imagen desoladora. Joan, que siempre recordará este día aciago, está en silencio, mientras su padre observa, más allá del recinto, tras la verja que da a los des-campados, la concentración de trabajadores que de un momento a otro empezarán a chillar sus consignas.

Este lunes 24 de marzo ha empezado mal y puede terminar peor, se dice a sí mismo Ricard Torrents. Hay convocada una huelga y se puede decir que ya llueve sobre mojado. No hace ni una semana que se firmó un pacto que parecía que tenía que calmar los ánimos, por lo menos durante una temporada, y resulta que ya estamos otra vez igual. ¡O peor! Que ya me dirán qué le costaría al gobierno civil soltarlos a todos, ahora que ya los tienen fichados y localizados, para que la industria pueda seguir sus actividades, que al paso que vamos no va a quedar más remedio que cerrar las fábricas.

La insistencia de Gregori obliga a Ricard Torrents a regresar de sus negras elucubraciones.

-Te lo repito, papá: es por tu seguridad.

-Esta vez Gregori tiene razón -Joan interviene, sorprendiendo a su hermano-. ¿O es que ya no recuerdas la actitud amenazadora del sábado en el cementerio?

-Exacto. Además Álvarez es un chófer excelente, que te acompañará con el coche a todas partes sin que tú debas preocuparte de nada.

El tal Álvarez se mantiene en un segundo plano silencioso, al otro lado de la puerta del despacho, de cara a la escalera, ya ejerciendo su papel de

guardaespaldas vigilante antes de que su función sea oficializada, y escuchando inevitablemente la conversación entre padre e hijos.

Finalmente el padre cede a los argumentos de los hijos y cambia de tema:

-Por cierto, Gregori... No parece que tu entrevista con Quintana haya dado resultado. La huelga es un hecho. ¿Qué le ofreciste, finalmente?

Gregori ya no recordaba que el mismo sábado del entierro de Isidre se reunió con Quintana, el ahora flamante delegado de la fábrica, sustituto del difunto Isidre Serra, con el que llegó al acuerdo ridículo de aumentar el uno por ciento del salario si se recuperaba la producción, además de no tomar represalias contra los huelguistas. Pero eso fue lo de menos, se dice Gregori. Quintana ha sido un triste peón, una pieza más, sin saberlo, del gran juego que hace un tiempo empezaron a tramitar él y sus amigos de la Sociedad de Cazadores.

-Aunque no lo creas -contesta a su padre sonriendo, y en un primer momento habla más de lo que quisiera, demasiado satisfecho de sus maniobras-, la cosa fue mucho mejor de lo que parece... Pero el pobre Quintana ese, a pesar de ser mucho más... dúctil, sí, eso, dúctil, es un poco torpe y tardará en convencer a la gente de que no les conviene secundar otra huelga...

-Pues esta huelga no es precisamente local, que digamos -Joan recupera protagonismo-, como para acabarla nosotros. Los tranvías han vuelto a parar...

La conversación no puede durar más. Alertado por los gritos, Ricard Torrents se acerca a la ventana a observar el movimiento tras la discreción de una cortina, y se intranquiliza.

-Ahora veremos si tu chófer guardaespaldas es eficaz...

-No hará falta, papá: la fábrica está protegida, esta vez sí, por la policía, que no dejará que se acerquen mucho. La misión de Álvarez es otra.

El aludido acaba de entrar después de golpear la puerta con los nudillos para ponerse al servicio de sus nuevos jefes.

Ricard Torrents sabe que no es el único y que no será el último de los industriales que tienen protección personal. Barcelona se está llenando de

policía paralela o particular, y las crónicas históricas solamente identificarán a algunos de estos esbirros, organizados por el ex comisario Manuel Bravo Portillo, que muy pronto, dentro de seis meses, caerá víctima de un atentado después de confirmarse como el cerebro de muchas acciones sangrientas contra los trabajadores. Al fin, pues, el señor Torrents tiene que admitir que las cosas cada día están peor, que su hijo debe tener razón y que es mejor andar seguro, aunque le moleste sentirse vigilado.

-¡Hombre, Álvarez! -Ricard Torrents ironiza sobre la utilidad del guardaespaldas al verle entrar-. A ver si nos dice usted cómo salimos de aquí...

Su exagerada sonrisa es rápidamente borrada por una piedra que ha estado a punto de alcanzar la ventana desde la que miraba. Ha venido de la calle, donde un numeroso grupo de obreros enarbolan banderas negras y lanzan gritos claramente audibles, «¡Torrents asesino! ¡Torrents asesino!», que dejan mudo al hombre.

Después de la primera piedra, caen unas cuantas más, hasta que algunos policías arremeten contra los manifestantes, entre los cuales destaca Enric.

-¡Están arrancando los adoquines de la calle! -exclama el señor Torrents, escandalizado.

Llegan refuerzos de guardias a caballo con el sable des-envainado. Y entonces empieza la batalla campal, con palos y piedras para repeler a los jinetes. Un compañero que pasa al lado de Enric le da un adoquín y le dice, gritando:

-No te fíes de Quintana.

-¿Qué quieres decir? ¿Por qué hablas así de un compañero? -le responde.

-¿Acaso le ves por aquí, luchando con nosotros?

Enric le mira sin contestar sospesa el adoquín y lo lanza contra uno de los guardias montados. Muchos hacen lo mismo, lo que provoca una reacción especialmente violenta de los policías, seguida de una desbandada. Enric, sin embargo, no quiere retroceder y busca más piedras para tirar. Pero la experiencia de los guardias les permite acorralar a los más recalcitrantes combatientes y detener a unos cuantos, entre los que se encuentra Enric.

-Parece que las cosas se han calmado -suspira Ricard Torrents aliviado-. Esta vez la policía ha cumplido su deber.

-Pero no siempre pueden, papá... -Gregori aprovecha cualquier ocasión para insistir en sus ideas.

-Y allí donde los guardias no llegan, llegáis tú y los del Sindicato Libre, ¿no?

Las palabras de Joan han hecho que su hermano sonría.

-Yo no lo hubiera expresado mejor... Pero esta noche, esos -señala hacia fuera, donde los policías están maniatando a los detenidos- van a dormir calientes...

Y todo hace prever que lleva razón, porque nada más entrar en comisaría, en el mismo pasillo, Enric y los demás son sometidos a una sesión de golpes en la espalda y las costillas después de que se les hayan tomado los datos. A continuación, y mientras son conducidos a los calabozos, de nuevo les llueven los golpes, que Enric soporta cubriéndose la cara como puede. Hasta que es empujado dentro de una celda, donde hay una docena más de obreros que han sido detenidos en otras partes de la ciudad. Y allí empezará una amistad profunda, que será determinante para su futuro.

-Yo a ti te conozco -alguien le toca la espalda y tiene el humor de reír, en aquellas circunstancias-. Aunque te hayan dejado la cara como un mapa, sé que tú eres el hermano de Isidre.

El hombre que le habla es bajito, muy moreno de piel y tiene una mata de pelo negro y espeso. Le ofrece la mano:

-Soy Antonio Jara, pero todos me llaman el Murciano. ¿Tu hermano no te había hablado de mí?

Se han sentado en el suelo y, dicharachero y bromista, el Murciano saca tabaco mientras explica que compartía con Isidre la lucha y los ideales. Hasta que en un momento de la conversación, o más bien monólogo, dice lamentar no haber estado allí cuando dispararon a Isidre y afirma que todavía no alcanza a entender por qué no se defendió con su pistola.

-Es que no tenía pistola cuando le mataron... -dice Enric.

-¿Cómo es posible? -se extraña el otro-. Tu hermano siempre la llevaba, tú ya debes saberlo. Si hasta me había aconsejado a mí que la llevara, a pesar de que soy de riña fácil y tenía miedo de que espachurrara al primer chulo que se me cruzara... ¿Isidre sin pistola? ¿Con lo precavido que fue siempre? ¡Imposible!

-Pues mi hermano no la tenía cuando le mataron.

—¡Cobardes! Hay que llegar al fondo de esta cuestión y que los culpables paguen...

Aquella idea enciende todavía más la rabia de Enric, que ya lleva días preguntándose quién sería el hombre que disparó a Isidre, quién le envió y, sobre todo, cómo pudieron encontrarle tan desprevenido. La conversación con el Murciano, además, ha aumentado sus ansias de venganza y ahora se dice que, en cuanto salga de allí, no parará hasta encontrar a los culpables, tal como ha dicho su nuevo compañero.

Al rato, se abre la puerta de la celda y, cuando Enric ya temía otra sesión de palos, el guardia llama a dos presos, que se van y no vuelven más. Pasadas un par de horas, son él y el Murciano quienes salen. Les acompañan hasta la salida, después de devolverles lo poco que vaciaron de sus bolsillos, y les dejan libres sin mediar palabra. Al abrir la puerta respiran el aire fresco que viene de la oscuridad de la noche.

-¿Ya está? ¿Nos sueltan así como así? -Enric se extraña.

-No preguntes y márchate -responde el otro-. Tienen tantos encarcelados que estas detenciones se acaban con cuatro porrazos y unas cuantas magulladuras cuando se está de suerte como nosotros hoy. ¿Es que no habías estado nunca en el calabozo, tú?

Entonces, mientras el Murciano habla, Enric los ve. Son unas sombras al final de la calle, con abrigo largo y sombrero. Cuando uno de ellos da una calada al cigarrillo, Enric confirma su sospecha. A pesar de lo poco que su cara se ha iluminado, esta silueta, este gesto, no se pueden olvidar: es Orellana, y el otro, por la forma en que se mueve, podría jurar que es el hombre que bajó del coche y disparó.

-No mires atrás y ven... -le dice a su amigo.

-¿Qué ocurre?

-Nos están esperando.

-Lo que decía: no hemos tenido tanta suerte como había pensado... -lamenta.

Se ponen en camino sin correr como si no se hubieran dado cuenta de nada. Los dos hombres les siguen a distancia. Al llegar a la esquina, Enric agarra al Murciano del brazo y le dice:

-¡Corre!

Sorprenden a sus perseguidores y llegan hasta una callejuela zigzagueante. Enric empuja la vieja puerta desvencijada de un almacén que parece abandonado y se meten dentro. Al cerrar una astilla le rasga el brazo, pero soporta el dolor mordiéndose el labio para no llamar la atención de sus perseguidores, a los que oyen pasar de largo. Después de un rato de silencio, el Murciano pregunta susurrando:

-¿Quiénes son?

-Uno es un policía que estaba cerca cuando mataron a Isidre y el otro juraría que es quien le disparó. ¡Lo que hubiera dado por una pistola, hace un momento!

-Calma, chaval. Unas veces hay que ser yunque y otras martillo... Todo llegará. Pero ¿qué tienes en el brazo? Hay que curar esto.

-No es nada, un arañazo que me curaré cuando llegue a casa.

-¿A casa? ¿Es que no te das cuenta de que no puedes volver a casa? Quieren acabar contigo, probablemente porque conoces a este par de asesinos. Además, recuerda el entierro. ¿Tú crees que se puede desafiar al señor Torrents en público como hiciste? ¡Si parecías un auténtico ingobernable!

-¿Un ingobernable?

-Déjalo. Esta noche vienes conmigo, mañana ya veremos...

Han estado andando un buen trecho. Atraviesan media Barcelona en dirección a Hostafrancs, protegidos por la oscuridad, pasando por las calles más discretas para evitar posibles patrullas y serenos, que en estos días revueltos pueden ser una sorpresa desagradable. Hasta que llegan a La Fransa, en el límite del extrarradio. Enric no pregunta nada. Está cansado y confía plenamente en el Murciano, que parece saber muy bien adonde se dirige. Al poco de entrar por las callejuelas solitarias y tortuosas de aquel barrio obrero, se detienen ante una calle de empinados escalones. Pintado de cualquier manera en un rincón de pared, se lee «Calle Gimbemat». El Murciano se agacha y se acerca a una ventana baja que les queda a la altura de la rodilla; mueve la reja, que en un instante se desengancha, y empuja una falsa ventana que se convierte en puerta, ya que tiene dispuesta una escalera de pintor que facilita la entrada en aquel sótano. Una vez dentro, colocan de nuevo la falsa protección y, a oscuras, pero moviéndose con familiaridad, el Murciano abre una puerta que da a una gran habitación bien iluminada.

Hay un hombre sentado en una mesa, junto a un fogón, que está cortando pan y saluda al Murciano cuando le ve entrar.

-¡Llegas a punto para la cena!

-Y traigo a un invitado, Pau: ¡el hermano de Isidre!

Pau es un muchacho joven muy delgado, que le sonríe. Se seca la mano en el delantal para saludarle.

-¿Y los demás? -inquiére el Murciano.

-Díaz está durmiendo arriba y los demás tenían cosas que hacer, con tanto movimiento... Pero tú, Enric, más vale que te sientes -el chico ha visto la herida del brazo-, te limpiaré ese corte.

-Pau es un gran cocinero, Enric -dice el Murciano-, y además del mejor limpiabotas de Barcelona, es un buen enfermero.

-Y, aunque se niegue a disparar un arma, también es un excelente espía -acaba de aparecer Díaz, el que estaba durmiendo-, que siempre nos sorprende con

las más variadas informaciones que pesca mientras le da al betún en los cafés de los burgueses. ¿Y tú quién eres?

Una vez presentados, el recién llegado se sienta a la mesa y empieza a cortar salchichón. Después le pasa el cuchillo y el embutido a Enric, que come y le dice a Pau, que está ante el fogón, si quiere un trozo.

-¿Este? -Díaz ríe-. ¿Por qué te crees que está tan flacucho? ¡Porque no come carne!

-Como si fuese tan extraño... -comenta el aludido, sin mirar.

-No, puede que lo más extraño sea bañarse desnudo en la playa, como haces a veces. Por no hablar de tu manía con lo de la lengua universal...

-Gracias al esperanto, un día todos los obreros del mundo nos entenderemos - responde Pau.

-Sí, claro... -asiente Díaz, incrédulo.

Al rato llegan otros dos, Palenzuela y Manolo, que aunque estuvieron en el entierro de Isidre, Enric no conocía. El Murciano explica la detención y su sospechosa puesta en libertad, y todos coinciden en que Enric corre verdadero peligro.

-Pero si no vuelvo a casa, Raquel, mi cuñada, va a temer lo peor.

-No te preocupes, que, si puede ser esta misma noche, le haremos llegar un recado de tu parte -Palenzuela, que parece el jefe, ordena-. Díaz, busca a tu mujer en cuanto puedas. Le daremos tu dirección y ella la tranquilizará. Después, si pasan los días y no puedes volver, ya le mandaremos algún dinero del fondo y cuatro cosas para que siga tirando.

-Sí, ahora la cuestiones esconderte... -el Murciano confirma.

-No, ahora la cuestión es buscar a los culpables -rectifica Enric-. ¿Recuerdas?

-No corras tanto: primero hay que elaborar un plan y saber exactamente qué pasó... -Palenzuela le mira a los ojos, preocupado por la urgente sed de venganza que ve en el rostro de Enric.

-Y lo primero será comer un poco, para no debilitarnos -aconseja Pau, acercando una olla a la mesa.

-Pero... ¿por un día no podías meter carne en la sopa? —Manuel, que hasta ahora callaba, simula una plegaria, arrodillándose-, Una butifarra, un trozo de tocino pequeñito... ¿No? Más que nada para que no se seque el cerebro...

-¡Tu cerebro ya está seco, de tantas letras como le metes sin parar! -responde Páu.

Todos ríen la payasada que les sirve para destensarse y olvidar por un rato las luchas constantes en que andan.

El grupo que ha acogido a Enric en su escondrijo se hace llamar los Ingobernables, porque asegura estar resuelto a una lucha sin tregua contra la explotación y la autoridad gubernativa que la propicia. Se han formado en el Ateneo Enciclopédico Popular donde se conocieron y leyeron los textos de Bakunin, Kropotkin, Pelloutier, Jaurés, Réclus... algunos han aprendido de las enseñanzas del valiente mártir Ferrer i Guàrdia, y la mayoría se han curtido en las asambleas y las huelgas de las fábricas, discutiendo las más variadas teorías revolucionarias que llegan de Europa y enfrentándose a los guardias en las batallas que se derivan de las protestas, cada vez más habituales. Han saludado con entusiasmo la victoria de los soviets que destruirán la Rusia medieval de los zares y están dispuestos a enfrentarse a quien sea y como sea para emularles y alcanzar una vida digna, que saben que nadie les regalará si no la conquistan ellos.

Explican a quien quiera escucharles, como Enric les escucha ahora, que estas convicciones revolucionarias les han unido tanto como las circunstancias personales y las afrentas que han tenido que aguantar, siendo hijos y nietos de una miseria ancestral con la que ellos piensan acaban Díaz y Palenzuela fueron obreros del textil caídos en desgracia a causa de sus enfrentamientos con los patronos, a los que el sindicato encontró otras ocupaciones que ahora no concretan a Enric. El Murciano, despedido de mil fábricas, solamente puede dedicarse a recoger chatarra y trastos de toda clase, que después vende donde puede. Pau es, ya lo sabe, oficialmente limpiabotas, y espía, cocinero y enfermero para sus compañeros, además de defensor de la doctrina naturista

y vegetariano, «convicciones que son casi una profesión», asegura severamente convencido. Y Manuel, un lector incansable y gran conocedor de las doctrinas anarquistas, domina todos los mecanismos que se le pongan en las manos, por complicados que sean, «desde un reloj hasta un motor de explosión de automóvil», presume.

-Ni Dios, ni Estado, ni patrón -afirma Palenzuela-. Esta es nuestra doctrina. Y vivimos de acuerdo con este credo ácrata y revolucionario, al servicio de la defensa de los obreros y contra todas las formas de explotación. Por eso somos los Ingobernables. Y siempre estamos preparados para responder y respaldar a nuestros compañeros.

-Y todo eso se aprende leyendo -tercia Manuel-. Si necesitas algún libro, pídemelo.

-Sí -Díaz ratifica-, Manuel puede perder los ojos leyendo y un día llegará a saberlo todo sobre la revolución. Pero después habrá que actuar. Y a eso, nosotros siempre estamos dispuestos.

Enric escucha todas las explicaciones con atención, seguro de haber encontrado los compañeros adecuados. Con ellos ve cercano el golpe justiciero contra los asesinos de su hermano, tal como el Murciano le había anunciado.

-¿Aceptáis a un nuevo ingobernable entre vosotros? -se ofrece.

Los demás se miran entre ellos. Es evidente que aceptarán sin dudarlo al hermano de Isidre.

LA MEMORIA AMARGA

En una esquina de la calle Fontbona, un grupo de niños de seis o siete años juega con una pelota de trapo. Por su ropa vieja y remendada no pueden negar que son los hijos de los obreros de este barrio suburbial. Orellana les mira, y una pesadilla antigua visita su mente. La borra con sarcasmo. Enseguida se le ocurre pensar que estos son los que, dentro de pocos años, sustituirán a los que hoy han vuelto al trabajo con un fracaso más en su biografía: otra renuncia obligada a sus reivindicaciones. Probablemente se arrastrarán como se arrastran hoy sus padres, intentando salir de la miseria y, también como ellos, de cuando en cuando puede que tengan sueños de idealistas, a los que se verán obligados a renunciar tan pronto como caigan en la cuenta de que más les vale trabajar y callar, procurar salvarse al precio que sea, intentar ser capaces de salirse de la rueda miserable y alcanzar, como hizo él, el estatus superior que ahora le permite disfrutar de no pocas prebendas. Porque la única lucha que vale la pena es la que se hace a favor de uno mismo, aunque sabe que no está al alcance de todos entrar en el cuerpo y llegar a su categoría, viniendo de donde él viene.

Estos pensamientos, que Indalecio Orellana se complacerá en recordar ante los muchos vasos de aguardiente que tomará en su vida, cesan en el momento que localiza al chico que andaba buscando. Es el rubio de ricitos, que ahora empuja a un amigo para quitarle la pelota.

-¡Marc! ¡Marc! -grita Orellana-. ¡Ven aquí!

El niño mira con curiosidad al desconocido que le ha llamado, que ahora le hace gestos y sonríe para que se acerque. La extrañeza de que aquel hombre sepa cómo se llama puede más que el temor y los mil consejos de sus padres. Se aleja de los demás, que siguen jugando.

-¿Qué quiere, señor?

Orellana se agacha a su altura y saca una tableta de chocolate.

-¿Te gusta el chocolate, Marc?

Los ojos infantiles centellean ante la visión, pero recuerda y se resiste a cogerlo.

-Yo no le conozco, señor...

-Soy amigo de tu padre... ¿Quieres el chocolate?

A Marc se le hace la boca agua, pero cuando acerca su mano a la chocolatina el desconocido le dice:

-Antes de dártelo, me tienes que hacer un favor, y verás como soy amigo de tu padre: acompáñame a tu casa.

El niño asiente al mismo tiempo que toma la tableta que el policía le entrega. Le pega un mordisco y la saborea complacido. Parece que sea la primera vez que come chocolate. Orellana sonríe, le toca el pelo afectuosamente y no puede evitar pensar en voz alta, con malicia:

-Eres igual que tu padre...

Después de subir una escalera oscura, seguramente para que nadie vea lo desconchada que está, ni pueda identificar la procedencia del hedor ofensivo a pobreza añeja que lo impregna todo, llama al piso que el niño le indica. La puerta se abre apenas un palmo. Quintana se asoma y se sorprende de que el policía esté allí. Marc entra corriendo.

-¡Hola, papá! ¡Mira, tu amigo me ha dado chocolate!

El policía se cuela tras el chico, sin esperar a que le inviten a entrar. Quintana saca la cabeza y mira nervioso a un lado y a otro, para ver si en la escalera hay alguien. No le gusta que Orellana aparezca por casa, y menos que meta en sus asuntos a su hijo.

-¿Qué haces tú aquí?

-Ya ves... Nos hemos hecho amigos.

-Sí, este señor me ha dado chocolate, papá. Le he guardado un trozo a Núria.

-No, el chocolate es para ti. Tú te lo has ganado y no ella -sentencia con una falsa sonrisa de simpatía el hombre.

Quintana se está sulfurando y manda a su hijo a la habitación, con su madre y su hermanita. El niño, que no está acostumbrado a ver tan enfadado a su padre, se atemoriza y obedece asustado. Mientras, Orellana da un vistazo al triste recibidor

-¡Me engañaste! -Quintana le reprocha con rabia-. Dijiste que solamente le detendríais...

El otro le mira con ojos fieros y se le acerca amenazante:

-¿Desde cuándo debo rendirte cuentas yo a ti? -se para un momento y cambia de tono para pasar a la amabilidad irónica-. Lo siento, no sabes cuánto lamenté lo que le pasó al pobre Serra... Cuando íbamos a detenerle se nos adelantaron unos pistoleros... Pero ahora ya pasó, no te preocupes, te he traído tu «chocolate».

Le entrega un sobre con dinero, que el otro guarda rápidamente, sin mirarlo siquiera, conteniendo su rabia.

-¿A eso has venido?

-No solamente. También quería felicitarte, hombre -el policía no deja de sonreír hablando con calma-. Sé que tienes el cargo que dejó Isidre Serra. Espero que seas más razonable que él, porque tienes que pensar en los tuyos, Quintana. Ya sabes que no soportaría que tu hermoso hijito quedara huérfano...

Orellana le da la espalda sin esperar respuesta y abre la puerta. Quintana le llama:

-Espera -abre un armario y saca la pistola que le dio Isidre-. Toma, no la quiero para nada.

-Quédatala. Ya sé que eres incapaz de utilizarla, pero te la dejo como una recompensa más por tu trabajo.

Y sale sin cerrar la puerta, dejando a Quintana con la pistola en la mano. Por un momento le pasa por la cabeza la posibilidad de dispararle, pero el otro ya ha desaparecido en la penumbra maloliente de la escalera.

Esta escena se ha producido a media tarde del miércoles 26 de marzo. Los dos hombres han discutido sin miramientos, olvidando que alguien podía oírles o creyendo que la mujer y los dos hijos de Quintana no entenderían de qué hablan! Pero un niño de siete años criado en un barrio obrero madura muy rápidamente y entiende hasta lo que medio oye y no ve. Por eso, Marc Quintana crecerá marcado por el gusto eternamente amargo de aquella tableta de chocolate, que le mostrará el rostro terrible de la humillación de un padre. Y lo que primero intuyó como un niño inconsciente, lo confirmará a lo largo de su vida adulta. Por eso, siempre asociados al gusto dulce y terroso de aquel chocolate, jamás olvidará ni las palabras ni el aspecto del extraño visitante que tanto alteró a su pobre padre. Con los años, Marc se verá obligado a vivir con aquel recuerdo de dulzura agria hasta el fin de sus días, cuando contará a sus nietos que, si les ha insistido siempre tanto para que actúen con dignidad y valentía, es porque él no ha podido pasar ni una sola noche en toda su vida sin recordar la cara de pánico de su padre, y el gesto de claudicación íntima con que afrontó su madre el resto de su desventurada vida después de la visita de aquella tarde de marzo de 1919, cuando el desconocido convirtió, en la mente del niño que él era, el gusto del chocolate pegado al paladar en el sabor de la memoria amarga.

Ese mismo día por la noche, unas horas después de que Quintana recibiera al desagradable intruso en su casa, en el cuartel general de los Ingobernables el ambiente con que reciben a su visitante es muy distinto.

-Hemos temido por tu vida, Enric -Eusebi entra y le da un abrazo-. Parece que algunos detenidos no han llegado ni a declarar y oficialmente han desaparecido o se han tirado por las ventanas de la comisaría.

-Sí, aunque el detalle de que las ventanas tengan rejas no parece importar a nadie... -aclara, malhumorado, Manuel.

-Siento no haber podido encontrarte hasta ahora, chico, pero he venido en cuanto me informó la mujer de Díaz, porque ya no sabía dónde buscarte...

El delegado se disculpa por no haberse presentado antes, a pesar de saber que Enric había sido detenido la mañana del primer día de la huelga, pero a partir del momento de su entrada en comisaría se le había perdido la pista. Hasta que Raquel recibió el recado, como había planeado Palenzuela.

-¿Y quién iba a imaginar que estarías aquí, como un ingobernable más? -le abraza de nuevo, para tranquilizarse él mismo.

-Es que el escondrijo de los Ingobernables es lo más acogedor y seguro que hay por estos andurriales -afirma con orgullo y sorna el Murciano.

-En fin, también quería venir a veros a todos, pero ya sabéis que hemos tenido dos días de follón continuo... -sigue disculpándose el delegado de la CNT.

-Y de fracaso absoluto -añade Palenzuela-. Ya puedes decirlo, ya...

-Sí, es cierto -admite Eusebi-. La huelga ha durado dos días escasos. Torrents lo había previsto todo: carga, detenciones, amenazas y pacto miserable para sus trabajadores firmado con Quintana, que es un buen hombre, pero demasiado débil para ser el representante que sustituya a Isidre, y ha sido obligado a aceptar un acuerdo de condiciones ridícula&|

-No sé hasta qué punto le han forzado a aceptar y tampoco estoy seguro de que sea tan buen hombre... -Pau se mete en la conversación con una de sus informaciones-. Hace poco rato, he sabido por un confidente que alguien muy bien vestido, no me han dicho quién, le ha visitado en su casa.

-¿A ver si este lo que quería era ocupar el puesto de Isidre para dejarse «untar»? Con ese aspecto de mosquita muerta que gasta...

Lo que el Murciano comenta despierta el interés de Enric y le devuelve unas cuantas imágenes del Quintana siempre apocado de quien él se había reído tantas veces.

-Habrás que vigilarle... -propone Palenzuela-. Murciano, ocúpate tu.

-Y yo le ayudaré -se ofrece Enric-. Es una cuestión personal.

Palenzuela se encoge de hombros para indicar que hagan lo que quieran. Pero Eusebi ha venido para otras cosas.

-Pues además de este, tenemos otro problema de cierta urgencia. Muchos de los presos de la Canadencia todavía no han salido. Layret, Companys y algunos otros abogados están en ello, pero mientras tanto, la caja de resistencia del sindicato está vacía y las familias de los detenidos no tienen de qué comer...

Ha dejado la frase en el aire para que alguno de ellos la termine.

-¡Y claro! -Manuel pega un golpe sobre la mesa-. Aquí están los Ingobernables para hacer el trabajo sucio, ¿no? ¡Resulta que, cuando conviene, somos la salvación, pero cuando las cosas van bien nos llamáis desde asesinos hasta gánsteres, pasando por cosas aún peores!

Este comentario describe bastante certeramente la realidad. Los grupos anarquistas, que durante los últimos tiempos han pasado a practicar la violencia como único camino para hacerse respetar y conseguir dignificar a los obreros, cada vez que actúan son criticados y abandonados a su suerte por los principales dirigentes sindicales. Seguí les critica, Layret les critica, la UGT les critica, Pestaña les critica desde las páginas de la *Solidaridad* , y lo mismo hacen la CNT y los partidos y las publicaciones republicanas... Pero, de cuando en cuando, si una bomba estalla al paso de un explotador o unos disparos certeros acaban con algún carca provocador, sus guardaespaldas o un chivato, quienes desaprobaban se alegran sin decirlo en voz alta.

-No me juzguéis mal... -Eusebi intenta justificarse-. Lo que pasa es que la acción política está reñida con estas acciones, digamos, «armadas», a pesar de que algunas veces yo también pierda los estribos y las comprenda. No me diréis que no os echamos una mano, los «políticos», cuando lo necesitáis...

—De acuerdo, ahora pedís que os devolvamos el favor... -Palenzuela ataja una discusión que podría ser infinita-. ¿Y qué es lo que queréis?

-Ya os he dicho que es urgente conseguir dinero.

La respuesta ha sido clara; como claro está lo que se espera de ellos: que con su experiencia y valentía organicen un atraco que alimente las arcas de resistencia para las familias de los obreros detenidos.

Enric mira las caras de sus compañeros, que no se han inmutado ante la perspectiva de una acción de este tipo. Lo que a él le interesa (vengar el asesinato de Isidre) ahora ha pasado a un segundo plano. Admite que lo que pide Eusebi debe ser muy urgente, pero teme que dejen lo suyo sin cumplir.

-Mientras vosotros preparáis el golpe -dice-, yo vigilaré a Quintana. No olvidéis que tenemos esta cuestión pendiente.

-La liquidaremos enseguida, ya verás...

La afirmación contundente del Murciano se completa cuando, en un aparte inmediato, le dice a Enric:

-Mañana mismo visitaremos a Quintana y enseguida sabremos si es un traidor que vendió a Isidre. A mí estos tipos no se me escapan, los huelo.

Eusebi se marcha. Palenzuela, Díaz, Manuel y el Murciano empiezan a tantear cuál será el lugar más seguro y apropiado para obtener un botín interesante con el menor riesgo. Enric está allí, con ellos, pero sus pensamientos están fijos en el recuerdo del rostro de Quintana y en su saludo apresurado a la puerta de la fábrica el día que mataron a Isidre. Cada vez lo ve más claro.

Pilara la madre de Marc Quintana, le repetiría mil veces a su hijo a lo largo de su vida que nunca se metiera en líos sindicales ni políticos si no quería traer a casa la misma desgracia que trajo su padre. Esta desgracia se produjo al atardecer del día siguiente, 27 de marzo, cuando el Murciano y Enric visitaron el domicilio de los Quintana.

Fue ella, Pilara quien les abrió. Su marido no estaba y, ante las llamadas de impaciencia a la puerta, salió de la habitación de la pequeña Núria. Le molestaba dejar sola a la niña, aunque solamente fuera unos segundos, porque hacía días que sufría unas fiebres altas, pero ningún médico podía diagnosticarlas ni aconsejar remedio alguno, dado que las visitas costaban un dinero que los Quintana no tenían. Aunque ahora las cosas parecían cambiar y

precisamente aquella tarde su marido, al salir de la fábrica, pasaría a avisar a un médico y a comprar un poco de leche, lujos que podían permitirse, después de tantos días de huelgas y conflictos, gracias a la generosidad del señor Torrents, que le había pagado un dinero extra, según le había contado al llegar a casa la noche anterior

El chico, Marc, no estaba tampoco en casa. Aquel día, lo recordaría siempre, la pandilla de niños con los que jugaba se había liado a pedradas contra los gatos perdidos que rondaban por el barrio. Aquel fue uno de esos momentos que se producen en la vida de todas las personas alguna vez: cuando ocurre un hecho importante, todos los detalles que lo rodean reviven inmediatamente al recordar. Y es fácil recomponer la escena.

En el instante que Pilar abre la puerta de casa y ve a los dos hombres, entiende que la visita no es para nada bueno. Y menos cuando uno de ellos, el más bajito y moreno, habla como si escupiera las palabras:

-Queremos ver a Quintana...

-No está en casa.

-Le esperaremos -ordena, más que sugiere, el Murciano.

-Si no le es molestia... -ha añadido Enric, intentando ganarse la confianza de la mujer con mejores maneras.

Pilar no puede negarse. Les señala la única silla del minúsculo recibidor y, sin decir nada, va al comedor que está a dos pasos, y vuelve con otra silla.

-Si os quedáis aquí, yo tengo a la niña enferma y...

-Vaya usted a lo suyo, nosotros esperamos -vuelve a ordenar el Murciano.

La mujer desaparece tras la puerta de la habitación. Enric se sienta, pero el Murciano se pone a dar vueltas por el recibidor y el comedor. Mira por la ventana que da a la calle y comenta que no se le ve venir. Después abre un cajón lleno de tenedores y cuchillos. Y otro con servilletas.

-¿Qué haces? -Enric recrimina la actitud del Murcia-' no-. No toques nada...

-No toco nada... Miro... -no deja de abrir y cerrar cajones, hasta que llega a un armario-. Solamente miro... ¡y encuentro!

Muestra una pistola a Enric, que se acerca para confirmar su primera impresión.

-¡Es la de Isidre! -exclama.

El ruido de una llave abriendo la puerta hace que el Murciano guarde precipitadamente la pistola en el cajón donde la ha encontrado. Cuando Quintana entra y los ve, su cara empalidece al instante. Le tiemblan las piernas y está a punto de dejar caer el tarro de leche que lleva en la mano.

-Hola, Enric... -alcanza a pronunciar, inseguro.

-Hola, Quintana -el Murciano le sonríe, jovial-. ¿Qué llevas aquí?

-Leche.

-¿No me dirás que es leche de vaca? -inquire, ahora con gesto sorprendido, mientras le quita de las manos el tarro-. ¡Qué bien huele! ¿Cómo puede un obrero, con lo poco que cobra, y en estos tiempos tan miserables, permitirse el lujo de pagar unos litros de leche de vaca?

-Es para mi hija, que está enferma y la necesita...

-¡Te ha preguntado «cómo», no «para qué»! -Enric interviene impaciente, porque quiere abreviar hacerle confesar quién le paga.

-Mi hija la necesita y yo haría cualquier cosa por ella... -responde, acorralado.

-Incluso traicionar y vender a un compañero, ¿no?

Al decir esto, el Murciano se ha lanzado sobre Quintana, cogiéndole del cuello y arrinconándole contra la pared. Con voz temblorosa, contesta a la acusación.

-¡Yo... no he traicionado a ningún compañero!

-¡Mientes! -Enric le chilla, al mismo tiempo que abre el cajón y saca la pistola de Isidre-. ¡Le quitaste la pistola aquella tarde para que no pudiera defenderse, porque sabías que irían a por él!

Los gritos han hecho que la mujer de Quintana salga en el mismo momento que Enric empuña el arma, a tiempo, también, para ver sollozar a su marido:

-Me engañaron. Amenazaron a mi familia... No podía hacer nada...

-¿Quién te compró?

-Yo solo he tratado con un policía, un tal Orellana...

-¡Mientes! -insiste el Murciano, que ha tomado la pistola de las manos de Enric y apunta a Quintana-. ¡Eres un traidor y lo pagarás! ¿Quién más está contigo?

-¡Dejadle, cobardes! -la mujer también grita-. ¿Es que no veis que no sabe nada más? ¡Él no es el culpable!

-¡No sé nada! ¡Lo juro! ¡Es la verdad!

Y cuando la mujer está a punto de abrazarse a su esposo, el Murciano dispara.

-¡Cobardes! ¡Asesinos!

Los gritos de la mujer, que ve como los dos hombres salen corriendo, se mezclan con el llanto de la niña enferma en la habitación.

El Murciano lleva el pantalón manchado por la leche, desparramada al saltar por encima del cuerpo tendido para alcanzar la puerta. Y Enric aparta de un manotazo al chaval rubio con el que se cruza a mitad de la escalera, cuando baja los peldaños de tres en tres en su huida.

ACCIÓN, REACCIÓN...

Enric Serra nunca pudo afirmarlo con certeza, pero la noche siguiente a los disparos que mataron a Quintana, él y el Murciano la pasaron bebiendo aguardiente sin parar en un pequeño antro de la calle Sobradíel, una lóbrega taberna frecuentada más por gentes del hampa que por trabajadores. Allí hacían sus tratos unas putas tristísimas, mientras los chulos amargados, que bebían, jugaban y cuidaban que el negocio funcionara mínimamente, pudieron observar a los dos extraños parroquianos; a uno, el Murciano, le conocían porque se dejaba caer por allí de vez en cuando, pero al otro nadie le había visto nunca, a pesar de que no vivía tan lejos, según supieron tiempo después, cuando la historia del tipo empezó a correr de boca en boca.

Lo cierto es que, si hubieran llegado poco antes, Enric y el Murciano podían haberse cruzado en la misma esquina del antro con el tullido Layret, que se dirigía como tantas noches a la redacción de La Lucha, en la vecina calle Avinyó. Si este encuentro se hubiera llegado a producir; no es descabellado pensar que las cosas le hubieran ido a Enric de muy distinta manera, porque el Murciano, que conocía al abogado como le conocía toda la Barcelona obrera, probablemente le habría presentado a Enric. Era muy posible que la singular personalidad, el trato directo y la capacidad de convicción de Layret hubieran impresionado a Enric hasta el punto de dejarse persuadir enseguida, porque sería suficiente con que el abogado conociera la situación del joven para que intentara atraerle hacia otras formas de lucha menos peligrosas, aconsejándole acciones más reflexivas y útiles a sus fines, tal como solía hacer con los muchos que se le acercaban pidiendo consejo en momentos difíciles, tanto o más que el que ahora atravesaba Enric Serra.

Y es que, después de llevar a cabo su venganza en la persona del desgraciado Quintana, lo que más necesitaba Enric era un consejo experimentado y

reflexivo, que viniendo de Layret podía ser determinante, porque su acción vengativa, contra todo pronóstico, le había dejado vacío, triste y con un sabor de amargura que el aguardiente no conseguía borrar. Además de tener que conformarse con las opiniones del Murciano como único consejero, que cuando ejercía de asesor no era tan diestro como manejando un arma.

-No pienses más en eso. Bebe y ríete de todo, que la vida, la tuya también, son dos días mal contados -intentaba animarle a su manera, sin ningún éxito.

-Era un pobre hombre, ese Quintana... -Enric hablaba solo, arrastrando las palabras a causa de la bebida.

-Seguramente... -el otro no sabía muy bien qué decir, y la lengua también se le pegaba al hablar—. Pero las cosas son así. O estás con ellos o estás con nosotros.

Al cabo de un largo silencio, el Murciano volvía a hablar.

-Bebo demasiado, ya lo sé... Pero el aguardiente por lo menos es un remedio agradable para lo que no tiene remedio... -reía, sin mucha convicción.

-Matar es un camino sin retorno, dicen.

Eran dos monólogos que no se encontraban, hasta que el Murciano se puso la mano en el bolsillo.

-Toma -dijo, mostrándola sin rubor, seguro de que en aquel local nadie se extrañaría al ver un arma-. Era la pistola de tu hermano...

Y Enric, a pesar de lo que había dicho y de lo que sentía, habló como si se condenara a sí mismo, guardándosela.

-Yo mataré a Ricard Torrents.

-Las noches de borrachera cubren con un velo de resaca la conciencia inmediata de lo vivido, pero dejan pendientes todos los reproches que se quisieron olvidar, presentes incluso en el sueño que se pretende inconsciente...

Esta parrafada extrañamente filosófica, pronunciada con cadencias teatrales y acompañada por una risotada de contraste, la acaba de soltar Manuel mientras zarandea a Enric, que poco a poco va retornando al mundo de los vivos, sin saber cómo ni cuándo llegó hasta el catre que tiene en el escondrijo de los Ingobernables. El Murciano, más curtido en el trato con las botellas, ya hace un rato que está en pie.

-¿Dónde has leído esto? No he podido seguir todo lo que has dicho -ríe-, porque mi mollera no alcanza tanto como la tuya, Manuel, pero si sigues así, seguro que Enric caerá más desmayado todavía.

-Pues conviene que espabile, porque tenemos trabajo.

El trabajo consiste en atender y colaborar en los planes que Palenzuela y Díaz han estado preparando para cumplir con el encargo de Eusebi. Poco a poco, después de echarse agua en la cara y beber un mejunje asqueroso que le aconseja Pau para la resaca, Enric empieza a entender de qué va todo.

Los preparativos durarán unos días, a lo largo de los que una actividad intensísima casi no les dejará tiempo ni para pensar.

Mientras Palenzuela y Manuel estudian al detalle los movimientos que se producen diariamente en el banco que han escogido atracar; observando, además, sobre el plano el trayecto adecuado, las calles y los cruces por donde escapar; Díaz y el Murciano preparan el armamento imprescindible, y Pau y Enric ponen a punto el material necesario -sacas, maletas y sobre todo camuflajes, para no despertar sospechas desde el primer momento-, planean la entrada e idean una estrategia para asegurar el botín a la salida. Es lo que Pau llama «el teatro».

Y la actuación tiene lugar a media mañana el miércoles 9 de abril, en una de las sucursales que el Banco Hispano Colonial tiene en el cruce de la calles Santa Teresa con la de Argüelles, también llamada Vía Diagonal, allí donde empieza la que fue antigua Vila de Gràcia. Y es una actuación que, transmitida de generación en generación, ha pasado a la historia de los empleados de banca con un sinfín de exageraciones; tantas que aquí será oportuno aprovechar la crónica más detallada que ofrecía la prensa al día siguiente, redactada por un

desconocido y hábil reportero del Diario de Barcelona, que supo recoger la diversidad de versiones y ofrecerlas como sigue:

ESPECTACULAR ATRACO EN LA CIUDAD

Por MARCIAL SUGRANYES

La policía detuvo a uno de los bandidos y recuperó parte del botín. No hubo heridos, pero cinco clientes y cuatro empleados tuvieron que ser atendidos en la Casa de Socorro de Gracia.

Ayer, hacia las diez de la mañana, se produjo un audaz y espectacular atraco en la sucursal del Banco Hispano Colonial, situada en el cruce entre Argüelles y Santa Teresa.

Tres individuos de aspecto cuidado, uno de ellos vestido de sacerdote, entraron en el local sin que a nadie llamaran la atención. Esperando en la cola de la caja para ser atendidos, al parecer se pusieron muy nerviosos, pues una señora que estaba tratando sus asuntos con el empleado de la ventanilla demoraba en exceso las operaciones, probablemente dada su avanzada edad y la poca práctica en la relación dinámica de las transacciones comerciales y bancarias.

Sea como fuere, al rato y viendo que la cola no se movía, el individuo que iba vestido de sacerdote comentó en voz muy alta y con palabras soeces, absolutamente inapropiadas a su sagrado estamento, que ya estaba cansado de esperar. Al oírle tan chocantes expresiones, las dos personas que habían entrado después que él y que esperaban en la cola (dos señores muy elegantes y pacientes que aguardaban tranquilamente con las manos en los bolsillos) afearon la conducta del supuesto religioso con una inusitada familiaridad, cosa que chocó de inmediato, tanto a los clientes como al guardia que vigilaba la puerta de la sucursal.

Fue entonces cuando, al verse descubierto, el falso cura sacó de debajo de su sotana una escopeta de caza, con la que disparó un tiro al techo

que sembró el pánico y obligó a sus dos cómplices a sacar de los bolsillos las pistolas, mientras insultaban al impaciente del disfraz. Todo esto sucedió en unos pocos segundos, por lo cual, cuando el guardia reaccionó para sacar su arma, se encontró encañonado por uno de los dos cómplices que se hacían pasar por clientes. Con sorprendente agilidad, el otro hombre elegante saltó el mostrador y forzó la puerta del despacho donde se había parapetado el director junto a otro empleado de la casa, con quien se encontraba despachando cuando sonó el disparo. Obligados a salir, fueron conminados con malas maneras y amenazas a abrir la caja fuerte que se encontraba en un cuarto anexo. Mientras, el falso cura se desprendía de la sotana bajo la que ocultaba dos sacos que entregó a sus dos cómplices, manteniendo abrazada y sin dejar de encañonar

a la viejecita que le había hecho perder la paciencia, amenazando a gritos con darle muerte si el guardia o alguno de los otros cuatro clientes se movía o no les entregaban inmediatamente todo el dinero.

La operación no duró más de cinco minutos, a lo largo de los que uno de los clientes cayó al suelo víctima del susto y la tensión sin que los desalmados atracadores hicieran el mínimo gesto para socorrerle, lo que asustó aún más a los demás clientes y a los dos empleados, que habían sido obligados a permanecer quietos en un rincón.

Enseguida salieron de la habitación de la caja los dos hombres cargados con los sacos de dinero. Y en el momento que se disponían a huir a la calle, el del disfraz eclesiástico lanzó un segundo disparo que desconchó el techo y sumió en el máximo punto de terror a los prisioneros.

Los dos cómplices le reprocharon sus ansias de disparar, con razón, ya que los tiros habían alertado a la gente del exterior y hasta a la policía, que pronto se puso en marcha para detener a los delincuentes. Sin embargo, los tres malhechores tenían otros cómplices esperando (dos o tres, no se sabe a ciencia cierta), que al parecer cogieron los sacos,

los camuflaron dentro de unas maletas con las que aguardaban y huyeron en distintas direcciones.

La suerte fue que, gracias a la descripción de un testigo que les vio salir, la policía alcanzó a uno de los que llevaban el botín escondido, a la altura de la plaza de la Constitució, por donde paseaba simulando toda la tranquilidad del mundo.

Se trata de S. P. H., un conocido y peligroso delincuente, al que, en el momento de redactar esta información, la policía está interrogando para averiguar quiénes son sus cómplices y dónde se encuentran y para recuperar lo que falta del botín del robo.

Lo que el avisado periodista Marcial Sugranyes no puede contar es que los cinco restantes se escabulleron en cinco direcciones distintas y no se reencontraron hasta pasadas tres horas en su guarida del Poblé Sec, donde, después de esperar un buen rato, dedujeron que Palenzuela -S. P. H., Severo Palenzuela Hernán- había sido detenido, como les confirmaría la lectura de la prensa a la mañana siguiente.

Pero lo que el *Diario de Barcelona* publica como noticia de última hora, cuando por la mañana lo leen y comentan los suscriptores biempensantes del Brusi, ya no es actualidad.

Casi nadie lo sabe todavía, ni los Ingobernables, que, a pesar de su inquietud, han preferido esperar prudentes por si se producían unas novedades inexistentes durante la noche. Y ya es demasiado tarde cuando por la mañana empiezan a pensar que algo habrá que hacer para saber dónde tienen a Palenzuela y cómo pueden sacarle, por si hay que contactar con abogados, que es la opinión mayoritaria, o liberarle a tiros de la comisaría, que es lo que propone el Murciano, convencido de que no hay tiempo que perder.

Consiguen calmarle un poco, pero enseguida les entra el temor de que Palenzuela hable y no solamente dé sus nombres.

-El problema no es que sepan quiénes somos, que, lo que es a mí, me importa un rábano. La cuestión más jodida es que les diga dónde estamos y lleguen hasta aquí. ¡Hay que buscar otro escondite!

-¡Murciano, estás paranoico! -ríe Manuel.

-¡No sé qué es eso, pero lo será tu madre, por si acaso! -responde furioso, poniéndose en pie.

—¡Sooo, mula! -Díaz interviene-. A ver si nos aclaramos... ¿Estás diciendo que temes que Palenzuela hable? ¡Tú estás muy loco, chico!

-¿Y quién os dice que no le hacen hablar a la fuerza? ¡Nadie tiene una resistencia infinita, y esos cabrones, si quieren, pueden apretar las tuercas cuanto quieran!

-En esto lleva razón -reflexiona Pau.

-Temo que sí... -confirma Enric-. Hay que pensar bien lo que hacemos.

-¡Pues lo que hay que hacer es sacarle, coño! -insiste el Murciano, fuera de sí-. Y esto no quiere decir que además no tengamos que buscar otro escondite, por si acaso.

—No será fácil —Pau piensa en voz alta—. Las pensiones no son de fiar, porque están llenas de confidentes...

-¿Y si vamos al Ateneo de la calle del Carme a ver si algún compañero...? -Enric recuerda que aquel era uno de los lugares predilectos de Isidre para los encuentros y las relaciones.

-Debe ser uno de los locales que tienen vigilados después del atraco -dice Manuel.

Estas discusiones sin salida se producen en el mismo momento en que en la comisaría de la calle Consell de Cent el comisario Melquíades ha pedido novedades nada más llegar. Y al conocerlas ha llamado a Orellana y a Rico, a los que ha recibido gritando.

-¡Cierren ustedes la puerta! ¡Les voy a degradar! ¡Les voy a expulsar del cuerpo! ¿Se puede saber al servicio de quién están ustedes? ¡No me dirán que han recibido órdenes superiores en el escalafón que les autoricen a saltarse las mías! ¿Pero conocen ustedes la Ley? Es inaudita, su actitud. Es... Actúen ustedes de manera irracional, como si no supieran cuál es el deber de un policía... ¿A las órdenes de quién están?

Poco a poco, Melquíades va perdiendo fuerza y desanimándose, hasta que se sienta. Conoce las respuestas a alguna de aquellas preguntas, pero las formula por una inexplicable necesidad de creer en la verdad. Los dos policías se miran en silencio.

-Repito, y quiero que se me entienda -el comisario habla ahora sentado detrás de su mesa, con las manos encima de la barriga, los dedos entrecruzados y la mirada baja. Ya no grita, pero se nota que contiene su rabia cada vez más triste-, lo digo de nuevo, y que quede claro: quiero que los detenidos lleguen siempre en buen estado al juicio...

-Pero tenemos que interrogar antes a los terroristas... -se atreve a sugerir Orellana.

-¡Ustedes ignoran completamente el auténtico significado de la palabra «interrogar»! -le interrumpe con un nuevo ataque de furia el jefe.

-Pero, señor, ¡todos conocemos las fechorías de Palenzuela y de los demás anarquistas! -se defiende el subinspector-. ¡Son gente sin moral ni principios!

-Por eso mismo quiero que lleguen intactos ante el juez, para que se sepa que nosotros sí tenemos moral y principios -lo dice pensando que ellos no pueden tener los mismos principios que él; se arma de paciencia y sigue-. Y que por eso no utilizamos sus mismos métodos. No olviden que somos los representantes de la Ley...

-Pero estos sindicalistas y sus abogados -Rico decide inter-venir- nos toman por idiotas, con perdón, porque se valen de toda clase de argucias y mentiras, cuando no de bombas, atentados y amenazas, para sembrar el pánico y conseguir que nadie se atreva a condenarles si no hay pruebas muy muy evidentes.

-Nuestro trabajo es detenerles y encontrar esas pruebas, pero termina cuando entregamos el acusado a la justicia para que los jueces, ¡y no nosotros!, decidan qué hacer -Melquíades está cansado de la insistencia de aquel par de verdugos a quienes conoce demasiado bien-. Espero haber sido claro, ¿estamos?

-A sus órdenes...

-Pues ahora vayan, que curen al Palenzuela ese y le dejen tan decente y apañado como si tuviera que recibir la primera comunión (¡y no se rían con el chiste fácil, coño!), para presentarle ante el juez lo más rápidamente posible. ¡Ah! Y, por su madre de ustedes: ¡no le interroguen más!

Los subinspectores salen. No ven la mueca de asco con que Melquíades ha pronunciado las últimas palabras, y él tampoco ve los gestos groseros e insultantes en dirección a la puerta cerrada que se complacen en ejecutar.

-¡La pu... madre de usted, carcamal de mierda! -susurra Rico, al tiempo que da unos golpes de manga tan exagerados que el brazo le llega a doler.

-¡Ahora verás, viejo memo! -dice Orellana entre dientes.

-¡Qué ganas tengo de que vuelvan a nombrar a Bravo Portillo y acabemos con esta comedia barata! -exclama Rico.

Bajan a los calabozos y ordenan a uno de los guardias de turno que abra la celda de Palenzuela. El hombre tiene la cara amoratada y tan hinchada que no puede ni abrir los ojos. Cuando lo tienen delante, Rico le suelta un tortazo de salutación en pleno rostro y el otro le pega una patada entre las piernas que le hace retorcer de dolor. Pero Palenzuela no suelta ni una queja.

-Mira, Orellana, no habla... -ahora le da con el puño en la boca del estómago.

-Mejor -contesta el otro-, así le podremos cascar hasta partirle el alma sin que nadie se entere. ¡Anda, tira!

La patada ha hecho caer a Palenzuela, que, con las manos atadas a la espalda, no puede ponerse de pie. Dos guardias le incorporan, y uno aprovecha para retorcerle los brazos, levantándoselos hacia atrás.

-¡Dice el señor comisario que tenemos carta blanca, chicos!

Rico anima a los dos guardianes del calabozo para que participen en su fiesta.

-Y de paso -le suelta, riendo por lo bajo, Orellana-, el cabrón del Melquíades tendrá que responder del «accidente» ocurrido al detenido bajo su custodia ante el juez...

La idea parece entusiasmar a Rico, que anuncia con su particular humor:

-Este no saldrá de aquí hasta que no diga quiénes son, dónde están, qué han hecho con el dinero, quién les proporciona las armas para sus trabajitos e, incluso, cómo se llama la madre de los que fabrican las bombas que piensan poner.

Un chorreo interminable de golpes, patadas, insultos y hasta escupitajos dejan a Palenzuela sin sentido en el suelo.

-Casi no se mueve... -comenta al rato uno de los guardias, sudando del esfuerzo.

-Sin casi... -dice el otro-. ¡Está tieso!

-¡Cagüenla...! -exclama contrariado Rico-. ¡Y no ha soltado prenda, el muy cabrón!

-Ni falta que nos hace... -Orellana apunta, misterioso-, ¿para qué están los confidentes? A este le hemos dado una lección que no podrá llevarse aprendida al otro mundo, pero al Melquíades de las narices se la vamos a hacer tragan ¡Sacadle la camisa!

Los espías de Pau, sus compañeros limpiabotas, cerilleros, cigarreras y demás, tardan poco en conocer qué ha ocurrido en la comisaría de Consell de Cent aquella mañana de abril. Un gallito de los de placa reciente se pavonea ante una copa de anís en la barra del Royal de haber participado durante el turno de la mañana en el interrogatorio de «un tal Palenzuela, que no ha podido resistir cuatro sopapos y, a la que el guardia se ha dado la vuelta un momento, se ha colgado de la viga de la celda con la camisa».

Jerónimo, el cojo de las cerillas, no ha perdido ni una sílaba del chuleo pajaril y lo pasa a la señora Elvira, la que cuida de los urinarios de la Rambla de Santa Mónica, para que ella informe a todos los habituales de confianza, y sobre todo para que llegue al Román y el Granada, que siempre lo rondan todo y que sabe íntimos amigos de Pau el limpiabotas, de quien se dice que es correligionario y se ve con los anarquistas del tal Palenzuela, que en paz descanse.

Y el joven agente de lengua fácil saca pecho en el Royal y cuenta el chorro histórico que el comisario les ha soltado a los agentes del calabozo, prometiéndoles guardias «hasta que los monos del circo bailen tangos» ha dicho, y que toda la comisaría ha oído estas y las últimas palabras ofensivas, porque las ha chillado a pleno pulmón y con la puerta de su despacho abierta, poniendo verdes a los dos compañeros cuando les expulsaba de su vista:

-¡No entenderéis nunca nada, pandilla de imbéciles bárbaros! ¡Este país es una mierda y está en manos de millares de mierdas analfabetos como vosotros!

-Y el subinspector Orellana -dice el media cerilla de paisano sin dejar de mover la copa en sus manos, como si brindara por todos los presentes- ha dicho muy serio que «por estas barbaridades se podría expedientar a Melquíades», supongo que por tratar al ministro y hasta al rey de mierdas.

Y se echa a reír para ver si le sigue la concurrencia.

OJO POR OJO

Todo indica que hasta finales del mes de mayo los Ingovernables se han mantenido ocultos. Aconsejados por Eusebi y el sindicato, que parecen haber atendido los temores del Murciano, al confirmarse el «suicidio» de Palenzuela abandonaron durante un tiempo y con los ojos llenos de un rencor ya perenne el escondite de la calle Gimbernát para dispersarse. Repartidos, pues, entre algunos domicilios de compañeros que viven en el barrio de Ribera y durmiendo en almacenes facilitados por los vigilantes nocturnos afiliados al sindicato, han dejado pasar unas semanas para que el atraco se olvide, cubierto por las acciones de otros grupos que actúan en la ciudad, mientras esperan alguna novedad como la que acaban de recibir: por fin pueden reunirse de nuevo.

Se reencuentran en un nuevo refugio de la calle Laurel, una pequeña casa colindante al Poble Sec, más discreta y ordenada que el escondrijo de la calle Gimbernát, ya para siempre asociado a la memoria de Palenzuela, que es en quien todos piensan a medida que van llegando, cuando se saludan con la fórmula que usa siempre el Murciano, «¡Salud y dinamita!», que les sirve para reafirmar los propósitos de lucha que les mantienen unidos.

Pasan unos días pendientes de las instrucciones que Eusebi debe traerles del sindicato. Manuel aprovecha para leer, Pau vuelve a salir de cuando en cuando a la calle con su cajita llena de tintes, cepillos y betunes, para ver si pesca información. Díaz y Enric juegan interminables partidas de ajedrez, tomándose aquel retiro con una aparente calma que el Murciano no entiende.

-¿Ya no te acuerdas de que tenemos un trabajo pendiente? -le pregunta alguna vez, más provocando que interrogando.

Enric contesta con evasivas, porque se está tomando su tiempo. Pero claro que lo recuerda: cada día varias veces toca la culata de la pistola que fue de Isidre y se dice que tiene que vengar la muerte de su hermano. Quiere hacer las cosas bien, piensa, por lo que hay que planear la acción con tiento, para que sea efectiva. Ha desestimado la posibilidad de atacar a Ricard Torrents en su casa o en la fábrica. Sabe que, como todos los ricos empresarios, debe tener protección y que habrá que pillarle por sorpresa... ¿Pero cómo? Se cansa de darle vueltas al asunto sin encontrar la solución y teme que si habla con sus compañeros quieran organizar otro numerito como el del atraco, con otro final tan desgraciado como aquel. Hay días en los que piensa que, al fin y al cabo, lo de Isidre parece ser cosa suya, porque, aparte del Murciano, que es un entusiasta de los tiros como demostró, nadie habla ya de su hermano...

—¿Te estás echando atrás, Enric? -pregunta el Murciano un día-. ¿No te quieres quedar tranquilo, cumpliendo con tu deber?

Por si no estaba bastante harto de oír al Murciano pinchándole, en aquel momento se le acerca Manuel, con algo en la mano:

-Toma, no lo pierdas. Lo he encontrado por la habitación, entre mil trastos que he estado moviendo en los traslados. Debe de haber estado escondido entre la ropa y he pensado que seguramente tú querrías conservarlo...

Y le entrega el ejemplar de *La conquista del pan* que Isidre llevaba en el bolsillo cuando le dispararon. Ahora recuerda el gesto automático, ante la puerta de la fábrica, con el charco de sangre en el suelo, alguien le dio el libro de su hermano y él lo guardó. Lo toma y lo mira, arrugado, con páginas medio rotas, las tapas sucias y manoseadas, el nombre de Isidre escrito con pulcritud en la portada, la dedicatoria...

-Se nota -añade Manuel- que era casi como la Biblia de Isidre. A mí me enseñó muchas cosas, tu hermano, hablando sobre este libro...

La emoción se vuelve rabia, y la rabia se convierte en propuesta:

-¡Tenéis que ayudarme a acabar con Torrents!

-¡Por fin algo de acción! -exclama, feliz, el Murciano, que siente ganas de abrazarle.

Entonces, cuando Enric ve que Pau, Manuel y hasta Díaz se acercan para que les cuente sus planes, comprueba que ni han olvidado a Isidre ni se sienten cómodos en esta inactividad.

-Para evitar problemas -apunta el Murciano-, lo mejor será que ni Eusebi ni nadie conozca nuestros propósitos.

Todos han estado de acuerdo y Pau ya propone los primeros pasos de la acción:

-Lo primero será vigilar constantemente los movimientos de los Torrents, para ver dónde podemos pillarles desprevenidos. Yo conozco a gente que puede hacer este trabajo sin resultar sospechosa.

Está pensando en un ejército de traperos, afiladores, vendedores ambulantes de todo lo que se puede vender y hasta mendigos, entre los que Pau se mueve como pez en el agua y que sabe que pueden cubrir la mayor parte de horas del día para obtener toda la información necesaria sobre las costumbres de los Torrents.

De esta manera, Enric, erigido por lógica indiscutible en el jefe de la operación, poco a poco puede tejer un entramado de detalles hasta tener perfectamente encajado un plan que llevarán a cabo la mañana del domingo 25 de mayo.

Nadie en casa de los Torrents, ni el perspicaz y desconfiado Gregori, ni Álvarez, el chófer guardaespaldas, han advertido las miradas furtivas que escrutan todos los movimientos, entradas y salidas, a lo largo de dos semanas y media, hasta llegar a poder establecer una memoria precisa de las costumbres de aquellos ricos habitantes de la torre de la calle Pomaret. Barcelona sigue siendo un hervidero de luchas y enfrentamientos, pero los Torrents se sienten seguros, allí, en la zona casi limítrofe de la ciudad donde tienen su torre que creen inexpugnable, oculta a las miradas indiscretas por los muros y los jardines que la rodean, protegiendo la intimidad de sus privilegiados habitantes.

Pero, para llevar a cabo una acción como la que planean los Ingobernables, no es suficiente la labor de los espías que siguen desde el exterior los pasos de los Torrents. Si alguien puede ofrecer una imagen precisa y clara de lo que ocurre en el interior de aquel castillo familiar; son esos pares de ojos silenciosos que se deslizan discretos por los salones, habitaciones y estancias, sirviendo a unos señores que les tienen al lado día y noche y, a pesar de eso, desconocen sus nombres, les niegan el trato humano, en el mejor de los casos ni les ven y les ignoran, como se ignora la existencia de una mota de polvo, hasta que uno se la encuentra en un lugar inapropiado o incómodo y se apresura a sacudírsela. Pues fueron estas motas de polvo las que relataron, a veces con el humor ácido del que se venga revolviéndose y otras con el gesto escandalizado del que se reivindica, las costumbres y algunos episodios de lo sucedido dentro de la mansión de los Torrents.

Son voces que, la mayoría de las veces, abusan de la crítica rencorosa, es verdad, por eso se complacen hablando de Rosa, la esposa de Joan, que nunca fue bien vista por ninguno de los miembros de la familia, a quien todos los integrantes del servicio califican de «alelada», por su sonrisa artificial y su comportamiento unas veces ridículo y otras patético, pero siempre estúpido. Afirman que se trata de una pobre mujer sin carácter; dedicada en cuerpo y alma a imitar a su suegra, la señora Dolors, a la que envidia y admira, con toda la esperanza puesta en un futuro no muy lejano que la lleve a ocupar su puesto, para oír como la llaman «señora». «Señora Rosa.» Esa parece ser la principal aspiración de su vida; esa, y criar a dos monstruitos, Joanet y Margarida, para que algún día ocupen un puesto destacado en la alta sociedad barcelonesa -uno, tomando la antorcha de los negocios familiares, la otra, con una boda que la emparente con alguno de los poderes bancarios y quién sabe si aristocráticos de la ciudad-, para encumbrarla a ella como la matriarca suprema del imperio textil heredado a través del suegro.

Sí, todos se ríen de la estúpida Rosa, pero, en cambio, nadie se atreve ni a chistar ante su cuñado Gregori. El segundo de los hermanos Torrents es el perfecto intrigante de una corte diminuta, que tiene a sus miembros en un puño. Temido por todos en la familia, su hermano Joan, el heredero, parece empequeñecer al instante con su sola presencia. El padre y la madre le miran

de soslayo, preguntándose si aquel hijo es más peligroso que santo, dada la recta observancia religiosa de que hace siempre gala, mezclada con una temible capacidad dialéctica que usa para destrozar a sus interlocutores con sarcasmos a veces rayanos con el sadismo, ridiculizando o aireando secretos sin ningún rubor con tal de aniquilar a quien osa llevarle la contraria. Tiene, como se ha dicho, a todos los Torrents en sus manos, menos a su hermana Eulàlia, la única que no le teme en absoluto y que a veces, para sorpresa de todos, hasta se atreve a reírse de él ante los demás e incluso ante la servidumbre, con unas bromas que suele acabar endulzando con abrazos y carantoñas que desarman al severo y desabrido Gregori.

Porque es precisamente Eulàlia, la menor de los Torrents, la que acaba de cumplir veinte años, la única persona de aquella casa capaz de animar las demasiado frecuentes veladas o comidas de aire adusto, casi lúgubre, sobrevoladas por los conflictos diarios de la fábrica de los que su padre no quiere que nadie hable en la mesa. Eulàlia es su gran aliada en los momentos tensos, que resuelve inventando historias y provocando sonrisas con su gran capacidad para imitar a parientes y conocidos, en unas actuaciones que divierten a todos, especialmente a los niños y a su padre; porque don Ricard, que le tiene un aprecio especial, sabe que es la única capaz de darle alegrías en casa, desviando la atención de los problemas cotidianos con su actitud juvenil y desenfadada.

Es por esa debilidad amorosa que el señor Torrents siente por su hija por lo que esta mañana del domingo 25 de mayo ha accedido a dejar el periódico que está ojeando en su butaca favorita y, mientras la señora Dolors se arregla para ir a misa como cada domingo al mediodía, acepta leer el artículo que Eulàlia le ha puesto delante, con aquella sonrisa inocente que le desarma. A pesar de que se lo ha dado doblado por la página cinco, él sabe que se trata de El Diluvio, el diario donde trabaja Rafel y que el señor Ricard Torrents ni miraría si no fuera por esa insistencia infantil de Eulàlia.

-Está bien, lo leo...

Ella recordará siempre aquella terrible mañana de domingo, que empezó tan bien, con el señor Torrents pasando los ojos por las letras con poco interés,

pensando que aquello debía de haberlo escrito el novio de la chica y que enseguida ella le pediría que opinara, convencida, claro está, de que el plumilla del futuro yerno despertaría su admiración.

-¿Te has fijado en el último párrafo, papá? -Eulàlia está impaciente-. Léelo en voz alta, ya verás...

-«Inglaterra y Francia deberían aprender de nuestro gobierno: sacar el ejército a la calle más a menudo, subir el precio del pan y poner al alcance de todo el mundo y a un precio asequible nuestra entrañable pistola “star”», firmado: Eudald Teixidor.

-¿Quién es ese sabio? -al ver que no se trataba de Rafel, el señor Torrents se ha atrevido a ser sarcástico con el irónico autor-. Muy ingenioso, el tipejo ese... Pero ¿por qué insistías en que lo leyera?

-Porque tiene toda la razón -Eulàlia responde muy seria.

-Déjate de tonterías, niña -el señor Torrents, que ya conoce las «debilidades redentoras» de su hija, quiere acabar con aquella conversación que ahora se le antoja una trampa.

-Pero no me negarás que en París y en Londres llevan las cosas un poco mejor, sin el ejército...

—Allí los empresarios no tienen que hacer frente a huelgas constantes ni a atentados salvajes -responde sin ganas y mirando hacia la puerta, con la esperanza de ver aparecer a su mujer o alguno de sus hijos para marcharse a la iglesia.

-Si no hay huelgas, será porque no hay hambre... -insiste Eulàlia.

-Puede que no -el señor Torrents se levanta enojado de la butaca-. Pero este artículo intenta justificar la existencia de los anarquistas. Y no nos equivoquemos: los obreros de nuestro país están descarriados. Odian a su rey, quieren destruir el Estado, prescinden de las leyes y, como verás dentro de un rato, ni van a la iglesia. ¿Cómo quieres que un país prospere con unos trabajadores así?

-Pero a nosotros no nos va tan mal, ¿verdad, papá?

Eulàlia lo ha dicho en un tono muy parecido al que habitualmente usa su hermano Gregori. El señor Torrents lo nota asustado. Está a punto de pegar un grito para que su hija se calle de una vez y abandone aquella actitud y las ideas peligrosas que parece sustentar. Aprieta los puños, la mira fijamente y dice:

-Espero, por tu bien y por el de todos, que Rafel no se rodee con tipos como ese tal... Teixidor -Lo ha dicho lanzando el periódico hacia la chimenea, con desprecio-. Y ahora vamos a la iglesia... No sé en qué estarán pensando tu madre y tus hermanos.

Ha salido de la habitación. Eulàlia recoge el ejemplar de *El Diluvio* y lo alisa con cuidado, sin dejar de mirar la página cinco. Ha leído el rincón de esta página y lo leería miles de veces sin cansarse, aunque se sabe cada palabra de memoria, porque cada vez que lo mira el corazón le da un brinco, emocionado. Le es indiferente lo que diga su padre: ya lo imaginaba, ¿qué iba a decir si no? Lo que le gusta menos, pero lo acepta por la lógica de la discusión de hace un momento, es que su nombre haya tenido que ocultarse tras el seudónimo de «Eudald Teixidor», el «tipejo ese», como le ha llamado el señor Torrents, enfadado. Pero ahora todo le da igual, guarda el periódico entre unos libros y piensa en Rafel, en cuánto le quiere, en lo feliz que le ha hecho al conseguir publicar en *El Diluvio* el pequeño articulito que ella le dio el día de su cumpleaños, después del largo beso con el que le arrancó la promesa de publicación. Si ahora estuviese allí le daría otro, diez, cien besos más de agradecimiento.

-Eulàlia, hija. ¿Qué haces? Pronto darán las doce...

-Sí, mamá... Ya voy...

-Date prisa, que tu padre se ha subido al coche y no sé por qué, pero está de un humor de perros.

La comitiva sale. El segundo coche, en el que viajan Gregori, Joan, Rosa y los niños, queda un poco atrás. En el primero, Álvarez conduce muy serio y un poco nervioso, porque el señor Torrents le ha dado órdenes de ir deprisa, diciendo que todos saben que le gusta llegar antes de que el sacerdote suba al

altar. Ha repetido esto para que su hija Eulàlia se dé cuenta de que el retraso es por su culpa.

-No te preocupes, Ricard -dice la señora Dolors, lanzando una mirada de reojo y reproche a su hija-. Ya sabes que tenemos el sitio guardado y que mosén Giralda es un buen hombre y no empezará hasta que nos vea allí.

A Eulàlia le entran ganas de reír al oír uno de los argumentos «creativos» con que su madre suele calmar las iras del padre. Pero calla, porque tiene otra cosa en la que pensar: el próximo artículo de Eudald Teixidor.

En el interior de la iglesia, ya hace un rato que los fieles siguen la ceremonia de la misa. En la calle, aparcados en la esquina de la plaza de la Bonanova con la calle Mayor del barrio de Sant Gervasi, hay unos cuantos coches entre los que se encuentran los dos de la familia Torrents. En uno de ellos, Álvarez aguarda y, cuando por la costumbre ya puede calcular que están a punto de salir, acerca su coche a la puerta del templo, tal como tiene ordenado hacer cada domingo.

Dos hombres que charlan en la esquina le ven hacer la maniobra y callan durante unos segundos. Son dos ciudadanos que se complacen en ir a mirar los coches que aparcan allí cada domingo para ir a misa y observan con interés y admiración los automóviles de los ricos, sobre todo el Hispano Suiza que maneja aquel joven tan serio, con el cual el pasado domingo intentaron entablar conversación para conocer más detalles de; aquella magnífica máquina, pero que ahora ya saben que es más bien antipático, porque se los sacó de encima con maneras muy bruscas. A pesar de lo cual lamentaron profundamente lo que le ocurrió al pobre, dijeron en su declaración ante la policía y al hablar con todo el mundo que les pedía que explicaran lo que dieron en llamar exagerando, «el tiroteo de la iglesia». Y son las versiones de estos detallados testigos, contrastadas con otras que añadieron alguna información más, las que permiten reconstruir los hechos.

Cuando Álvarez ha dado, pues, la vuelta a la plaza manejando el coche con lenta prudencia, se ha fijado en los tres pedigüeños, dos hombres y una mujer; que se han apostado en los escalones, también preparados para recoger las limosnas que los señores suelen entregarles al salir de misa. Cada domingo hay

dos, el hombre y la mujer; uno a cada lado. Pero hoy se les ha añadido otro que parece más viejo y corcovado, envuelto en una especie de chal harapiento y tocado con un sombrero raído que se diría sacado de un estercolero. Álvarez debe pensar; como todos los que transitan por allí, que cada vez son más los obreros que se ven empujados a pedir caridad, porque las cosas no van nada bien en las industrias. Este pensamiento conforta a los paseantes, porque probablemente se crean a salvo de las eventualidades de despidos e incidentes, y el chófer guardaespaldas además puede pensar que, si es hábil, serio y listo, es casi seguro que, como se oye decir por ahí, pronto el señor Gregori Torrents le procurará un trabajo con recompensas sustanciosas.

Álvarez ha bajado del automóvil y ha pasado ante los tres desgraciados, que han soltado su cantinela incomprensible hundiendo el rostro y la mirada, como hacen cada vez que se acerca alguien, al mismo tiempo que mueven su mano temblorosa a la espera de sentir la moneda en la palma, para cambiar el sonsonete en algo que debe querer ser un muestra de agradecimiento, porque parecen escucharse las palabras «Dios» y «pague», masculladas sin ningún convencimiento.

-Aparta... -Álvarez sorteja las manos con un gesto de desprecio.

Las puertas se abren. Salen los primeros feligreses, bien vestidos, sonrientes, contentos de encontrarse de nuevo con la mañana soleada de primavera. El primero en salir es un

hombre bastante joven, vestido discretamente, sin aspecto de señor rico, al que Álvarez observa, porque lo primero que hace es acercarse a uno de los mendigos, que se saca una lata cochambrosa de debajo de los harapos que le cubren para recoger las posibles monedas que le den. El chófer guardaespaldas vuelve a mirar hacia el interior de la iglesia y ve que por el pasillo central se acerca la familia Torrents. En estos pocos segundos que invierte asegurándose de que su jefe está al llegar, Álvarez no puede ver que el hombre que ha dado la moneda al mendigo ha movido la cabeza afirmando antes de marcharse.

Salen los Torrents. El señor Ricard, del brazo de su esposa, se para un instante a saludar a un conocido. Álvarez no se mueve de su lado, mirando hacia la

plaza donde las familias pasean tranquilas. El señor Torrents se despide de su interlocutor y se dispone a bajar hacia el coche, siguiendo a Álvarez. Cuando da un paso, oye a su izquierda -¡clanc! ¡clanc!- el ruido de una solitaria moneda que baila dentro de la lata que el mendigo le muestra para llamar su atención. Se para.

-Un momento... -dice.

La señora Dolors y los demás ya han bajado los tres escalones. Esperan al padre, que está buscando unas monedas que cree recordar que ha puesto en el bolsillo de su chaleco. El hombre que agita la lata mueve secretamente la otra mano bajo su chal desde hace ya un rato. Tiene el revólver empuñado entre la ropa y lo sostiene con seguridad, manteniéndolo oculto. Y en el mismo instante que la moneda suena dentro de la lata -¡dañe!-, un único disparo a bocajarro, discreto pero certero -¡bang!-, atraviesa el corazón del señor Ricard Torrents, que se tambalea y cae ante el mendigo.

Toda la plaza empalidece. La reacción de Álvarez es inmediata, aunque no logra comprender de dónde ha salido el disparo que ha tumbado a su protegido, sobre el que una multitud se vuelca intentando un auxilio inútil.

Los gritos de consternación provocan un caos del que Gregori es el primero en salir. Se da cuenta de que el pánico general permitirá la huida del asesino y busca con la mirada de un auténtico cazador dónde puede estar su presa. Enseguida ve a dos hombres apostados en la esquina de la iglesia. Uno empuña una pistola y los dos gritan que todo el mundo se tire al suelo. Esta indicación facilita a Gregori un primer disparo que no da en el blanco de la gorra del que se parapeta tras un banco del paseo, por lo que no tiene tiempo de avisar al inútil de Álvarez para que se proteja, y un tiro atraviesa la cabeza del guardaespaldas cuando este se disponía a disparar contra otro hombre que, saliendo de entre la multitud, ha lanzado una lata, se ha deshecho del sombrero y los harapos que disimulaban su identidad de asesino, ha dado dos disparos al aire y se ha llevado el coche de su padre, ante la mirada atónita y asustada de Joan.

Entre los paseantes que se han agolpado con la intención de protegerse los unos a los otros tras los coches, están Díaz y Pau, que han visto desde dos

puntos opuestos de la plaza como el Murciano, cubierto por el fuego de Manuel desde el otro lado, abatía al guardaespaldas, y ahora observan la carrera de Enric, que sube al coche de Ricard Torrents y se pierde en dirección a Sarriá.

Poco después, Pau, el hombre que había salido de misa y dado a Enric la moneda y la señal convenida, confirma el éxito de la operación y aprovecha la confusión para perderse por las calles de Sant Gervasi y, tras un largo rodeo, llegar hasta el cruce de Arrabal con Cuatro Caminos, que es el punto de encuentro acordado, donde ya espera Manuel. Y allí aparecerá, resoplando y sonriendo unos minutos después, Díaz. El Murciano llega al cabo de un buen rato, según les cuenta porque ha tenido problemas para librarse de la persecución, pero sus compañeros están convencidos de que ha apurado todas las balas de que disponía en un tiroteo de los que tanto le gustan a él.

Y así había sido. Con el guardaespaldas muerto en la puerta de la iglesia y el señor Torrents agonizando en brazos de su desconsolada esposa y de su temblorosa hija, el tiroteo no había concluido, porque Gregori había buscado con la mirada inquieta a un lado y a otro a alguien sobre quien disparar y descargar su ira. Por eso el Murciano no pudo resistir la tentación de apurar el cargador para mantener el pánico general y experimentar el placer infinito de tener a todos aquellos burgueses meapilas cagados, acurrucados, con Gregori Torrents protegiéndose dentro de su coche, sin saber de dónde le llovían las balas.

Y entonces Joan Torrents, que desde el primer momento se había concentrado en proteger a sus hijos, se había acercado en cuclillas a su esposa Rosa, presa de un justificadísimo ataque de pánico, para abrazarla y arrastrarla hasta una de las puertas laterales del templo, donde estaban escondidos Joanet y Margarida.

-¡Quédate con los niños! -le había ordenado-. ¡Tengo que evitar que mi hermano se convierta en el único defensor de la familia!

Y diciendo esto había tomado el revólver del desgraciado de Álvarez para empezar a pegar tiros tras ver que, a la espalda de Gregori, alguien disparaba

sin tregua para después desaparecer saltando los muros del Colegio de las Escuelas Cristianas adosado a la iglesia.

-¿Cuántos eran? -había preguntado Gregori.

-No sé... Puede que dos... -había contestado su herma-no, todavía asustado por sus propios disparos y sin saber qué decir.

-Les pillaré y lo pagarán -había jurado Gregori-. Ojo por ojo.

-Sí -había confirmado Joan, con una cara de odio hasta entonces desconocida.

El Murciano describe su intervención, satisfecho, al llegar a reunirse con los demás. Y concluye:

-Isidre está vengado. Ojo por ojo.

EL SABOR DE LA MUERTE

El silencio de los velatorios es tenso. Solamente se oyen susurros de temor a la muerte, más que de dolor; un temor que, en esta ocasión, está teñido de odio mezclado con el respeto al cadáver. Y es un odio comprensible, este que corre en voz baja por las salas, porque, siendo quien era el difunto, se convierte en otro símbolo más, en mártir de una clase desde mucho enervada, en una nueva razón añadida a todas las que se dice que existen para emprender una lucha que ya hace tiempo tenía que haberse iniciado. Y que cuando se declare como guerra abierta, debe ganarse sea como sea.

Así, con esta contundencia, se expresó una de las personas que accedieron al interior del domicilio mortuario de los Torrents, y lo anotó en un cuaderno personal, tal vez con la intención de reproducirlo o aprendérselo de memoria para pronunciarlo solemnemente en voz alta en cualquier ocasión que lo mereciera. Y la verdad es que, perteneciendo el anónimo autor de estas reflexiones a la misma clase social de los señores Torrents y a su mismo círculo de amistades, no debió ser mala idea, puesto que los óbitos por los grandes industriales se sucedían en aquellos días con una frecuencia lamentable.

La imagen que aquel lunes de mayo el visitante compungido tiene al entrar en la torre de la calle Pomaret es de una sobria tristeza, soportada por las mujeres de la familia sin una sola lágrima. Así, Eulàlia y Rosa, con los ojos enrojecidos y vidriosos, dan muestras de una entereza que todo el mundo admira y les reconoce, mientras acompañan a una señora Dolors, ya viuda, mucho más fuerte de lo que sus propios hijos podían esperar; porque, manteniendo su función y su carácter; ha dado órdenes de que las flores que van llegando al mismo tiempo que se suceden las visitas se queden fuera, en la escalinata del jardín, «porque esa humedad empalagosa deja en la garganta y la nariz un sabor a muerte que luego no hay quien se saque de encima, ni

ventilando un mes la casa». Lo ha dicho, tajante, con la autoridad habitual, y su nuera Rosa, sin sacarse el pañuelo de la nariz donde sostiene unos supuestos mocos de pena, ha cerrado los ojos con el fin de recordar una frase que le ha parecido de lo más adecuada, y tan expeditiva como apropiada a su categoría, por lo que intenta retenerla para poder decirla cuando le toque a ella gobernar en un velatorio.

Las mujeres están en la sala, donde se paran todos a consolarlas con palabras susurradas, y ellas les invitan a «despedirse de Ricard», indicando la puerta del despacho del difunto, donde han dispuesto el féretro ante el que todos se inclinan, solemnes. Está en el centro, sobre un catafalco, rodeado de sillas por si alguien quiere practicar la absurda ceremonia de acompañarle unos momentos, después de haber dejado su tarjeta en la bandeja de plata que hay sobre la discreta mesa, hoy con faldones negros. También hay un reclinatorio de terciopelo a los pies del ataúd, para arrodillarse y encomendar el alma del difunto al cielo o, si se quiere, solamente santiguarse, acompañando la letanía perenne que, a un lado de aquella especie de altar en pie, va desgranando mosén Giralda, quien, aunque la oscuridad exigida por el recogimiento lo disimule, todavía tiene el rostro del color de la cera, impresionado por el susto que pasó ayer al mediodía con el tiroteo a la puerta de la iglesia.

En el exterior de la torre, junto al montón de flores que, efectivamente, además de apestar a humedad tétrica, atraen algunos incómodos insectos, los dos hombres que quedan en la casa, Joan y Gregori, reciben las visitas y las demostraciones de pésame que van entrando, con la mirada inquieta que se les va hacia la puerta, porque esperan que les llegue algo más que palabras de imposible consuelo. Hasta que aparece un hombre con un bigotito bien recortado y un sombrero marrón de ala ancha, que se descubre en un gesto de saludo y de respeto. Los dos hermanos le reciben con una leve inclinación de la cabeza como signo de complicidad para, inmediatamente después, ponerse a pasear por el jardín con él, los tres apartándose de las visitas que no dejan de sucederse.

Nada se sabe con certeza del contenido de aquella conversación, a pesar de los ojos siempre atentos de los sirvientes que ven a Joan y Gregori flanqueando al desconocido, hablándole, los dos con gestos enérgicos y cara

crispada, mientras él asiente levemente de cuando en cuando, dando a entender que comprende a la perfección lo que le están diciendo. Cada cierto tiempo, el hombre del bigotito recortado se para un instante para apuntar algo en un papel. Este paseo por el jardín dura apenas unos minutos, pasados los cuales el desconocido del sombrero de ala ancha saluda con una inclinación y un taconazo marcial a los hermanos Torrents al tiempo que les estrecha la mano, y enseguida desaparece sin ni siquiera entrar a dar el pésame a doña Dolors.

Cuando los dos hermanos vuelven a ocupar su puesto al pie de la escalera para recibir el infinito goteo de caras y palabras compungidas, Eulàlia, que ha salido a tomar el aire, les pregunta quién es el desconocido.

-Un policía... -contesta Joan, después de dudar un momento y buscando la mirada de su hermano.

-Exactamente -Gregori asiente, satisfecho de la acertada respuesta de Joan, y añade:- Un buen policía.

«El silencio es el inseparable compañero de la muerte», Manuel ha leído esta frase y la repite en voz baja para memorizarla, como hace siempre con las palabras que le gustan o le impresionan.

Se encuentra leyendo, como de costumbre, en un cuartucho de azotea, y de cuando en cuando levanta los ojos para observar los viejos tejados desde su mirador privilegiado. En primer plano, enfrente mismo, tiene el campanario de Sant Pere de les Puelles y los patios que rodean la iglesia. Allí ha encontrado refugio y lectura porque Paulina, la portera que regenta la escalera de señores del número dos de la calle Lluís el Pietós, es una vieja amiga de su madre que vino con ella a servir desde Liorna, y le ha permitido pasar los días escondido en el palomar. La buena mujer ha cedido a la insistencia del bala perdida del hijo de su amiga del pueblo y ha acabado subiéndole unos cuantos libros de la biblioteca de los señores Fontanella del principal, cuyo piso guarda mientras están en uno de sus frecuentes viajes. Sea como sea, Manuel, subido temerariamente sobre las tejas inclinadas, gusta de mirar la ciudad a su alrededor, aunque desde su atalaya no logra ver la impresionante procesión que se organiza en la catedral durante el funeral por «el descanso eterno del

alma del muy ilustre don Ricard Torrents y Monteada», como le cuenta Paulina cuando sube a tender la ropa y a dejarle algo de comida.

-¿Qué me dice? -cínico, simula un escándalo que la buena mujer no sabe interpretar-. ¿Han matado a don Ricard Torrents? ¡Santo cielo!

Y con estas falsas exclamaciones logra que la inocente portera le relate un cuento que cerca está de provocarle un ataque de risa, ya que la voz popular hace circular una versión muy imaginativa del atentado, tan imaginativa que al mismo Manuel le gustaría creer que es verdad, y escuchándola se siente casi un héroe de novela romántica, capaz de desafiar peligros, saltar muros, disparar a blancos imposibles y, al fin, si la hubiera, que no es el caso, llevarse a la chica a vivir a un mundo donde solamente existiría la fraternidad universal, en el que los Ingobernables serían justicieros reconocidos por la masa agradecida y eufórica, y él podría gozar de total libertad para pasar el día leyendo todos los libros que quisiera, casi como hace ahora, pero sin tener que esconderse.

Paulina ha continuado hablando de lo esplendoroso que fue el funeral, oficiado por no sé cuántos curas y con un coche de cortinajes negrísimos tirado por diez caballos con penacho. Son explicaciones que Manuel no escucha, perdido en su imaginación de héroe proletario. Pero el sueño se deshace en el aire cuando en el momento más álgido la mujer pregunta:

-Y tú, ¿cuánto tiempo más tienes que quedarte, hijo? -Paulina inquiriere al comprobar que el huésped oculto no pierde el apetito, a pesar de su forzada inmovilidad-. Porque este señor del que dices que eres el chófer debe de volver pronto, ¿no?

-No lo sé, Paulina -esquiva él, sonriendo-. Si por mí fuese, no me movía de aquí. ¡Su compañía, sus comidas y sus informaciones son un tesoro impagable!

Y con ese y otros requiebros, el pillo de Manuel consigue hacer sonreír a la portera y, sobre todo, que olvide la pregunta y su temor por si llegan los señores y encuentran al desconocido en el tejado.

Estos detalles los repetirá, asustada y confusa, la buena mujer un tiempo después en su declaración ante la policía, cuando la autoridad le pida cuentas

de su relación con el anarquista Manuel Falguera Soto, al que acogió durante unas semanas en la portería que regenta. El resto de los Ingobernables también pasan escondidos en distintos lugares las semanas que siguen a la muerte de Ricard Torrents.

Porque, al parecer unas horas después del golpe, se encontraron en el cruce acordado los cuatro -Pau, Díaz, Manuel y el Murciano, ¡ya que Enric se había largado en automóvil!-, para comprobar que la acción había sido un éxito, y a partir de aquella tarde del domingo 25 de mayo, difuminar con astucia su rastro. Es de suponer pues, que siguieron al pie de la letra unos posibles planes de Enric, el cual, en su papel de jefe de la formación, había propuesto dispersarse inmediatamente por la ciudad para borrar pistas, marchando cada uno hacia un barrio distinto de la abigarrada Barcelona, donde dejar pasar el tiempo en un discreto retiro individual para que nadie les relacionara ni les viera juntos. Habían actuado a cara descubierta y eso les obligaba a extremar las precauciones hasta el punto de que incluso el Murciano las siguió a rajatabla.

Las tabernas y los antros donde se apuesta y se bebe las veinticuatro horas del día, repletos de mujeres de vida triste con sus chulos, de traficantes de todas clases, de clientes de cualquier mercancía prohibida y jugadores insomnes, sin tregua ni resuello, fueron el refugio ideal para el Murciano; mientras, Pau era acogido por una familia de naturistas vegetarianos que, alejados del mundo y perdidos en los bosques de Collserola, criaban media docena de hijos en estado semisilvestre; por su parte, Díaz desaparecía con su intermitente mujer navegando en la barquichuela de pesca de un cuñado, que le servía de vivienda además de procurarle un sustento mínimo.

Enric, en cambio, pasó todo el tiempo en un almacén de la Barceloneta, protegido por compañeros que, entre las cargas que llegaban de los muelles, tenían habilitados escondrijos que habían llegado a ser incluso más confortables que algunas de las viviendas estrechas tan habituales entre los obreros. No se dejó ver por nadie, hasta que una mañana a mediados de julio tuvo un inesperado encuentro.

Después de tantos días, puede que guiado por el honor del deber cumplido con que pretendía borrar la voz que a todos nos dice la verdad desde un rincón de la conciencia, decidió ir a visitar la tumba de su hermano Isidre, como si quisiera contarle todo lo que había hecho por él. Estuvo un rato de pie ante el muro sin nombre tras el cual se encontraba Isidre, mirando al vacío impreciso, como buscándole, hablando en silencio y contándose a sí mismo los avatares que se habían sucedido en tan poco tiempo desde su regreso del servicio militar. Al rato, más tranquilo pero también más triste porque el recuerdo siempre levanta las ampollas del alma, decidió salir del camposanto. Y allí tuvo lugar el inesperado encuentro que ambos recordaron muchas veces y que ella refirió años después.

Cuando la vio venir, con el ramo de flores en la mano, ya era tarde y no pudo esquivarla. Se miraron un instante, él bajó los ojos sombríos, pero ella se paró a poca distancia, buscándole en su memoria hasta localizarle.

-Tú eres el hermano de Isidre, el sindicalista al que mataron, ¿no? -le observa con unos ojos de belleza triste, buscando un poco de compañía que mitigue la amargura.

Sorprendido, no sabe qué decir y contesta con una afirmación casi inaudible.

-Vengo a dejar estas flores en la tumba de mi padre, que también...

Eulàlia ha dado a entender que los dos son víctimas de una misma situación triste y absurda que les une. Pero él no lo comprende y se siente incómodo, muy incómodo.

-Lo siento... -tartamudea, sin atreverse a mirarla-. Tengo que irme...

Enric sigue su camino, pero nota a su espalda los ojos de aquella mujer, que le mira alejarse. Y el hombre se lleva la imagen de Eulàlia Torrents clavada en su conciencia, el recuerdo de un bello rostro que el dolor del cual él es culpable, no deforma ni empaña.

Pasados, pues, esos avatares, al cabo de unas semanas, a finales de julio, empujados por la rabia que les produjo enterarse el día 19 del asesinato del compañero Pau Sabater, el Tero, miembro destacado de la CNT, los cinco se

reencuentran en el escondite de la calle Laurel, donde habían llegado dando varios rodeos y por separado.

El rencor causado por la noticia que les ha reunido no impide que se alegren de volver a estar juntos y recordar el éxito de su acción contra Ricard Torrents. La única salvedad respecto a lo previsto, y lo repiten comentando la sorpresa con risas y abrazos, había sido que Enric acabara huyendo de la iglesia con el cochazo de los Torrents. Por eso, cuando le ven aparecer el último, ya entrada la noche y a pie, se extrañan. Y se sorprenden todavía más al notarle taciturno y poco hablador.

-Después de todo -ríe Díaz-, ¿para qué quería ya Ricard Torrents coche o chófer?

-¿Y dónde lo has metido? -Pau pregunta curioso.

-Está escondido a buen recaudo -dice Enric, misteriosamente, sin dar más pistas-. No lo encontrarán nunca.

-No lo habrás tirado al mar... -teme el Murciano-. Porque no solamente vale más que cien noches de juerga sin tregua, sino que hasta nos podría ser útil...

-¡A mí me volvería loco poder entretenerme con esa preciosidad de máquina!

Manuel lo ha dicho dejando los ojos en blanco, como quien confiesa un sueño imposible.

Pero después de este primer momento de euforia, tras saborear su éxito y confirmar que todo ha salido tan bien gracias a la perfecta planificación de Enric, y que, a pesar de lo que el Murciano llama «la misa de los tiros», nadie ha sufrido ni tan siquiera un rasguño, llega la cena que Pau ha preparado y el silencio se adueña de la sala, quizás porque todos piensan en el asesinato del Tero, aunque nadie quiere hablar de ello. Es en ese momento cuando Manuel recuerda las palabras de aquella lectura con que entretuvo las horas de escondite en el tejado, y las pronuncia en voz alta:

-El silencio es el inseparable compañero de la muerte...

-¿De dónde has sacado esto? -pregunta Enric.

-¡Ya puedes pensar! -Díaz ríe-. ¡De uno de sus libracos!

-¡Quien seguro que ahora está en silencio y no dice ni pío es el extinto Torrents! -el Murciano bromea para esquivar la reciente muerte del Tero y pasan un rato hablando del funeral que nadie en Barcelona pudo evitar conocer a través de los periódicos.

-¡Parecía que hubiera muerto el rey! -Pau exagera-. ¿Visteis las esquelas enormes de las portadas en La Vanguardia y el Diario de Barcelona?

—Sí, pero ahora, a las pocas semanas, ya habéis visto cómo han reaccionado...
-Enric reflexiona en voz alta.

Pau Sabater sobrevuela la sala y produce un nuevo silencio. El Murciano tose para disimular su tristeza.

-Pero hay que seguir adelante -dice Manuel-, y si es cierto lo que decía el poeta de que «el silencio es el inseparable compañero de la muerte», lo mejor será recordar al Tero con respeto y vengarle.

-Sí, y dejarse de frasecitas... -a Díaz le disgusta la solemnidad repetida-. Nosotros lo decimos más claramente: «El muerto al hoyo y el vivo al bollo».

-Pues eso: ¡al bollo!, que nosotros estamos bien vivos -el Murciano se ha dado cuenta del silencio taciturno de Enric-. Dejemos en paz a los muertos... ¡Que los muertos están en silencio ya lo sabemos!

-No -Enric responde, como si pensara en voz alta-. El silencio es lo que les dejan a los vivos...

El Murciano reacciona y se dirige a Manuel:

-Oye, tú, ¿no tienes un libro que hable del baile o de la risa o del vino tinto, por ahí?

-Llevas razón -Pau también ha observado el aspecto sombrío de Enric y a él se dirige-: Deberías estar contento: ¡hicimos justicia!

-Sí -Díaz se pone de pie y levanta el vaso para brindar-, ¡por fin vengamos a Isidre! ¡Y pronto habrá que vengar al Tero!

Se levantan todos y obligan a Enric a alzar el vaso y beber. Lo hace, poco convencido, pero intenta sonreír al ver a sus compañeros tan alegres.

Manuel propone otro brindis enseguida, para que el vino borre el dolor que no tiene remedio y alegre el reencuentro:

-¡Por la lucha y por los Ingobernables!

—¡Sí, por los Ingobernables! ¡Hoy hasta yo beberé un trago! -dice Pau.

Todos ríen y aparentemente borran la mueca de insatisfacción que del rostro de Enric ha pasado a su conciencia, donde se mantendrá aparcada durante un tiempo, porque ahora bebe y vuelve a llenar el vaso otra vez para contentar a sus amigos, con la esperanza de contagiarse de su optimismo y, sobre todo, de borrar el gusto amargo de una venganza que, pasado el primer momento, lleva un tiempo repitiéndose que no ha tenido más remedio que ejecutar.

Pronto hará dos meses desde que se produjera el asesinato de don Ricard Torrents, y el local del Club de Cazadores es un lugar casi multitudinario de encuentro que, como la historia confirmará, no tardará en convertirse en la sede del Sindicato Libre. Es lógico, pues, que en el salón donde los socios suelen reunirse a leer los periódicos y a discutir de sus problemas mientras toman una copa, se encuentre uno de sus más destacados miembros, Gregori Torrents, al que sus amigos y consocios se complacen en escuchar porque cada día habla mejor y más claro de lo que les angustia a todos.

La CNT ensucia el buen nombre de Cataluña. Se hacen llamar sindicato único. ¡Qué malintencionada ironía! Como si todos tuviéramos que comulgar con sus ideales ateos, anarquistas y destructivos...

Los presentes le escuchan con atención. El local se ha llenado, porque los socios habituales tenían la consigna de asistir acompañados a la reunión, que Gregori ha convocado aconsejando a los fabricantes e industriales que invitaran a algunos de sus trabajadores, «los que sean de su confianza», para ensanchar su círculo de influencia. Este es el motivo por el que la asistencia de hoy es tan heterogénea: hay obreros felices de haber sido invitados a codearse con gente tan importante, industriales, hombres de negocios y personajes de difícil adscripción. En primera fila, por ejemplo, está el subinspector Orellana,

al lado de un hombre discreto, con un sombrero marrón en la mano y el bigote muy bien recortado que, más que escuchar al orador recorre la sala con sus ojos vivos, reconociendo rostros y memorizando desconocidos, con vistas a posibles encargos de trabajo.

Es absolutamente necesario, pues, que, de la mano de los auténticos trabajadores, de los obreros honrados, nazca un auténtico sindicato, el Sindicato Libre que ya se está empezando a gestar, que acogerá a los que aún conserven los valores tradicionales heredados de sus padres y de sus abuelos, a los que creen en Dios nuestro señor y respetan los mandamientos de nuestra Santa Madre Iglesia.

Los presentes asienten con la cabeza, al mismo tiempo que algunos exclaman:

-¡Sí, señor! ¡Muy bien! -iniciando unos posibles aplausos que Gregori acalla con un gesto para proseguir.

-Entre nosotros, hoy, se encuentran algunos de los obreros que, hartos de la esclavitud a la que les han sometido los anarquistas, se han atrevido a liberarse de ellos para empezar a plantar la semilla de este árbol que ha de dar una savia nueva a la industria catalana y a las relaciones entre patronos y trabajadores.

Ahora sí, los aplausos ya son inevitables, porque Gregori está señalando hacia una esquina de la sala, desde donde saludan unos cuantos obreros a los que está presentando el orador entre los que destacan Ramón Sales, antiguo miembro del Sindicato Mercantil de la CNT, Jordi Bru, Domingo Farré y Juan Laguía, que dentro de unos meses será el secretario general del Sindicato Libre auspiciado por el Partido Carlista, bajo el patrocinio de destacados miembros de la Iglesia católica y de las asociaciones de empresarios.

-Amigos -continúa-, ya sabéis que mi padre fue asesinado a la salida de la iglesia. ¿Queréis un mensaje más claro? Los miserables anarquistas, las sucias ratas de cloaca de la CNT, odian a los cristianos y a la gente de orden. ¡Carlistas de Cataluña! ¡Empresarios y trabajadores decentes! ¡Hemos empezado a reaccionar! ¡Cargad vuestras pistolas! ¡Vengaremos a nuestros mártires sin excepción! ¡Ojo por ojo!

Ahora sí. Ahora todos se han puesto en pie para aplaudir con fervor el discurso de Gregori, que recibe abrazos y elogios de todos lados. Los obreros presentes le estrechan la mano y los empresarios se acercan a él para confirmarle su disposición a pagar lo que haga falta, con tal de acabar con la plaga de huelgas, amenazas y atentados. Gregori les asegura el éxito de la iniciativa que quedará en manos de los antiguos anarquistas pasados de bando que ha presentado. Todo son felicitaciones, palmadas de camaradería y aplausos. Orellana también aplaude, así como el hombre que, a su lado, deja el sombrero de ala ancha sobre la silla para hacerlo.

Al rato, los grupos se dispersan. Algunos se marchan, otros piden una nueva bebida y forman corros donde siguen comentando las palabras de Gregori, quien, discretamente, ha buscado una mesa en un rincón, a la que enseguida se acercan Orellana y el otro hombre. Antes de que lleguen, Torrents mira a su alrededor y ve al chico limpiabotas que entra en la sala.

-¡Eh, tú! -chasquea los dedos para que se acerque-. Que queden bien limpias.

Cuando el limpiabotas se ha agachado, Orellana y el otro ya están sentados junto a Gregori.

-Ha sido un gran discurso -dice Orellana-. Y la alusión a la muerte de su padre ha conmovido vivamente a todos, nos ha llegado al corazón.

-La verdad es que me siento responsable. Hemos cometido errores -contesta Gregori.

-Se hizo lo que se tenía que hacer -sentencia Orellana-. Isidre Serra tenía que desaparecer. Como después desapareció el tal Pau Sabater...

El hombre que les acompaña asiente con un gesto seco, mientras sonríe.

-Por supuesto -confirma Gregori-. Isidre era un peligro para la fábrica. Volvería a dar la orden una y mil veces. Aunque mi pobre padre, sin saber nada, sea quien ha pagado por ello...

El chico que limpia los botines a Gregori Torrents ha dejado de mover el cepillo unos instantes. El hombre del bigotito es el único que se da cuenta y le mira fijamente, como si quisiera copiar su rostro en la memoria. Al notarlo, el

muchacho disimula y vuelve a lustrar con más fuerza, sintiendo la mirada inquisidora del feroz desconocido clavada en su cogote.

-Pero nos confiamos y esos anarquistas demostraron tener más recursos de lo que creíamos. No fui capaz de proteger a mi padre, que murió ignorándolo todo, el pobre...

-¿Has terminado? -más que preguntar el hombre del bigotito le ha gritado con hostilidad al limpiabotas, mirándole con los ojos encendidos.

-No, señor. ¿Desea que limpie las tuyas cuando acabe?

-¿Qué te pasa con el chico? -le pregunta Orellana, sor-prendido por el grito.

-Nada... -contesta el otro, irritado.

—Ya está bien, toma —Gregori Torrents se levanta y lanza una moneda al aire para que el limpiabotas la coja-. ¡Vámonos!

Los posibles remordimientos que Enric mostró la noche del reencuentro van desapareciendo, cuando vuelve por el Ateneo, donde encuentra a Eusebi. Se diría que un velo de olvido permite cierta normalidad. Cada uno de los Ingobernables ha vuelto a sus antiguas tareas en un tiempo de espera que no tardará en acabar. El sindicato ha proporcionado a Enric una discreta ocupación de vigilante en uno de aquellos almacenes de la Barceloneta en que estuvo escondido, Manuel se dedica a la mecánica tanto como a la lectura, el Murciano, a la recogida de trastos y a la compraventa de todo, Díaz, de nuevo a la pesca y Pau, a sus lenguas universales y sus betunes... Y, como se acaba de relatar será precisamente Pau quien rompa la frágil tranquilidad que Enric cree haber conseguido, porque, después del servicio que acaba de hacer limpiando los botines a Gregori Torrents de la Sociedad de Cazadores, no puede disimular un gesto preocupado, que su silencio hace aún más evidente.

-¿Se puede saber qué te ocurre, chaval?

El Murciano se ha puesto a limpiar unos berros a su lado y le habla bajito, porque sabe que al chico le disgustan las conversaciones a gritos. Cuchichean unos minutos, hasta que Manuel y Enric les interrumpen.

-¿Qué secreteos son esos?

-Venga... Díselo -el Murciano anima a Pau para que hable.

-Veréis... Hoy he estado limpiando los zapatos a los carcamales de una guarida de carlistas que se llama la Sociedad de Cazadores. Allí estaba Gregori Torrents, dando un discurso que enseguida os contaré. Bien, la cuestión es que después, hablando con uno que es policía o confidente, no sé, ha dicho bien claro que el asesinato de tu hermano Isidre lo encargó él, y no su padre. Parece ser que el viejo Torrents ni siquiera sabía nada.

-¿Qué dices? -Enric ha dado un salto en la silla.

-No te apures, da lo mismo uno que otro -Díaz quiere tranquilizarle.

-Sí. Todos son iguales -dice el Murciano-. Pero lo más grave e importante es a quién más viste allí y lo que se cuece...

Y Pau les cuenta que en aquella reunión participaban algunos antiguos militantes de la CNT, y les habla del sindicato servil que los capitalistas están organizando con la colaboración de aquellos traidores.

Pero Enric ha quedado aturdido por la noticia sobre el asesino de su hermano. No puede dejar de pensar que ha matado a un hombre inocente que ni tan siquiera supo nunca que alguien de los suyos tramaba eliminar a Isidre. La venganza tiene cada vez un sabor más agrio, que le recuerda el olor pútrido, la humedad empalagosa de las flores con las que se acompaña la muerte, que se pegan al olfato y a la garganta, y que no hay manera de sacarse de encima ni bebiendo ni fumando sin parar. Y aquello, junto a la imagen de Eulàlia Torrents, subrayando el error con su mirada de dolor amable en el cementerio, le pesa tanto en el estómago que le hace un nudo que apenas le permite respirar y le hunde en un estado de ánimo taciturno y apesadumbrado durante muchos días.

ESPIRAL SIN TREGUA

No se lo ha propuesto, se ha encontrado allí conducido por la inconsciencia. Quienes le han visto lo recuerdan con toda nitidez y no tienen ninguna duda en afirmar que sí, que es Enric Serra quien camina con el semblante obcecado, como si una vieja quimera le empujara. Aunque la verdad es que sin planearlo ha llegado hasta las Atarazanas, desde allí ha cruzado la Rambla de Santa Mónica ignorando el bullicio y en un momento se ha sumergido en las viejas calles estrechas de su barrio, por las que, como en todos los mediodías de aquel final de verano que mantiene el ambiente todavía impregnado de sudor pegajoso, se mezclan voces y olores, discusiones y comidas, aromas y canciones que llegan al paseante desde todos los rincones. Ha respirado intensamente, con fruición, para llenar el pecho de aquel aire que siempre será su aire, pensando que iba a servirle para borrar los malos recuerdos y limpiarse por dentro. Y aquellos ruidos, olores, gritos, cantos, quejas, golpes y risas que traspasan puertas y balcones se le antojan la vida, la auténtica vida, lo más parecido a la única felicidad posible para un hombre como él; pequeña, oscura, anónima y hasta triste, sí, pero ahora preciosa, inalcanzable, por la carga de culpabilidad y la espiral sin tregua de dolor y muerte en la que se encuentra inmerso. Pero nadie puede huir de sí mismo.

Pasa rozando los muros de Santa María del Mar. Sus dedos recorren las piedras que tocó de niño, cuando sus manos, inocentes, no estaban manchadas de sangre. Tuerce por las callejuelas que rodean el mercado del Born. Un sexto sentido del que no es consciente evita que se acerque a los puestos de frutas donde podría ser reconocido por casi todos, ya que muchos de los antiguos amigos de la infancia sobreviven con el trasiego de carretas y bultos, ahora que las fábricas dan menos trabajo. Algunos incluso buscan entre los desechos de los puestos alguna verdura o una pieza de fruta aprovechable

para llevar a sus casas. De lejos les ve, creyendo pasar desapercibido, pero no puede escapar a las inevitables miradas furtivas que acechan tras las cortinas y que identifican al «hermano de Isidre» o al «cuñado de Raquel», a la que, por cierto, no ha vuelto a ver desde hace ya meses, pero que sabe que se apaña viviendo en la que fue su casa, donde acoge algunos huéspedes que le dan para ir tirando. Esa es la información que le ha llegado a través del siempre atento Pau, a la que el Murciano una vez añadió su inevitable comentario, insinuando que «le dan para ir tirando y para consolarse...», con su malicia siempre a punto. Pero sea como sea, aquellas vidas sórdidas son más vidas que la suya, siempre huyendo con la conciencia intranquila, sabiéndose culpable, sin presente ni futuro.

Lleva varios días dándole vueltas a esa sensación de fracaso, vacío y aseó que le empuja a salir, a vagar por los rincones discretos de la ciudad donde cree que nadie va a reconocerle, respirando lo que llaman el aire libre, para acabar siempre frente al mar, pasados los tinglados del puerto o en la arena de la playa de la Barceloneta. Por eso hoy ha salido otra vez del escondite de la calle Laurel y se ha echado a andar sin rumbo fijo hasta llegar al barrio. Para huir de un presente vacío que le condena a un futuro todavía más vacío. «Salgo a dar una vuelta. Necesito pensar», les ha dicho a los Ingobernables. Acostumbrados ya a su semblante taciturno, que quieren creer reflexivo, ninguno de sus compañeros le ha preguntado nada, ni Enric ha tenido que explicar que se está ahogando, que hace tiempo que ya no puede más con aquella existencia absurda, que está seguro de que su hermano Isidre tampoco la aceptaría. Porque Isidre era un luchador no un fugitivo. Luchaba, como dijo aquel día en la plaza de toros de Las Arenas, para lograr un futuro mejor, no para sobrevivir. En cambio, él, Enric, había querido ejecutar un acto de justicia, vengar su muerte, y solamente había conseguido matar a un hombre para dar más razones a sus enemigos, que ahora se revolvían. Cada muerte servía para justificar una nueva venganza. Era evidente que aquel no era el camino, que aquella espiral de muertes, seguidas de venganzas que propiciaban más muertes y nuevas venganzas hasta el infinito, el famoso «ojo por ojo» que pretendía ser justiciero, no era más que una justificación del sinsentido. ¿No hay otra manera de vivir?

Ha andado un buen rato. Los pasos que marcaban el ritmo de su desazón le han llevado hasta más allá de los muelles y ahora se detiene, con la pregunta en los labios, en la playa de la Barceloneta, porque la arena vuelve de nuevo a evocarle las tardes larguísimas de juegos infantiles, las persecuciones inocentes, las volteretas, el sudor de una vida intensa que entonces, de niños, parecía inacabable, un futuro posible, un mundo abierto, como esa imagen del mar que se muestra ancho, con todo su azul infinito, abierto como un paisaje de esperanza que puede borrar toda la tristeza, en el que tiene que ser posible abandonar la podredumbre, ahogar ese agrio sabor que lleva pegado a la garganta y que le hace culpable. Hipnotizado por el lento ir y venir de las olas, se ha acercado a la orilla y ya hace un rato que está sentado con los ojos fijos en un punto impreciso del horizonte azul que le absorbe durante no sabe cuánto tiempo.

-Hola, chico...

La voz familiar del Murciano le despierta del sueño que no hubiera querido abandonar jamás.

-¿Qué haces tú aquí? -Enric está molesto-. ¿Me has seguido?

El otro no le contesta. Se sienta a su lado y en silencio lía un cigarrillo con parsimonia. Después lo enciende y se lo pasa. Enseguida enciende el suyo sin decir ni una palabra. Fuman los dos en silencio, hasta que, al cabo de unos minutos, Enric vuelve a preguntar:

-¿Qué quieres?

-Estar un rato aquí, contigo -susurra el otro.

-¿Para qué? Estoy cansado... ¿Podéis entender que esté cansado de todo?

-En Murcia -empieza a decir por toda respuesta-, donde yo nací, éramos tan pobres que no sabíamos ni que existía el dinero -exageró, soltando una breve risa sarcástica-. Así que todo el que podía trabajaba, tuviera la edad que tuviera, aunque fuese para ganar una miseria. Mi hermana pequeña, de diez años, y yo estábamos un día en la huerta, donde nos habían contratado a jornal de explotación con unos cuantos miserables más para coger tomates. El

sol del mediodía partía las piedras y la niña me dijo que estaba cansada y se sentó. Tomó del capazo uno de los tomates que acababa de coger y le clavó un mordisco. El capataz la vio y le pegó con su vara, chillándole que era una ladrona porque se comía un tomate que no era suyo de entre aquellos miles que había en la huerta.

El Murciano hace una pausa y le pega una calada larga al cigarrillo. Después lo apaga hundiéndolo en la arena. Enric le escucha, cuando prosigue.

-No pude contenerme al verla llorar. Me abalancé sobre aquel malnacido y le estrangulé allí mismo. Yo tenía diecisiete años. Nunca más he vuelto por allí ni he visto a nadie de mi familia. Desde entonces ando huyendo sin rumbo, de acá para allá... -mira a Enric y le da una palmada en el hombro-. Durante muchos años creí que aquel día, en la huerta, me había movido por un sentimiento de venganza, por un instinto animal. Pero no era así. La verdad es que me rebelé contra la injusticia y la explotación, contra el poder inhumano, malvado, mucho más salvaje y animal que yo. Me rebelé contra el hambre, contra el dominio del fuerte. Y sé que esta rebelión tiene sentido, que debemos luchar para que las generaciones que vengan detrás tengan un futuro que nosotros solamente podemos soñar.

-Pero tiene que haber otro camino que las pistolas... -Enric piensa en voz alta.

-No nos han dejado otra salida... -contesta el Murciano-. Hay cosas que no se pueden solucionar hablando, sobre todo cuando hay quien no quiere hablar, Enric. Mira lo que le ocurrió al pobre Tero... Pues hoy, finalmente, se ha hecho un poco de justicia y un grupo de compañeros ha acabado con el cabrón de Bravo Portillo.

-Me alegro, claro... ¡Hasta que ellos devuelvan de nuevo el porrazo! ¿O es que crees que eliminando aquella rata se acaba la infección? No. ¿No te das cuenta? ¡Nunca se va a acabar! Ellos ojo por ojo, nosotros golpe por golpe... ¿Hasta cuándo? Isidre y yo también pasamos hambre y empezamos a trabajar de niños, como todos. Y después de su muerte, no hace falta que te diga que yo siempre seré un anarquista, pero no tengo la fuerza ni el espíritu de Isidre ni el tuyo... ¡Dadme una tregua! Yo no puedo soportar más el peso de la pistola...

Le ha dicho esto mientras sacaba la pistola de su hermano para dejarla en la arena, entre él y el Murciano, que la recoge con un gesto abatido. Sin dar tiempo a que el otro hable, Enric se pone en pie y añade:

-Te acompañaré hasta el escondite. Antes de irme quiero despedirme de los chicos...

-¿Hoy no vas a guardar el almacén?

-No, le diré a Eusebi que busquen a otro.

-Y ¿adonde irás?

-No sé... Puede que me embarque...

Cuando echan a andar, el sol va cayendo lentamente. Bordean los muelles y el puerto hasta la estación y pasan muy cerca de la fábrica de los Torrents. Andan en silencio. Una momentánea ráfaga de frescor anuncia, premonitoria, el fin del buen tiempo y quizás la llegada de futuras tormentas. Ya se han dicho todo lo que tenían que decirse y ni uno ni otro intentan convencerse de nada, ni trazar nuevos planes. Y es mejor, porque no pueden ni sospechar que en el mismo instante que ellos han echado a andar de vuelta al escondite del Poble Sec, todo lo que han hablado hace un rato frente al mar y lo que pudieran haber imaginado para el futuro se ha convertido en imposible.

El periodista Alberto Durán, un novato de Publicidad que luchaba por ganarse un puesto en la redacción, quiso contarle, pero la crónica que tenía intención de escribir nunca pudo llegar a publicarse por dos motivos. Primero, porque la censura no le hubiera permitido pasar sus notas a limpio y convertirlas en una información que probablemente encendería todavía más los ánimos de aquella primera semana de septiembre de 1919. Y segundo, porque había resultado inevitable, por el carácter público de los hechos, que la primera página y las principales secciones de los periódicos del día siguiente no se ocuparan de otra noticia que no fuese el atentado ocurrido ante el número 369 de la calle Córsega, que aquella mañana había acabado con el ex policía Manuel Bravo Portillo, responsable y organizador, entre otros, del asesinato de Pau Sabater, más conocido como el Tero, presidente del sindicato de tintoreros de la CNT. Este hecho arrinconó, convirtiéndolo en un «breve»

insignificante, el intento de artículo que el joven aprendiz de reportero había titulado en sus apuntes con el rimbombante título cinematográfico de «La matanza de la calle Laurel».

Es por esas notas, perdidas entre los montones de papeles guardados en un cajón del escritorio, que sus herederos vendieron al derruir la vivienda, por las que se puede reconstruir con cierta fiabilidad lo que sucedió. Es cierto, sin embargo, que en la crónica que escribió se notan las dotes de guionista de lacrimosos seriales radiofónicos de que haría gala Durán más adelante, en la década de los cuarenta. Unas dotes que le empujaron a crear una ficción muy característica del arte dramático popular con que había de ganarse el sustento en los años venideros. De modo que convirtió sus notas para la crónica, de la cual el resumen que se ofrece pretende conservar el tono y algunas expresiones curiosas, en lo más parecido a unos apuntes para una novela, recreando la acción e insinuando incluso algunos breves diálogos. Decía su texto:

Pasadas las ocho de la tarde del día 5 de septiembre de 1919, un coche negro llegó hasta la esquina de las calles Laurel y Castillejos en el suburbio de La Fransa. Bajaron de él tres hombres que se dirigieron sigilosamente hasta la escalera que daba al número 14, un semisótano que no parecía habitado.

Pero lo estaba. En aquellos momentos, Manuel Ruiz se encontraba en el comedor, tumbado en un camastro desvencijado leyendo un libro, mientras José Díaz limpiaba unas cacerolas en el fregadero. Quizás a causa del ruido de los cacharros que removía Díaz, ninguno de los dos se dio cuenta de que alguien se movía detrás de la puerta, intentando abrirla. Al no conseguirlo al primer intento, para aprovechar el efecto sorpresa, los tres decidieron pegarle una patada e irrumpir en el pequeño comedor. Díaz fue el primero en reaccionar y también fue a él a quien primero vieron los inesperados e indeseados visitantes, por lo cual recibió una lluvia de balas que no le dio ni tiempo a saber qué estaba pasando. Quien sí pudo reaccionar fue el otro, Manuel, que se

encontraba justo tras la puerta y, al no ser visto por los asaltantes en un primer momento, tuvo unos segundos para buscar su pistola y dispararla sin saber dónde buscar un blanco seguro, aunque por azar consiguió herir en el brazo a uno de los atacantes, antes de que los otros dos le cosieran a balazos, haciendo saltar por los aires hasta el libro que estaba leyendo. Las hojas quedaron desparramadas por el suelo. Los cacharros de la cocina habían caído del fregadero y una tapa de olla todavía rodaba empujada por la inercia, cuando el que se diría que era el cabecilla del grupo se acercó a los dos cadáveres y los movió con la punta del zapato.

-Están muertos, Ramón... -le dijo uno, guardando ya su pistola.

Pero el jefe, que a pesar del calor de aquel septiembre veraniego llevaba un sombrero de fieltro marrón de ala ancha, sonrió torciendo el bigotito, flexionó el brazo con lentitud y lo estiró despacio, apuntando, guiñando un ojo, como quien ensaya teatralmente en una competición el tiro más certero, para disparar dos balazos en medio de la frente de cada uno.

-Ahora sí están muertos -contestó sin dejar de medio sonreír con su mueca.

Después se interesó por el herido, ordenó al otro que le ayudase a llegar hasta el coche, dio una última ojeada al local, pegó una patada a una silla y salió tras los dos que ya le esperaban con el motor en marcha.

Nadie oyó ni vio nada. No hubo testigos. Y hasta muy entrada la noche la policía no tuvo noticia de lo ocurrido, gracias a que el sereno, en su ronda, se fijó en que la puerta del semisótano estaba abierta de par en par, entró y se encontró los dos cadáveres tumbados junto a la pared, pálidos, con los ojos abiertos por un espanto tardío y un agujero en la frente cada uno.

Nadie, ni, por supuesto, Enric y el Murciano, leerá jamás las notas del aprendiz de periodista Durán, y por lo tanto tampoco sabrá que, desde el primer momento, en las redacciones de los periódicos se ha decidido silenciar aquellas muertes, para no caldear todavía más los ánimos de los obreros y que la opinión pública no crea que la policía o los pistoleros -o los policías pistoleros- han empezado una ofensiva general contra los sindicalistas a causa de la ejecución de Bravo Portillo. De hecho, todo el mundo asegura desde hace tiempo que el asesinato del Tero fue obra de los hombres que él dirigía, con el dinero de algunos industriales y el beneplácito y la colaboración activa del gobernador civil Jaime Milans del Bosch.

Sin embargo, ellos, Enric y el Murciano, se encuentran con este otro atentado que no saldrá en los periódicos, pero que les concierne más directamente. Han llegado a casa cuando el sereno todavía no ha pasado por la calle Laurel y no han atendido al extraño silencio lúgubre y premonitorio que domina la escena. Pero enseguida, en el mismo instante de cruzar el umbral, la estampa de desolación que encuentran les enmudece.

El Murciano, con los ojos que se le saltan de las órbitas, se lanza apresurado a buscar algún signo de vida imposible en el cuerpo de Manuel, al que toma en brazos sin tener en cuenta que se está manchando con la sangre del muchacho. Barbotea una queja que no llega a articular. Quisiera maldecir al cielo y a la tierra, soltar todos los tacos que conoce, pero las palabras se le quedan en la garganta. Intenta gritar para liberarse del alud de dolor que se le ha venido encima en un momento, y cuando está a punto de lanzar un aullido - los labios temblándole, los ojos enrojecidos, vidriosos de lágrimas y furia-, Enric le hace callar, apagando su voz y tomando del suelo la pistola que Díaz no pudo usar.

-Hay alguien abajo... -dice.

Los dos hombres aguzan el oído y ambos creen distinguir un ruido lejano que viene del antiguo pozo de la casa, que se encuentra al final del pasillo, en la puerta del patio. Es una cavidad cegada ya hace tiempo con unas tapas de latón, donde guardan algunos víveres y municiones. Enric se acerca a la trampilla y la abre de golpe, apuntando dentro con la pistola. El Murciano le

mira de lejos, todavía con el cadáver de Manuel en brazos, y no entiende los gestos ni oye lo que dice:

-¿Qué ha pasado? Pau... Soy yo...

Acurrucado entre paquetes, tapándose la cara con las manos y sollozando, el muchacho parece no poder hablar.

-Soy yo, Pau, Enric... ¿Estás bien?

-No... No lo sé... -contesta, con un hilo de voz, temblando.

-¡Murciano, Pau está vivo!

Nadie responde, por lo que Enric convence a Pau para que salga y los dos llegan hasta donde el Murciano está intentando cubrir a Manuel con unas ropas que ha encontrado en el dormitorio. No parece verles, hasta que les tiene delante.

-Hay que enterrarle -susurra el Murciano-. Y a Díaz también.

-No hay tiempo -responde Enric-. No podemos que-damos aquí. Es peligroso.

-Hay que enterrarles -repite, mirándoles fijamente, como si les hablara.

-No podemos... -Enric teme una de sus reacciones violentas-, Díselo tú, Pau. Tenemos que marchamos...

-Dale un minuto -aconseja Pau, que parece reponerse-. Manuel era muy especial para él, aunque no lo pareciera...

Y entonces Pau desgrana lentamente la historia de la amistad entre el Murciano y Manuel.

-El Murciano y tu hermano estaban comiendo en una taberna de la calle Rosee, cuando entró un niño andrajoso a pedir limosna, diciendo que su madre había muerto y que no tenía nada. Entonces el Murciano cogió su pistola, se la puso en la mano, le miró a los ojos y le dijo: «No pidas limosna. Ve al burgués, al poderoso, y exígele lo que es tuyo». Después de eso, lo llevó a la escuela de Ferrer i Guàrdia donde se formó. Hasta que, con los fusilamientos y la represión, buscó al Murciano, que para él había sido su

salvador y decidió unirse a nosotros para combatir al enemigo. Este muchacho, ya puedes imaginarte, era Manuel. Y contaba esta historia con orgullo, siempre que podía.

Mientras Pau ha estado hablando, el Murciano ha reaccionado. Parece que acepta que la situación es irreversible. No es necesario que Enric insista. Lentamente, ha dejado el cuerpo de Manuel tumbado en un rincón, se ha quedado un momento de pie, mirándole y chapoteando en su sangre, se ha dirigido hacia donde yace Díaz, los ha puesto uno al lado del otro y ha dicho:

-Vámonos...

-Sí -Enric ha pensado muy deprisa y cree haber encontrado una salida circunstancial, que anuncia con falsa seguridad-. Por esta noche no pasará nada si nos escondemos en mi casa. Quiero decir en casa de Raquel...

Enric ha mandado a Pau a recoger todas las municiones. Él y el Murciano han cargado dos bolsas de comida y los tres han salido deprisa, dejando atrás un olor ácido a muerte y pólvora, sin cerrar la puerta.

Al cabo de unas horas, después de atravesar la ciudad con las precauciones imprescindibles, se encuentran en la que fue casa de Enric, donde vive ahora su cuñada. Y allí pasan la noche, inquietos, entre sueños sobresaltados, con la oscuridad roja de sangre metida dentro de los ojos que ya no saben descansar porque ya no hay tregua. Hasta que, a la mañana siguiente, Raquel ya ha contactado con Eusebi para que les eche una mano.

COMPRA DE VIDAS Y MUERTES

Eusebi no ha sido el único que ha oído lo que explicaba el Noi del Sucre en el Ateneo Enciclopédico de la calle del Carme, donde, como en tantos otros lugares, se ha celebrado con alegría la ejecución de Bravo Portillo cuando acudía a visitar a una de sus «amigas», pero él le ha escuchado con especial atención cuando repetía con insistencia la consigna de que todos los presentes se afanen en desmentir las calumnias que la policía difunde:

-Cuando ayer, ya de madrugada, Layret se presentó en el Gobierno Civil para conocer de primera mano la situación, temiendo, como así fue, que se desatara una ola de represión y venganzas, se encontró con una sucia y desagradable novedad corriendo por los pasillos entre funcionarios y policías, que «se felicitaban por la eficacia del cuerpo al localizar y abatir a dos de los asesinos de Pau Sabater, que, según la versión oficial de los hechos, fue tiroteado por sus propios ex compañeros, acusado de traición». Con lo que, al mismo tiempo que se ensucia la memoria del Tero, se exculpa del crimen a Bravo Portillo, rehabilitándolo después de muerto. Una vez las autoridades confirmaron al abogado esta historia de infundios y calumnias delirantes, él se apresuró a decírnoslo, para que nadie caiga en la trampa: los dos compañeros que murieron ayer en la calle Laurel a manos de los pistoleros no mataron a un Sabater confidente, como quieren que la gente crea para sembrar el desánimo. Parece ser que allí ayer se produjo un tiroteo en el que murieron dos pobres desgraciados, cuya identidad mantienen en secreto con la excusa de que la investigación todavía no ha terminado, para que nos sintamos más inseguros y cometamos algún error que ellos puedan aprovechar. Hay que salir al paso de estas calumnias pensadas para dividir nuestras fuerzas y provocarnos. Por lo cual, compañeros, y dado que nos cerraron La Lucha y todos los periódicos sufren una censura férrea, hay que explicar de viva voz,

con pasquines o a gritos a todo el mundo, la verdad: la policía se burla de la justicia y pretende que el bueno del Tero ha sido víctima de sus propios compañeros anarquistas porque, dicen, le acusaban de ser un confidente, cuando sabemos muy bien que quien le mató fue Bravo Portillo y que quien recluta y paga a tipos sin entrañas como él, que matan haciendo gala de una permisividad escandalosa, son algunos patronos de instintos asesinos.

Al poco rato de aquellas explicaciones de Seguí, que han hecho que la mayoría de los compañeros que estaban presentes saliera hacia las fábricas y los talleres para difundirlas, Eusebi ha visto entrar a Raquel, la mujer del pobre Isidre, que le andaba buscando ya hace un rato.

Y cuando la muchacha le ha contado a Eusebi lo ocurrido con Manuel y Díaz, y que lo que queda de los Ingobernables está escondido en su casa, él ha comprendido que el grupo está en el ojo del huracán y que es probable que les estén buscando para rematar la faena, como ha dicho Seguí, con la perversa intención de presentarles como los responsables de todas las muertes de anarquistas que se han producido, para sembrar el terror y la desconfianza entre los suyos.

-Diles que no se muevan de tu casa hasta que yo vaya allí -ordena Eusebi-. Buscaremos un escondite más seguro, porque si les siguen la pista a través de algún confidente, como parece, no tardarán en saber que les escondes allí.

Raquel se ha apresurado, muy asustada, a repetir aquellas palabras a Enric, que pasa el día impaciente, viendo como el Murciano se pasea por el minúsculo piso como un león enjaulado y Pau se mantiene en silencio sentado tras la ventana, sin perder de vista la calle, desconfiando de todo el que pasa.

Y eso es así, cuando todavía ignoran que, a pesar de los esfuerzos de los sindicalistas para propagar el desmentido, sus dos amigos muertos son tenidos por los responsables del asesinato del compañero de la CNT que hace poco lamentaban juntos.

Mientras los trabajadores barceloneses siguen su lucha, en la otra punta de la ciudad, la vida en la casa de los Torrents lleva meses casi paralizada, desde la

muerte de don Ricard, que ha significado una conmoción demasiado fuerte para todos.

El noviazgo de Eulàlia con Rafel sigue adelante, aunque desprovisto ya de la pasión inicial. La muchacha se ha visto obligada a reprimir su juventud y a acostumbrarse a un interminable verano de silencio y de luto riguroso, no por habitual menos exagerado, que su madre ha ordenado y su cuñada Rosa mantiene encantada, con feliz inflexibilidad. La casa, la inmensa torre de la calle Pomaret, ha pasado a ser el dominio y la cárcel de las mujeres Torrents, que comparten con los niños la extrañeza de vivir sin el patriarca, el señor Ricard, y con la ausencia forzosa de los dos hombres, casi completamente absorbidos por los avatares del negocio.

En estas circunstancias, las visitas puntuales que Rafel cumple cada dos o tres días por la tarde se han convertido en un ritual que estaría vacío de sentido si no fuera porque la muchacha espera ansiosa las noticias que le trae del exterior el periodista. De esta manera, el que apenas puede ser considerado un gacetillero de *El Diluvio*, toma ante su prometida un protagonismo singular ya que, además de la última edición acabada de imprimir, muestra unas indudables dotes de fabulador con las que se gana su atención gracias a detalladas explicaciones sobre lo que la censura recortó en la edición o lo que ni siquiera permitió publicar. Y con eso, el chico consigue robar algún beso de cuando en cuando y unos pocos arrumacos, si consiguen quedarse un momento solos en algún rincón o en el jardín, con el pretexto del calor asfixiante de este eterno verano extraño, en el que nadie; de la familia, ni los niños, parecen saber encontrar su sitio, porque la ausencia de don Ricard es un vacío muy difícil: de llenar.

Hay un detalle que Rafel guarda como un tesoro silencioso, en estos encuentros. Ya hace tiempo que la chica no le habla de Layret y la insistencia de hace unos meses para que le busque donde publicar sus escritos ha cesado, probablemente porque las circunstancias familiares han aconsejado a Eulàlia una total discreción, mientras dura el luto. Y Rafel, con el orgullo masculino de una superioridad inexistente, lo atribuye a la astucia de un consejo que le dio, parece que en el momento oportuno, recién enterrado el señor Torrents: «Un dolor tan vivo solamente puede consolarlo el silencio, Eulàlia. Lo mejor será

que dejes pasar el tiempo, antes de volver a escribir otros artículos. Necesitas calmarte, para poder pensar y exponer tus ideas claramente...». Y Rafel debe creer que Eulàlia le hace caso, confirmando de esta manera que la sumisión a la autoridad masculina es una buena muestra de que empieza a estar a punto para el matrimonio, que él piensa proponer a la señora Torrents dentro de unos meses, cuando el duelo por el padre haya empezado a mitigarse.

Pero en realidad Rafel no sabe nada. Ignora que Eulàlia, obligada a un encierro y a una formalidad que la asfixian y la contrarían, aparte de la lectura, solamente tiene una válvula de escape de la que son testigos silenciosos y discretos algunos miembros del servicio. Ellos la ven encerrarse en su habitación casi cada tarde con la orden de que nadie la moleste si no es para servirle la infusión de las seis, que toma como un descanso después de pasar un buen rato escribiendo desenfrenadamente, explicando todas sus impresiones, preferencias, ideas y sentimientos en un cuaderno personal; las cuenta para sí misma y, sin saberlo, para la muchacha que hace unos días acaba de entrar a servir en casa de los Torrents, Lidia, una joven de catorce años de grandes ojos negros que chispean de curiosidad. Durante unos meses su padre, un obrero esperantista que colgó en la esquina del comedor un bordado de punto de cruz, regalo de su mujer; que le conoce los gustos, en el que se lee «La cultura os hará libres», quiso poner en práctica esta máxima y pasó muchas noches enseñando a leer a sus dos hijas, Lidia y Blanca, «para que cuando vayáis a servir o a la fábrica nadie os pueda engañar», despertándoles así una irrefrenable curiosidad por todo lo escrito.

Es esta Lidia, pues, quien, cada mañana, al subir a limpiar la habitación de la señorita, ojea las páginas del cuaderno que Eulàlia guarda en el segundo cajón de la cómoda, en el que anota al detalle todo cuanto observa y piensa a lo largo de las infinitas horas de encierro en casa. Lidia comenta después con algunos compañeros las historias que la señorita Eulàlia escribe, y entre todos completan e inventan imaginando las experiencias de la hija Torrents, «que tiene la suerte de poder aburrirse», dice Lidia, y todos ríen.

Conocida, pues, por muchos, la existencia de este cuaderno ha resultado una ayuda preciosa para recomponer no pocos episodios protagonizados por los Torrents, dado que, por un azar realmente extraordinario, pasó intacto de

padres a hijos. Gracias a los nietos de doña Eulàlia Torrents, los señores Eduardo y María de los Ángeles Rossell Fernández-Acebedo, que guardan el diario de la indiscreción, se conocen algunos de sus fragmentos y páginas reveladoras, a los que ellos no les hicieron ningún caso al ver que estaban escritos en catalán.

Estos son algunos de los apuntes de la joven Torrents, escritos durante aquellos días de obligado recogimiento y soledad.

Esta mañana me he levantado entre melancólica y airada. En mi interior, como tantas otras veces, siento luchar dos polos opuestos que me mantienen inquieta, aunque a ratos esté a punto de rendirme, vencida por la mórbida placidez del ambiente familiar, que desde la muerte de papá es más apagado y sórdido cada día.

Llevada por esa sensación de soledad íntima, he buscado refugio en los libros, como muchas otras veces. ¡Pasan tantas cosas más allá de los muros de la fortaleza cárcel de los Torrents! Pero todas me están vedadas, por mujer, por joven, antes por ser hija y ahora hermana de quien soy; por ser Torrents, en suma. No me queda, pues, otro remedio que pasearme por la casa evitando la detestable costumbre establecida por el duelo de quedarme, como se supone que deben hacer las mujeres Torrents y hacen mi madre y mi cuñada, suspirando tras los ventanales o deambulando en un silencio vacío, como si estas acciones absurdas mantuvieran viva la figura irrecuperable de papá, que era severo, sí, pero por lo menos era inteligente y, sobre todo, algo más divertido y mucho más listo que todos los que comparten conmigo este verano que parece eterno.

Y los libros son la única ventana auténtica abierta a la vida, que siempre discurre desgraciadamente lejos de esta cárcel. Buscando libros, pues, y dejándome vencer por la añoranza, he recordado la figura distinguida de papá encerrado en su enorme despacho, al que desde pequeña entraba, saltando y riendo cuando salía del colegio, para encontrarle a él sentado en la butaca que mira a los ventanales, leyendo los periódicos o simplemente descansando en silencio, como alguna vez le había sorprendido. Y me he sentado en su sitio, intentando ver lo que él veía hundido en su cómodo sillón, tras el cual parecía

escondirse, porque desde la puerta no se podía saber si estaba allí o no. Me he quedado así durante un buen rato, recordando episodios infantiles, escondida también de cualquier curiosidad, en silencio, respirando suave porque, si alguien entraba y me preguntaba qué estaba haciendo allí, no hubiera sabido contestarle nada que satisficiera a cualquiera de los miembros de mi familia, tan poco propensa a mostrar sentimientos como la nostalgia, la tristeza, el placer de la soledad y los recuerdos dulces de una infancia feliz.

Y cuando estaba pensando exactamente eso, la puerta se ha abierto al fondo, a mi espalda, y he oído entrar a mi hermano Joan, que se dirigía a alguien.

-Pasa, Ramón, haz el favor...

-Siéntate -ha dicho Gregori, que ha debido de entrar con él.

Eran mis hermanos con una visita y he sentido vergüenza de que me encontraran allí, sin saber explicarles qué hacía. Por eso me he quedado en silencio, escondida. Debían de haberse sentado alrededor de la mesa del despacho, que ahora ocupa Joan, porque he oído el ruido de las sillas moviéndose.

-Disculpa que no te invitemos a tomar nada -de nuevo era Gregori quien se dirigía al desconocido, que yo no podía ver, acurrucada tras el alto respaldo de la butaca-, pero es que preferimos que nadie en casa sepa de nuestra conversación, para evitar preguntas.

-Comprendo.

Ha hablado el otro hombre, con una voz atiplada, que me ha hecho creer erróneamente que se trataba de un individuo enclenque, puede que hasta insignificante, con el que mis hermanos debían de tener algún negocio que la competencia no tenía que conocer.

-Pues bien -continuó el de la voz fina-. Localizamos su guarida y ayer conseguimos eliminar a dos.

-¿Y cuántos quedan ahora? -preguntó Joan.

-Que nosotros sepamos, otros dos. Un tal Antonio Jara, al que llaman el Murciano, y Enric Serra, el que desafió y mató al señor Torrents...

-Bien. No escatimes recursos. Mátalos a ellos también -Joan hablaba con una determinación desconocida hasta entonces.

-Debo decirles, además, que los dos muertos de la calle Laurel a estas horas son oficialmente los responsables del atentado contra Pau el Tero, dirigente de la CNT, porque la policía les ha colgado el sambenito, al mismo tiempo que corre la voz de que el Tero murió por traicionar al sindicato. Para eso sirven nuestros contactos...

-Perfecto, es un trabajo excelente -la voz de Gregori sonaba satisfecha.

Joan se ha levantado y ha abierto un cajón.

-Aquí está lo convenido. Después habrá más. No quiero que quede ni uno. Hay que acabar con todos, exterminarlos...

He escuchado incrédula las palabras de mi hermano Joan dictando la sentencia con un odio profundo, inesperado, y no he podido evitar ponerme en pie. He quedado quieta al fondo del despacho, en silencio, mirando a los hombres porque realmente no podía creer lo que había oído. El primero en verme ha sido Gregori, que ha interrumpido las muestras de feroz inquina de Joan, para advertirle de que yo había seguido toda la conversación.

-Joan... -me ha señalado.

-¿Qué habéis hecho? -he preguntado. Me temblaba la voz y las lágrimas nublaban mis ojos.

-No deberías estar aquí, Eulàlia -ha dicho Gregori con absoluta frialdad, como si lo importante no fuese lo que habían hecho, sino que yo lo supiera.

-No me lo puedo creer... Eres... Sois... ¡unos monstruos!

Entonces me he echado a correr para salir al jardín y perderles de vista, pero Joan ha salido tras de mí y me ha agarrado el brazo con energía.

-¡Ya no eres una niña, Eulàlia! -ha dicho violentamente, apagando la voz para que nadie lo oyera-. ¡Y mamá no tiene que saber nada!

-Pero... ¡Mírate! ¿En qué te has convertido? -le he dicho.

-¡Tú no eres nadie para juzgarme! -su mano seguía apretando mi brazo-. Esto no es un juego, Eulàlia. ¡Por el amor de Dios! ¿O es que ya no recuerdas que mataron a papá?

-Podía imaginarme esto de Gregori o de cualquier otro, Joan, pero no de ti... Déjame...

Lo he dicho con una tristeza profunda que todavía ahora me llena por dentro y me aturde. Él ha visto que me rendía al dolor y al asco de mi descubrimiento y me ha soltado. Entonces yo me he marchado. Él ha venido tras de mí hasta la puerta de la habitación en el primer piso. Me hablaba al oído, pero yo no sé qué me decía, porque me importaba muy poco. Las palabras a veces son armas traidoras tras las que se esconde la mentira, hasta que los actos las borran para desenmascarar la verdad. Y mi silencio ha borrado las mentiras con las que él pretendía justificar su atrocidad asesina.

Pero entonces, cuando hemos llegado ante la puerta de mi habitación, él ha abierto, me ha empujado hacia adentro, ha cogido la llave y ha cerrado por fuera.

-Hablares cuando te calmes y seas capaz de comprender que todo es también por tu bien... -ha dicho desde el otro lado de la puerta.

-¡No tenemos nada de que hablar! -le he gritado-. ¡Abre la puerta! ¡Tú no eres mi padre! ¡No quiero veros nunca más! ¡Nunca! ¡Tú no eres mi padre! ¡Me iré de esta cárcel de locos asesinos! ¿Me oyes? ¡Me iré!

Pero él ya no debía estar allí detrás, porque no se oía nada.

Hace un rato que ha ocurrido esto, y nadie, ni mamá, parece haberse enterado de nada.

Estoy harta de mirar por la ventana y ver al guardia paseando por el jardín en su ronda infinita. Esa es otra de las novedades que han inventado mis

hermanos: un pistolero que vigila la casa. ¿Pero a quién vigila, a los que no quieren que entren o a los que no quieren que salgan? Estoy harta, ¡harta! Definitivamente: me iré.

Aquella tarde del 8 de septiembre de 1919, Eulàlia Torrents acaba de relatar en su cuaderno el desagradable descubrimiento del despacho y, encerrada en su habitación, sin conseguir calmar sus ánimos y temiendo que sus hermanos se presenten en cualquier momento para hacerla «recapacitar», que para ella quiere decir convertirse en cómplice de unos actos detestables, decide marcharse de inmediato de aquella casa que ya se le cae encima.

Sale por el balcón, después de observar que el guardia desaparece durante un buen rato cada vez que hace su ronda tras el recodo del cobertizo del jardinero. Entonces se desliza por la cañería hasta el suelo, creyendo no ser vista, aunque desde la ventana de la cocina alguien comente:

-Ya está la niña haciendo de las suyas. No, si esta familia, desde que falta don Ricard, va de mal en peor...

Pero nadie responde a las palabras de la cocinera, que ya no se extraña de nada.

Una bolsa es todo el equipaje que Eulàlia Torrents saca de su casa. Solamente se lleva algunas joyas que le había regalado su padre y unos billetes y monedas que llegan a sumar una discreta cantidad. Quizás empujada por su orgullo y dignidad heridos, renuncia de esta manera a todo lo que la pueda relacionar con sus hermanos y las perversas acciones asesinas que llevan a cabo con la excusa de mantener las posesiones y el negocio familiar.

Cuando al cabo de un rato, Rafel ha abierto la puerta para saber quién llama de aquella manera tan desenfrenada, ha tenido una sorpresa que le ha dejado sin palabras. Encontrársela en el portal de su casa, con la bolsa de viaje en la mano, a aquellas horas, ha provocado en el chico un gesto de contrariedad, casi de espanto. Y ella tampoco puede saltar de alegría, al ver que su novio recibe su visita inesperada nervioso y con una extrañeza que roza la frialdad. El diálogo que se produce es el que Rafel explicará semanas después, cuando

todo haya terminado, a un amigo íntimo de la redacción, perplejo por lo que oye y que no dejará de preguntar con insistencia e incredulidad:

-¿Y dejaste escapar a una Torrents?

Después de un primer momento de desconcierto, Rafel escucha la atropellada historia sobre la implicación de los hermanos Torrents en asesinatos a sueldo, complicidades y oscuros complots que Eulàlia, llorando, le refiere. Intenta calmarla con caricias que la chica rechaza, nerviosa. No sabe qué decir ni qué hacer. La mira, creyendo que cuando se haya

desahogado entrará en razón, pero, cuando menos lo espera, Eulàlia le propone:

-¡Vámonos, Rafel! ¡Salgamos esta misma noche hacia París!

Es una idea propia de adolescente soñadora, que a él se le antoja increíble, casi cómica. Pero ella insiste, instándole a llevarla a cabo sin demora.

-No quiero pasar ni un minuto más bajo el mismo techo que esos asesinos que compran vidas y muertes. ¡Y cambiaré de apellido! ¡Vámonos ya, Rafel, vámonos!

-Cálmate, Eulàlia... -le dice-. No podemos irnos así como así...

-¿Por qué no? -desafía ella, obstinada.

-¿Pero qué quieres que hagamos en París?

-Seremos periodistas, Rafel. En Francia hay mujeres intelectuales, que escriben y son respetadas. Allí no tendré que ocultar que soy mujer, en los artículos que escriba... ¡Allí seremos libres!

-¡Basta ya, Eulàlia! -sin querer le ha salido un ramalazo autoritario que intenta dulcificar-. No puede ser, mujer... Ni tan siquiera estamos casados...

-¡Es lo último que me faltaba oír! -se revuelve ella.

Coge la maleta dispuesta a irse. Rafel se da cuenta de que habla en serio, de que va a perderla.

-Eulàlia, por favor, yo...

-¿Qué? -le mira con desprecio y le habla con punzante ironía-. ¿Vas a pedir que me case contigo? ¿Eso es todo lo que se te ocurre?

-¿Te has parado a pensar en tu madre? -contraataca Rafel, y se da cuenta de que ha dado en el blanco, porque ella baja la mirada con tristeza-. Dices que la pobre mujer, que todavía no se ha recuperado de la pérdida del marido, que debe de echar tanto en falta a tu padre, no sabe nada de lo que se traen entre manos Gregori y Joan. No puedes marcharte así. Ahora tu madre te necesita más que nunca...

-Estoy harta de todos ellos, Rafel...

Es una queja cansada la que susurra Eulàlia, y que indica a Rafel que ha ganado la partida. Por eso la coge del brazo con suavidad, para decirle al oído:

—Tú eres valiente, Eulàlia —le sonríe, mirándola a los ojos, que se le llenan de lágrimas-. Y mucho más comprensiva e inteligente que todos ellos... Vamos... Te acompañaré a tu casa.

ACCIÓN SORPRESA

Raquel abre la puerta con el corazón en un puño, porque nada desea más que ver desaparecer de casa a su cuñado y a los otros dos. Eusebi entra y ni parece fijarse en ella, obcecado por la urgencia y la gravedad de la situación.

-Ya sabéis cómo están las cosas, ¿no?

Raquel se aparta discretamente y se mete en la minúscula cocina apenas separada del comedor por una cortina, desde donde escucha con toda claridad la explicación de Eusebi, que les cuenta la infame acusación que corre por Barcelona sobre los asesinos de Pau Sabater. No, ellos no sabían nada y no dan crédito a lo que oyen. Pau escucha sus palabras con la boca abierta, como si fuese un cuento infantil increíble. El Murciano tiembla de rabia y se declara dispuesto a salir a matar sin tregua, mientras Enric repite «son capaces de todo, de todo...», como si quisiera convencerse de que las peores cosas todavía están por venir.

-Este es un método nuevo -dice Eusebi-, según Seguí y Layret pensado para sembrar el desánimo y la desconfianza entre nosotros, pero no debemos dejarnos vencer...

-Es terrible... -se lamenta Pau-. Contra las mentiras no existen armas.

-¡Sí! -grita el Murciano, empuñando su pistola-. ¡Las que matan al mentiroso!

-Tenéis que calmaros -Eusebi se asusta-. Lo que ahora hay que hacer es esconderos, porque seguro que os buscarán y puede que no tarden en aparecer por aquí.

Aquello es lo que Raquel ha estado temiendo desde ayer y lo que ahora, al oírlo, le hace temblar tras la cortina de la cocina.

-¿Y dónde quieres que vayamos? -pregunta Enric.

-Después de todo lo que está pasando, ¿queréis qué nos escondamos como conejos asustados? -el Murciano no se calma.

-La situación es delicada. Aparte de lo de Bravo Portillo, que tiene al gobernador Milans del Bosch hecho una furia, Joan Torrents ha invertido mucho dinero en daros caza a vosotros. Además, ya veis lo que ha ocurrido con Díaz y Manuel: el Gobierno Civil da impunidad y carta blanca a la policía y a los pistoleros. En esta situación, nuestros abogados no pueden hacer nada...

-¡No estoy hablando de abogados! -Enric explota-. Hablo de ajustar cuentas... ¡Después del cerdo de Bravo Portillo ahora toca ir a por los hermanos Torrents!

-Espera... -Eusebi intenta convencerles-. No es el momento. Hay que reclutar voluntarios, organizarse y esperar la ocasión.

-¡Esperar! ¿Esperar a qué? ¿A que acaben con todos? ¡Si nos acusan de matar a los nuestros, van a ver cuántos muertos se producen en su bando!

-¡Cálmate, Enric! -Eusebi quiere imponerse-. Tú y el Murciano estáis en la lista negra. Irán a por vosotros con todo. Por suerte tenemos una casa en el campo, una masía, Can Fité, que es un lugar seguro, donde podéis esperar instrucciones, quizás para marchar más lejos si podemos arreglar la cosa. Tendríais que llegar allí lo más pronto posible, por vuestra cuenta, quizás separados, de uno en uno, para no despertar sospechas... Es un escondite perfecto y seguro.

A pesar de las protestas del Murciano, que interrumpe las explicaciones de Eusebi continuamente, al cabo de un rato Enric y Pau consiguen situarse en el plano que el sindicalista les improvisa sobre un papel y acuerdan dirigirse allí esta misma noche.

-Vendré yo mismo, en cuanto pueda, a dar noticias de cómo están las cosas.

Les ha dado la llave de la masía y ha insistido en que se apresuren a salir, palabras que Raquel ha agradecido, a pesar de que no ha estado tranquila ni

cuando les ha visto desaparecer por la puerta con los fardos de comida y las municiones con que aparecieron ayer.

-Adiós y gracias... -Enric se ha despedido, mirándola a los ojos un momento y queriendo ver en ella algún rastro lejano del amor de su hermano.

-Adiós... Que os vaya bien... -ha respondido ella, pensando «iros ya, de una vez, y ojalá se borre vuestro rastro...».

Así, con la frialdad que más parece maldición que despedida, al atardecer del día 8 de septiembre de 1919, Enric Serra, Pau Coll y Antonio Jara, alias el Murciano, sortean callejuelas hasta llegar al paseo de Colom, que atraviesan en silencio. Un rato antes, nada más pisar la calle al salir de su escondite, Enric se ha limitado a dar un tajante «¡vamos!» tan enérgico que los otros dos han tardado un rato en preguntarle adonde les lleva. Pero él ha contestado con un misterioso «ya veréis», acelerando el paso. Ahora ya han llegado a la estación y, saltando las vías por los rincones donde hay menos luz, pasan al lado de la plaza de toros de la Barceloneta y, cuando ya están cerca de los depósitos del gas, Enric les manda esperar en una esquina solitaria.

-No os mováis. Ahora vuelvo.

Se ha metido por entre los edificios de almacenes y naves industriales que forman casi un laberinto. Ha llamado a una puerta enorme y, al cabo de un rato, el vigilante le ha abierto, saludándole efusivamente. Desaparece unos minutos hasta que la puerta se abre de par en par para dejar salir un Hispano Suiza flamante, que llega ante Pau y el Murciano, quienes, después de asustarse, temiendo que se trate de algunos de los pistoleros de la patronal, ven asomarse a Enric por la ventanilla, con una sonrisa, la primera desde hace dos días, haciendo señas para que suban.

-¡La madre que te...! -silba el Murciano, que monta por primera vez en su vida en un automóvil como aquel.

Las caras de los tres hombres se transforman. Se diría que son tres niños disfrutando del juguete que los Reyes Magos les han dejado en la puerta. Toman el paseo de Colom y lo recorren hasta el monumento, que rodean para subir por la avenida del Paral·lel, animadísima a aquellas horas, con las

terrazas llenas, un trasiego de público que lo compra y lo vende todo en medio de un bullicio inacabable de risas, insinuaciones y requiebros al que acuden gentes de todas partes, atraídas por la leyenda de un pequeño París desenfrenado a su alcance. Y la vista de las luces deslumbrantes del Moulin Rouge, el Bataclán, el Café Español y todos aquellos locales de la Barcelona noctámbula, vibrante, jugadora, lujuriosa, juerguista, viva, desbordada por la leyenda negra del vicio sin fin, llena los ojos hambrientos de unos hombres deseosos de sumergirse en el rincón más animado de la ciudad, que se mueve tras la brillantez de cortinajes y lentejuelas y que se les insinúa descarada, sensual, en cada mujer y a cada paso, para mostrarles que hay otra Barcelona para vivir, de la que ellos, hundidos en el pozo de la realidad, apenas tienen noticia y que difícilmente podrán alcanzar nunca.

-¡Párate aquí! ¡Para! -el Murciano no puede reprimirse, la mirada y todo el cuerpo desorbitados por el deseo-. ¡Bajemos a dar una vuelta! Conozco gente, por esos locales, y os aseguro que con este cochazo conseguiremos todas las copas, las mujeres y los lujos que se pueden soñar...

Soñar... Eso es precisamente lo que está haciendo él y lo que no les está permitido.

-¿Bajar? ¡Estás loco! ¿Quieres llamar la atención y que nos pelen aquí mismo? ¡Esto debe estar lleno de confidentes y policías! -Enric, el menos entusiasmado de los tres, responde alterado a la idea imposible del Murciano.

Callan. Pasan de largo. Enseguida queda atrás el bullicio deslumbrante de un mundo fugaz apenas entrevisto. Desde el asiento trasero, el Murciano maldice con la mirada la imposibilidad de liberar el cuerpo y la sangre de tanta tensión acumulada, pero no dice nada. Pau, que va de supuesto copiloto, tarda un rato en darse cuenta de que Enric no está siguiendo el camino que Eusebi les ha trazado en el plano.

-Según las indicaciones de Eusebi, para llegar a Can Fité teníamos que seguir recto y pasar por Sants, ¿no? -pregunta al conductor-. ¿Adónde vamos?

-Eusebi es demasiado conservador -contesta Enric, con toda la atención puesta en la ruta-, demasiado sindicalista. Si realmente cree que nos esconderemos

en su madriguera como animalitos asustados, está muy equivocado. Antes tenemos que hacer otra cosa...

-¿Qué es lo que te propones? -el Murciano salta, porque cree adivinar sus intenciones.

-Devolver el golpe -responde Enric tranquilamente.

-¿Pero cómo? -Pau se altera.

-Pagándoles con la misma moneda -ha aclarado Enric-. Vamos a atacarles en su misma guarida, como hicieron ellos.

—¡Bravo! -se entusiasma el Murciano-. ¡Ya tenía yo ganas de entrar en acción!

Ha dicho esto sacando su pistola y comprobando el cargador, Enric sonríe, porque estaba seguro de que se lo tomaría así. En cambio, Pau traga saliva, atemorizado, y pregunta:

-¿No estará muy vigilada?

-Tú te quedarás en el coche, Pau -ordena Enric, que ya parece tener un plan preparado-. Cuando oigas disparos lo pones en marcha, ya te enseñaré cómo. Si viene la policía, te largas, a pie, si quieres. ¿Entendido?

-De acuerdo -el muchacho ha contestado sin ningún convencimiento.

—¿Tienes miedo? -le pregunta Enric en tono afectuoso.

-Sí, un poco... -dice él sin disimular.

-Yo también -Enric le sonríe-. Siento tener que meterte en todo esto...

—Al asunto, chicos, que ya estamos llegando... -el Murciano interrumpe el diálogo.

Han parado el coche en la calle de Tetuán, unos metros más allá de la mansión de los Torrents, que parece tranquila y poco vigilada. Después de enseñarle a Pau el mecanismo de arrancada, Enric y el Murciano se han acercado con sigilo a la verja, aprovechando las sombras de la iluminación escasa de la calle. Como ya pensaban, ven que el guardia de la casa pasa a pocos metros de donde ellos

se esconden. Es un hombre vestido de paisano, no muy corpulento. Cuando le ven desaparecer al fondo del jardín, el Murciano con movimientos ágiles salta la verja y queda agazapado entre los arbustos recortados que abren el camino de grava, evitando pisarlo para que no se oigan los pasos sobre las piedras, que son los que les indican a ellos la nueva aproximación del vigilante. El hombre va fumando un cigarrillo y la lumbre le delata desde lejos, lo que permite al Murciano prepararse y pegarle un tiro en la cabeza, a bocajarro, cuando vuelve a pasar a su lado. El temor y el silencio de la noche amplifican la estridencia del disparo. El hombre se desploma. Enric se detiene unos segundos para ver si alguien se mueve, alertado, en el interior; o si hay más guardianes inesperados. No se produce ninguna reacción. Impaciente, observa como el Murciano arrastra hasta detrás de los setos el cadáver; se apodera de su manajo de llaves y después le abre la verja. Enric se apresura a reunirse con él, pistola en mano. El primer paso de la acción ya está dado.

Mientras ellos llevan a cabo estos movimientos, en el primer piso de la vivienda, Joan y Rosa hablan en la cama. Hace un momento que Rosa le preguntaba por los motivos de su discusión con Eulàlia, que según le ha dicho su marido sigue encerrada como una niña enfurruñada («Déjala, mujer», miente displicente Joan) y no ha bajado a cenar, disgustando a doña Dolors. Pero la detonación ha llamado la atención del hombre, que interrumpe la respuesta:

-Espera...

Se levanta de la cama y se pone en guardia. Está seguro de que ha sonado un tiro en el jardín, aunque prefiere no alarmar a su mujer. Pero ella también lo ha oído.

-Joan... ¿Qué ha sido eso? -tiembla Rosa.

-Coge a los niños y llévatelos a la habitación de mamá. Encerraos allí con llave.

-Pero ¿qué pasa? -solloza la mujer.

-Debe ser una falsa alarma, pero por si acaso...

Cuando abre el cajón de la mesilla y saca el revólver, fuera se produce otro ruido distinto. Aguzando el oído, Joan cree adivinar que alguien habla allá lejos, en la calle, ante la puerta del jardín. No sabe que son Eulàlia y Rafel, de vuelta, que aún discuten. Y se concentra de nuevo en el ruido que, ahora está seguro, viene de la planta baja, donde adivina que algo se mueve. Sale de la habitación con el revólver en la mano, pesándole.

Entretanto, a tientas y con movimientos sigilosos, los dos hombres han llegado a la puerta principal. Suben los tres escalones y se paran en el rellano. El Murciano abre después de probar unas cuantas de las llaves del guardia. Ya están dentro. La gran escalera muestra su curva hacia arriba, a la luz de la luna que entra por el ventanal. A un gesto de Enric, empiezan a subir y se paran a cada peldaño, pendientes de si se produce algún movimiento. Pero cuando ellos hacen esto, Joan ya está preparado, oculto tras las cortinas que abren el pasillo del primer piso, esperando el momento oportuno para disparar contra uno de los dos intrusos, con la esperanza de acertar a pesar de su poca pericia con las armas, y asustar al otro con el mismo tiro.

En aquel instante, en la calle, Rafel y Eulàlia se encuentran ante las puertas de la torre. Siguen discutiendo, porque ella afirma que más pronto que tarde se marchará a París. Sacude la verja, a la espera de que el vigilante aparezca y les abra, y habla moviéndose bruscamente, como enfadada, por lo cual él le pregunta:

-No sé por qué la tomas conmigo. ¿Cuánto tiempo vas a seguir con esta actitud, sabiendo que tengo razón y...?

No ha podido terminar la frase, porque ella de golpe lanza una pregunta que cambia radicalmente la conversación.

-Pero... ¿Dónde está el guardia?

Los dos miran a su alrededor y comprueban que nadie se acerca.

-¿Qué dices? -pregunta Rafel.

-Desde que papá murió, tenemos un guardia vigilando la casa.

-Estará dormido o vete a saber dónde...

Lo ha dicho empujando la puerta, que se abre ante la extrañeza de la chica, que sabe que aquello es irregular. Pero Rafel la toma del brazo para que entre.

-Vamos... -le dice-. Seguramente tu madre te espera.

Caminan por la grava y el ruido de sus pasos y de sus voces, que se oyen desde el interior; alarma a los dos intrusos y también a Joan. Por eso, el Murciano se mueve más de lo prudente y queda a la vista del hombre que otea desde detrás de la cortina del piso. Y es en el instante en que Rafel y Eulàlia llegan ante la puerta cuando Joan cree tener a tiro al primero de los asaltantes y dispara. El tiro da en el brazo del Murciano, que cae rodando escaleras abajo, mientras suelta una ristra de tacos. Enric intenta ayudarle y suena otro disparo.

Rafel ha reaccionado a los tiros y, cuando ponía la mano en la puerta para abrirla, coge del brazo a Eulàlia y le grita:

-¡Vámonos de aquí!

La chica da un paso hacia atrás por instinto, pero enseguida se deshace de la mano de Rafel, que titubea un instante en el escalón, sin tiempo para retenerla, y entra en la casa justo cuando Joan creía tener a tiro a Enric, que está agachado tras una mesa intentando socorrer al Murciano. Al ver entrar a su hermana, Joan ha renunciado a disparar. Y entonces Enric aprovecha el momento de confusión y reacciona agarrando a Eulàlia y apuntándola.

-¡Un tiro más y la mato! -grita, poniendo la pistola en la cabeza de la chica.

-¡Déjala! ¡Sois hombres muertos! -responde Joan.

El Murciano, mientras, inseguro, se levanta para recuperar su pistola, que ha quedado al lado de la puerta. Cuando está a punto de cogerla, entra Rafel, asustado, y Joan le grita desde arriba:

-¡Cógela! ¿A qué esperas?

Rafel, con gesto inseguro, llega antes que el Murciano al arma, la coge y apunta al hombre herido con inseguridad temblorosa. Joan habla de nuevo desde lo alto de la escalera:

-Enric Serra. Porque tú eres Enric Serra, ¿verdad? Sé que eres un buen chico. Mi padre no tuvo nada que ver con la muerte de tu hermano. Y mucho menos ella...

-No te fíes... -desarmado, tapándose la herida que no parece muy grave, el Murciano aconseja-. Cuanto más hablan, más mienten, esos cerdos...

-¿Puedes andar? -le pregunta Enric.

Al ver que su compañero asiente, Enric le dice a Joan:

-Ahora nos iremos. Si intentáis alguna estupidez, la mataré.

Rafel suelta el arma al instante y levanta los brazos.

-Deja de apuntarla -exige Joan.

-Baja el arma y dejaré de apuntarla -responde el otro.

El Murciano coge su pistola de los pies de Rafel y sale hacia el exterior. Enric, que no ha soltado a Eulàlia, la lleva a empujones hacia la puerta sin dejar de mirar a Joan.

-Muy bien... -dice, empujando a la chica hacia fuera-. Nos vamos...

-¡Si le ocurre algo a mi hermana te mataré!

Lo que Joan ha gritado se ha oído desde el jardín, donde el Murciano ya abre paso, seguido de Enric, que presiona a Eulàlia con el cañón de la pistola. Dan la vuelta a la esquina, con la esperanza de que Pau les espere, a pesar del tiroteo, con el coche en marcha.

El chico no entiende qué hacen, metiendo a aquella mujer en el asiento trasero del coche, entre las blasfemias del Murciano y el «¡aparta!» de Enric, que le tira su pistola, coge el volante y acelera de golpe, maldiciendo, para salir forzando al límite la velocidad del motor hacia la carretera de Sarriá.

-¿Qué hacéis con el coche de mi padre? -Eulàlia lo ha reconocido y sabe que aquello significa que está en manos de los asesinos.

-¡Tu papá tenía buen gusto, nena! ¡Este cacharro es una maravilla! -grita el Murciano, tapándose la herida con la misma mano que sostiene la pistola, cuando pasan al lado del cementerio-. Pero ¿qué vamos a hacer con esta preciosidad?

-¡Las manos quietas, Murciano!

Sin verlo, Enric ha adivinado, por el tono, los movimientos y las intenciones de su compañero, que pone cara de fastidio y se queja.

-¡Pues sí que...! Yo, que ya empezaba a olvidar que estaba herido...

-Muy mal tenías que estar tú, para olvidar según qué cosas... -ríe Pau, para soltar los nervios.

Eulàlia cree que se distraen bromeando y hace un gesto con la intención de abrir la puerta del coche. El Murciano lo ve y le grita, divertido:

-¡Eso, mejor tírate!

-¡Ni hablar! -replica Enric al instante-. ¡Si se mueve, disparadle!

-¡Déjala que salte! -exclama el Murciano, que aprovecha para agarrarla por la cintura con el brazo sano-. Total, si no podemos... ¿Para qué nos sirve una mujer?

-Ahora mismo esta mujer es nuestro seguro de vida -responde Enric.

-Tiene razón -añade Pau-. Piénsalo fríamente, Murciano.

-Pues eso: que se esté quieta. Y vendadle los ojos con un pañuelo -ordena de nuevo Enric.

LA ESPERA

Los angustiosos primeros momentos que esta chica de veinte años vive en poder de sus captores fueron narrados tiempo después en su diario, matizados por la distancia benevolente y la selección que la memoria opera sobre las impresiones vividas, que, en el caso de Eulàlia Torrents, removerían su existencia de comodidad burguesa, socavándola hasta límites inesperados. Así explicó su sorprendente experiencia.

Asustada y molida, fui obligada a subir unas escaleras con los ojos todavía vendados. Me tuvieron a oscuras un rato, mientras el más joven de los tres, al que llamaban Pau, movía muebles preparando la habitación todo lo que podía prepararse. Cuando creyó que ya estaba a punto, me desató el pañuelo y pude empezar a ver que estaba en un cuarto horrible, en el que solamente había un camastro, una silla y una pequeña mesa destartaladas, todo a la luz trémula de un quinqué colgado de la viga. El chico me sonrió, como si se disculpara por el polvo de semanas que lo cubría todo y se levantaba a cada movimiento.

-¿Puedo abrir la ventana? -se me ocurrió preguntar, para librarme de aquella desagradable sensación de ahogo que con el polvo y la desazón se me metía en la garganta.

-Supongo... -contestó corriendo la cortina, que soltó una nueva nube de mugre.

Afuera, la oscuridad más negra acompañaba el rítmico chirriar de los grillos, que subrayaban la distancia y la soledad nocturna. Sentí un

escalofrío de miedo, a pesar de la bonanza de la noche, cuando mi carcelero cerró la puerta. Me senté en la silla, dispuesta a no dejarme dominar por el pánico de una situación crítica, e intenté recapitular todo lo ocurrido en aquel día insólito, desde la tarde, hacía solo unas pocas horas, cuando por casualidad había conocido la acción detestable que mis hermanos habían ordenado, pasando por la absurda situación vivida con Rafel, hasta el tiroteo y aquel secuestro que, como no podía ser de otra manera, era la respuesta violenta a las acciones criminales que Gregori y Joan llevaban a cabo. Yo era, pues, un simple peón que se disputaban dos bandos enfrentados, y no sabía qué precio pedían los unos, ni qué precio estaban dispuestos a pagar los otros por mí.

Recuerdo que me cogí la cabeza entre las manos, a punto de desesperarme, cuando, a través del desvencijado suelo de madera, pude oír la conversación que mis tres captores sostenían en el piso inferior de la casucha.

-Hay que sacar esta bala -quien hablaba era Enric, que ya se veía que era el cabecilla-. Decían que eras buen enfermero, ¿no?

-He estado buscando por aquí y he encontrado esta botella de coñac, que puede servirnos...

-Cuidado con lo que haces -advirtió el más desagradable, al que apodaban el Murciano-. Dame un trago...

Un grito apagado de dolor, seguido de unas cuantas indicaciones de «no te muevas», «bebe» y «ahora... ahora...», entre queja y queja, fueron seguidos por un «ya está» engañoso, porque enseguida retumbó un desmesurado «¡hijo de puta!», culminado por una mezcla de ayes y risas.

-Toma, bebe más. Ya está desinfectado, ahora solamente falta coser...

-Cabrón...

-¿Otro trago?

Pasó un rato, durante el cual los dos hombres hablaban, maldecían y bebían. Por su parte, Enric debió de salir a buscar algo, porque no le volví a oír hasta que preguntó al herido.

-¿Cómo estás?

-Borracho... -contestó el Murciano-. Pero no tan bien como la señorita de arriba...

-Bueno, pues a dormir -dijo Enric-. El día ha sido muy largo y accidentado. Ella ya debe estar durmiendo, porque arriba se está perfectamente. Has cerrado su puerta, ¿verdad, Pau?

-Sí. Dejaré la llave aquí...

No pude ver, claro, dónde decía dejar la llave de mi celda. Solo oí que los tres se deseaban buenas noches y que todo quedaba en silencio.

Miré el camastro de paja y la manta que habían dejado para que me cubriera, y pensé que si tenía que dormir allí sería imprescindible apagar la luz para no ver el colchón mugriento sobre el que debía tumbarme e ignorar los bichos que sin duda vivían escondidos en todos los rincones de aquel antro asqueroso. Cada centímetro del cuerpo me picaba solo de pensarlo. Y cuando estaba acercando la silla para alcanzar el quinqué y apagarlo, la puerta del cuartucho se abrió y entró aquel hombre horrible de ojos saltones y sonrisa perversa, que mostraba unos dientes ennegrecidos llenos de asquerosa saliva.

-Ahora estaremos solos, hermosura... ¡Ven acá!

Me agarró de un brazo con una fuerza brutal, retorciéndomelo, al mismo tiempo que me tiraba sobre el colchón boca abajo. Yo quería gritar, pero con su peso me ahogaba y no podía casi ni respirar, la cara pegada a aquella tela cochambrosa y maloliente. Me retorció mientras él soltaba mil obscenidades a mi oído. Me había pasado el brazo alrededor del cuello, lo tenía bajo mi barbilla, mientras con la otra mano intentaba rasgar mi vestido y se movía restregándose lascivo contra mi cuerpo. Creí que me moría. Las lágrimas se me saltaban y ya

no veía nada. Ahora, cuando escribo esto después de tanto tiempo, siento que el mismo asco y el mismo horror me aturden los sentidos y soy capaz de comprender que hay ocasiones en las que es posible y lógico desear, con todas las fuerzas, matar a una persona. Pero entonces, quizás por un sentido de supervivencia que ignoraba tener, recordé el vendaje en su brazo izquierdo y no me lo pensé dos veces: con la rabia convertida en fuerza, desesperada, moví la cabeza para intentar morderle lo más cerca que pude de la herida. Y acerté.

-¡Mala puta!

Aulló, retorciéndose. Por lo menos dejé de sentir su peso encima durante unos segundos, pero entonces enseguida se recuperó y me tiró del pelo con el brazo sano, gritándome:

-Nunca habías sentido tan de cerca el olor de un obrero, ¿verdad? Pues ahora verás...

-¿Qué coño estás haciendo?

Alarmado por los gritos, Enric había irrumpido en la habitación y agarraba al Murciano con todas sus fuerzas para tirarle al suelo y pegarle dos, tres, cuatro puñetazos que, sorprendentemente, le enfurecieron aún más.

-No recuerdo haberte llamado... -dijo, apretando los dientes con rabia.

-Vete a dormir. Estás borracho -contestó Enric.

-¿Vas a defender a una burguesa? -se levantó, sacando una navaja, amenazante.

-Murciano, no me toques los cojones... -Enric se plantó ante él y, de un manotazo, le hizo saltar el cuchillo.

-La defiendes, creyendo que es débil, pero es nuestro enemigo... -respondió el borracho, tambaleándose y arrastrando las palabras.

-Venga, vamos. ¡A dormir de una puta vez!

El Murciano miró desafiante a Enric unos segundos. Después me miró a mí con desprecio. Soltó una especie de gruñido que podía ser una queja o una carcajada y salió, después de lanzar un escupitajo.

Enric echó un vistazo a la habitación, cogió el quinqué, lo sopló y se fue después de ordenar:

-A dormir, señorita Torrents.

Cuando oí el cerrojo, no pude contenerme y me puse a llorar, acurrucada en un rincón, hasta que debí dormirme.

Estas fueron mis primeras horas de secuestrada. Las más duras, las más difíciles.

Es fácil suponer, también, que en la mansión de los Torrents, el movimiento y las preocupaciones por los terribles hechos vividos hacen que aquella misma noche de septiembre sea especialmente amarga.

El comisario Melquíades, que se ha desplazado allí de inmediato, intenta que le expliquen exactamente qué ha ocurrido. Y, para que los ánimos se calmen, ha ordenado a los hermanos Torrents que tranquilicen a su madre y se lleven de allí a los niños y a la señora de Joan Torrents, mientras él habla con Rafel Tolosa, periodista y prometido de Eulàlia, la hija Torrents secuestrada.

Es posible tener una composición de lugar tan clara y ordenada gracias a que el subinspector Rico va tomando nota de los interrogatorios y de todo lo que ocurre para rellenar el informe, tal como le ha ordenado el comisario Melquíades, que también ha encargado a Orellana que se dé una vuelta por el jardín, para ver si los asesinos raptores han dejado alguna pista, además del cadáver del guardia, que el juez levantará en cuanto llegue.

Pues bien, Rico anota que, mientras el comisario Melquíades está escuchando el relato que de los hechos hace el señor Rafel Tolosa, el señor Joan Torrents, que ha acompañado a su madre a descansar, vuelve y entra como una exhalación en el despacho, seguido de su hermano Gregori, que no le ha

podido detener, y hecho una furia se pone a gritar con gestos amenazadores al susodicho Tolosa:

-Pero ¿tú que hacías, con mi hermana, desgraciado?

-Joan, yo... Simplemente la acompañaba a casa. No podía ni imaginar que...

-Señores, por favor... -el comisario ha intentado intervenir sin éxito.

-¡Imbécil! -Joan Torrents insulta a Rafel Tolosa; no al comisario Melquíades-. ¿Es que no oíste los disparos? ¿Por qué dejaste que entrara en casa?

-Joan, cálmate... -recomienda el señor Gregori Torrents.

-Sí, Joan, cálmate -reitera Rafel Tolosa, enfadado-. No pude evitarlo. Y yo no tengo la culpa de que esos anarquistas entraran en vuestra casa...

-Pero... ¿Qué insinúas, idiota? —Joan Torrents, más enfadado todavía, adivina lo que su hermana le ha contado a aquel mequetrefe y se irrita todavía más-. ¿Quieres decir que es culpa mía?

-¡Ya está bien! ¡Basta! -el comisario Melquíades se impone-. ¡Aquí nadie le está culpando de nada! Haga el favor de tranquilizarse...

-¿Tranquilizarme? -grita Joan Torrents, acercándose al inspector y a todas luces sin el respeto debido-. ¡Vosotros sí que podéis estar tranquilos! Los asesinos de mi padre aún andan por ahí, libres, después de tantos meses, y por si fuera poco ahora vienen a casa a secuestrar a mi hermana ¡y tengo que estar tranquilo! ¿A qué esperáis para atraparles, atajo de inútiles?

-¡Vamos, Joan, por favor! -Gregori Torrents hace callar a su hermano y después se dirige al comisario-. Por favor; no se lo tenga usted en cuenta... Está muy nervioso, compéndalo...

Mientras su hermano decía esto, Joan Torrents ha cogido un jarrón de encima de una mesa y lo ha lanzado contra la pared, con la misma placentera violencia que le hubiera gustado usar con la cabeza de uno de los secuestradores de su hermana. Después del estropicio, se ha producido un silencio de unos cuantos segundos. El comisario Melquíades, que no parece en absoluto afectado por

estos excesos ni por las palabras de Joan, de una evidente falta de respeto para el cuerpo de policía, asiente.

-Entiendo que esté furioso. Tiene motivos... Pero sabemos quiénes son los secuestradores. Les encontraremos, no lo duden.

Joan Torrents ha ido a sentarse en la butaca de su padre y parece serenarse un poco al oír estas palabras.

-¡Eso espero...! -calla un momento, toma aire ruidosamente y se disculpa.

-Lo siento... Para mí, lo más importante es que mi hermana no sufra ningún daño...

La conversación sigue, a partir de este momento, un cauce más tranquilo. El comisario Melquíades puede interrogar a Tolosa y a los hermanos Torrents sin dificultad, pero también sacando muy pocos detalles nuevos de los hechos, excepto la segura identidad de uno de los secuestradores, ratificada por todos. Se trata, sin ninguna duda, de Enric Serra Garcés, el hermano del sindicalista Isidre Serra Garcés, muerto en un ajuste de cuentas meses atrás, la ficha del cual puede hallarse en comisaría. Este Enric Serra puede ser también identificado, a partir de sus cómplices, como el asesino del señor Ricard Torrents a la puerta de la iglesia de la Bonanova el día 25 del pasado mes de mayo, y ahora, según se deduce, parece haber enloquecido y estar dando palos de ciego y asesinando por doquier para vengar la muerte de su hermano, acaecida precisamente a las puertas de la fábrica Torrents S. A.

Establecidos estos detalles, el comisario Melquíades abandona el domicilio particular de los señores Torrents, ordenando al subinspector Rico que, una vez redactado el informe, organice y mantenga unos discretos tumos de retén de vigilancia en el exterior de la torre, por si los bandidos secuestradores intentaran acceder allí para contactar con la familia y fijar las condiciones del rescate de la señorita Eulàlia Torrents.

El retén queda organizado esa misma madrugada y, para extrañeza de todos, pasa más de una semana y no se produce novedad alguna. Con toda probabilidad los delincuentes debieron de reconocer a alguno de los policías, a pesar de que se hallarán camuflados y apostados muy discretamente en

lugares estratégicos, y todo gracias a la asiduidad con que determinados individuos son perseguidos y detenidos en huelgas, manifestaciones y altercados de los que acontecen casi a diario.

Pasan los días y el evidente fracaso de la operación provoca el enojo del comisario Melquíades, que decide cesar la improductiva vigilancia del domicilio de los señores Torrents. Y el subinspector Rico lo certifica al cerrar su informe sobre el operativo de vigilancia el martes 16 de septiembre de 1919, ordenando a los agentes que realizaban este servicio que se dediquen a otros menesteres más urgentes y provechosos, como reportarán futuros documentos policiales.

El preciso informe del subinspector Rico define bastante bien la realidad que Gregori Torrents quiso hacer creer a todos, policías y familiares, que no alcanzan a comprender el silencio y la incomunicación que mantienen los secuestradores. Pero lo ocurrido en realidad es otra cosa.

Gregori Torrents desconfía de su hermano Joan, le cree demasiado blando y, sobre todo, muy sentimental, debilitado por unos acontecimientos que le sobrepasan hasta el punto de descolocarlo, convirtiéndolo en una víctima fácil, capaz de ceder ante cualquier chantaje con tal de que su hermana vuelva a casa y su madre, la señora Dolors, no sufra más. De hecho, resulta bastante difícil soportar el constante estado de nervios a que la señora viuda de Torrents está sometiendo a la familia, dando órdenes de venganza entre sollozos y lamentando con aspa-vientos propios de la edad la desgracia de morir sin volver a ver a su hija. El desequilibrio general, además, se convierte en patético si se observa a Rosa, la cuñada, que parece complacerse creyéndose ya dueña y señora de la casa, moviéndose de aquí para allá sin hacer otra cosa que suspirar y soltar retahílas de «ay, Dios mío», siempre con un pañuelo en la mano para secar lágrimas constantes, en medio de las tribulaciones. Aquella situación, pues, hace imprescindible alguien con la cabeza fría, con recursos y capacidad de decisiones contundentes.

Por eso, Gregori, que tiene las cosas muy claras, ha decidido tomar las riendas de la familia y ha ordenado discretamente, con propinas succulentas y promesas atractivas, que todo el correo, cartas, recados, encargos, paquetes o

lo que provenga del exterior le sea entregado a él en mano, sea quien sea el destinatario, antes que a cualquier otro miembro de la familia Torrents. Y para que sus órdenes sean cumplidas a rajatabla, ha llamado a Baltasar el viejo mayordomo de la casa, el que fue la persona de confianza de su padre, para que cumpla este servicio a cambio de una recompensa muy especial, singular:

-Ya empiezas a tener una edad, Baltasar -le dice-. Pronto ya no podrás atender la casa tan bien como has hecho durante tantos años. Y he pensado que deberías ser recompensado como merece tu fidelidad, sobre todo después de cumplir un servicio muy especial, que solamente una persona como tú puede cumplir en estas horas de zozobra que vivimos...

Con esta *captatio*, tan propia del hábil orador que es Gregori, ha conseguido que Baltasar aquel hombre de pelo hirsuto y mirada gatuna, recoja toda la correspondencia de cualquier tipo que llega a la casa, con el fin de retenerla y entregársela cada tarde, para que la revise antes de ser distribuida a sus destinatarios, ya sean su hermano, su madre o su cuñada. A cambio de este trabajo de absoluta discreción, Baltasar obtiene dos noches libres a la semana, una propina de cincuenta pesetas y un abono de palco al music-hall del Paral·lel de su elección, que fue el Bataclán. Allí trabará amistad con una corista, Violeta Rodó, que es precisamente quien ha mantenido estos detalles vivos en la memoria: de hecho, como consecuencia de esta amistad, ella podrá vivir de los ahorros del viejo Baltasar Mallorca, al casarse en una boda que unió dos pasiones que se correspondían: la del viejo por la joven de largas piernas y carnes generosas, y la de la corista por el viejo de futuro corto y fornidos ahorros, ideales para; sacarla del triste «cancán» diario que, tras sonrisas picaronas, ocultaba miserias y no daba para muchas alegrías.

Pues Baltasar Mallorca, el mayordomo de los Torrents, en cumplimiento de este sencillo encargo de Gregori, a los dos días del secuestro recogió una carta que venía mezclada con el correo ordinario pero que enseguida le llamó la atención, ya que no solamente estaba escrita con la inconfundible letra de la señorita Eulàlia, sino que además declaraba su nombre, sin ninguna dirección, claro está, en el remitente.

-¡Eso es! -exclama al verla Gregori-. ¡Aquí la tenemos!

-¿Decía, señor Gregori...? -con su aspecto servil, Baltasar tiene la costumbre de preguntar lo que ya sabe, para comprobar que no le engañan.

-Nada, Baltasar, nada... -Gregori la lee rápidamente y se la guarda en el bolsillo-. Tengo que salir Baltasar. Si mi hermano o mi madre preguntan por mí, díles que vendré tarde a cenar...

—¿Tengo que continuar guardándole el correo, señor? -Baltasar quiere, con esta pregunta, demostrar que ha leído el remitente de la carta y que sabe más de lo que le dicen.

-Sí, siempre, hasta nueva orden -Gregori ha entendido el mensaje y contesta contundente, con frialdad. No le gusta que le acechen. Dirige una mirada directa a los ojos felinos del mayordomo y habla despacio-, y siempre con mucha discreción, Baltasar, guardando un silencio sagrado e inquebrantable sobre todos los asuntos que tratamos tú y yo aquí, para poder seguir ocupando el lugar de confianza que hasta ahora ocupas y mantener los privilegios de que gozas...

Baltasar ha entendido el mensaje, sonrío, mueve la cabeza en una leve reverencia y sale de la habitación. Lamenta haber puesto en peligro sus encuentros con Violeta, por eso siente ese sudor repentino recorriéndole la espalda cuando baja la escalera.

Es, pues, a causa de las maniobras de Gregori por lo que la angustia por la falta de noticias crece en la casa de los Torrents, de la misma manera que se extrañan de la falta de respuesta a la carta que le hicieron escribir a la chica los secuestradores, en la masía de Cant Fité; y Eulàlia también se inquieta, temerosa de que la situación se eternice por culpa de sus despiadados hermanos y viéndose obligada a aguantar una larga negociación en aquellas condiciones. Una negociación que, de momento, no ha ni empezado, por lo que se ve, ya que en la nota que le mandaron escribir citaba a sus hermanos para el domingo 14, pero, según supo por lo que oyó que hablaban abajo, nadie se presentó al encuentro, como si no quisieran negociar. Y Eulàlia no sabe qué puede significar este aparente desinterés familiar y tanto tiempo sin novedades.

Porque en los nueve días que lleva encerrada allí, los tres hombres solamente han recibido la visita de un tal Eusebi, que llegó al día siguiente del secuestro, hecho un basilisco, y les pegó una bronca descomunal.

-¡Lo que habéis hecho no tiene nombre! ¿En qué pensabais? -gritaba-. Y tú, Enric, que parecías tan sensato... Yo busqué este refugio para esconderos un tiempo... ¡Y vosotros dais una campanada para atraer aquí a todo un ejército! ¿A quién se le ocurre secuestrar a la hija de los Torrents? A ver; ya me diréis qué hacemos ahora...

Sin duda, las cosas no les habían salido como querían y se habían encontrado con la chica por una casualidad que les hizo pensar que podrían sacar algún provecho, ya que la venganza contra los hermanos Torrents se había frustrado. Le explicaron que pensaban citar a la familia Torrents para el domingo siguiente, en el Tibidabo, y entregarles una nota con las condiciones del rescate. Querían pedir bastante dinero, dijeron, que también serviría para financiar la organización. Pero Eusebi no parecía nada convencido, les continuaba reprochando su actuación alocada, porque perjudicaba su imagen y su buen nombre, mucho más de lo que podía reportar a la causa el dinero que recogieran.

—Lo siento, pero tendremos que condenar este secuestro desde las páginas de la *Sol*i. Ya sabéis que ni Pestaña ni Seguí aceptan estos métodos...

-¿Ahora nos sales con eso? -protestó uno de ellos.

-¡Siempre estamos igual! -la queja era de Enric-. Puede que Pestaña y Seguí tengan sus razones... ¡Pero mientras, los asesinos a sueldo de los burgueses siguen matando a sus anchas!

Eulàlia se puso alerta, al oír aquellos nombres. Sabía bien quiénes eran: Pestaña, el periodista que unos meses antes había desenmascarado a Bravo Portillo como espía alemán hasta conseguir que le procesaran y le expulsaran del cuerpo oficial de la policía; y el Noi del Sucre, el gran dirigente al que todos respetaban. Quiso seguir con atención lo que decían, pero los cuatro hombres salieron a hablar fuera de la casa y solamente pudo oír que el tal Eusebi, al despedirse, insistía en que había que «acabar cuanto antes con esto», al

parecer porque era un peligro tener ocupada la masía con un rehén, ya que «como os he dicho, era un refugio momentáneo, que necesitamos para otras cosas».

Cuando este Eusebi, que parecía ser uno de los cabecillas de la organización, por lo bien relacionado que estaba, ya se había ido, subió Enric y le pidió, con sus maneras bruscas, que escribiera una nota que le dictó, citando a Joan y Gregori Torrents en el parque de atracciones del Tibidabo el domingo siguiente, 14 de septiembre, a las cuatro de la tarde. Y fue cuando nadie acudió.

Desde aquel día, y ya han pasado demasiados, Eulàlia espera la llegada de otras visitas o del mismo Eusebi con alguna novedad esperanzadora. Pero si Eusebi no viene es en contra de su voluntad: tardará más de una semana en reaparecer y lo hará acompañado. De este modo es comprensible que la espera canse y el tiempo desgaste la voluntad, por lo que, poco a poco, a pesar de resistirse a ello todo lo que es capaz una muchacha joven y asustada, Eulàlia, que los primeros días se ha negado a intercambiar una sola palabra con sus carceleros y hasta a comer más de dos bocados del plato que le subían a la habitación, ha ido cediendo, por cansancio o por proximidad. Hasta que hoy, al presentarse a retirarle el plato, otra vez casi intacto, Enric le reprocha su actitud con la palabra «finolis», que la ofende, y ella le dirige una mirada desafiante diciendo:

-¿Vosotros qué sabéis de lo que yo soy capaz de comer?

Y él le sonríe, porque es la frase más larga que le ha oído pronunciar desde que llegaron. Se queda un momento mirándola y le responde:

-Gracias por la aclaración, señorita. No son los platos de gran restaurante a los que usted debe de estar acostumbrada, pero es lo que nosotros comemos y no queremos que muera usted de hambre.

Eulàlia entiende el sarcasmo de estas palabras y se siente humillada. Aquel hombre la considera un ser de otro mundo, la mira casi como si no fuera humana, la desprecia y se cree despreciado. Pero ella, que se siente muy mal allí, encerrada contra su voluntad, no le desprecia. O le desprecia tanto como a

sus dos hermanos, porque todos son responsables de la muerte de su padre y también de la situación en que ella se encuentra ahora.

EN BODEGAS Y DESPACHOS

Indalecio Orellana es conocido por todos como un hombre tenaz y de actividad frenética, incansable, pero que también necesita, como todo el mundo, sus pequeños momentos de asueto y distracción. Por eso, al salir de la comisaría, suele dirigirse a la cercana Bodega del Capote, donde añoja la tensión a que lo somete su duro y peligroso trabajo, y allí se toma su tiempo de reposo y alivia sus fatigas en animada diversión, que a veces prolonga hasta la mañana siguiente, empalmando con su turno.

Es, esta Bodega del Capote, un local de doble cuerpo que, tras las enormes cubas de despacho a granel, guarda de la mirada curiosa actividades que bordean inconcretos terrenos de legalidad, los cuales, con el asesoramiento de Orellana, pueden sortearse evitando equívocos para quedar a salvo de toda sospecha. A cambio de este pequeño servicio extraoficial, el subinspector goza de barra Ubre para los alcoholes de la casa y también para intimar con alguna de las chicas que tiene acogidas bajo su protección, con proverbial esmero, el Cojo del Capote, que es como llaman al ex novillero lisiado por una mala cornada, de nombre auténtico Conrado Martínez Sos, titular del negocio.

Un hombre, ese Conrado *el Cojo*, todo hay que decirlo, que al cabo de los años conservaría una memoria prodigiosa, capaz de hilvanar las más remotas andanzas de algunos clientes, a cambio de servirles chatos sin parar, acodado en la barra de fórmica pegajosa de su remozado establecimiento. Este se mantuvo en pie hasta los años ochenta del pasado siglo, cuando los vientos empezaban a soplar en contra de los policías que lo frecuentaban, llenándolo de patéticas melopeas de añoranza por los tiempos de un franquismo que creyeron que desaparecería, lanzando bravuconadas mientras se dejaban acariciar por las nietas de las históricas protegidas del Cojo del Capote, a su vez protegidas actuales con nombres artísticos del gusto del momento, como

Estela, Vicki o Nerea, máscaras profesionales de las Encamación, Antoñita o Margarita de turno. El Cojo del Capote fue siempre, pues, una inagotable fuente de información sobre lo que se vio, se escuchó y se supo aquella tarde de septiembre de 1919, cuando se presentó en su establecimiento un señor de los que no solían frecuentarlo.

Porque es en esta Bodega del Capote, que Gregori Torrents ahora mira desde la otra acera con un poco de extrañeza y mucha prevención, donde los guardias de la comisaría le han informado que puede encontrar a Orellana. Primero ha pensado que tenía suerte de que el policía tuviera una geografía tan limitada, porque el antro estaba a dos pasos, pero cuando lo mira y remira sin decidirse a entrar, comprende que los gustos de Orellana se corresponden con el conocimiento exactísimo que parece tener de los ambientes tan poco selectos como el que la fachada y el cartel evidencian. Pero acaba entrando, qué remedio.

Orellana se encuentra sentado en un rincón de la trastienda a la que el Cojo conduce a Gregori con gesto servil, sonrisa abracadabrante y un trapo de color impreciso en la mano, sin dejar de repetir «pase, señor, pase, está en su casa, pase, señora pase, está en su casa, pase, señor...», cancioncilla que, por suerte, cesa cuando Orellana reconoce al cliente, se extraña, se levanta de un brinco y le saluda abriendo los brazos con un «¡usted por aquí, señor Gregori!», estruendoso y con las sílabas pegajosas por el alcohol. El movimiento inestable del policía se ha completado con un empujón a la mujer que tenía, más que enlazada, acoplada al cuello prometiéndole lindezas inmediatas con voz ronca y susurrante, mientras él bebía, displicente, muy macho. El sopapo ha dado con todas las carnes de Jesusa (Susi, de nombre artístico, en aquella íntima ceremonia de confraternización) en el suelo y ha provocado un sonoro «¡joder con el Dalecio!», que no ha asustado tanto a Gregori como la repetición, todavía más chillona, del saludo «¡usted por aquí, señor Gregori!», esta vez en una versión que hoy llamaríamos «estéreo surround», pero que entonces denominaban «grito pelado» o «berrido». Y es el berrido, que destroza todo intento de discreción, lo que preocupa a Gregori Torrents, además de comprobar que ya es dura penitencia que, para poder llevar a cabo la purificación social que se proponen él y los suyos, haya que

pasar por alto todo lo pecaminoso, soez, bárbaro, indigno, grosero, vil, libidinoso, y por tanto ateo, que intuye que se produce y negocia entre aquellas olorosas cuatro paredes.

Sin embargo, mientras él piensa todo esto y mascullo el Agnus Dei que, sin querer ni saber cómo, le ha venido a la cabeza, Orellana está tan eufórico y contento, tan imbuido del espíritu de alta graduación que hace rato que le ha ido entrando vaso a vaso como previa antesala a una velada sandunga con Susi, que lo que ahora le hace más feliz es demostrar a la parroquia adormecida que frecuenta el local del Cojo Capote que él se codea con la gente bien de la ciudad, y que si acude a antros como aquel es para hacer un favor al desgraciado ex novillero que lo regenta.

En fin, que el panorama que se encuentra allí dentro es para echarse a correr y no parar hasta la playa, pero Gregori se esfuerza en aguantar el pestazo que desprende Orellana, mezcla del perfume barato que le ha pegado la Jesusa, del tabaco malo enfriado que impregna paredes y cortinas, y del aguardiente muy reposado, y le pide al policía que le acompañe fuera, donde espera disipar la niebla de su cabeza y hablar discretamente.

-¿Podríamos salir un momento afuera, Orellana?

-i Faltaría más, don Gregori!

A la manía de repetir su nombre en alto, ahora ha añadido un ligero tambaleo que ha disgustado mucho a Gregori Torrents, haciéndole pensar que quizás no sea aquel el hombre adecuado a sus propósitos. Pero ahora ya está allí y le conviene abreviar y concretar el plan, aunque sea con un borracho vicioso que, cuando está sobrio y obediente, suele responder aceptablemente a sus órdenes. Sin embargo, una vez en la calle, no puede evitar que se le escape todo lo que ha estado guardando durante los eternos desagradables minutos que ha pasado en la Bodega del Capote.

-¡Podría usted ser más discreto y procurar mantenerse lejos de estos locales de vicio y putrefacción!

-¿«Putre» qué? -Orellana esperaba otra cosa que un sermón, y se le escapa la sinceridad imprevisible-. Mire, señor Torrents, yo sé que su labia no tiene igual, pero para las cosas del trabajo mejor vamos al grano, ¿vale?

Le pasa por alto esta especie de consejo cargado de insolente familiaridad, porque la impaciencia ya le coge con el sobre en la mano.

-Mire, Orellana, esta es la carta que ha llegado hoy de los secuestradores -le dice-. La letra es de mi hermana.

El policía, que con el relente de la noche que va cayendo parece haber recuperado la sobriedad, coge el sobre, lo abre y lee susurrando:

Estoy bien. Recibiréis instrucciones para acordar el intercambio el domingo día 14 a las cuatro de la tarde en la atracción del Aeromágic del parque de atracciones del Tibidabo. Venid solos y no alertéis a la policía si queréis que todo salga bien.

EULÀLIA

El subinspector mira el sobre con atención:

-Tiene buena letra... -comenta, y Gregori se sorprende por aquella frivolidad, pero deja que Orellana continúe sus conjeturas-. Lo han puesto en mano entre las otras cartas del buzón, porque va sin estampilla de correos... Será inútil intentar que alguno de sus sirvientes recuerde si ha visto movimientos o personas extrañas rondando la casa, ¿no? Suelen usar niños, a los que dan una perra para que vayan a echar la carta...

Todo aquello, pensamientos obvios en voz alta, no interesa a Gregori, aunque en el fondo le confirma que el policía recupera rápidamente la lucidez.

-Será fácil -aventura Orellana, y Gregori respira aliviado-. El parque de atracciones es un sitio acotado, lejos de la ciudad, y el Aeromágic una atracción sin escapatoria, con sus vagones colgando en el vacío de la montaña. No entiendo que hayan escogido ese lugar...

-Pero hay que ser muy discretos, porque la amenaza de la policía...

—Siempre dicen lo mismo, no se preocupe. Buscaremos a agentes especializados, que no parezcan policías...

-¿Me acompañarán?

-Como usted quiera... Pero lo mejor sería, para evitar problemas y disgustos, que nos dejara actuar solos a mí y a los míos.

—¿Quiere decir que más vale que yo no esté allí? ¿No es muy peligroso?

Orellana, todavía inspirado por el aguardiente sin mácula que se agencia donde el Cojo del Capote, le mira y suelta un argumento que le vale diez puntos ante el señor Gregori Torrents:

-Se habrá fijado usted en que hablan de intercambio, ¿no? Pues ¿quién le dice que no quieren cambiarle a usted por su hermana? O, peor, ¿que no le cogen desprevenido y le obligan a acompañarles, con lo cual ya tendrían a dos miembros de su familia y un par de hermosos ases en la manga?

El policía sonríe, hasta él mismo sorprendido por su afilada astucia, que convence definitivamente a Gregori para no presentarse en el Tibidabo el domingo por la tarde y esperar noticias, sentado en la terraza de La Rotonde, como corresponde a un señor de Barcelona.

-Déjenos actuar a nosotros: si se presentan, localizaremos su escondrijo en cuestión de media hora y acabaremos con el secuestro, mientras usted se toma una copa de estomacal en la plaza del Doctor Andreu, viendo subir y bajar el funicular...

Las previsiones y los planes bien trabados que durante aquellos días trazan Gregori y Orellana parecen no tener posibilidad de error, pero alguna deben tener porque, el 14 de septiembre, después de dos horas de tensa espera en el parque de atracciones del Tibidabo, nadie se pone en contacto con ellos, a pesar de los mil ojos que acechan y de los cinco paseos en el dichoso trenecito colgante que han dado por parejas los hombres de Orellana, sin dejar de escrutar todos los rostros y los movimientos de los que se acercan a la atracción a cada nuevo viaje.

Y si nadie contacta con ellos es porque, astutamente, Pau, que se encuentra en el parque desde la mañana, ha podido observar la llegada en tropel de una docena de hombres que se dispersaban por las atracciones con mirada zorruna, entre los cuales ha reconocido a dos. Uno es Orellana y el otro, el que le hieló por un momento la sangre, lleva un inconfundible sombrero de ala ancha marrón y luce un bigotito que desde la distancia intuye lo suficiente, más que ve, para recordar al hombre que le amenazó y estuvo a punto de sorprenderle escuchando en la Sociedad de Cazadores, cuando le limpiaba los botines a Torrents y se comentaban las circunstancias del asesinato de Isidre. No sabe si es policía, y si hubiera oído su voz la habría reconocido y recordado de aquella desgraciada tarde de la muerte de Manuel y Díaz, en que aquel mismo hombre daba las órdenes mientras él temblaba escondido dentro del pozo.

Sea como sea, son más de las cuatro y no hay ni rastro de los hermanos Torrents, a los que Pau reconocería a mucha distancia, por lo que entiende que han preferido no presentarse y, en su lugar, han enviado a un ejército de pistoleros dispuestos a acabar con el secuestro y con los secuestradores, sin pararse a pensar si en medio del tiroteo se pueden producir más víctimas, entre las numerosas familias que aprovechan las últimas bonanzas del clima otoñal barcelonés.

Y Pau, que ya se escabulle hacia la ladera del monte donde ha escondido su bicicleta, guarda en el bolsillo la nota que debía entregar y agradece la prevención de Enric, que le ha repetido:

-Sobre todo, renuncia a contactar con nadie que no sean ellos; no te acerques a nadie que no sean los de la familia, y si reconoces o sospechas de alguien que no sea Gregori o Joan Torrents, vuelve, con disimulo pero con toda rapidez, evitando que te sigan.

Recuerda estas palabras una por una, mientras pedalea hasta Can Fité, donde ya le esperan.

Así lo ha contado Pau, aquella tarde. Y así lo escucha Eulàlia desde su habitación, sin entender cómo es posible que ninguno de sus hermanos se haya presentado para negociar su liberación. Entre los pensamientos

desesperados que cruzan por su cabeza, el que va tomando forma es que con su desaparición se cierra el secreto sobre la muerte de Isidre Serra, que provocó la muerte de su padre y de los otros anarquistas. No acaba de creer que sean tan malvados y cínicos como para desear que su secuestro termine de manera trágica, aunque aquello signifique un problema menos para ellos. Pero tampoco podría haber imaginado nunca que sus hermanos fueran unos asesinos y bien que se lo oyó decir claro... Tanto Joan como Gregori, los dos, son igualmente culpables. Y ella es la única de la familia que lo sabe. Ella y Rafel, claro. ¿Y qué pensará hacer; su novio, si todavía es su novio? Estos pensamientos tristes y otros temores íntimos, que expondrá Eulàlia Torrents en sus recuerdos de aquellos días, la hundan en la más fría soledad, mientras sus carceleros se extrañan tanto como ella del abandono de sus hermanos.

-Esta gente no tiene sentimientos... -Enric reflexiona en voz alta.

-Antes es su fábrica y su dinero que su hermana -afirma el Murciano-. Anda, que si yo hubiera hecho lo mismo con mi hermanita chica... ¿No son capaces ni de jugarse el dinero para salvarla? No puedo creerlo...

-Os juro que allí no había ningún Torrents -asegura de nuevo Pau-. Todos eran pistoleros o policías.

Aquella conversación no hace más que aumentar la tristeza de la muchacha, que se siente desvanecer y queda medio aturdida entre lágrimas dolorosas, durante un buen rato, hasta que Enric abre la puerta y entra con un plato de sopa y unos pocos garbanzos para cenar.

-No tenemos otra cosa, de momento... -le dice, sin mirarla, puesto que está tumbada en la cama y parece no querer hablar. Pone el plato sobre la silla-. Lo dejo aquí...

-No ha venido nadie, ¿verdad? -habla sin levantarse del jergón, con una voz más dolida que triste, que permite adivinar los restos de un llanto apagado en los ojos enrojecidos-. Quiero decir que mis hermanos no han acudido a la cita...

-Pues no... -Enric la mira, y ahora ve que ha llorado-. A nosotros también nos ha extrañado... -y entonces un sentimiento instintivo le lleva a inventar una mentira-. Puede que no recibieran la carta. Como la enviamos en mano...

Interrumpe sus palabras un susurro inaudible de Eulàlia, que se incorpora lentamente.

-O quizás la policía les ha prohibido presentarse... -añade él.

-Gracias...

Ahora sí ha oído lo que decía. Le ha mirado un instante. Con gestos cansados se ha acercado al plato de sopa y se ha puesto a sorber en silencio.

Enric sale impresionado, no sabe bien si por la profunda tristeza que transmite su rostro, por el abatimiento derrotado de su aspecto o por aquel agradecimiento inesperado y sorprendentemente sincero. Y no cierra la puerta con llave, para no romper con el ruido de la cerradura, algo de la humanidad y del consuelo que ha quedado flotando en el aire después de aquella mirada dulce con la que ella ha acompañado la palabra «gracias».

Eulàlia tardaría unos días en darse cuenta de la importancia de aquellos minutos, pero guardó para siempre en su memoria la intensa sensación de vida que le transmitieron.

El domingo podía haber sido el mejor día para que las maniobras del subinspector Orellana pasaran desapercibidas. Sí que era cierto que aquel 14 de septiembre él y Rico tenían guardia, pero, desde siempre, cualquier eventualidad que se presentaba cuando los subinspectores se ausentaban de sus puestos en día de fiesta era cubierta, o más bien sorteada, por el policía más veterano que se encontrara de servicio, que sabía cómo justificar ausencias y resolver papeletas ante los superiores, que muy pocas veces solían incordiar en festivo.

Pero aquel domingo fue la excepción, y el comisario Melquíades se presentó a media tarde, con la intención de encargar a Rico que pusiera en marcha un dispositivo de discreta vigilancia dedicado a cada uno de los hermanos Torrents, porque ya pasaba de castaño oscuro que aquel secuestro no tuviera

secuestradores que dieran señales de vida. Le había estado dando vueltas al asunto y, conocidas las tendencias melodramáticas, políticas y folloneras de Gregori Torrents, había conjeturado la posibilidad de que la niña Torrents se encontrara de vacaciones en algún balneario u hotel, al cual, imaginaba Melquíades, habría sido acompañada amablemente por unos supuestos secuestradores a sueldo de Gregori Torrents y sus correligionarios, decididos a sembrar la alarma entre las clases pudientes para soliviantar todavía más a los industriales y provocar las reacciones violentas que tanto parecían agradarles, o un definitivo golpe de mano del gobernador Milans del Bosch, que también parecía pirrarse por los tortazos.

Y aquí cabe decir que, sin saberlo, Melquíades Bazán estaba avanzándose algunos meses a la realidad, porque el que sería sucesor del recientemente liquidado Bravo Portillo, el falso barón De Köning, ya se encontraba en la ciudad con sus hombres a punto, empezando a organizar atentados para los dos bandos con el fin de hacerse imprescindible y sembrar el dolor, la mentira y la muerte en la Barcelona de aquellos años, siendo el precursor de una costumbre que enraizaría pronto en el país.

Sea como fuere, en la comisaría, el bueno del guardia Portolés aquella tarde de domingo no pudo satisfacer las demandas del comisario Melquíades, que a las cuatro y media se presentó preguntando «por el subinspector Rico, o por el otro cuervo -dijo, visiblemente cabreado-, Orellana, que tanto da un burro como un asno». Mandó que, ya que tenían que estar de servicio, les fueran a buscar a la Bodega del Cojo Capote, pero, a una hora tan temprana, ya sabía Portolés, por veterano y por cliente asiduo, que no les encontrarían, como así lo reportó. Y cuando, muy pasadas las seis, se presentaron los dos y encontraron a Melquíades sulfurado, paseando por el pasillo de los despachos como morlaco en el toril, se vieron caer degradados y decidieron instintivamente sacudirse las pulgas sobre el más débil, como suelen hacerlo los de su clase, práctica que desde siempre les había funcionado y aquella vez tampoco les falló.

-A media mañana, el señor Torrents, don Joan, dejó recado al guardia Portolés para que nos presentásemos en el parque de atracciones del Tibidabo a las cuatro, con sigilo y prevención, porque al parecer los secuestradores de su

hermana querían pactar un rescate con la familia. Hemos ido allí con irnos amigos -esta es la parte cierta del cuento que Orellana teje con la aquiescencia de Rico, que admira la imaginación de su colega cuando se encuentra sobrio- y no se ha presentado nadie, puede que porque la nota entregada a la familia fuera falsa o porque alguien quisiera que nosotros cayéramos en alguna trampa urdida por no se sabe quién para engañarnos y...

-¡Ya basta! -Melquíades sabe que Orellana es capaz de liar las cosas hasta engañar al mismo reloj sobre la hora que toca-. ¡Y cómo es que no nos facilitaron la nota para saber si era falsa o no? ¿Habría que recordar a la gente que aquí quien investiga y deduce falsedades o engaños es la policía y no los particulares, por muy industriales que sean?

Los hombros de los dos policías se encogen al unísono, en una coreografía de falsa ignorancia.

—Pero claro, ¡qué van a saber ustedes! —les mira como si mirara a dos ratas-. ¡Portolés! -grita el comisario.

Los subinspectores ratas ríen por dentro, al comprobar que la bronca se desvía como ellos han previsto.

-¡Coja el teléfono y a ver si es capaz de ponerme con el domicilio de los señores Torrents!

-¿Podemos retirarnos, comisario? Hay unos asuntos que...

—Sí, mejor váyanse —Melquíades mueve el brazo como si apartara un estorbo de la mesa-, porque no sé cómo lo hacen para que, cuando les dejo solos, las cosas se compliquen tanto. ¡Portolés! ¿Cómo está esa conferencia?

La conversación telefónica entre el comisario Melquíades y Joan Torrents es un compendio de nervios, gritos, interrogaciones, medias palabras y tacos, hasta que los dos, cada uno por su lado, deducen que están siendo víctimas de un malentendido. Y que a los dos les han ocultado información, de tal manera que los reproches mutuos no tienen sentido

-Le juro, comisario -dice Joan Torrents-, que no sabía nada de notas a la familia, ni citas, ni acuerdos...

-Pues alguien de ustedes sabrá algo...

El comisario Melquíades, sin acabar de decirlo, ya ha dejado claro lo que los dos piensan. Por eso la conversación llega a su fin con las disculpas mutuas y el acuerdo de mantenerse informados, que ninguno de los dos piensa cumplido uno porque cree ser la autoridad responsable del orden público, el otro porque no se fía en absoluto de aquella autoridad a quien los propios subordinados engañan.

Joan Torrents decide mantener en secreto esta conversación telefónica, sobre todo para no preocupar más a su madre; Pero lo que ahora le urge es hablar con su hermano, ya que está seguro de que él y los suyos han sido los responsables de la maniobra estúpida que le ha explicado el comisario. Y podría jurar que el gran despliegue realizado no solamente ha puesto en peligro a su hermana, sino que ha impedido el inicio de negociaciones para liberarla. Por todo esto, decide que, a partir de aquel momento, él tomará las riendas del asunto, y lo mejor será actuar con la discreción habitual en una clase social acostumbrada a tratar los temas importantes con reserva y secreto.

Unos temas que deben empezar por afirmar su autoridad ante quien menos la valora: Gregori. Por eso, al día siguiente, encerrados en el despacho, discuten extensamente sobre quién tomará las decisiones, en una conversación que, por los muchos oídos en una casa tan grande y en unas circunstancias tan especiales como aquellas, resulta muy difícil de mantener en secreto como ellos quisieran.

Hablan en el despacho, con la puerta cerrada y sin reservas, porque ninguno de los dos puede sospechar de la amistad más que íntima con la cual el astuto aspirante a reportero de *La Publicidad*, Alberto Durán, ha convencido a Lidia, la joven sirvienta que siente desde el primer día una especial animadversión envidiosa por la señorita Eulàlia, de que le informe de todo lo que sepa o suceda en torno al secuestro; porque si él triunfa en el periódico dando la campanada con una información sensacional, ella obtendrá una recompensa en dinero contante y sonante, a la que podrían añadirse, cree la fámula, no pocos favores de un muchacho tan bien situado como apuesto y galante, a

través del cual la chica sueña poder abandonar aquella ocupación servil, escalando algunos puestos en la vida social barcelonesa.

Y es cierto que Durán consiguió de la diligente espía valiosísimos detalles, pero de nuevo tuvo que conformarse con guardar secretas sus notas, ya que tan pronto como, llevado de un entusiasmo ignorante y juvenil, se presentó en la dirección de *La Publicidad* con la copia e interpretación de lo oído por su novia, confidente y cómplice, el director le aconsejó que las guardara e ignorara, convencido de que si publicaban aquello irían «todos, en fila india y por orden alfabético, a la cárcel, después de un intenso tratamiento de cirugía estética en los sótanos de la comisaría que nos dejaría irreconocibles hasta para la madre que nos parió». Y el reportero novato era la «D», uno de los primeros, por tanto. Por eso las notas quedaron intactas, como tantas otras, en aquel cajón que se vendió entre los escombros y que, milagrosamente, fue recuperado para ilustrar esta y otras historias oscuras de la época, lo que permitió conocer lo acaecido en el despacho de don Joan Torrents.

Afirma el reportero Durán en sus papeles que, según Lidia Romeu (él la denomina con el genérico y habitual «fuentes dignas de crédito y toda solvencia», para disimular el estatus social y tal vez satisfacer a la chica con tan rimbombante título), el diálogo entre los hermanos Torrents fue aproximadamente el siguiente:

Gregori.-Sí, de acuerdo, debería haberte avisado, pero no quise preocuparte...

Joan.-¡Esto ya es el colmo! ¿Y tú crees que yo estoy tan tranquilo sin saber nada?

Gregori.-No, pero... Yo quería daros a todos, incluido a ti, una alegría...

Joan.-Déjate de alegrías, que hace mucho tiempo que en esta casa no hay alegría.

Gregori.-No te desanimes, Joan. Tenemos que ser optimistas. El gobernador civil nos ha asegurado que tienen elaborada una lista de los dirigentes más importantes y los militantes más peligrosos de la CNT, además de algunas direcciones de las guaridas donde

acostumbran a esconderse. Y el gobernador civil a nosotros no nos miente.

Joan.-¿Y a mí qué puñeta me importa el gobernador civil y sus listas?

Gregori.-Es cuestión de horas, que empiecen las detenciones.

Joan.-¿Detenciones? ¿Y tú te imaginas qué harán con Eulàlia en cuanto se vean acorralados?

Gregori.-¡Confía en la policía, Joan! ¡O por lo menos confía en nosotros!

Joan.-¿Vosotros? ¿Y quiénes sois vosotros? Un montón de cazadores matones con ganas de disparar... ¡Y en medio está mi hermana!

Gregori.-¡No exageres, que también es la mía! A ver, según tú, ¿qué hay que hacer?

Joan.-Solamente se puede hacer una cosa: negociar.

Gregori.-¿Negociar? No se puede negociar con terroristas y bandidos. Además, están acabados. Pronto la CNT desaparecerá de nuestras fábricas.

Joan.-¡Yo no hablo de fábricas! ¡Estoy hablando de la vida de Eulàlia! ¿O es que no lo entiendes? ¿Por qué tienes que liarlo todo con tu dichosa politiquería?

Gregori.-¡Porque todo es política! Quien parece no entender nada eres tú...

Después de un silencio tenso, Joan habla lentamente, intentando parecer más calmado, pero con convicción y energía.

Joan.-Bien, de acuerdo, todo es política. Pero ¿tú crees que podemos hablar con la policía para que busquen a los secuestradores? ¿Crees que no se van a enterar, como pasó ayer en el Tibidabo? ¿Y puedes garantizar que la próxima vez no ocurrirá lo inevitable? Piensa, Gregori, que la vida de Eulàlia está en juego y esta debe ser nuestra prioridad.

La nota de la cita en el Tibidabo lo dice muy claramente: «No alertéis a la policía». ¡Y tú, en lugar de ir, les mandas a todos los policías que encuentras!

Gregori.-No eran policías, ¿cómo tengo que decírtelo? Orellana y Rico estaban para dar la «versión oficial» de un chivatazo, pero la operación era cosa de Ramón, nuestro hombre.

Joan.-Sí, que esta vez ha fallado... Ya está bien, Gregori. Lo he decidido y se acabó: negociaremos, buscaremos la manera de negociar y ofrecerles algo.

Gregori.-Está bien, como quieras. Y siento haberme enfadado contigo. A veces la pasión me pierde... Lo que no entiendo es qué quieres que hagamos, para negociar, si no sabemos quiénes son.

Joan.-Sí, la pasión te pierde. Pero no te apures, yo buscaré cómo contactar con ellos.

Gregori.-¿Y si voy a ver al comisario Melquíades y, discretamente, le tanteo para ver qué puede hacer para negociar...?

Joan.-¡Eres duro de mollera! He dicho que nada de policía, que negociaremos nosotros y basta. Ya pensaré algo y te tendré informado.

Gregori.-Como quieras. Me voy, tengo que resolver unos asuntos.

La conversación entre los hermanos termina cuando el señor Gregori sale del despacho. Sin embargo, al poco rato, llega a la casa uno de los policías que se habían estado turnando en la vigilancia, y lo recibe en secreto, pues hablan en la puerta del jardín durante unos momentos, es de suponer que para informarle de las intenciones de su hermano Joan. Parece que Gregori quiere que la policía se adelante a los movimientos de los secuestradores y procure informarse del paradero de la señorita Torrents, seguramente para liberarla.

El informe y las deducciones del reportero Durán, vistos los hechos posteriores, parecen bastante acertados, dado que los movimientos que se producen en la comisaría, y que días después serán relatados en el informe

correspondiente, permiten saber que el visitante que recibió Gregori Torrents en la puerta del jardín es el subinspector Indalecio Orellana, a quien se le encarga que ponga en acción al cuerpo de policía y a su organización paralela con suma discreción, para apresurarse a obtener noticias de alguno de los secuestradores o de sus secuaces, proponiéndoles alguna negociación que les distraiga para planear una intervención rápida y segura que resuelva el secuestro con éxito.

CONVERSACIONES

El perro ladró, desesperado, la madrugada del 16 de septiembre. Todos los vecinos de la calle del Vapor le oyeron y se extrañaron de que no dejara de aullar ni cuando Eusebi, su dueño, le chilló:

-¡Hércules, calla!

Pero a este grito cansado, le siguieron otros más enérgicos que dieron sentido a los desaforados ladridos del animal.

-¡Policía, abran!

A Eusebi no le resulta en absoluto sorprendente que llamen dando aquellas voces y golpeando la puerta con las culatas y los puños. En el fondo, lo esperaba. El vecindario guarda un silencio temeroso y expectante. Muchos se preguntan si van a llamar en más casas, aquella noche. Eusebi se levanta de la cama, murmurando lo mismo que les dijo a aquellos tres idiotas: «Les habéis dado la excusa perfecta para que vayan a cazarnos...». Y, mira, rastreros y lebreles ya están aporreando la puerta.

-¡Ya va! ¡Ya va! ¡Que me echaréis la puerta abajo, collons! -¿Eusebi Oller?

-Sí, soy yo. ¿Qué pasa, agentes? ¿Es que ya no puede uno ni dormir?

-Queda usted detenido por orden del gobernador civil.

-¿Y de qué se me acusa, si puede saberse?

El tortazo sonó con la estridencia de una respuesta precisa, cortante, sobrevoló tejados, cruzó ventanas y hasta hizo callar unos segundos el concierto de ladridos de Hércules.

Ojos asustados miran con disimulo tras las cortinas la procesión de guardias de uniforme y de paisano que siguen al maniatado, que todavía tiene arrestos para chillarle a su perro cuatro palabras, por las que recibe otro par de sonoros mamporros.

-¡Cállate, Hércules, que quieren dormir!

-Eres bueno, Eusebi -le dice el ejecutor de los sopapos- A ver si cuando lleguemos a comisaría tienes el mismo sentido del humor.

Y subraya la frase con un puñetazo en el estómago, que dobla al detenido.

Eusebi contará después que lo primero que aquella: detención le hizo temer fue que le hubieran escogido como chivo expiatorio. Se estaban produciendo atentados continuamente y la policía parecía tener mucho interés por acusar de la mayoría de las acciones a los sindicalistas que conocía, para colgarles el sambenito. Se decía, además, que algunos compañeros habían sido llevados a las comisarías y que, durante el viaje, cuando intentaban escapar, los guardias les habían disparado sin piedad, como si se empezaran a entrenar para lo que, meses después, cuando el salvaje Martínez Anido fuera nombrado gobernador civil de Barcelona, se convertiría en práctica habitual, legalizada bajo el nombre de «ley de fugas», que serviría para aniquilar a todos los anarquistas y luchadores que quisieran sacar de circulación.

Pero, a pesar de esos temores más que justificados, Eusebi relatará que pasó un par de días compartiendo calabozo con otros compañeros, casi como si se hubieran olvidado de él, excepto por un par de apaleamientos puntuales de los guardias antes de darse las buenas noches en el cambio de turno, se diría que llevados a cabo con cierta rutina y hasta con desgana, y que le hacían presagiar una estancia larga en aquel agujero. Pero, por sorpresa, a la tercera noche se presentaron dos de los policías que le habían ido a despertar a casa y ordenaron al carcelero que le hiciera salir.

—¡Acompáñanos! -le gritó el que le atizó al salir de casa, que poco después supo que se llamaba Orellana.

Eusebi miró a sus compañeros de cautiverio, creyendo que tenía los minutos contados y que ya no vería más la luz del sol, porque aquellos dos eran de los

que no se conformaban repartiendo cuatro porrazos. Caminaba lentamente por el pasillo, subía las escaleras demorando los instantes que creía los últimos de su vida, mirando de reojo a Orellana y Rico, que sonreían al verle temblar; hasta que se paró en mitad del pasillo.

—¿Por qué cojones te paras? -le preguntó Rico, empujándole-. ¡Camina!

Entonces él, haciendo acopio de todas sus fuerzas físicas y de ánimo, les miró a la cara con furioso orgullo, para decir:

-Si queréis matarme, hacedlo aquí, en comisaría y mirándome a los ojos.

Para reír, Orellana mostró las caries, erosionadas por un descuido antiguo, ayudado en su labor corrosiva por el tabaco pestoso y el alcohol ruin, cogió su pistola, le apuntó a la sien y se quedó mirándole, como si estuviera a punto de obedecer los deseos expresados por el reo. Una gota de sudor resbalaba por la cara de Eusebi, que aguantaba la mirada de su verdugo.

-¿Es eso lo que quieres? -pregunta el policía sin dejar de sonreírle, con el aliento feroz apestando a pocos centímetros de su rostro.

Eusebi calla y aguanta la compostura. Entonces Orellana baja el arma y cambia de tono y de mueca.

-No sabes cuánto me gustaría, pero no puede ser. Al parecer tienes buenos amigos en la alta burguesía. Lo dejaremos para otra ocasión, ¿te parece?

Le han empujado y ya están en la puerta que da a la calle. Eusebi, que no entiende nada, no se mueve.

-¡Vamos, lárgate! -le chilla Rico-. ¿A qué esperas?

Él camina despacio, abre, siente el frescor de la calle en el rostro y, sin mirar atrás, sale hacia la acera, todavía inseguro. No puede creer que le dejen marcharse así, sin más. Llega hasta la esquina y observa que hay un automóvil con el motor en marcha, esperando. «Aquí están mis verdugos», se dice, y echa a andar en dirección contraria. El coche se mueve, da la vuelta y le sigue hasta que le alcanza y se para a su lado. Eusebi también se detiene. La puerta del coche se abre y él se acerca a mirar a su interior.

-Sube -pide Joan Torrents, sacando ligeramente la cabeza.

Eusebi le reconoce y entra en el coche, que se mantiene parado, con el motor en marcha, aunque el chófer, un hombre con sombrero marrón y bigote muy bien recortado, ha bajado a cerrar la puerta y se queda esperando fuera.

-Nuestra hermana fue secuestrada hace más de una semana -habla Gregori Torrente, que está sentado al lado de su hermano.

-Algo he oído, sí... -despista Eusebi, que cree empezar a entender.

-Los autores son los integrantes de un grupo de anarquistas que se hace llamar los Ingobernables -añade Joan.

-No les conozco...-contesta Eusebi.

-Entonces no nos sirves de nada -Gregori reacciona con impaciencia-. Bájate del coche -y ordena al chófer a modo de conclusión-: Ramón, nos vamos.

Desde allí se ve la entrada de la comisaría, donde Orellana y Rico parecen esperar algo. El chófer da la vuelta y está a punto de subir al coche y hacerles una señal, cuando Joan Torrent coge el brazo de Eusebi y le dice:

-Solamente queremos que hagas de intermediario. Que nos pongas en contacto con ellos. ¿Podrás hacerlo?

Eusebi se ve atrapado. Mira hacia la comisaría, observa al chófer y finalmente mueve la cabeza asintiendo.

-Arranca, Ramón -ordena Gregori.

Así ocurrió, según contó a todos los que quisieron escucharle, la detención de Eusebi y su extraña liberación.

El apresamiento de Eusebi cae como un rayo en Can Fité. Pau, al conocer la noticia que corre por los círculos afines a la Acracia, se apresura a comunicarla a Enric, que parecía esperar inútilmente instrucciones del sindicalista para ver qué pasos se podían dar para resolver el secuestro de forma ventajosa. Y aquellos tres días sin noticias del compañero preso se hacen eternos, entre las

cuatro paredes, pendientes de novedades que temen muy negras, porque recuerdan el caso de Palenzuela.

Los nervios están a flor de piel y Enric tiene que esforzarse para calmar los temores de Pau y, sobre todo, la inquietud del Murciano, que parece expresar su malestar en voz expresamente alta, para ser oído por la prisionera.

-Si han pillado a Eusebi, esto pinta mal, porque puede que nos estén acorralando a todos. Y antes de que nos cacen -grita todavía más-, yo me llevo por delante a la niña Torrents y a todo lo que se mueva mientras tenga balas en la pistola.

-¡No exageres! -Enric tercia-. Además, no olvides que nuestra misión no es matar por matar, sino hacer la revolución, cambiar el mundo.

-Eso os lo he dicho yo mil veces -recuerda Pau-. Parece que hayamos perdido de vista nuestros ideales.

-Pues no veo yo mejor manera de hacer la revolución -contesta el Murciano- que matando, como hemos hecho ya...

Enric también piensa lo mismo. La realidad le ha demostrado que solamente se combate al enemigo con sus propias armas, pero, en el fondo, cree que Pau tiene también algo de razón, porque aquello es un toma y daca infinito en el que ellos tienen las de perder. Y porque parece que ya solamente se dedicarán a huir matando, a escapar de sus perseguidores a base de disparos, como simples bandoleros, cuando ellos son anarquistas y lo que tienen que hacer es luchar, avanzar en la búsqueda de la justicia social, preparar la revolución.

Los nervios y la infructuosa espera alargan aquellas discusiones estériles.

Sin embargo, a Eulàlia le interesan aquellos diálogos, sobre todo cuando sus carceleros comentan lo que les han oído decir al Noi del Sucre o a Layret, aunque tanto Enric como el Murciano les consideran demasiado moderados, hasta tibios, porque ya no es hora de esperar más, sino de moverse, de empezar de una puta vez la revolución, que para ellos es la única salida, la solución a todos los problemas del mundo, su sueño más anhelado, el fin último de sus vidas. La muchacha les oye y querría intervenir en sus largas

charlas, para darles su opinión, explicarles que Eusebi tenía razón al reprocharles que actos irreflexivos como el ataque a su casa, que derivó en su secuestro, son contraproducentes y provocan rechazo entre los obreros. Pero no puede, y acaba convencida de que hablan más que nada para darse ánimo y justificarse, mientras esperan que se les ocurra una manera de salir de aquel complicado lío del secuestro que, si Eusebi no vuelve, tendrán que solucionar de un modo u otro. Y ante la imposibilidad de tomar decisiones, todo lo que dicen queda forzosamente en pura teoría.

Aunque a ella estas teorías también la entretienen y le interesan, claro, porque además la devuelven a los tiempos esperanzados y no tan remotos, a pesar de que parece que haya pasado un siglo, cuando ensayaba sus pequeños artículos en los que también pretendía anunciar un mundo nuevo para una humanidad nueva.

Y llevada por aquellos recuerdos, se atreve a pedirle a Enric, cuando le sube la comida, si puede dejarle «papel y lápiz, y quizás algún libro, para pasar el rato, ya que parece que la cosa va para largo». Por lo que Enric encarga a Pau que, cuando por la mañana salga con la bicicleta a por algo de comer, intente buscar libros, que se los pida a los compañeros del Ateneo. Y entonces Eulàlia oye una de las discusiones más interesantes que han tenido los tres hombres.

—¿Libros? -exclama el Murciano al ver llegar a Pau con el paquete-. ¿Para qué queremos libros? ¡Lo que nos hace falta son municiones, comida y vino para resistir!

—Si leyeras -dice Enric-, quizás no estarías siempre de tan mal humor...

-Y hasta aprenderías algo -ríe Pau.

-Sí, mira, aquí tienes el *Quijote* -muestra Enric-, o *Los miserables*...

—O un libro de poemas nuevo de Joan Salvat...

-¡Bah, noveluchas y poesía! -desprecia el Murciano-. A mí me interesa la realidad, las novelas son para mujeres...

-¿La realidad íntima es de mujeres? ¿La expresión de los sentimientos, la descripción de acciones, los fragmentos de vida son para mujeres? -Pau se ha

escandalizado-. Mostrar la realidad por dentro para cambiarla es de hombres, ¡de hombres de verdad! Claro que no es de chulos de navaja en cinto...

-Déjale -Enric, riendo por aquel ataque furibundo del chico, le calma-. ¿No ves que él es tan hombre que no tiene sentimientos humanos?

-¡Estáis como cabras! -el Murciano se desconcierta, no entiende y por eso solo puede gritar-. Iros al carajo, que se os va a secar el cerebro y os vais a quedar ciegos con tanta letra.

-¿Tienes algo mejor que hacer, para no parecer un animal? -pregunta Pau, hiriente.

-¡Que os zurzan, sabiondos! Me voy a ver si pillo noticias de Eusebi -contesta, tomando su chaqueta-. Aquí empezaréis a volverme loco.

Al cabo de un rato, Enric sube a ver a Eulàlia con unos cuantos libros.

—Toma, aquí te traigo unos libros. Papel y lápiz no es prudente que tengas. Si el Murciano supiera que puedes escribir pensaría que estás enviando mensajes para que vengan a buscarte. Mira, es lo que ha encontrado Pau. Ha traído el Quijote, Los miserables y unos poemas de Verdaguer, el pobre Mossén Cinto, tan atacado por los poderosos, y otro de un amigo poeta, de los nuestros, revolucionario, Joan Salvat. Además aquí tienes otro que yo tenía, *La conquista del pan...*

—¿El de Kropotkin, el Príncipe Anarquista?

Enric se sorprende, tanto por la pregunta, como por el hecho de que aquella mujer parece que conozca una obra que para él es de las más importantes que se han escrito, cuando, por familia, educación y clase social, no corresponde que ella sepa quién es Kropotkin. O por lo menos eso es lo que él cree...

-Sí... -responde-. Pero está medio roto y supongo que no te interesará.

-Pues claro que me interesa. Kropotkin, la oveja negra de la aristocracia rusa... Conoces su historia, ¿no?

Enric no sale de su asombro. Niega con la cabeza y en silencio.

-Kropotkin era un joven aristócrata arrogante y soberbio, que una vez vació un tintero en la cara de un maestro para burlarse de él ante sus compañeros. El maestro, consciente del poder del joven insolente, no respondió y aceptó la humillación, entonces Kropotkin pudo ver claramente la rabia reprimida en su mirada hostil, pero no esclava. Avergonzándose del acto tan ruin que acababa de cometer empezó a darse cuenta de la injusticia que conlleva la existencia de las clases sociales, que condenan al ser humano a aceptar la superioridad de otro ser humano, y comprendió que la sociedad está basada en ese error. Este fue el inicio del Príncipe Anarquista, que consagró su vida a la lucha contra la desigualdad y la injusticia. Me extraña que no conocieras esto...

Enric ha escuchado el relato, perplejo. Cada vez está más fascinado. Aquella chica no es la frívola burguesa que él suponía. ¿Cómo sabe aquello? ¿Es posible que conozca más cosas de Kropotkin que él y muchos otros compañeros que siguen sus ideales? La muchacha le sonríe, satisfecha de haberle sorprendido. Se han quedado quietos, mirándose sin decir nada, hasta que él niega con la cabeza para indicar que desconocía aquella historia. Y ella añade:

-Me interesará leerlo, sí... Porque en las librerías no se encuentran estas obras. ¿De dónde lo has sacado?

-Era de mi hermano... Creo que se lo dieron en el Ateneo Enciclopédico Popular -responde él, cada vez más sorprendido por la curiosidad de aquella mujer.

-El que fundó Francesc Layret, ¿no? -y aquel nombre le devuelve a la memoria sus aspiraciones todavía recientes-. ¿Le conoces?

-Le he visto alguna vez, sí...

Eulàlia hojea el libro, que tiene las tapas rotas y algunas páginas sueltas,

-Te lo cuidaré, no te apures -le dice-. Pero... ¿qué es esto? ¿Una dedicatoria?

Muestra algo escrito en la primera página con una caligrafía pulcra e inclinada, y lee en voz alta:

-«Queremos personas capaces de destruir, de renovar sin cesar los medios y de renovarse ellas mismas; personal cuya independencia intelectual sea su mayor fuerza, que jamás estén ligadas a nada... aspirando a vivir vidas múltiples en una sola vida». Firmado: ¡Francesc Ferrer i Guàrdia! ¡Caramba!

Eulàlia mira a Enric como si estuviera ante un ser extraordinario:

-¿Conociste a Ferrer i Guàrdia? -pregunta-. ¿Fuiste a la Escuela Moderna? ¿Te lo dio él?

-No, no, yo no... -responde al interrogatorio atolondrado.

¡Qué preguntas tan raras hace aquella chica! Enric no sabe de dónde pudo haber sacado su hermano el libro, aunque recuerda que alguna vez le había dicho algo sobre las enseñanzas recibidas de Francesc Ferrer i Guàrdia, el maestro de la Escuela Moderna ajusticiado hace cinco años como responsable de la Semana Revolucionaria de 1909. Pero no cree que aquello sea tema de conversación con una secuestrada. Ya hace demasiado rato que charlan como si se hubieran conocido paseando. Aquella chica parece haber olvidado quiénes son ellos dos y qué hacen allí.

-Bueno, pues... lee lo que quieras. Yo ahora tendré que bajar...

-Gracias, Enric...

Era la segunda vez en pocos días que la prisionera le daba las gracias. Y ahora había añadido su nombre, como si fueran amigos. Enric se esfuerza para mirarla con la superioridad de un carcelero que tiene en sus manos la vida del cautivo, pero lo que sus ojos intentan lo niega un amago de sonrisa silenciosa que se le escapa poco antes de cerrar la puerta.

Aquel fue uno de los momentos mágicos que a veces se producen en la vida de las personas, como anotó, recordándolo y refiriéndolo repetidamente en diversos pasajes de sus notas, Eulàlia Torrents. Ella lo atribuía al silencio denso que compartieron durante unos pocos segundos, dándole el valor del inesperado descubrimiento de que dos espíritus lejanos y hasta entonces desconocidos habían conectado a través de un puente espiritual, del mismo modo que se cruzan dos sonidos para producir una intensa y profunda nota

musical, o relampaguean dos colores para matizar un destello breve y feliz; o, más sencillamente, como se conectan, más allá del tiempo y del espacio, el alma del lector y la vibración de las palabras escritas en un libro, que transforma la vulgaridad de un instante en vivencia única.

De esa manera intentó ella describir las sensaciones de aquella tarde, que la mantuvieron en un estado de ensoñación casi optimista y ajeno a la realidad cruda, que abandonó cuando el Murciano se presentó a la entrada de la noche con noticias y compañía inesperada, despertando el interés de Eulàlia, porque parecían presagio de novedades inminentes.

-¡Mirad quién viene conmigo: dos chavales del grupo Savia Nueva! -anunció al llegar-. ¡Sacad el vino y unos vasos!

Enric y Pau saludan efusivamente a los recién llegados, mientras el Murciano no para de hablar.

-Los he encontrado cerca de la fábrica Montéís, cuando salían del trabajo con el carro. Lo he conocido por la vela torcida y color de café con leche, de tan sucia y bregada -ríe-. Subían hacia la carretera de Sant Boi y, no os lo vais a creer; traían noticias de parte de Eusebi: le soltaron ayer por la noche. Parece que quería venir hoy a hablar del asunto del rescate, pero no ha podido y manda a Pere y a Quim para que nos expliquen...

-¡Pero si no les dejas hablar! -Pau le interrumpe a carcajadas.

-Sí, a ver, Quim -es la voz de Enric-. ¿Qué noticias traéis de Eusebi?

Eulàlia aguza el oído cuanto puede, para enterarse de los planes.que supone que ella protagonizará. Entiende que los dos recién llegados, que dicen ser la savia nueva para reorganizar los Ingobernables, están allí para llevar a cabo un plan trazado por Eusebi, que tiene que acabar con la liberación de la secuestrada a cambio de un rescate. Las condiciones y los detalles los ignora, porque Enric y los dos nuevos hablan de ellos lejos del alcance de Eulàlia, mientras el Murciano, puede que por el vino que han ido bebiendo, habla voz en grito y soltando todo lo que le pasa por la cabeza:

-¡Ya tenía yo ganas de sacarme de encima a esa niña! Créeme, Pau: donde hay mujeres, hay problemas, si lo sabré yo...

-Pero... ¿De qué hablas? -Pau desafía su verborrea, a sabiendas de que todo son estúpidas bravuconadas-. ¿Qué sabrás tú de mujeres?

-¡Más que tú, mocosito! -se cabrea el otro, como suelen los borrachos ante cualquiera que les lleve la contraria-. Pero sobre todo sé de esta, que es una Torrents y merece lo mismo que encontró su padre y encontrarán todos los de su clase... ¡Una muerte justiciera! ¡Se hará justicia cuando los torturadores sean torturados! ¡Yo te juro que...!

-¡Cállate! -Pau sabe que cuando el Murciano empieza a jurar, grita y sermonea con una pesadez insoportable hasta que cae rendido.

Eulàlia no quiere oír más. El recuerdo de la muerte de su padre le duele y las amenazas la asustan, justamente ahora, cuando parece que todo va a resolverse. De una cosa está segura y la realidad se la confirma de inmediato: si Enric, en lugar de estar fuera de la casa charlando con aquellos dos, estuviera allí, el Murciano no gritaría tamañas barbaridades.

El borracho se calla cuando están todos otra vez juntos. Los dos visitantes se despiden y al rato Enric le sube la cena. Ha entrado y deja un plato encima, de la silla. Según el relato de Eulàlia,-ella esperaba aquellas apariciones, porque eran los únicos ratos en que podía hablar con alguien que, más que un enemigo, con el paso del tiempo y oyéndole hablar, a veces se le iba apareciendo como un posible amigo que el azar había situado en el bando equivocado. Y sobre esta cuestión giraban no pocas de sus páginas, reflejo del mar de dudas en que se debatía. Pero aquella noche, la conversación varió un poco. Leemos cómo la resumió.

Enric entraba siempre con sigilo después de llamar discretamente a la puerta, lo cual me hizo pensar ya desde los primeros días que era una persona respetuosa y que, para él, yo no era solamente un rehén, sino ante todo un ser humano. Y eso decía mucho a su favor. Aquella noche,

sin embargo, a diferencia de otras veces, cuando hubo dejado el plato, se acercó a mí y me dijo que tenía que pedirme una cosa:

-Ya escribiste una nota citando a tus hermanos para hacer un trato. Ahora necesito que escribas algo más convincente, una pequeña carta, para que vean que te hemos tratado bien, que tu secuestro fue un accidente y que tienen que pagar el rescate porque si no...

-Porque si no, ¿qué? ¿Me matarás?

-Escribe -Enric evitó responder-, y convénceles. Te dejo aquí papel y tinta, puedes pensar durante un rato lo que les quieras decir.

-Enric -le dije yo entonces, puede que porque al esquivar mi pregunta anterior me había dado confianza-. ¿Fue el Murciano quien mató a mi padre?

Me miró en silencio unos segundos, con una intensidad distinta, pero después se dio la vuelta y susurró al cerrar la puerta:

-Escribe.

No tuve que pensar mucho en qué escribir. Pedía que pagaran para que me dejaran salir, que tenía ganas de ver a mi madre y a mis sobrinos (las omisiones dejaban bastante claros mis sentimientos), explicaba que me habían tratado bien y solicitaba que se evitara cualquier tipo de violencia, ni para vengar mi secuestro ni para buscar a los culpables. Quise hablar de violencia para aludir a Joan y Gregori, para que se dieran cuenta de que aquel desgraciado episodio se había producido, en gran parte, por su culpa.

Y me dormí mucho más tranquila, pensando, como tantas personas jóvenes piensan, que las palabras escritas dibujan deseos y sueños que se proyectan sobre la realidad, transformándola, por la mágica acción de la escritura.

A la mañana siguiente, muy temprano, cuando apenas acababa de lavarme en la jofaina, entró Enric.

-Buenos días -parecía alegre, pero se cortó al verme a medio vestir-.
Perdón. Volveré más tarde...

-No, no, aquí tienes la carta. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Me miró, intrigado, esperando:

-¿Qué pediréis como rescate?

-Dinero... -contestó con obviedad.

-¿Y qué vais a hacer con él, invertir en bolsa?

Primero no entendió mi broma, hasta que le sonreí abiertamente y con cierta picardía. Vi que no esperaba esta muestra de buen humor y tardó un poco en devolverme la sonrisa. Cuando parecía que iba a hablar, solamente se le ocurrió decir:

-Te dejaré a solas...

-Espera -le rogué, desabrochándome el medallón-. Me gustaría que, si vais a llevar el mensaje a los míos o quizás si, después de todo, me ocurriera algo... lo tuviera mi familia.

-No te preocupes -se apresuró a decir-, no ocurrirá nada.

Me había ido acercando a él, para darle el medallón. Al dejarlo en su mano, pasé mis dedos por sus palmas rudas. Fue un movimiento instintivo, imprevisto, que me provocó un leve escalofrío, mientras él bajaba los ojos, evitando mirarme.

-Volveré más tarde... -susurró, guardándoselo en el bolsillo.

Y salió con prisa.

Hay cosas que no tienen ninguna explicación, que suceden porque suceden. Todavía hoy, a mi edad, según como lo piense, me sorprende de que fuera yo quien vivió todo aquello.

UNA NOCHE, UNA MAÑANA

La carta y el medallón han llegado a manos de Eusebi, que al atardecer del día 20 de septiembre tiene un coche esperando en la esquina. No es el mismo que la noche de su detención, pero provoca la alarma entre los vecinos. Los hay que opinan, espiando nerviosos por las rendijas de las ventanas, que si no es de la policía tiene que ser de los pistoleros que cazan a cuantos sindicalistas pueden. Esta es la versión más extendida y terrible. Pero hay otra, envidiosa y cínica, convencida de que el viejo anarquista ha cambiado de bando, que ganará muchos enteros entre algunos elementos del vecindario, sobre todo en cuanto vean que, a la mañana siguiente, Eusebi está en casa con Hércules. Unos y otros, tanto los más cándidos como los recalcitrantes pesimistas, por aquello de que los extremos se tocan, habían coincidido en darle definitivamente por desaparecido, al ver que se montaba en el automóvil la tarde anterior. Pero no.

¿Adonde fue? ¿A qué fue y con quién estuvo? ¿Cómo volvió? Ninguna de estas preguntas puede responderse con total seguridad, ya que, aparte de él, que nunca habló en público de esto, no hubo testigo ninguno para dar fe de los hechos.

Aparte, claro, del interesado, que nunca contó a nadie lo sucedido.

La noche del 20 de septiembre, Florencio Pi, también conocido como el Manitas o el Guantes de Seda, se encontraba ocupado en sus menesteres habituales, cuando vio pararse un coche ante la puerta del Palau de la Música. El automóvil, conducido por un chófer serio, de bigotito recortado y ojos escrutadores, llamó la atención de Pi por tres motivos, dijo él. Primero, porque era el mismo que una hora antes había dejado en la puerta del magnífico edificio a dos señores muy distinguidos, a los que él se acercó a pedir lumbré

para una colilla bastante aceptable que acababa de pillar en la esquina de la Riera de Sant Joan, con la aviesa intención de llevar a cabo su negocio y palpar la faldriquera de uno de ellos, haciendo uso de los sedosos dedos hábiles con que la naturaleza y el esmero le habían dotado; pero renunció al observar el bulto de un pequeño revólver en un bolsillo del hombre y se quedó fumando. Y si apuró el chamusco fue por la segunda razón aducida: bajados los señorones del automóvil, el chófer de mirada zorruna, que pareció adivinar sus intenciones con mover una sola de las cejas, pasó conduciendo a su lado escrutando de tal manera a Pi que le provocó escalofríos al intuir la posibilidad de acabar durmiendo con exceso de calor en todo el cuerpo, pues la diligencia con que le daban los guardias al chuzo dejaba dolorosos y calefactores recuerdos de larga duración. Y el tercer motivo para que Pi se fijara en el coche fue que, al volver de nuevo al cabo de un buen rato a parar ante el Palau de la Música, bajó de él un individuo de gorra y alpargatas, con indumentaria en nada acorde con los candelabros y espejos de la sala modernista, y se metió en el café del emporio musical, donde los otros dos de la chistera le acogieron e invitaron a su mesa.

La oscuridad de la calle a aquellas horas, en un día en el que no había concierto, no le permitió reconocer al figura que se codeaba con los monsieurs hasta que el interfecto no estuvo dentro. Entonces fue cuando vio claramente que se trataba de Eusebi Ollera una vieja amistad trabada en mejores tiempos, cuando los dos eran jóvenes, correteaban juntos y animosos tras las costureras de la fábrica por entre las cajas de hilo, y él también se dedicaba al triste oficio de la industria textil, acarreando cajas y miseria; como ahora, pero peor; ya que desde que encontró su vocación de prestidigitador urbano que le procuró cierta fama en el ambiente, la miseria, aunque mitigada a ratos, no había dejado de acompañarle, pero el peso de las cajas estaba olvidado para siempre.

La sorpresa de Pi fue mayúscula, no por nada, sino por-que sabía que Eusebi era un sindicalista vehemente, y su presencia allí y con aquellas compañías no pegaba ni con cola de carpintero. Primero pensó en la posibilidad de entrar, presentarse como un viejo amigo y ver qué pillaba, un cafetito, un cigarro... o la posibilidad de un billetero «encontrado» mientras saludaba amablemente o

conversaba y cualquier otro pardillo se ponía a su alcance. No iba tan mal vestido, si alguien allí no daba la talla de figurín era Eusebi, con su uniforme de obrero, que hasta los camareros le miraban mal, como si ellos fueran de otra clase, ya ves tú... Pero, en fin, Pi no llegó a decidirse a entrar porque mientras se lo pensaba vio, con los ojos haciéndole chiribitas, que Eusebi entregaba a los dos caballeros un documento que ellos leían con atención y un pequeño envoltorio, que podía ser cualquier cosa, pero que recogieron con gesto que Pi, romántico y observador a partes iguales, calificó de emocionado. A estas entregas, uno de los potentados respondió sacándose del bolsillo de la levita un sobre bastante abultado y dándoselo a Eusebi, que, un poco turbado, mirando a un lado y a otro con un gesto evidente de temor por ser visto, lo guardaba como podía bajo la chaqueta y salía, después de sellar el supuesto acuerdo con un apretón de manos acelerado, sin ni siquiera apurar la bebida a la que parecía que le habían invitado.

Que se trataba de guita estaba fuera de duda. Y que olía a pago clandestino, ilegal, no podía negarse. Entonces se le ocurrió a Pi aquello de «el que roba a un ladrón, etcétera» y le hubiera seguido, para darle el sablazo con cualquier excusa, si convenía hasta presionándole un poco con frases del tipo: «Cómo es que cobras de estos señores a estas horas...» o «No sabía que hubieras cambiado de trabajo y de amigos...», con las que el supuesto revolucionario seguro que se hubiera dado por aludido, entendiendo que tenía que comprar el silencio del «viejo compañero». Pero cuando se disponía a correr tras él, se encontró ante las narices al chófer omnipresente, que se disponía a entrar en el café del Palau y que le miró como si le fotografiara, parándose un instante ante Pi, lo suficiente como para provocarle el desconcierto y facilitar que Eusebi desapareciera por alguna callejuela sin dejar rastro.

Con todo, Florencio Pi, ducho en transacciones monetarias de todo tipo, sobre todo las que tenían como fin su ávida buchaca, intuyó que lo visto debía tener un precio, por lo que había que sacarle algún beneficio, que no estaban los tiempos como para echar nada en saco roto. Puso la oreja en todos los corros, mentideros y conversaciones de baja estofa, hasta que supo que había quien buscaba información sobre Eusebi y dio con el subinspector Rico, el cual anotó la explicación del Guantes de Seda a cambio de permitirle trabajar en las

inmediaciones de Canaletas durante un tiempo, para gozar de cierta bula y ser considerado como «confidente» del subinspector. El título llenó a Pi de un orgullo estúpido e hizo que se identificara tanto con sus imaginarios galones, pavoneándose de ellos en compañía poco selecta, que una tarde noche de poco antes de Navidad caería, pinchado por alguien que vio la manera de quitarse de encima la competencia en el arte de la sisa y, al mismo tiempo, hacer suya la colecta de la jornada del desgraciado y contribuir a limpiar el mundo de soplones. La breve carrera del chivato amateur se truncó junto a los urinarios de la plaza del Bon Succés, con lo que se demuestra que la historia tiene irnos giros de sádico sarcasmo justiciero.

Y mientras la noche en el centro de la ciudad transcurría repleta de negocios e intercambios muy variados, tan misteriosos y oscuros como el que había observado Florencio Pi, en la masía de Can Fité parecía que se atisbaba el final del secuestro de Eulàlia Torrents, que era lo que habían tratado Eusebi y los hermanos Torrents en el bar del Palau de la Música. La novedad la anunciaron a la muchacha aquella misma noche y, aunque no hablaran de fechas, el cambio de panorama que se avecinaba provocó distintas reacciones en cada uno de los protagonistas que intervendrían en él al cabo de dos días. La misma Eulàlia Torrents narra cómo vivía la situación, horas antes de la que tenía que ser su libertad.

Ya hacía un buen rato que oía los pasos de Enric moviéndose abajo, en la sala. Era evidente que él tampoco podía dormir; quizás por las mismas razones que yo no había podido pegar ojo. El anuncio de que todo aquello acabaría a la mañana siguiente, que ya no tendría que pasar horas y horas encerrada en la desoladora habitación que, por más que la hubiera limpiado y arreglado, no dejaba de ser una celda, me abría un futuro impreciso en casa. La idea de no tener que esperar a que me dieran permiso para bajar a dar una vuelta por los alrededores de la era, respirando con avaricia mi porción de aire puro diario, siempre con el carcelero unos metros detrás (y suerte que solía ser Pau, el chico que caminaba en silencio, dejando que disfrutara de aquel simulacro de libertad); la tranquilidad de pensar que dejaría de

oír las ristras de tacos y barbaridades que el Murciano parecía complacerse en soltar para asustarme y molestarme; la felicidad de pensar en unas sábanas limpias en la cama; la seguridad, en fin, de que podría comer algo más que las eternas lentejas con tocino, repetidísimas, que había aburrido de por vida... y un sinfín de pequeñas cosas que desaparecían de la que había sido mi rutina, me hacía pensar en lo que debería afrontar de inmediato en casa, con mis hermanos, y algo se removía en mi interior.

Porque no era solamente todo aquello tan superficial lo que acababa. Los movimientos de Enric me confirmaban la extraña desazón que en algún rincón me decía que algo más iba a terminar aquella noche. Intuición, temor, impaciencia... En la oscuridad, podía oír casi su respiración, el humo de sus cigarrillos, liados y fumados sin tregua, la inquietud que le llevaba a moverse. Ahora se habrá sentado, ahora se levanta y anda unos pasos... ¿Qué debe pensar? No podía dejar de preguntarme qué motivos tenía para el insomnio, un hombre tan resolute como él, ahora que veía a su alcance la posibilidad del triunfo que tanto le había costado. ¿Qué haría con el dinero del rescate? Seguramente repartirlo entre los suyos para paliar la miseria que el paro patronal creciente estaba extendiendo ya hacía semanas. O sea, que mi libertad serviría para paliar la tristeza y el hambre. Bien mirado, me decía, no podía ser mejor..., aunque me avergonzase un poco, pensando en cuántas cosas más podía ofrecer para mejorar las condiciones de vida de los obreros que hacían posible mi vida regalada de señorita. Que harían posible que retomara de nuevo, como si nada, mi vida regalada de señorita a la que estaba a punto de volver. Era lo que llamaban «parásito» en los libros de Kropotkin y Malatesta que había leído. Y Enric, abajo, probablemente nervioso pensando en que todo debía salir bien para que el dinero tuviera el destino y el uso previsto...

Perdida en este laberinto de culpabilidad del que, por nacimiento, no podía escapar, luchando contra mi destino y proponiéndome enmendar lo que la herencia y la clase social habían equivocado, según

mi criterio joven y generoso de entonces, quise coger el volumen de La conquista del pan que él me había prestado, para leer las palabras de Ferrer i Guàrdia que pensé que eran una buena síntesis y guía de lo que tenía que hacer, y moví la silla, provocando un ruido que desde abajo Enric debió de oír.

Subió la escalera y abrió la puerta con sumo cuidado y a oscuras. Vi su perfil recortado por la luz del quinqué que venía de abajo cuando se quedó parado en la puerta escuchando para saber si yo dormía.

-Hola -le dije, apagando la voz para no despertar a nadie más.

-¿Tú tampoco puedes dormir? -preguntó, también con discreción-. Debe de ser la emoción de la libertad...

-Seguramente -respondí-. Aunque puede que hasta eche en falta alguna cosa, como las lentejas de Pau...

La broma le hizo gracia.

-Con todo, no puedes decir que te hayamos tratado tan mal...

-La verdad es que no. Excepto los gritos de tu amigo, el borracho, y la higiene más bien escasa que he soportado como he podido, estos días han sido una lección importante para mí.

-¿Una lección? ¿Y qué es lo que has aprendido?

-A mirar las cosas de otra manera, a comprender otros puntos de vista. He comprobado que el mundo está mal organizado y que todos tenemos algo de razón..., pero nadie la tiene toda.

No dijo nada durante un rato, hasta que soltó un enigmático «ah...», que me hizo pensar que no me tomaba en serio o que quizás estaba dudando de mi sinceridad. Aquello me molestó y se lo dije:

-¿No me crees? ¿No crees que alguien pueda razonar y cambiar, renunciando a las presiones de su ambiente o incluso tragarse el dolor por la muerte de un ser querido, si entiende que ha vivido en un error y hay que enmendarlo? Parece que eres más inamovible tú que yo...

La penumbra facilitaba el atrevimiento y cierta sinceridad, que corroboraron sus palabras.

-Mataron a mi hermano y a mis amigos... -respondió con una voz apagada que retenía la crispación-. Es difícil perdonar tanta muerte...

-O sea, que, según tú, es más fuerte el odio, tiene más poder el vacío de la muerte que la necesidad de cambiar las cosas que ves para lograr que la vida sea más justa para todos... ¡Vaya anarquista!

Y entonces, después de un largo suspiro, dijo aquellas palabras terribles:

-Yo maté a tu padre, Eulàlia. Fui yo.

Y salió de la habitación con paso cansado, dejándome con aquella herida clavada en el corazón.

Durante un buen rato no supe reaccionar. El golpe era demasiado duro, el momento especialmente cruel, para saber qué sentía y qué pensaba. Un llanto profundo me subió de dentro, del alma, y tuve que ahogarlo tapándome la cara. Lloré hasta el agotamiento y tuve la impresión de que apenas había dormido unos minutos, cuando Pau me vino a despertar.

-Tenemos que irnos...

Lo dijo con cierta timidez, quizás alertado por Enric de una posible reacción violenta mía, después de lo que había sabido la noche anterior. Todo mi equipaje era el chal que me habían dado para protegerme del fresco. Lo cogí y, cuando iba a salir, vi el libro de Kropotkin en el suelo. Pau también lo vio y se agachó a recogerlo.

-Es de Enric... -dije.

-Ya lo sé -contestó-. Y me ha dicho que si quieres puedes llevártelo.

-¿Yo? -me sorprendí-. ¿No era de su hermano?

-Sí, y por eso le tenía un especial aprecio... Pero ha dicho que si lo quieres es para ti.

Cogí el libro y lo guardé, arrebujiándome con el chal, porque el aire de la mañana me hizo temblar de pies a cabeza.

Eran demasiadas cosas. En pocos días, un alud de sensaciones, conocimientos, sobresaltos, angustias, ideas, sentimientos, recuerdos y sobre todo contradicciones removían mi cerebro, de la misma manera que mi cuerpo se tambaleaba inestable durante aquel viaje en carro que todavía ignoraba que me llevaría hasta una nueva cárcel.

Pero medio oculta tras la vela del carro, en lugar de atisbar los recortes de paisaje que me acercaban a la ciudad para adivinar cuán cerca podía estar de mi libertad, no podía borrar de mi mente las palabras de Enric confesando su crimen. Se me ocurrió pensar que aquella era su manera de decirme adiós, de distanciarse para siempre de mí, de evitar que yo le pusiera más veces ante una realidad complicada que él no quería ni saber que existía, porque se negaba a otorgarme el papel de voz de la conciencia, a pesar de que sabía muy bien, me decía, orgullosa y convencida, que yo tenía razón, y que las muertes que se sucedían eran un camino a ninguna parte para todos. Y hubiera hecho cualquier cosa para hacerle entender que yo me encontraba muy lejos de la clase explotadora e hipócrita representada por Joan, Gregori y tantos otros, a los que ahora yo odiaba tanto o más que él, porque les conocía de más cerca.

Y entonces, por primera vez en todo aquel tiempo, volvió a mi memoria Rafel. Pensé en el muchacho como quien recuerda una amistad infantil, solamente porque me había vuelto a entrar el ansia antigua de marchar, de irme a París para ser libre, para escribir y abandonar aquella ciudad de locos, pólvora y mentiras donde pensaba que nunca podría llegar a ser feliz. Y pensé en Rafel porque recordé que había renunciado a acompañarme. Me di cuenta de la enorme distancia que se había abierto entre él y yo, que lo que él perseguía no era de ninguna manera lo que yo buscaba. Para ser ecuánime, fui

consciente de que, en realidad, yo le había utilizado a él, que me había querido valer de sus relaciones y de su trabajo para demostrarme a mí misma que yo era algo más que la «niña Torrents», como decía el borracho, el amigo de Enric al que llamaban Murciano.

Ahora, después de aquel cautiverio, ya estaba segura de ser algo más, algo muy distinto a mis hermanos, sabía con toda certeza que yo no era de los suyos, aunque tampoco era de los otros, de los que mataron a mi padre, de los de Enric. Porque tanta muerte, a un lado y a otro del camino, me empujaba a buscar otra vía, una nueva senda para encaminar mis pasos.

La solemnidad pretenciosa de mis pensamientos juveniles se cortó cuando, tras los ladridos de un perro, el carro detuvo su marcha a instancias de uno de los nuevos miembros de los Ingobernables a quien llamaban Quim, que era el que lo conducía.

-Abajo -indicó Pau-. Entraremos en la casa de uno en uno, dando la vuelta por detrás. Tú y yo iremos juntos. Toma esta cesta como si viniéramos de la compra y fuéramos a visitar a Eusebi.

Por esas palabras entendí que nos encontrábamos en casa del sindicalista y pregunté si no tenían que soltarme.

-Todavía no -me dijo Quim, cuando ya estábamos dentro-. Tan pronto como Enric y el Murciano vuelvan con el dinero, confirmando que todo ha ido bien, te acompañaremos para que vuelvas a tu casa.

O sea, que volvería a ver a Enric, aunque solamente fuera un momento, pensé. Y aquella idea mezcló en mi conciencia un sentimiento de tristeza con otro de esperanza. Yo, está claro, era muy joven.

MUERTE, FRACASO, TRAICIÓN

A la salida del sol del lunes 22 de septiembre, siguiendo las instrucciones de Eusebi, según el acuerdo tomado con los hermanos Torrents en el Palau de la Música, Enric y el Murciano llegan a la estación de Francia, compran sus billetes hasta Mataró y esperan un buen rato para tomar el tren de las 9.18 que inicia su viaje hasta Portbou, para traspasar la frontera francesa. Todo está en orden y no se observa ningún movimiento sospechoso ni dentro de la estación ni en los alrededores, lo que les convence de que esta vez, dirigida y acordada directamente por Eusebi, la operación funciona sin contratiempos.

En el vagón restaurante del convoy les esperará Joan Torrents, con quien se reunirán más o menos a las 9.30. Allí, él les entregará una bolsa con el dinero y, una vez recibido el pago del rescate, bajarán en la primera estación que puedan, volverán atrás y, al llegar de nuevo a Barcelona, contactarán con Pere, que les estará aguardando a la salida con su bicicleta a punto para llegar a la calle del Vapor, donde se encuentra Eulàlia, con Quimet, Pau y Eusebi, a la espera de ser acompañada hasta las cercanías de la fábrica Torrents S. A. Y allí debe ser puesta en libertad, aunque a sus hermanos se les dijo que aparecería en su casa de la calle Pomaret. La idea era ganar tiempo para maniobrar y que la chica llamara desde la fábrica familiar dando noticias a su madre.

El plan es bueno, casi perfecto, pero fallará por la parte más evidente.

Joan ha salido de casa muy temprano, porque quiere pasar un momento por la fábrica antes de ir a la estación. En el momento de marcharse, ha vuelto a insistirle a Gregori para que le acompañe, sin conseguirlo.

-No, ve tú. Quiero estar en casa cuando la liberen -le ha repetido su hermano.

Ya en el tren, con la bolsa bien agarrada, por miedo a que un descuido eche por tierra todo el montaje, todavía se extraña de la actitud de su hermano, pero no quiere pensar más en ello, para concentrarse en cada uno de los pasos que debe dar, que repite mentalmente con obsesivo nerviosismo. Ha llegado al vagón restaurante y pide un café y un coñac, a pesar de lo temprano de la hora. «Necesito fuerzas», se dice. Al poco, el camarero se acerca a su mesa y le sirve.

—¡Oiga! -Joan está nervioso y no puede evitar el tono airado, señalando la copa que le está llenando-. ¡Esto es ron y no coñac!

-Perdone, señor... -el camarero se acalora, tartamudea-. Ahora mismo le traigo su ron...

-¡Ron no: coñac! ¡Le he pedido coñac! Inepto...

-Disculpe, disculpe...

El vagón restaurante está lleno de hombres que desayunan o beben enfrascados en la lectura de los periódicos. Algunos se han fijado en la confusión que ha enervado tanto a Joan Torrents, que no deja de mirar a la puerta y sujetar con los dedos casi doloridos el maletín. Y les ve llegar. Se dirigen a su mesa con paso decidido y se sientan ante él.

-¿Cuándo soltaréis a mi hermana? -pregunta, impaciente.

-Enseguida, cuando hayamos comprobado que todo está en orden y nadie nos sigue -contesta Enric

-Si tiene un solo rasguño, uno solo... iré a por vosotros, ¿me habéis entendido?

-Eulàlia está bien. Y lo estará si pagas como acordamos -Enric le habla fríamente-. Y no cometas la estupidez de hablar con la policía.

Los dos hombres se miran a los ojos.

-Tomad.

Joan entrega el maletín al otro, al que no ha dicho nada. El Murciano se lo coloca sobre las rodillas y está a punto de abrirlo para comprobar que dentro hay lo que tiene que haber, pero Enric le adivina la intención.

-No, ahora no...

Cuando ha terminado la frase, levanta los ojos y ve, de pie, ante ellos, al camarero inepto que pega zarpazo al maletín y grita:

-¡Alto, policía!

Y en aquel mismo instante, la mitad de los hombres que desayunaban parapetados tras sus periódicos en el restaurante aúllan con mil voces, moviendo un estruendo de tazas, botellas y vasos que caen. El vagón se llena de gritos y empujones:

-¡Policía! ¡Las manos sobre la cabeza!

-¡Quietos! ¡Quietos!

-¡No se muevan! ¡Policía!

Son tantas las voces, los gestos, las caras desencajadas, las armas que muestran y las evidentes ganas de disparar en algunos de los ojos que les rodean que el Murciano, tentado de echar la mano a la pistola y hacer aquello que tantas veces había pensado de liarse a tiros y que salga el sol por Antequera, se encuentra inmovilizado, sin tiempo para reaccionar rendido. Y a su lado, con la cara aplastada contra la mesa sobre una mejilla dolorida por la presión de una culata, Enric le mira con los ojos que dicen «se acabó», en silencio.

Pero el más sorprendido de todos es Joan, que no esperaba de ninguna manera aquel asalto. Cuando todo empieza a calmarse un poco, sentado y aún estupefacto, observa cómo levantan a los dos detenidos y les colocan contra la pared para registrarles y esposarles. La mirada de Joan Torrents busca la de Enric y balbucea una disculpa:

-Os juro que yo no he tenido nada que ver con esto...

-Acabas de matar a tu hermana -le responde con desprecio el Murciano.

-¡Cállate, idiota!

Las palabras de Rico, que ha aparecido por sorpresa, han sonado al mismo tiempo que el tortazo en la cara del Murciano, que, seguro de lo que le espera, no tiene inconveniente en responder:

-¡Mira tú, el niño bonito!

Y escupe en el suelo, ante Rico y Orellana, que tienen que hacer un esfuerzo para no emprenderla a tiros allí mismo. No es que se hayan convertido en panolis, como les duele creer que pensarán esos dos mierdas, sino que saben que el comisario Melquíades les está esperando en la estación de Badalona y les ha repetido hasta parecer el eco de las montañas que quería a los secuestradores vivos y conscientes, enteros y capacitados para la declaración que pensaba tomarles él mismo.

Y en efecto, el tren reduce la marcha, se detiene y allí, en la estación, está el comisario Melquíades, que acompaña a detenidos y policías hasta un coche. Les abre la puerta y ordena a Rico y Orellana que les trasladen a la comisaría.

-¡A sus órdenes! -responden.

-Y vayan rapidito, que yo llegaré enseguida.

Melquíades ha vuelto a la estación, donde se encuentra Joan Torrents, con su maletín al lado, como olvidado, y la mirada perdida, con la amenaza del Murciano retumbándole en la cabeza.

-Tenga confianza, señor Torrents. Vamos a interrogarles y pronto sabremos dónde tienen a su hermana, para liberarla sana y...

-¿Quién les ha dado el chivatazo? -Joan parece no haberle escuchado.

-Lo siento, esta es una información confidencial.

-Solamente ha podido ser mi hermano... -habla para sí mismo, con un desánimo rencoroso.

-Disculpe, pero tengo que irme -el comisario hace como que no le oye y no contesta-. Un agente le llevará a su casa en el coche, si quiere.

Joan tampoco contesta. Se levanta, coge el maletín y sale andando lentamente, cansado.

Mientras, el coche que conduce Rico ya ha tomado la carretera de la costa. Orellana ha esposado a los dos anarquistas con los brazos a la espalda, por lo que se remueven sin poder sentarse bien. Él va entre los dos y a cada nuevo movimiento de inestabilidad de los prisioneros, se revuelve con un codazo en el hígado o en la cara de uno u otro, como por accidente, sin parar de reírse.

—Decidme una cosa -Rico, que conduce delante, habla sin dejar de mirar la carretera-. ¿Qué sentís al ser los últimos Ingobernables?

-¡Menudo nombre de mierda! ¿Es que no os sabéis gobernar? -Orellana ríe, y después añade, hablándole al conductor—: Gira a la izquierda, llevaremos a estos dos pájaros a dar un paseo y ver el mar. ¿Os apetece, chicos?

-A mí lo que me gustaría es ver a tu madre meándose encima de ti, cabr... -el codazo en la cara del Murciano no le ha dejado redondear el deseo y ahora sangra por el labio y la nariz.

-¡Guarro! -exclama Orellana, riendo, al verle sucio y ensangrentado-. Os doy la oportunidad de contemplar el mar en un día tan bonito como este y me explicas lo que te hacía a ti tu madre, confundiéndonos de actores...

Orellana le pega un par de manotazos en la cara. Enric no puede aguantarse y habla:

-Eres valiente, mamón, muy valiente. Sácame las esposas y verás...

-Rico, para el coche allí.

Ha señalado una curva donde hay un pequeño terraplén que se abre al vacío. Desde aquel mirador, el azul del mar de septiembre tiene todavía el brillo del verano reciente. La brisa y el sol de la mañana se combinan en una caricia amable que la piel agradece. Rico aparca el coche cerca del borde. Debajo, a unos quince o veinte metros, el agua choca contra las rocas y un poco más allá empieza una playa de arena y tierra que llega hasta la desembocadura del Besos, a unos centenares de metros tras un recodo.

—Caminad, ya veréis qué paisaje se contempla desde el filo del mirador al que os hemos traído -Orellana les empuja con la pistola hacia el borde.

-Les quitaré las esposas -dice Rico, que guarda la pistola y va hacia Enric con las llaves en la mano-. Veremos lo valientes que son...

-Si nos matáis ahora, nunca encontraréis a Eulàlia -dice Enric.

-¿Estás seguro? -Orellana le apunta y sonríe-. Te sorprendería lo fácil que es comprar a un desgraciado anarquista. Te acuerdas de Quintana, ¿no? Pues, como él, mil. En estos momentos unos compañeros míos ya deben estar entrando en la masía de Can Fité.

Enric y el Murciano quedan mudos y helados. Los otros dos ríen a gusto.

No es tanta la sorpresa de que conozcan su escondite más reciente, sino saber que se equivocan de nuevo, porque Eulàlia y los suyos ya no están allí. La idea hace que el Murciano lance una carcajada.

-¿De qué te ríes, idiota? -Orellana no esperaba aquella reacción y se cabrea: están intentando asustar a aquel par de imbéciles.

-De la cara que pondrán en vuestra casa cuando os vean llegar cubiertos de mierda por vuestro éxito.

Orellana pierde la paciencia y le apunta con la pistola desde unos metros más allá, jugueteando, como si, de un momento a otro, por casualidad, fuera a escapársele un tiro.

El otro se dirige hacia Enric, que parece querer acudir a proteger a su compañero.

-Si fuerais la mitad de valientes de lo que decís -insiste Enric-, nos soltaríais y pelearíais como dos hombres...

-¡Ahora verás, malnacido!

Rico es tan estúpido que cae en la trampa. Se acerca a Enric para soltarle y, cuando este siente la primera mano libre

tras la espalda, le asesta con toda su alma una patada en la cara que le rompe la nariz.

El policía aúlla y se revuelca por el suelo de dolor, su compañero reacciona tarde y Enric también, dando tiempo a que el Murciano, todavía maniatado, se abalance sobre Orellana y grite:

-¡Corre, Enric! ¡Corre!

Orellana dispara su pistola en el momento en que el Murciano se le echa encima. Enric mira hacia la carretera primero y hacia el precipicio después. Oye que Orellana dispara otro tiro sobre el cuerpo sin vida del Murciano, forcejeando con él, porque no consigue sacárselo de encima. Entonces Enric, que no ve otra escapatoria, se decide y se lanza al mar dando un brinco hacia adelante, para esquivar las primeras rocas de la orilla. Mientras, Orellana consigue finalmente librarse del cuerpo inerte del Murciano, y Rico se incorpora sangrando en abundancia.

-¡Ayúdame! ¡Ese cabrón me ha roto la cara!

-¡Deja de quejarte y ve a por él! -grita Orellana, fuera de sí.

Cuando llega al filo del precipicio, empieza a disparar donde cree ver que Enric se ha sumergido. Dispara mientras va bajando como puede por las rocas. Escruta cada rincón de la pequeña cala y observa el ir y venir del oleaje. ¿Dónde se esconde aquel malnacido? No ha tenido tanto tiempo como para desaparecer nadando... Debe estar bajo el agua. Y agota el cargador disparando al mar.

-¡Me ha roto la nariz! ¡Me desangraré, si no me ve un médico! -repite Rico, que ha bajado hasta donde está Orellana, con el pañuelo empapado en la cara.

-¡Cállate! Y reza para que no sepa nadar...

Orellana sigue inspeccionando la zona hasta donde le alcanza la vista, buscando rastros del cuerpo de Enric.

-Es imposible que haya sobrevivido -opina Rico, con la voz ahogada por la hemorragia.

-Entonces, ¿por qué no sale a la superficie? -pregunta, nervioso, Orellana.

-Desde la altura de la que ha saltado, puede que el cuerpo haya reventado por dentro. No saldrá a flote hasta pasados unos días. Igual aparece a cien kilómetros de aquí, irreconocible y medio podrido.

-¿Estás seguro? -ignora Orellana.

-Que sí. Las corrientes se llevan los cuerpos y vete tú a saber... Venga, vamos a dar parte, que tengo la cara como un Cristo...

-Sí -Orellana recupera el buen humor-. Tu nariz rota será la excusa perfecta para justificarnos ante el bobo de Melquíades.

Y, después de retirar de la vista el cadáver del Murciano soltándolo entre las rocas del precipicio, le anima a subir al coche con una sonora palmada en la espalda, que maldita la gracia que le hace a Rico.

A la media hora, en comisaría, la escena transcurre tal como la habían previsto: una primera parte de chorro que hay que aguantar impertérritos, una segunda de excusas que no se podrán acabar y una tercera cuando Melquíades empiece a dar muestras de cansancio, para justificarse y acabar la comedia como si nada y hasta otra.

-Intentaron huir -Orellana, de pie ante Melquíades, señala al ensangrentado Rico-. Ya ve usted, no tuvimos más remedio que...

-¡No me toméis por imbécil, que va a ser peor! -el comisario ruge ya hace rato. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¡Decidme! ¿Vais a ir vosotros dos, el dúo Eficacia, a explicarle a Joan Torrents que habéis acabado con la única vía que teníamos para encontrar a su hermana y liberarla?

Orellana ve que la pregunta de Melquíades es el principio de su rendición y lanza el ataque definitivo.

-Mire, señor comisario -da un paso adelante y esboza una insinuación de sonrisa para acabar de desconcertar al pobre Melquíades-. La chica está a buen recaudo, se lo aseguro. Me sabe mal que, por un malentendido, no se le informara de que lo que pronto se llamará el Sindicato Libre, una agrupación

legal que se está organizando, ya ha localizado el escondite de los secuestradores. Pero no se preocupe, que el gobernador civil sabrá de su abnegada labor en la dirección de esta investigación, y cuando la señorita Torrents aparezca sana y salva, todo serán elogios para nuestro glorioso cuerpo...

-Déjese de elogios -Melquíades Bazán se ha dado cuenta del tono insultante y provocador de su subordinado, que está más al servicio de las organizaciones paralelas de la patronal que del cuerpo al que pertenece-. Solamente puedo decirles que, si la señorita Torrents es liberada como dicen, les felicitaré...

Orellana mira a Rico, que, tras el pañuelo, sonríe a pesar del dolor. Los dos piden permiso para retirarse y se marchan a celebrar su evidente triunfo.

Un triunfo que esperan confirmar aquella misma tarde, en la reunión victoriosa que les lleva a la Sociedad de Cazadores. Allí esperan, apurando unas copas de anís, cuando ven entrar a Gregori Torrents y a su fiel Ramón, habitualmente silencioso, pero que hoy, sin mediar saludo alguno, antes de sentarse, suelta:

-No había nadie...

-¿Gomo que nadie? -se extraña Orellana, que se dirige a Gregori Torrents para preguntar-: ¿Y su hermana...?

-La masía estaba vacía, Orellana, ¡vacía!

El grito de Gregori ha sorprendido a más de un carlista de la Sociedad, que echaba una cabezadita en su butaca.

Orellana no sabe qué decir. Que el cabrón del Murciano se haya ido al otro barrio convencido de haberle ganado le enerva y le resulta inesperado. Pero ahora su problema es que Gregori Torrents le está mirando como si quisiera fulminarle.

-¿Qué habéis hecho con los dos secuestradores? -pregunta Gregori.

-Lo que habíamos acordado, ¿no? -Orellana palidece-. Nosotros...

-¡Mierda! -Gregori está desesperado-. Los has matado...

-A ver... -Orellana intenta improvisar salidas-. Analicemos la situación...

-Estamos jodidos, ¡bien jodidos! -Gregori parece no oírle, ofuscado.

-Tranquilos -el subinspector mira con ojos de apremio a su compañero, que no dice nada ni le ayuda a salvar la situación-. No van a hacerle nada... Quieren dinero. Van a volver a ponerse en contacto con la familia. Seguramente contactarán con su hermano, el señor Joan. Solamente tenemos que estar pendientes de lo que él hace, mantenerle vigilado, quiero decir también protegido, para saber cuándo vuelven a encontrarse y...

En aquel instante en el bar de la Sociedad de Cazadores se oye un portazo. Desde el umbral, Joan Torrents busca a su hermano y lo atraviesa con la mirada. Todo el mundo está pendiente del recién llegado, al haberse enterado de lo que ha ocurrido por la mañana. Joan camina hacia él, decidido. Gregori se levanta y parece que quiere disimular con una leve sonrisa, pero solo se le ocurre decir:

-¿Cómo ha ido? ¿Qué ha pasado?

Joan se para ante él. Le mira fijamente y le pega un puñetazo en la cara que lo derriba y le hace caer encima de la mesa, salpicando de anís a Ramón, Rico y Orellana, que se apartan hacia el rincón.

-¡A tu hermana! -grita Joan-. ¡A tu propia hermana!

Gregori quiere incorporarse, pero no tiene tiempo, porque Joan se abalanza sobre él y sigue golpeándole. Rico y Orellana no reaccionan. Ramón y algunos clientes agarran a Joan por la espalda y consiguen separarlo de su hermano.

Gregori se incorpora avergonzado, el traje descompuesto y la nariz sangrando.

-¡Dejadme! -Joan se suelta y dirige un dedo inquisidor al rostro de Gregori, que le mira glacial, casi desafiante, a pesar de las palabras que él le lanza, indignado y amenazador-. No mereces el apellido que llevas. A partir de ahora no intervendrás en ninguna de las decisiones que conciernen a la familia. ¡Si quieres jugar a las intrigas y los políticos con tus amiguitos los idiotas, no la harás en nombre de los Torrents!

EL INFILTRADO

Entre las últimas ideas que el Murciano se ha llevado al otro mundo, antes de desangrarse por el segundo balazo que el asqueroso de Orellana le ha disparado, está la de pensar que alguien de los suyos les ha vuelto a traicionar para que aquellos inútiles sepan de Can Fité. Pero no ha tenido tiempo de pensar quién pudiera ser y seguro que le hubiera costado creer que se trata de Pere Sentís, el más especial de los componentes de Savia Nueva. Él es el infiltrado espía, el joven integrante del grupo que en aquellos días acaba de fusionarse con los Ingobernables, afirmando que pretendía colaborar en encender la primera chispa de la que tenía que ser una revolución definitiva, épica, a la manera de la rusa.

A sus Veintiséis años, el joven Sentís era, hasta la primera semana de septiembre de 1919, uno de los más exaltados defensores de la lucha del proletariado y de las tesis sociales de Bakunin. Vivía solo, se ganaba el sustento en los telares de las Hilaturas Monrás y dedicaba casi todo su tiempo a la Causa. Y el adverbio «casi» es importante, porque revela las imprescindibles migajas de tiempo que siempre se guardaba para jugar unos dineros a los naipes, afición que había llegado a obsesionarle sin remedio. Si algo podía hacerle perder la noción del tiempo y hasta -¡oh, desgracia!- de la Causa, era una noche de partida tensa con el tapete a rebosar de promesas monetarias y la baraja quemando entre los dedos, a la búsqueda del juego deseado para demostrar que él era «mucho Pere para tan poco envite», como solía alardear tras una apuesta arrastrada.

Pero la suerte, caprichosa, le fue más que esquiva, aciaga y amarga, en la partida de la Bodega Mir de la calle de la Cera que se estiró del atardecer del 6 a las primeras luces del 7 de septiembre. Allí fue donde Pere Sentís empezó a torcer el rumbo de su vida, viéndose obligado a renunciar al magisterio de Bakunin, al empeño en la lucha por la liberación proletaria y hasta a su

dignidad, perdido que hubo mucho más de lo que podía pagarse en las sucesivas manos del juego, que le habían ido hundiendo en un pozo de deudas, tan insalvables que no podría llegar a cubrir ni que viviera dos vidas. Insinuó, desesperado, osado, que de la mala racha se había pasado a las malas artes de algún tahúr que no se atrevió a señalar entre los de la mesa, quienes, con ceños de amenazadora impaciencia, pretendían cobrar de inmediato, aunque fuera en especias, la deuda contraída, equivalente al sueldo de varios años encerrado en las naves de la Hilatura, sin comer ni gastar un céntimo. Y como Pere se había jugado mucho más de lo que no podía tener perdió lo poco que tenía: ideas, palabras, dignidad de obrero... intangibles valores, en fin, que no cotizan en el mercado del juego en que solía moverse. Y aquí fue la debacle. La suya y la de los que con él se embarcaron llenos de revolucionarias intenciones generosas.

Aquella misma noche, acodado en una de las cubas de las que el bodeguero Mir sacaba el ácido morapio aguado con el que llenaba las botellas, un tipo mal afeitado de dientes blancos apareció de milagro entre los acreedores. No le conocía de nada, pero intercedió por Pere ante sus amenazadores compañeros de partida y desde aquel momento el agradecimiento se convirtió en deuda, después en dependencia, derivando al final en servidumbre de esclavo, cuando el desconocido ya era amigo del alma y le propuso saldar el débito y al mismo tiempo abandonar la miseria y la esclavitud de los telares de la fábrica Monrás, reclutándole para la que ya empezaba a ser famosa Banda Negra. El grupo había sido formado por el falso barón De Köning, un golfo espía aventurero estafador de mojigatos, que «amenizó» con métodos novedosos la guerra entre sindicalistas y pistoleros, inventando un sistema realmente ingenioso, que tendría muchos y conspicuos seguidores en el país y un futuro espléndido. Su método consistía en atentar contra los patronos para que le encargaran, después, venganzas contra los obreros, haciéndose imprescindible. Dicha Banda Negra, patrocinada por el empresario de la construcción Joan Miró i Trepas, gozaba de protección oficial (la policía proporcionaba a los sicarios acreditaciones policiales para que pudieran operar con toda clase de facilidades) y de suculentos estipendios graciosamente sufragados por la Federación Patronal, de modo que las tarifas resultaban muy interesantes para sus asalariados criminales, quienes recibían quince pesetas

diarias de jornal, más primas por cada uno de los actos cometidos, según de qué clase fueran, con los asesinatos pagados aparte, como un trabajo extra y especial.

Pere Sentís aceptó de inmediato una propuesta tan generosa. «¿Qué podía hacer...?», dijo, y añadió la excusa habitual de todos los hijos de puta serviles: «Al fin y al cabo, si no lo hubiera hecho yo, se lo habrían encargado a otro...». Así se justificaba contando con desgana su historia al pasar los años, sin dejar de masticar un palillo tras otro, tomándose de un sorbo los vasos de vino del Mir con que lubricaba el relato, expuesta la particular teoría médica de que «de esta manera no afectan tanto al hígado».

Fuera por lo que fuera (y algo tuvo que ver una tal Juliana, que al parecer le sorbió los sesos, la decencia y los pocos restos de bakuninismo que pudieran quedarle al cobrar los primeros salarios), Pere Sentís cambió de bando, mitad por obligación y mitad por devoción al generoso y descansado estipendio, abandonó en la puerta de la fábrica su antigua creencia proletaria y aceptó seguir como si nada con Quimet, su amigo de Savia Nueva, dispuesto a unirse a los Ingobernables, con el acuerdo secreto de informar puntualmente de la situación a su enlace en la Banda Negra, un subinspector de policía con cara de ratón que después supo que se llamaba Esteban Rico.

Esta fue su avinagrada versión de los hechos ante los policías.

Entrada la noche del día 22 de septiembre, llamaron a la puerta de la casa de Eusebi con un par de golpes secos. A aquellas horas ya sabíamos que la operación había sido un fracaso y suponíamos, al no haber recibido ninguna comunicación exterior, que Enric y el Murciano estaban detenidos. Habíamos decidido esperar a la mañana siguiente para ir, un par de nosotros, en busca de noticias sobre el estado y la situación de los que suponíamos detenidos. Eusebi y yo pasábamos el rato fumando el último cigarrillo antes de acostarnos, Quimet ya estaba durmiendo en un rincón del comedor, y la señorita Torrents y Pau, el único con quien cruzaba algunas palabras, estaban en el sótano. Y entonces oímos los golpes.

Que llamaran tan tarde provocó la alarma general. Lo extraño era que el perro. Hércules, no hubiera avisado de la visita con uno de sus habituales y pesados conciertos de ladridos. Quimet se despertó de un salto, por los golpes. Eusebi cogió el revólver que descansaba a su lado en la mesa, convencido de que nada bueno podía anunciarse a aquellas horas. Yo también estaba sorprendido de que alguien hubiera adivinado el cambio de lugar que se había decidido a última hora y del que no había tenido tiempo de avisar. Unos días antes yo le había dado la situación exacta de la masía de Can Fité a mi enlace, ignorando las intenciones de Enric y Eusebi de trasladar a la secuestrada tan cerca del lugar donde querían liberarla. ¿Quién podía, pues, haber avisado a la policía o a la Banda de dónde estábamos?

Eusebi se dirigió a la puerta, puso la oreja contra la madera intentando adivinar algún ruido que le orientara sobre quién llamaba, mientras nos apremiaba con gestos para que nos situáramos en las esquinas del comedor, dispuestos a disparar en cuanto él abriera. Apuntábamos a la puerta, en espera de una orden o de un movimiento brusco. Yo sabía que no tenía que disparar, que si entraba alguno de los míos de verdad tenía que esconderme y evitar el enfrentamiento, para que después, en el recuento oficial de la operación, quedara bien claro de qué lado luchaba. Era una orden que nos habían repetido hasta la saciedad a los infiltrados. Volvieron a sonar, ahora tres golpes espaciados. Pasaron unos segundos de indecisión, porque los tres pensábamos que no tenía sentido que la policía llamara de aquella manera, casi con discreción y esperando a que alguien abriera, en lugar de pegar los porrazos de ritual y hasta tirar la puerta abajo, como tenían por costumbre cuando querían entrar en algún domicilio. Por otra parte, entrando, ponían en peligro la vida de la chica, que, junto con Pau, ya se movía por el sótano, también alertada por los golpes cada vez más impacientes de la llamada.

Por fin, Eusebi se decidió a abrir la puerta y lo que vimos aparecer resultó increíble: era Enric. Llevaba en brazos a *Hércules* y le hacía carantoñas amistosas para que se mantuviera en silencio, pero

presentaba un aspecto tan lamentable que se diría que era una auténtica aparición fantasmal: sudado, maltrecho, sucio, con la ropa hecha un guiñapo, apenas se tenía en pie y con el escaso ánimo para balbucear una sola palabra que me heló la sangre:

-Traición...

Comprobado que no se refería directamente a mí, sino que se trataba de una acusación general o más bien de una sospecha, pronto todos nosotros nos dirigimos a él para comprobar que hablaba más la fiebre que la razón. Después de servirle una sopa humeante que se tomó tiritando y con los ojos perdidos, entornados por la calentura, se tumbó a dormir y allí estuvo casi tres días sin apenas abrir los ojos ni hablar con nadie, resucitando -eso fue lo que mi enlace exclamó cuando le di la noticia- después de su singular experiencia.

Al reponerse, apenas habló de lo sucedido en el acantilado, cuando les llevaban detenidos. Insistía en que alguien de nosotros les había traicionado y en que el Murciano le había salvado la vida «dando la suya por la mía», en una obsesiva repetición que clamaba venganza inmediata. Yo supe exactamente lo sucedido por boca de Rico, que era uno de los que acompañaron a Enric y el Murciano en su detención y que se presentó a la cita conmigo al día siguiente con la cara por recomponer, llena de vendajes y apósitos que apenas permitían conocerle el rostro y que yo identifiqué por los ojitos ratoniles que siempre tuvo.

Todo el tiempo que Enric pasó sumido en un estado de sopor inconsciente, estuvo cuidado por Pau, que velaba porque no le faltara el agua que no cesaba de pedir. La señorita Torrents también observaba discretamente la evolución del enfermo y aconsejaba a nuestro limpiabotas, ahora ya solamente enfermero, los pequeños cuidados que podían ayudar a Enric a reponerse. Su actitud no me parecía en absoluto propia de una prisionera, pero me guardé mucho de comentarla con nadie, excepto con mi enlace, Rico, que se limitó a recomendarme que observara y me abstuviera de juicio alguno, tal

como hice a partir de aquel momento, aunque, como es lógico, me fue imposible dejar de ver e intentar comprender lo que veía.

En lo que se refiere estrictamente a la misión que tenía encomendada, durante la convalecencia de Enric, parece ser que Eusebi mantuvo contactos con elementos de la subversión que no concretó, para llevar a cabo una acción importante cuando las cosas se normalizaran. Preguntado por el enlace Rico sobre el significado exacto de la palabra «normalizar» en los ambientes anarquistas, solamente fui capaz de contestar lo que deduje: que se quería acabar con el secuestro y cobrar el rescate, tal como de inmediato los hechos confirmaron. Por lo que se refiere a la identidad de los anteriormente mentados elementos subversivos, cuando me fue requerida no supe concretarla, pero tardaría también muy poco en reportarla para que se actuara convenientemente.

Y la normalización anunciada se produjo tan pronto como Enric se puso en pie. Estuvo un día entero hablando con Eusebi en continuos apartes solitarios sin que los demás pudiéramos oír nada. Imaginé que le pedía noticias de las entrevistas que había mantenido con alguien que entonces no pude identificar y, para más desgracia, el día de la patraña de Barcelona, la Virgen de la Mercé, salió muy a primera hora, antes de que nadie se pusiera en pie, acompañado de Pau, a «hacer una llamada», según supe después, ya que Eusebi, era evidente que por consejo de Enric, había decidido que Quimet y yo no merecíamos su confianza. Aquello me asustó y me puso en guardia, y para disimular e intentar sacar alguna información le dije a Eusebi que me molestaba la desconfianza que nos tenían.

-No es desconfianza, Pere. Enric cree, y yo también, que cuanto menos sepamos unos de otros, más difícil será, si detienen a alguno, que pueda cantar dónde estamos y qué hacemos.

-¡O sea, que Quimet y yo somos simples peones! -quise aparentar enfado y, de paso, conseguir que Quimet se uniera a mi protesta-. Ya lo

ves, Quimet, ¡Savia Nueva se ha convertido en una simple sirvienta de los Ingobernables!

-¡No digas tonterías! -rió Eusebi.

-¡A mí, mientras entremos pronto en acción -respondió Quimet-, me da lo mismo que Pau y Enric salgan a pasear en bicicleta, como que vayan a misa a la catedral! Pero acabemos pronto con esta espera, que yo me aburro...

No, mi antiguo compañero no me ayudaba en absoluto. Y me quedé sin saber adónde habían ido a celebrar la Mercé aquellos dos, por lo cual nunca pude dar aviso de sus movimientos, que, al parecer, por suerte no tuvieron ninguna importancia, ya que la liberación empezó a fraguarse la tarde siguiente.

Pere Sentís no supo nunca qué llamada habían hecho Pau y Enric, que aprovecharon el día de fiesta para acercarse hasta el Hotel Palace, recién estrenado en la Gran Vía y, sirviéndose de la familiaridad y las amistades de Pau en los salones donde los señores siempre reciben con agrado los servicios de un limpiabotas, pusieron en marcha un plan astuto.

Mientras Pau ganaba unos dinerillos, Enric supo granjearse el favor de la telefonista, una chica pizpireta que, cansada de agotadores turnos sentada ante su centralita sin casi atender a ningún cliente por lo novedoso del hotel y de las instalaciones, y encantada de poder presumir ante un neófito de lo moderno de su profesión, hasta entonces casi solamente conocida por esporádicas apariciones en algún programa americano del cinematógrafo, permitió a aquel muchacho tan apuesto de la gorra a cuadros hacer una llamada «a un amigo», a escondidas del maître «que todo lo fiscaliza, yo diría que porque me envidia mi trabajo», decía ella, a lo que él contestaba que «claro, claro», sacando el papelito en el que Eulàlia le había anotado el número de teléfono de su casa para que se lo marcara.

Esta es la llamada telefónica que recibe Joan Torrents a primera hora de la mañana del día de Nuestra Señora de la Mercé. La contesta en su despacho,

todavía en pijama y bata, recién levantado, después de que Baltasar el eficaz mayordomo que domina todo en la casa, le avise de que «tiene una llamada del señor Rafel Tolosa».

-¿Rafel Tolosa?

Se sorprende por la aparición de aquel pretendiente tontaina, periodista de pacotilla que cada día acude a la puerta de la casa para preguntar si «se sabe algo de Eulàlia», con una servil insistencia que aumenta la culpabilidad de haber propiciado el secuestro, tal como Joan creyó desde el primer momento. Por eso contesta irritado, porque piensa que ya solamente faltaba que llamase un día de fiesta, tan temprano, para preguntar lo mismo de cada día, como si pudiera resolver el problema incordiando sin cesar.

-¿Qué quieres? -ha levantado la voz más de lo que hubiese querido, y Baltasar, tras la puerta, ha distinguido perfectamente su enfado, mientras se dispone a memorizar todo lo que oiga para que el señor Gregori Torrents vea que sigue al pie del cañón y a su servicio.

La respuesta se hace esperar, por lo que repite la pregunta. Y entonces oye:

-¿Todavía estás dispuesto a pagar?

Aquella voz... Habla muy bajo, sin vocalizar bien, pero Joan busca en su memoria porque le recuerdan alguien... No tiene tiempo de pensarlo mucho, enseguida se lo aclaran.

—¿Te acuerdas de mí, Joan? Soy Enric...

-Enric Serra -No lo pregunta, lo pronuncia en voz alta para convencerse, sorprendido, después de lo que le dijeron ayer, de estar hablando con un muerto.

-Es un milagro, ¿verdad? Pues también es un milagro que Eulàlia siga con vida... -es apenas un susurro, pero le llega con toda claridad.

-Tengo el dinero. Esta vez no habrá ningún problema...

-Eso espero. Un gran amigo mío murió por tu culpa. Quédate en casa mañana y espera instrucciones.

-Ya te dije que yo no tuve nada que...

Pero ya no hay línea, porque Enric sonríe a la telefonista, que le mira con malicia.

-¿A quién has llamado, con tanto secreto, a tu novia?

-Yo no tengo novia, te estoy esperando a ti -contesta Enric, disimulando.

-Pues yo no salgo hasta muy tarde -frunce el ceño y pone morrito de fastidio.

-Lástima, porque yo me marcho de viaje hoy mismo -miente Enric, sonriendo, cuando ya se dirige a la puerta, para esperar en la calle a Pau.

En casa, Joan Torrents todavía no se ha levantado de la butaca ni ha retirado la mano del auricular telefónico.

Esto es lo que Pere Sentís ignora que ocurrió. Él siguió en la casa de Eusebi, pendiente de poder intervenir en cualquier momento e informar de todo, hasta que, por fin, a la tarde siguiente se inició el movimiento tan esperado.

La acción que pedía Quimet se puso en marcha a última hora de la tarde del 25 de septiembre, cuando apareció en el comedor Pau con una nota escrita por Enric, con las palabras exactas que tenía que comunicar por vía telefónica a la familia Torrents. El muchacho, antes de salir a cumplir su misión, tuvo que repetir varias veces en voz alta lo que diría, para aprendérselo de memoria y asegurarse de no dejar escapar ni una palabra de más o de menos en el mensaje.

-¿Y por qué tiene que aprenderse esta letanía de memoria, pudiendo leerla? -preguntaba Quimet.

-Porque, en caso de que le detuvieran o le pasara cualquier cosa, no le pillen el papel -aclaraba Enric-. A ver, Pau, recita...

-«Quisiera hablar con don Joan Torrents, de parte de Rafel...» Espero un rato y cuando conteste una voz masculina, digo: «No soy Rafel. Llamo de parte de su hermana. Dentro de una hora tiene que estar en

la calle del Fuster. Suponemos que podrá encontrarla». De nuevo espero respuesta afirmativa. Continúo: «Traiga el maletín con el dinero. Venga solo. Tenemos observadores allí esperando. Al menor movimiento sospechoso la mataremos». Pausa dramática, por si dice algo. Y repito: «Esta vez la mataremos». Y cuelgo.

Pau repitió veinte veces el mensaje, que me puso alerta de inmediato. Primero intenté convencerles de que me enviaran a mí como «observador» al lugar del encuentro. Después me propuse acompañar a Pau hasta un hotel de la Gran Vía, donde, por amistades y simulando que iba a cumplir su oficio de limpiabotas, pensaba usar el teléfono para hablar con Torrents. También me ofrecí para protegerles en el intercambio; incluso recordé el papel crucial y mártir del Murciano en la anterior liberación frustrada, gracias al cual Enric se había salvado, pero no conseguí nada.

-Gradas, Pere -me dijo Enric, cuando Pau ya hada un buen rato que había salido con su bicicleta-, pero este es un paso que quiero dar yo solo.

Me sonrió para rubricar su agradecimiento, y se dirigió al sótano a buscar a la señorita Torrents, que debía haber oído el cansino sonsonete del recitativo de Pau, porque aguzando el oído pude captar sus palabras.

-Tenemos que irnos -le dijo Enric.

-Me miras como si yo tuviera la culpa... -fue el extraño comentario de Eulàlia Torrents.

-Lo único que quiero es acabar con todo esto de una maldita vez.

-¿Me matarías? -preguntó ella.

-No -respondió el anarquista después de una pausa silenciosa.

Y enseguida salieron los dos, Enric y Eulàlia, al encuentro de Joan Torrents.

Hasta aquí, todo lo que sé de lo ocurrido en casa de Eusebi Oller, la noche del 25 de septiembre.

La explicación del infiltrado Pere Sentís se refiere a la noche de la liberación de la secuestrada, que, efectivamente, se llevó a cabo, aunque no sin algunos incidentes que recoge en sus recuerdos escritos Eulàlia Torrents, quien, además de relatar lo ocurrido desde la perspectiva personal, subraya con detenimiento lo que se refiere a su relación con Enric, de capital importancia en el desenlace de esta historia. Escribe:

Fue una larga caminata, nerviosa, tensa, durante la cual Enric no tenía más que ojos para escrutar los posibles peligros que nos pudieran salir al paso. Cogía mi brazo con tanta fuerza que le advertí un par de veces que me hacía daño, pero enseguida volvía a apretarme como si tuviera miedo de que echara a correr. Y se lo dije.

-No sería nada extraño... Al fin y al cabo, ahorrarías un dinero a tu familia...

-Si crees que lo que quiero es ahorrarles dinero a mis hermanos, es que no entiendes nada.

Me salió una respuesta automática, ofendida, porque no sabía si estaba disimulando o si en realidad lo que quería era borrar aquellas semanas.

Llegamos al Raval en silencio, hacia las diez y media de la noche. Allí la oscuridad parecía más densa y sus nervios aumentaron la tensión cuando vio aparecer dos policías avanzando hacia nosotros desde el otro extremo de la calle. Enseguida pensé que estaban haciendo su ronda y que una pareja paseando o volviendo a su casa a aquellas horas no les llamaría la atención. Pero unos metros antes de que se cruzaran con nosotros, Enric se llevó instintivamente la mano a la cartuchera oculta bajo la chaqueta, dispuesto a solucionar el problema

a tiros. Su movimiento me asustó, porque podía convertir en desastre aquel plan tan sencillo que iba a acabar con los problemas de todos. Por eso decidí jugar fuerte: me paré ante él y le abracé.

-Ni les mires -dije susurrando.

Para que no contestara nada, acerqué mis labios a los suyos, los puse tan cerca que enseguida entendió que debíamos besarnos. Los policías pasaron a nuestro lado por la otra acera y nos desearon «buenas noches» en un tono de burla, naturalmente sin esperar en absoluto que les contestásemos. Yo les miraba de reojo, al mismo tiempo que notaba que el que le estaba dando a Enric era mucho más beso que disimulo. Él también se dio cuenta, por eso debió mantener su boca pegada a la mía unos segundos más, cuando el paso de los dos policías ya se había perdido tras la esquina. Entonces retiré unos centímetros mi cara y le oí decir:

-Tengo miedo...

-No te preocupes -le dije-. Mi hermano Joan vendrá solo. -No es eso - calló, me miró y puso su mano en mi mejilla-. Tengo miedo de no volver a verte.

Aquellas palabras resultaron duras y tiernas para mí. El hombre que había matado a mi padre empujado por la barbaridad de mis hermanos me acariciaba, y yo sentía un calambre removiendo mi cuerpo, mitad gozo mitad misterio. Una emoción nueva hizo temblar todos mis nervios y me empujó a hablar:

-Yo también tengo miedo de no volver a verte.

Y entonces busqué de nuevo el olvido que borrara nuestro pasado en la fuerza de sus labios.

A TIROS

La Peña Gran se reunía cada tarde en el Ateneo Barcelonés de la calle Canuda, situado en el antiguo palacio Savassona. Alrededor del doctor Joaquim Borralleras, un personaje de la alta burguesía barcelonesa con una cultura enorme y un poder de atracción innato, se encontraba un numeroso grupo de intelectuales, periodistas, diletantes, curiosos y desocupados de profesiones liberales o imprecisas, que miraban el mundo desde unas particulares obsesiones y se permitían el desacuerdo y la mordacidad constante con todo lo que ocurría en la ciudad, el país, o los retazos de mundo que decían conocer. Sobrevolaba la conversación del grupo una dosis generosa del sarcasmo imprescindible en toda reunión de moralistas, y solían retirarse a sus viviendas tarde y más o menos reconfortados con la idea de que poco o nada se podía hacer para evitar que las cosas empeoraran todavía más. Bajo este punto de vista, todo lo que ocurría en la ciudad, que se encontraba en estado de constante efervescencia, despertaba en ellos una especial curiosidad entomológica, aunque a veces los tiros llegaban, puede que un poco mitigados, sí, pero llegaban, hasta los jardines del palacio Savassona y removían sus palmeras, alterando el chismorreo de los gorriones y hasta la atención de los contertulios, aparentemente ajenos a según qué estímulos superficiales.

Uno de los miembros que frecuentaban esta tertulia era el futuro periodista de *Las Noticias*, Josep Pla, desde siempre afectado por la obsesión que le acompañaría toda la vida: la grafomanía. En efecto, ya antes de dedicarse al oficio que le daría merecida fama, Pla acostumbraba a tomar notas de todo lo que veía, oía o conocía, llevado por una curiosidad insaciable. En cuadernitos o papeles sueltos, en el reverso de los sobres, en el interior de los librillos de papel de fumar... en todas partes y repartidas por todos los bolsillos, estas notas eran los ensayos del futuro periodista, que con el tiempo le permitirían pergeñar unos artículos a los que él mismo restaría importancia, temeroso de

llamar la atención de según quién y poner en peligro la escasez de los imprescindibles ingresos únicos de que decía disponer; mientras esperaba una oportunidad que le permitiera vivir decorosamente.

Pues bien, ese hombre, el joven Josep Pía que este mismo día de septiembre ha logrado aprobar las dos últimas asignaturas de su carrera de abogado y que todavía no sabe a qué se podrá dedicar para ganarse el sustento, acaba de salir más temprano que de costumbre de la tertulia de Borralleras y va de camino a la pensión, reflexionando sobre el viaje que al día siguiente le llevará a dar la buena noticia a la familia, en Palafrugell. Es tarde, pero algo llama su atención y le retiene unos minutos más en estas callejuelas ahora solitarias y tantas veces transitadas por seres peculiares, llenas de misterios ancestrales que gusta de recorrer; observando, escuchando.

Ve la figura de un señor de porte distinguido, con un discreto maletín en la mano, cruzando las calles del Raval hacia las diez y media de la noche. Pía observa unos instantes la chocante aparición, pero como no le conoce y él es un hombre que se considera a sí mismo de imaginación escasa, renuncia a hacer cábalas y suposiciones sobre su identidad y sus cuitas.

Se trata, sin embargo, de un atribulado Joan Torrents, que se mueve con paso rápido, mirando a un lado y a otro. Ha procurado darse prisa, pero toma todas las precauciones posibles y decide entrar en las callejas estrechas del barrio, viniendo de la Ronda de Sant Antoni, para avanzar hacia el lugar indicado en zigzag, bajando por calle de la Cendra, plaza Padró, calle Botella, dar un largo rodeo por Carretes y Aurora, hasta llegar dentro de unos minutos al cruce de la Cadena con la pequeña calle del Fuster donde le han citado.

Sin embargo, a pesar de las precauciones, una sombra discreta sigue sus pasos a distancia. Lleva el sombrero calado hasta los ojos y puede que haya visto de refilón a la pareja que se ha besado hace un rato, cerca de la esquina de Sant Rafel, pero solamente ha podido atisbar desde lejos a los guardias que siguen su ronda en dirección al mercado de Sant Josep de la Boqueria, donde siempre encontrarán a algún vigilante con quien pasar un rato de cháchara.

Joan Torrents ha cruzado ahora la esquina de Cadena con Sant Martí. Su perseguidor se apresura, porque sabe que aquella es una calle estrecha y

corta, en la que puede desaparecer entrando en un portal o torciendo de inmediato por la de la Riereta. Tiene la impresión de que Joan Torrents está jugando con él, puesto que ha dado una vuelta completa en círculo por las calles y casi se encuentra en el mismo sitio donde hace un rato estaban los guardias. Quizás la sombra vigilante ha pensado esto en el mismo instante que torcía la esquina y, llevado por la prisa, no ha tenido tiempo ni de reaccionar cuando Joan Torrents, que le esperaba pegado a la pared, protegido en la penumbra, le ha agarrado por la solapa y le ha disparado a bocajarro un tiro en la cabeza, sin más.

El cuerpo del subinspector Esteban Rico se ha desplomado como un títere sin alma. Josep Pía, de lejos, ha oído el sonido como de un petardo, que no ha identificado como un disparo. ¡En Barcelona pasan cosas tan extraordinarias!, se dice. Joan Torrents observa atónito el fardo que yace a sus pies. Está horrorizado por lo que ha hecho. No acaba de creerse capaz de aquel acto. Se ha mirado la mano. Tiembla y sostiene el revólver humeante que ha cogido de la mesa del despacho de su padre hace un rato. Guarda el arma en el bolsillo y se limpia con el pañuelo las salpicaduras de sangre que nota en la mejilla. Quiere marcharse de allí. Con las prisas olvida el maletín en el suelo y tiene que volver atrás unos pasos, para recogerlo. El ruido del disparo todavía reverbera en sus oídos, pero la calle está vacía y silenciosa. Se aleja rápidamente.

A unos pocos metros a la izquierda, en la discreta calle del Fuster, Enric y Eulàlia sí han oído el disparo y se han alarmado. Enric ha sacado su arma por precaución, mientras Eulàlia se agarra a su brazo, buscando instintiva protección. El hombre pone su mano sobre los labios de la mujer, apenas rozándolos, para asegurarse que se mantiene en silencio. Entonces, la silueta insegura de Joan Torrents, con el maletín en una mano, aparece recortándose al final de la calle. Les ve y levanta el maletín en lo alto, como si fuera un trofeo, para mostrar que no tiene nada que ocultar. Y al hacer aquel gesto le parece observar que al fondo de la calle, detrás de Enric y Eulàlia, se mueve una sombra. Por un momento cree que es fruto de su imaginación temerosa y avanza hacia su hermana, emocionado, con ganas de abrazarla, pero Enric le indica que se pare.

-¿Has venido solo?

Joan asiente y deja el maletín del dinero en el suelo.

-Sé que vas armado... -le dice Enric.

Despacio Joan saca su pistola todavía caliente del bolsillo y la deja al lado del maletín.

-Ábrelo -le ordena.

Joan se agacha, mientras una sombra se desliza lentamente por la esquina que queda unos metros detrás de Enric. Nadie la ve: es Ramón, seguramente enviado por Gregori a seguir a su hermano, que prepara su pistola para disparar mientras Joan saca unos billetes y los muestra.

-Hay todo lo que has pedido, puedes estar seguro...

-Acércamelos -ordena Enric, sin soltar todavía a Eulàlia.

-Déjala, ya tienes el dinero...

Estas palabras de Joan Torrents casi no se han oído, porque cuando las pronunciaba ha visto claramente a Ramón asomar la cabeza, al mismo tiempo que levantaba el brazo con la pistola, refulgente durante un instante en la penumbra. Enric está a punto de soltar a Eulàlia, cuando la mirada aterrorizada de Joan delata la presencia del pistolero a su espalda y, al instante, se da la vuelta y dispara. Ramón cae abatido con un agujero sangrante en el pecho.

Eulàlia y Joan están sorprendidos, pero Enric se revuelve furioso y apunta a Joan.

-Te juro que no sabía nada... -le dice.

Enric se acerca y le pone el cañón en la frente. Está convencido de que aquella era otra trampa preparada. Tiembla de odio, ofuscado. Eulàlia teme lo peor y decide intervenir.

-No lo hagas, Enric...

-Me deben haber seguido -explica Joan-, porque nadie sabía que nos encontraríamos aquí. Yo mismo he disparado contra uno...

-¡No lo hagas, Enric! -repite Eulàlia.

Lo dice acercándose a su hermano, abrazándose a él, como si estuviera dispuesta a recibir, ella también, el disparo.

—Apártate —ordena Enric.

Ella no se mueve. Él sigue apuntando. Duda. Cree que debería disparar pero no se atreve. No puede hacerlo a sangre fría y menos con Eulàlia allí. Da dos pasos atrás, coge la maleta, sin dejar de apuntar ni de mirarles, y se marcha corriendo a toda velocidad para perderse por aquel entramado de calles solitarias.

Eulàlia se abraza a Joan, que le dice que no puede creer que todo haya acabado.

El guardia Ferriol, nuevo en la comisaría de Consell de Cent» aseguró siempre que a lo largo de todos los años que estuvo allí de servicio, nunca, ni antes ni después, oyó gritos parecidos a los de aquella mañana del viernes 26 de septiembre, cuando el subinspector Orellana entró en el despacho del comisario Melquíades, con el semblante demudado y los ojos encendidos.

-¡Tendremos que empezar a remover todos los antros y escondrijos de los anarquistas para pillar a los asesinos de Rico!

Contra todo pronóstico, las voces las daba Orellana y el comisario se mantenía en silencio. Ferriol pensó que era diáfano y evidente que el mundo andaba al revés, y se le escapó una sonrisa, al imaginar que aquello sería lo que diría en una ocasión así su pobre padre, pastor pirenaico de rebaño exiguo, si levantara la cabeza y, para colmo y reafirmar el dicho, viera a su hijo de uniforme armado en aquella capital de locos, dispuesto a acatar órdenes de los que el buen montañés solía calificar de «gandules de la porra». Lo que su padre no comprendía era que su hijo había escogido aquel camino para ahorrarse noches en vela a la intemperie y una vida prehistórica, con unas virtudes naturales de las que nadie había podido convencer al heredero del rudo pastor

quien había vendido ovejas, corral y casa a toda velocidad para instalarse en Barcelona y disfrutar de la vida moderna, luciendo uniforme a los dos años de bajar del monte; porque él sería hijo de pastor pero tonto no era Ferriol, pues, siguió escuchando la perorata del encendido subinspector, que llamaba al somatén con urgencia ante la pasividad silenciosa de su superior quien seguramente le escuchaba sentado tras la mesa de su despacho con los brazos cruzados, como solía hacer el comisario cada vez que alguien entraba allí sin que él le hubiera llamado.

-Hay que demostrar que salvaguardamos el orden, señor comisario. El mismísimo gobernador civil parece dispuesto a sacar el ejército a la calle. Puede que hasta haya recibido órdenes del ministro. Y nosotros debemos estar alerta para intervenir de inmediato o hasta, si puede ser, adelantarnos, porque ¿quién mejor que nosotros conoce el terreno y puede usar las informaciones de las que disponemos gracias a la labor de los infiltrados? ¿Quién mejor que nosotros puede restablecer la seguridad que reclama toda la ciudadanía decente? ¡Es evidente que este asesinato es una declaración de guerra de los subversivos! ¡Y hay que responder!

La soliviantada invectiva hacía rato que se desarrollaba en un crescendo teatral, evidente hasta desde el otro lado de la puerta. Y oídas las interrogaciones retóricas y las enardecidas llamadas al combate, el comisario Melquíades decidió pegar un golpe estruendoso sobre la mesa para hacer callar al ardiente Orellana e intervenir con su autoridad revestida de sarcasmo.

-¡Ya le vale, Orellana! ¡Hasta aquí y punto! De acuerdo que Rico está en la morgue y es una pérdida lamentable (y quiero ampliar lo de «lamentable») para el cuerpo, pero ahora déjeme meter baza en su inflamada arenga. ¿Qué coño hacía Rico a aquellas horas allí sin que se me hubiera informado de tal operación? O puede que yo, en lugar de dar las órdenes, ahora deba esperar a que entre usted en mi despacho, me informe de lo que ha pasado y me dé las órdenes a mí. ¿Es que en esta comisaría, o en otras, el gobernador y el ministro han nombrado a los señores Torrents o al mismo Köning comisarios en mi lugar, y yo no me he enterado, por aquello de que «Melquíades es un bobo de mil pares de huevos», como un día le comentó el difunto Rico (que en gloria esté, por cierto) en un tono excesivo tras esta puerta? ¡No me replique,

Orellana! Que el secuestro de la señorita Torrents se salde con un muerto que en teoría es de los míos y yo tenga que felicitar al cerebro de esta operación ya me parece payasada circense, querido subinspector, porque, vamos a ver: ¿qué se supone que tenemos que hacer ahora, según usted y sus influyentes amigos? ¿Quemar media Barcelona para que la otra mitad no pase frío ahora que ha empezado el otoño? ¡No me toque las pelotas, Orellana, no me toque las pelotas! Vaya y dígales a los Torrents, a Köning y a la madre que parió a todos los que tienen pistolas que un servidor mantendrá la ley según la ley, y no según sus politiqueos de bandoleros y mangantes. ¿Estamos? Pues, ¡hala!, a patrullar, a triunfar con las putas del Cojo del Capote y a ver qué corona le compramos al pobre Rico para el funeral. ¡Ah, por cierto! -y esto se oyó perfectamente, puesto que Orellana ya se encontraba en la puerta-, ¡mándele también una corona y el pésame a los señores Torrents por la muerte de su guardaespaldas, caído en el mismo acto a su servicio! ¡Aire!

«¡Espléndido discurso!», pensó el guardia Ferriol, como se complacía en recordar. Una notable pieza de oratoria, de la cual solamente él, obviando a ese asno del subinspector que salió hecho una furia de la comisaría con cara de no haberse enterado de nada, fue privilegiado testigo y oyente. Lástima que no pudiera entrar en el despacho y aplaudirle. Y lástima también que, estando como estaba el patio, Ferriol, con la astucia que el trato con animales desde chico le había procurado, vaticinó enseguida que al bueno del comisario Melquíades «yo diría que no le quedan muchas semanas de servicio activo. Por lo menos en una capital como Barcelona...». Y acertó de pleno.

Por otro lado, conseguido el dinero del secuestro, los Ingobernables desaparecen durante un tiempo, reunidos en el almacén de la Barceloneta donde Enric guardó el coche meses atrás, con la complicidad de Andreu. Este viejo compañero

de su hermano Isidre vela por ellos y les procura víveres y noticias sobre el cierre de la patronal, que ha obligado a los obreros al pacto del hambre, al que se suman las constantes amenazas por la creciente actividad asesina de los pistoleros de la Banda Negra, que les persiguen, les apalean y realizan atentados sin cesar.

Y es que, además, en este mes de octubre en que se mantienen fuera de la circulación con la esperanza de que el secuestro Torrents quede en segundo término, se funda oficialmente en la ciudad la llamada Unión de Sindicatos Libres, auspiciada por la patronal y las autoridades militares, con la bendición de la Iglesia y la influencia del carlismo, que se convierte en el brazo ejecutor de la guerra sucia que acabará con tantos dirigentes de la CNT en los meses siguientes. Pau, que continúa trabajando como limpiabotas en los centros de reunión burgueses, trae puntuales noticias de las primeras actuaciones sangrientas de estos nuevos pistoleros, perros de presa de los explotadores enemigos del anarquismo. Y explica con detalle la intervención de un apasionado Gregori Torrents lanzando vivas a «Dios, la Patria y el Rey» en el acto fundacional de la Unión, conocida como Sindicato Libre, para escarnio de la palabra «libertad».

Durante aquellas semanas del mes de octubre, Pere, el infiltrado traidor, apenas puede moverse, porque la discreción que les obliga a la inactividad en el nuevo refugio le impide cualquier contacto con el enlace de la Banda Negra, aunque él no sabrá hasta un tiempo después que su habitual interlocutor -el subinspector Rico- había caído en la calle del Fuster el día de la liberación de Eulàlia Torrents. De hecho, nadie le había dicho que el «policía muerto en extrañas circunstancias» del que hablaba la prensa -que era como se había conseguido tapar la resolución sangrienta del suceso de la familia Torrents- era el tipo de aspecto ratonil con el que solía contactar y del que recibía instrucciones.

El único que sale del escondite en secreto y siempre solo es Enric. Muchas tardes, al acabar de comer, se marcha sin decir nada. Y no será hasta pasado un tiempo cuando Pere sabrá que, después de insistir tanto en ella, arriesga su seguridad y la de todo el grupo en largos paseos y horas muertas por los alrededores del cementerio de Sarria y hasta en algunos establecimientos de Hostafrancs, donde tiene citas secretas que finalmente resultarán cruciales, aunque no en el sentido en que Pere las interpretará.

Por todo eso, el instinto del infiltrado, que mantiene los ojos y los oídos siempre alerta, le dice a Pere que algo se cuece. Y observa a Eusebi y Enric, inquietos a cada nueva información, impacientes por entrar en acción, dadas

las continuas provocaciones de que son víctimas sus compañeros. Hasta que llega un momento en que deciden que ya basta de espera.

La tarde del domingo 9 de noviembre, Eusebi abandona el almacén acompañado de Enric sin decir nada. Es la primera vez que salen los dos hombres juntos. Pau está rondando por sus habituales puestos de trabajo, observando para informar con las manos llenas de betún. Quimet, que no para de repetir que se aburre en el encierro, está durmiendo con aquella placidez increíble que le permitiría roncar veinticuatro horas seguidas, darse la vuelta y volver a roncar, si no fuera porque el hambre le hace abrir los ojos. Entonces Pere piensa en la posibilidad de salir en busca de contactos, temeroso de que se hayan olvidado de él y de su paga, después de tanto tiempo. Y mientras duda ve entrar a Enric y Eusebi acompañados de dos hombres desconocidos, que le saludan.

-Este es Pere -dice Eusebi-. El otro es Quimet y ahora le despertaremos, porque debe de estar como siempre durmiendo entre las cajas. Estos son Ramón Casanellas y Pere Mateu.

Aquellos nombres no dicen nada al confidente Pere Sentís, en aquellos momentos. Será al cabo de un mes y medio, cuando los dos hombres se estrenarán en su primera acción, matando a tiros al industrial Manuel Elizalde mientras está parado con su automóvil en la calle Rosselló, cuando empezará a saberse quiénes son Casanellas y Mateu. Pero dos años después, la fama de ambos activistas traspasará fronteras, ya que llevarán a cabo el asesinato en Madrid de Eduardo Dato, presidente del Consejo de Ministros.

Enric expone sus planes a Mateu y Casanellas, que le escuchan con atención.

-Hay que poner fin a esta situación -dice Enric-. Tenemos que atacar directamente al corazón de la represión y, sobre todo, conseguir que nuestros compañeros explotados se alcen contra la injusticia. ¡Ya es la hora de la revolución!

-Entiendo vuestra impaciencia -dice Casanellas-, pero hay que organizarse bien y, por encima de todo, necesitamos dos cosas: una chispa que encienda la revuelta y armas para llevarla a cabo.

Estas palabras despiertan la atención de Pere Sentís, que se da cuenta de que se prepara algo grande.

-¡Deberíamos acabar con Milans del Bosch! -propone Quimet.

-¡Mejor empezar por poner bombas en todas las fábricas! -añade Pere Sentís, para no levantar sospechas.

-Todas estas propuestas me parecen muy bien -interviene Enric—, pero desde hace demasiado tiempo nuestros grupos de acción, cada uno por su lado, no hacen más que devolver los golpes que recibimos, cortando cabezas... A veces tengo la sensación de que hemos olvidado el verdadero fin de nuestra lucha y del porqué nos han arrastrado a la violencia. Compañeros, recordad que somos anarquistas, no simples vengadores. ¿Cuál es el objetivo de la CNT?

-La destrucción del Estado -ha respondido Eusebi, después de un breve silencio

-Exacto -confirma Enric.

-¿Y os proponéis destruir el Estado? -pregunta sorprendido Mateu.

-Ellos nos han atacado con todas sus fuerzas -aclara Enric-, pues nosotros tenemos que unimos y hacer lo mismo.

-A ver... -Casanellas quiere ser más práctico-. Por supuesto que todos queremos destruir el Estado, pero esto no se consigue así, de la noche a la mañana, proponiéndolo y con cuatro pistolas...

-Una vez, nuestro compañero el Murciano me dijo que la represión nos hace más fuertes -Enric se entusiasma-. Pues bien, en estos momentos ya sabéis que todos los obreros sufren la represión en sus carnes. ¡Los anarquistas no les podemos fallar! Debemos creer en el pueblo, en su fuerza...

—No soy tan optimista como tú —habla Eusebi—. Los obre-ros empiezan a despertar, pero todavía falta un tiempo para que se convenzan de la necesidad de una revolución definitiva.

-¡Hay que creer en imposibles para hacerlos posibles! -responde Enric-. Si convocamos una huelga por el cierre patronal y los continuos asesinatos, y conseguimos sacar a miles de compañeros a la calle, seremos terribles.

-Más ganas que yo, no creo que tenga nadie... -afirma Quimet-. Pero sin armas, la policía nos aplastará.

-Vosotros podéis ayudarnos -Enric señala a los dos recién llegados.

Pere cree comprender el destino de los paseos de Enric tantas tardes.

—Ahora entiendo que insistierais en vernos -dice Casanellas-. Pero no... Es cierto que tenemos contactos con contrabandistas, pero hace falta dinero, bastante dinero, y nuestras cajas de resistencia están vacías, con tantos detenidos, heridos, huidos...

-Pero nosotros tenemos dinero -responde Enric-. Bastante... Mucho dinero. ¿No es cierto, Eusebi? Podemos comprar armas y, con un plan bien trazado, salir a la calle, asaltar el Ayuntamiento y derribar los muros de la Modelo, sacar a los presos de los calabozos y, sobre todo, si no queremos fracasar, tomar alguno de los cuarteles militares de la ciudad, en los que, además, podemos saquear la armería y proveernos de armas de todo tipo... Y una vezalzada Barcelona, los obreros catalanes se unirían a la revolución...

-Lo ves muy fácil... -duda Eusebi.

-¡Probémoslo! -ha gritado Quimet-. Peor ya no podemos estar... ¿No crees, Pere?

-Sí...

El corazón de Pere Sentís late desbocado y temeroso de no poder contactar con nadie para comunicar irnos planes tan fuera de lo común, que sabe que le pueden reportar beneficios extraordinarios.

-No corráis tanto... -intenta serenar Mateu-. Vayamos por partes: primero las armas, después la convocatoria de huelga y encontrar compañeros dispuestos a la acción.

-¡Pues venga, hay que empezar a moverse! -anima Enric.

-¡Se acabaron las siestas! -ríe Quimet-. ¡Empieza la juerga de verdad!

-Sí, al final, todo hay que resolverlo a tiros... -ríe Mateu.

AMORES FURTIVOS

Según lo que ha oído contar Liúda, la chica nueva que han destinado a cuidar de la habitación y atender a Eulàlia a su regreso, las cosas en casa de los Torrents han cambiado bastante, después del secuestro. En presencia de los criados procuran disimular, pero las relaciones entre el señor Joan y el señor Gregori son tensas, forzadas, casi nulas. Se evitan, y trabajo tienen para disimular ante la señora Dolors que «están a matar», según la expresión que Llúcia ha difundido entre el servicio, a pesar de que Baltasar afirma lo contrario, él siempre incomprensiblemente incondicional del señor Gregori, el más antipático de los dos, según criterio unánime en la cocina.

Sea como fuere, no hay ninguna duda de que, desde que la señorita Eulàlia ha vuelto a casa, todos parecen tratarla con una deferencia casi infantil, protegiéndola de no se sabe bien qué o quién y tratándola como a una enferma, entre algodones. Llúcia ha sorprendido más de una conversación al respecto, entre el señor Joan y su esposa Rosa, que no se sabe exactamente si está preocupada por la salud de su cuñada o temerosa de que le quite el protagonismo que ha ido ganándose como señora de la casa, ahora que doña Dolors le ha cedido todo el poder de decisión en lo referido a los menesteres domésticos, con el fin de poder pasar las horas en silencio, ausente, mirando desde la galería cómo el viento otoñal agita los árboles del jardín.

-¿Tú crees que Eulàlia volverá a ser la misma niña de antes? -pregunta Rosa-. Tiene una mirada más dura y triste, hasta un poco turbia...

-¿Qué quieres decir, con eso de turbia? -se enfada Joan.

-Tú mismo dijiste ya el primer día que tanto tiempo encerrada entre bandidos parecía haberla afectado... ¿Se recuperará?

-¡No tiene que recuperarse de nada! Hay que dejarla tranquila. El tiempo lo cura todo...

Aquella frase tan repetida, en la que Llúcia no cree en absoluto, despierta todavía más la curiosidad de la criada, porque sabe que el tiempo no cura nada, sino que, como máximo, oculta, disimula, cubre o esconde. ¿Y qué es lo que tiene que esconder la señorita Eulàlia, casi un mes después de su liberación? En un primer momento Llúcia no relaciona ningún secreto oculto con la carta que Martí, su novio, le dio hace tres días, cuando acudía a la reja del jardín para ver- la, como cada tarde.

-Un hombre, que ya hace unos días que me encuentro rondando por aquí -le dijo el chico-, al saber que tú y yo somos novios, me ha dado esta carta para la señorita Eulàlia Torrents, y me ha indicado que, sobre todo, se la des en mano, djue es muy importante para ella.

-¿Nos ha estado espiando? ¿Sabe que tú y yo...? ¡No iré a contarles a los señores que me escapo cada tarde hasta aquí! -se escandalizó Llúcia.

-No creo... No tenía ningún aspecto de chivato -Martí, convencido de que es normal que se utilice al servicio para enviar recados, quería olvidar aquel episodio y le tomó la mano, más interesado en la chica que en el tipo de la carta-. Además, me ha dado una buena propina que el domingo nos podremos gastar los dos en lo que quieras...

Perdida en soñar deseos para su día de fiesta, Llúcia no dio más importancia al asunto y poco después le entregó el sobre sin remitente a Eulàlia. Sin embargo, la criada, que ya ha olvidado aquel mensaje, un día oye hablar del cuaderno secreto de la señorita Eulàlia, de donde la antigua sirvienta, Lidia, que se marchó a servir a casa de un joven periodista, sacaba las confidencias que contaba en la cocina para regocijo general. Le piden que lo lea y les cuente, ella también, pero no se atreve a revolver entre la intimidad de aquella mujer débil a quien, es cierto, encuentra frecuentemente escribiendo en su habitación. Y puede que sea de tanto escribir que, hace dos semanas, cuando la chica entró para servirle la infusión que doña Rosa le enviaba cada día a media tarde a su cuñada, la sorprendió con los ojos vidriosos y la voz rota, con un aspecto que casi le asustó, y no pudo por más que preguntarle:

-¿Le ocurre algo, señorita?

Eulàlia esbozó una sonrisa triste y se quedó mirándola unos segundos, para enseguida preguntar:

-Tú tienes novio, ¿verdad, Llúcia?

La pregunta es extraña. ¿Qué interés puede tener la señorita Eulàlia en su novio? ¿Han descubierto las citas furtivas con Martí en la reja del jardín? ¿Tendrá consecuencias una respuesta afirmativa? Por un momento teme alguna represalia. Ignora el motivo, pero con los señores nunca se sabe. Llúcia está convencida de que, aparte de las pequeñas escapadas de la tarde, no tiene de qué avergonzarse ante una mujer joven que también tiene novio. Por eso afirma tímidamente con la cabeza y piensa en Martí, el carpintero de la calle Samsó que acude a verla tras la reja cada día, entre las cinco y las cinco y media, que trabajo tiene ella buscando excusas que le permitan salir a la parte trasera del patio, para coger-se de las manos entre los barrotes mientras esperan el domingo por la tarde para «ramblear» y «perderse» al oscurecer rodeando por los Cuatro Caminos, cuando él la acompaña de vuelta a la casa de los Torrents, justo a tiempo para servir la cena.

-Sí... -le ha salido a Llúcia, por fin.

Y entonces Eulàlia le ha preguntado qué hacían, adonde iban, qué cosas se decían, si ella le encontraba guapo, si se habían besado y dónde y cuándo y qué más... Un interrogatorio casi policial, que poco a poco ha ido convirtiendo la conversación entre la señorita y la sirvienta en un intercambio de risas y complicidades, propio de dos muchachas que aprenden a vivir y buscan respuestas con la piel, los ojos y el alma, apresurándose. Por eso Llúcia, olvidando quién es ella y quién es Eulàlia, se ha lanzado a explicar sus deseos y sus sueños de principiante enamorada.

-Yo también estoy tras las rejas... -ha comentado con melancolía Eulàlia.

-Pero el señor Rafel viene a verla a menudo y entra en la casa... -ha dicho Llúcia, sin comprender del todo las palabras de Eulàlia.

-¡Ah! Rafel... -Eulàlia tuerce el gesto-. No, ya no... Hubo un tiempo... Pero no, cuando renunció a ir a París renunció a la libertad y al amor auténtico.

Llúcia no sabe qué quieren decir estas misteriosas palabras que Eulàlia ha dicho más para sí misma que para quien la escucha. Pero sin tiempo para pedir explicaciones, se encuentra con nuevas confidencias que solamente entiende a medias, referidas a un hombre que ella no conoce, distinto a los que ha tratado hasta entonces, un hombre, dice Eulàlia y se le iluminan los ojos, con ideas propias, valiente, arriesgado, capaz de matar por convicciones y de perdonar por amor. Un hombre guapo, que besa con intensidad y ternura, con las manos grandes, callosas, ásperas, la mirada ardiente, las palabras dulces pero duras... Un hombre que la familia Torrents odia con toda su alma y que ella debería también odiar, pero al que necesita ver y oír, sentir cerca para notar que la vida tiene un sentido auténtico y nuevo. Un hombre que se llama Enric y que ella no puede pasar más tiempo sin abrazar.

-Tienes que ayudarme, Llúcia -dice al final-. En la carta que me trajiste el otro día dice que espera una respuesta para encontrarnos donde yo diga. Cada día a las siete pasa por la parte de atrás de casa. Le veo desde mi ventana; fuma y mira hacia arriba, desde donde yo le saludo atemorizada y le digo con gestos que se vaya, por si mis hermanos o la policía le descubren. Es una situación contradictoria: deseo con toda mi alma que se quede y quiero que se vaya... Tú me entiendes, ¿verdad?

Llúcia asiente de nuevo, pero no acaba de entender. Los ricos son complicados, piensa; pero ahora le conviene prestar atención.

-Tienes que ayudarme -repite Eulàlia-. Tendrías que salir hoy y darle esta carta con la cita para mañana. Pero antes necesito que me digas si conoces algún lugar discreto y seguro para encontrarnos. ¿Adónde vais tú y tu novio?

Otra pregunta insólita para Llúcia. ¿Qué podría decirle? ¿Que cuando el tiempo acompañaba, la falda del monte, con sus matorrales alejados del camino, era lo más discreto que conocían? Los señores no se conformarían con eso. Y menos en aquel otoño que no acompañaba aventuras amorosas a la intemperie, bien lo sabe ella.

-No sé... Es que nosotros... Una pensión no podemos pagarla.

-Pero ¿conoces alguna?

-Yo no, pero Martí me ha hablado de...

Llúcia recuerda que desde hace unos días, cuando el frío ha empezado a notarse y a dificultar los arrumacos febriles en plena naturaleza, Martí le ha hablado de una pensión discreta en la Vila de Gracia, donde trabaja un primo o pariente suyo que les podría proporcionar una habitación por un rato alguna tarde de domingo a un precio módico...

-Dame la dirección exacta, que la apuntaré para citar a Enric allí mañana. Tú también estás enamorada y sabes que es insoportable una separación así. Comprendes mi sufrimiento, ¿verdad?

Llúcia no sabe qué responder. ¿Enamorada? Supone que sí, pero no sabe muy bien si comparte con la señorita aquel deseo fogoso. Se nota que Eulàlia ha leído mucho porque sabe explicar su pasión mucho mejor de lo que ella hubiera hecho nunca, aunque está segura de que dejar de ver a su novio, más que sufrimiento, le provocaría cierto aburrimiento, porque las tardes de domingo sin él antes se hacían largas y monótonas, y ahora están llenas de sorpresa, emoción y hasta momentos picantes. Y tampoco sabe si todo lo que Eulàlia atribuye a su misterioso amante secreto es exactamente lo que ella diría del carpintero de la calle Samsó. Martí es bueno, pero un poco apagado, corto de palabra y de actos, porque hay que guiarle en todo tomándole de la mano e indicarle cada gesto, aunque aprende enseguida, la verdad. Y guapo, lo que se dice guapo, no es, aunque tampoco sea feo del todo... Repasa las virtudes que Eulàlia ha atribuido al tal Enric y piensa que, como siempre hacen las de su clase, que tienen demasiado tiempo para pensar y darle vueltas a las cosas, exagera. Pero algo tiene que decirle, porque esta confianza inesperada de que goza ahora puede servirle mucho para el futuro, que quién sabe los favores que una señorita puede hacerle a una sirvienta. Por eso no tiene más remedio que decir:

-Se lo preguntaré esta tarde mismo...

-Pero tendrás que ayudarme en otra cosa, también.

—¿Qué más puedo hacer yo, señorita?

Cuando Eulàlia le ha sonreído con aquella cara tan triste, Llúcia ha pensado que el nuevo encargo tendría algo raro. En ningún momento se le ha ocurrido pensar que lo raro era el hombre, hasta que en voz muy baja, como si más que un secreto fuera una vergüenza, le ha dicho:

-Nadie debe saber que le veo, porque Enric es el hombre que me secuestró...

Llúcia no sabe si echarse a reír o pegarle una bofetada a la atontada de la señorita Eulàlia. ¡Hace falta ser boba, piensa, para enamorarse del hombre que te secuestra! Eulàlia debe haberle notado la extrañeza.

—No, no te escandalices... Si le conocieras... Pero le conocerás porque, como digo, tienes que ser mi cómplice y jurar guardarme el secreto.

Y desde este día, cuando por la tarde Martí le sugiere desde el otro lado de la reja «diles que está en la calle Reig, en la Vila de Gràcia, que el portero es mi primo, que digan que les manda Martí Berga y les atenderán», los dos furtivos y extraños amantes, el secuestrador y la secuestrada, encuentran refugio en la pensión Reig, a la que Llúcia acompaña a su señora tres tardes por semana. Y mientras los dos enamorados dan rienda suelta a su pasión, ella conversa con el primo de su novio, un tal Marcel, quien, adquirida cierta confianza, pronto le ofrece la posibilidad de «saber qué es lo que hacen y dicen los dos clientes, por si algún día se puede sacar tajada, que nunca se sabe, con esta gente». Y Llúcia accede, a través de una discreta mirilla disimulada entre cortinajes, a unas clases inesperadas de artes amatorias, ciertamente torturadas, ya que la pareja que las imparte pasa muchos ratos charlando de cuestiones incomprensibles y más bien nada apropiadas a lo que se supone que tiene que ser un encuentro ardiente, antes de entregarse a una furiosa, y a ojos de la muchacha exagerada, sesión de amor carnal desenfrenado, casi tan cruel y urgente como si llevaran a cabo una venganza y cada vez fuese la última. Eso sí, las separaciones se les hacen más difíciles al final de cada nuevo encuentro, y las despedidas son de una fogosidad tan llena de caricias y palabras dulces que ya las quisiera Llúcia para sus encuentros furtivos dominicales con Martí.

Estos ejercicios de arrebatado amor clandestino, que duran no más de tres semanas y se interrumpen a finales del mes de noviembre de 1919, significan una interesante aportación económica para la pensión Reig y una propina

generosa para Marcel, quien, trabada cierta amistad con la novia de su primo, les proporcionará gratuitamente acceso a alguna habitación los domingos por la tarde de la temporada de frío que ya ha empezado, como comisión agradecida por la promoción del establecimiento.

Durante los ratos de observación solitaria, Llúcia aprende algunas novedades amatorias que no tarda en experimental; ahora que disfruta de una intimidad mucho más cómoda con Martí, el cual se sorprende no poco de las iniciativas que toma la muchacha, pero las acepta con silencioso placer, pensando, además, que la habitación les sale gratis y que su relación con la criada de los Torrents está resultando una fuente de felicidad tan inagotable que ya no se le puede pedir más a la vida.

Llúcia, por su parte, se da cuenta de que tiene un novio muy distinto del amante exaltado que espía a días alternos en la pensión Reig. Por no tener, el carpintero está absolutamente desprovisto de todo sentido de la curiosidad y simula escuchar sin atender lo que la chica le comenta: que la tarde anterior Eulàlia le ha anunciado que aquel sería el último encuentro que tendría con Enric. Ella ya lo sabía, claro, pues había podido seguir la despedida entre los dos amantes en directo y ahora la contaba a Martí:

-Él la abrazaba con ternura y le decía: «Ahora mismo volvería a secuestrarte», y ella, triste, le respondía: «Hazlo. ¿Por qué no nos vamos? Aquí nunca podremos estar juntos. Marchémonos a otro país, donde seamos libres y nadie nos conozca». Sin dejar de besarla en el cuello, en la espalda, él le decía: «Te juro que no deseo otra cosa, Eulàlia, pero no puede ser...». Después le ha explicado que estaban preparando la revolución social más grande que nadie ha visto nunca en Barcelona.

-Pero este hombre es tonto... -Martí se pone en su lugar y no comprende a Enric-, Tiene una mujer rica, que le puede llevar lejos, adonde quieran, para vivir juntos y ser felices...

-Eso le repetía Eulàlia, rogándole que no se arriesgara, que lo hiciera por ella, que ahora que era un poco feliz le costaba mucho aceptar que todo podía saltar por los aires. Ha dicho «saltar por los aires», exactamente, y se refería,

supongo, a lo de las armas que él le había comentado un rato antes. ¿Lo entiendes, Martí? ¡Están preparando algo gordo!

El chico asiente, pero apenas ha oído unas pocas palabras sueltas, porque ahora está preocupado de ver esfumarse la confortable seguridad de la pensión Reig, ya que lo más lógico es que, acabado el negocio, su primo Marcel les rescinda el crédito y tengan que volver a amarse al fresco.

-Es decir, que, si lo he entendido bien, el tal Enric es un ficha de cuidado, ya que se propone, junto con los de su banda, algo así como asaltar la Modelo, el Ayuntamiento y no sé cuántas cosas más... -sigue contando Llúcia.

-¡Venga, mujer, ya será menos! ¿Y no han quedado en volver a verse? -Martí se preocupa por lo suyo.

-Él le ha dicho que le mandará aviso, si todo va como tiene que ir.

-O sea, que nos toca esperar...

-Sí, pero mientras, como los domingos por la tarde continuó teniéndolos libres, podemos encontramos tú y yo en la pensión, que Marcel me ha dicho que de momento no hay problema.

-¡Magnífico! -explota de alegría Martí, resuelta su principal preocupación.

-Pero hay algo que no me gusta... -Llúcia duda-. No sé si todas las habitaciones tienen mirilla...

-¿Mirilla? ¿Qué quieres decir?

Y Llúcia tiene que explicar a Martí cómo ha seguido de cerca los encuentros entre Eulàlia y Enric, tras los agujeros disimulados que le indicó Marcel, el cual, al saber que se acaban aquellos encuentros y temeroso de perder el buen negocio que hasta entonces han ofrecido «la señorita y el guapo» -como les llamaba al anunciarlo, con discreción, por un precio módico, a su clientela selecta de voyeurs del barrio-, ha tenido la genial idea de proponerle a Llúcia que puede usar con Martí otro cuarto más acogedor todas las tardes de domingo de cinco a siete, que es el horario en el que hace correr la voz de que

los habituales podrán ver a «una pareja fogosa e inexperta» por un precio razonable, desde las seis mirillas de que dispone la habitación central.

-A mí no me harías eso, ¿verdad, Marcel? -le pregunta Martí con cierto aire de amenaza gansteril, el domingo por la tarde antes de subir al cuarto-. No habrá agujeros para espiarnos...

-Pero... ¿Qué dices? -contesta ofendido el primo-. ¿Tú me crees capaz de algo así con un familiar?

No esperaba otra respuesta. Se da por complacido pensando que «no, claro», cuando la verdad es que «sí, claro, porque el negocio no tiene entrañas», que es la máxima que piensa Marcel mientras sonríe a Llúcia y Martí, que suben las escaleras enlazados por la cintura, al tiempo que el recepcionista pulsa el timbre de las habitaciones veintitrés y veinticinco para alertar a los clientes, que esperan desde hace un rato, de que la sesión empezará ya mismo.

Tiempo después, se descubrirán los movimientos amorios clandestinos de Enric Serra en aquellas semanas de noviembre, como asiduo visitante de la pensión Reig, sita en el barrio de Gracia, calle Reig dieciséis, ya que numerosos testigos requeridos por la policía para identificarle certificarán su fogosidad amorosa, confirmando además que, por aquellas mismas fechas, se encontraba preparando el que tenía que ser el golpe revolucionario definitivo, del que a veces algo comentaba con su amiga en los primeros momentos del encuentro, los menos interesantes para los voyeurs, que, como es lógico, no atendían a los detalles sobre lo que conversaba la pareja, por no tratarse del asunto concreto que les llevaba allí.

Eso sí, en los interrogatorios posteriores dirigidos a esclarecer lo ocurrido el 27 de noviembre, los clientes de las sesiones del Reig aseguraron siempre que, evidentemente, no eran las pláticas entre enamorados lo que les interesaba, sino su expresividad corporal, por lo cual pocas cosas podían concretar más que la identidad del amante. Y reiteraban que, por su clase social y el círculo de amistades que ellos frecuentaban, no era posible que reconocieran al revolucionario Enric Serra en el galán de las representaciones que observaban entusiasmados; y mucho menos a Eulàlia Torrents, inesperada identidad de la dama apasionada, que venía a confirmar que las muchachas de buena familia

tenían también su punto de salvajismo atávico indomable y primario, a pesar de la esmerada educación recibida en las recatadísimas y muy castas instituciones regentadas por religiosas.

Y no hay duda de que debió ser verdad que no reconocieron a la señorita Torrents, porque, si al menos uno de aquellos mirones se hubiera percatado de la identidad de Eulàlia, es seguro que con gusto la hubiera aprovechado para acabar con la competencia del negocio Torrents, ya que por lo menos uno de ellos, el señor Adrià Baygual, asiduo a las sesiones en directo de la pensión Reig dos días a la semana, no hubiera dejado escapar una oportunidad de oro para obligar a los hermanos Torrents a abandonar ciertos mercados, a cambio del silencio sobre la actividad secreta que llevaba a cabo su inocente hermanita. Además, dejando a un lado el negocio y las cuestiones textiles, Adrià Baygual se hubiera complacido en humillar al insoportable Gregori Torrents, un gallito meapilas que por sus discursos parecía creerse la reencarnación y síntesis de las justicias divina y humana con pantalones de rayadillo.

LA REVOLUCIÓN, A PUNTO

Una espesa niebla con un olor ofensivo a tabaco barato recibe al visitante, al abrir la puerta del antro sin nombre de la calle Vigatans. Enric conoce el lugar, cercano a la que fue su casa, que ahora debe de ocupar Raquel, la ex mujer de Isidre, su cuñada, a quien no ve desde hace meses. Aquel parentesco y aquellas calles familiares le parecen momias de un tiempo remoto, aunque no haya pasado ni un año desde que volviera del servicio militar y se desencadenara una vida inesperada que ahora le sorprendería mirar en perspectiva, si pudiera, porque no se reconocería en el joven soldado de regreso a la ciudad con la ilusión de reencontrarse con su hermano, muerto casi inmediatamente. Pero no tiene tiempo para los recuerdos y puede que todo sean manchas que se diluyen en la misma niebla que ahora lo llena todo, impresiones personales muy subjetivas y equivocadas, porque con solo entrar allí, acompañado de Pau, y antes de localizar en un rincón entre la nube azulada y el bullicio de conversaciones cruzadas a Mateu, Casanellas y al desconocido con quien tienen que hacer tratos, se ha impuesto una imagen lejana del pasado que vuelve y toma cuerpo: la silueta enorme de Jaumot, el gigante que ya regentaba el negocio cuando él solamente era un crío, que le saluda con sus formas excesivas y su vozarrón estentóreo:

—¡Anda ya! —le oye gritar—. ¡Pero si es el Enric de la señora Remei! ¿Qué te trae por aquí, criatura?

Que este ha sido su estruendoso saludo lo asegurará el mismo hombretón al ser requerido para testificar ante el juez. Jaumot, que con su bienvenida efusiva ha provocado un ataque de vergüenza infantil evidente en el rostro encarnado que el humo del tabaco encubre, hará lo posible, cuando llegue la hora de declarar para salvar a su antiguo vecino, a pesar de conocer perfectamente y con todo lujo de detalles la parte de culpa que le corresponde

por asistir a la reunión con elementos extraños, celebrada en su establecimiento, aquella mañana del 14 de noviembre.

Parece una buena idea que la conversación que mantienen Mateu, Casanellas y él con el hombre de ojos medio apagados que habla una mezcla rara de idiomas y que dice llamarse Pierre, pueda llevarse a cabo camuflada tras los gritos de jugadores, pendencieros, chulos y mujeres que allí se reúnen para esconderse de la curiosidad y del frío, con el fin de realizar a cubierto sus transacciones y negocios. Pero no contaban con el oído fino y la memoria encomiable de Carmela, una de las chicas que, como las otras tres protegidas del descomunal Jaumot, sirve la bebida, alegra los brindis y hasta canta, si falta hace, para satisfacer al personal dentro de lo decente, siempre al servicio de su mastodóntico protector el cual, al instante, al ver al grupo que se reúne en el rincón, ha encargado a la referida Carmela:

-Ve y entérate al detalle de todo lo que se cuece en la mesa del francés.

La chica ha seguido la consigna al pie de la letra, por lo que podrá reportar a su jefe con fiel precisión los detalles de las negociaciones. Jaumot, claro está, se guardará mucho de informar de su conocimiento a las autoridades, con la esperanza de que, nunca se sabe, algún día alguien pague algo por repetir la conversación o por callarla.

El hecho es que la reunión puntualmente recogida por Carmela y guardada por Jaumot en su papada hasta que le fueron mostrados los sesenta duros de la época se desarrolla como sigue.

Los hombres se miran unos a otros durante unos segundos, después de sentarse los dos recién llegados. Casanellas y Mateu hacen las presentaciones —«este es Pau y este Enric»— al francés, que es el primero en hablar.

-¿Tú eres el jefe de los anarquistas? -pregunta, con aquellas erres suyas que parece que se le atasquen vibrando en la garganta.

-Los anarquistas no tenemos jefe -responde el recién llegado Enric, con gesto orgulloso-, ¿No te lo han dicho Mateu y Casanellas?

—Lo que me han dicho es que tenéis dinero... -dice Pierre, el francés-. ¿Puedo verlo?

-Tranquilo, Pierre... -interviene el que llaman Mateu-. Todo a su tiempo.

-Sin billetes, no hay trato.

-Está bien...

Enric se pone la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar un sobre y en aquel momento deja ver la cartuchera colgada. Un movimiento con los ojos hace que un par de hombres que parecían abstraídos con el ambiente del local se acerquen a la mesa de inmediato con gesto impaciente y ojos escrutadores. El tal Pierre les ha tranquilizado con un gesto, al ver que Enric pone sobre la mesa un fajo de billetes mal empaquetados, que él se apresura a guardar.

-No los he contado, pero me parece poco... -susurra Pierre, con los dedos tamborileando impacientes sobre la mesa.

-Es solamente el anticipo -aclara Enric-. Queríamos tener garantías.

-Aunque estos dos ya me conocen -señala a Mateu y Casanellas-, me parece bien. Pero el día de la entrega traed el resto, si no queréis que os encuentren flotando en las aguas del puerto.

-De acuerdo, pero si las armas no están en buen estado -responde Enric-, te aseguro que nosotros no nos tomaremos ni la molestia de tirar vuestros cuerpos al mar.

Pierre sonríe, antes de decir:

-El lunes 17, a las 17, al lado de las vías del Cementerio del Este.

-Serán ocho cajas, ¿no? -pregunta Casanellas.

El otro asiente con la cabeza cuando ya se levanta. Sus dos guardaespaldas le siguen.

—¡Qué tipo más raro! -exclama el más joven, que ha presenciado la escena sin decir nada.

-Tienes razón, Pau. Ciertamente no es muy simpático -contesta Enric.

-¿Y decís que estos son anarquistas? -pregunta el joven Pau.

-No -ríe Mateu-. Nadie ha dicho que lo sean. Son «negociantes» de todo lo que se puede vender y no se encuentra en los comercios habituales.

-¿Y de esos nos tenemos que fiar? -Pau mueve la cabeza, negando, desengañado-. ¡En qué ha quedado el anarquismo!

-¡Ha quedado en la revolución!

Enric lo ha dicho golpeando la mesa, los otros dos hombres ríen y, al ver que los ojos y los oídos de Carmela rondan y escrutan el final del encuentro, piden una ronda de vino tinto, «para celebrar que todo está en marcha», dice Casanellas. Y después de tomárselo se van.

El taimado Pere Sentís no ha podido asistir a la reunión con los traficantes, por lo cual ignora con exactitud los planes que Enric ha trazado, pero los movimientos que se han producido a partir de aquel encuentro son lo bastante importantes como para informar y poner en guardia a sus patronos. Por eso, hoy jueves 20 de noviembre, aprovechando que Enric ha salido, como cada tarde, a la misteriosa cita que le retiene casi tres horas en la pensión Reig, Pere ha usado hace un rato el pretexto de que hay que buscar más obreros y sindicalistas que secunden la revolución con las armas adquiridas, y ha tenido ocasión de salir supuestamente a enrolar a nuevos compañeros para la causa, diciendo que se dirige a los alrededores del Ateneo de la calle del Carme, donde conoce gente dispuesta a la lucha. Esta ha sido una excusa perfecta, que le ha servido para acercarse hasta la iglesia de Betlem, en la esquina del Carme con la Rambla, donde sabe que podrá encontrar a Gregori Torrents, porque es jueves y él suele entrar a la hora del rosario, volviendo de su habitual tertulia melómano-política con unos amigos del Círculo del Liceo.

Pere Sentís le ha encontrado rezando y ha tenido que esperar hasta el final de las plegarias y del sonsonete infinito de «ora pro nobis», durante los cuales ha aparecido por sorpresa el subinspector Orellana, que ha ido a sentarse a su lado en los bancos del final, simulando una contrición cristiana que sus palabras han desmentido:

-¿Tú también vienes a confesar tus pecados, Sentís?

-Tengo que informar a don Gregori...

-Pues eso... -ha reído el policía.

Terminado el rezo, el sacerdote ha cedido con gusto la sacristía, a instancias de Orellana, que le ha pedido el favor y la discreción necesarias para «la reunión del señor Torrents con un elemento que quiere convertirse después de años de ateísmo anarquista».

-Últimamente, Orellana, está usted de muy buen humor... -ha dicho Gregori Torrents, cuando el subinspector le ha resumido lo que quiere contarle Sentís-. Pues venga, que pase el espía.

-Buenas tardes y mucho gusto, yo... -Pere Sentís, impresionado por el entorno sacro, había preparado un preámbulo vistoso, pero ha tenido que acortarlo.

-Al grano -ha dicho Gregori-. Soy todo oídos.

Y entonces ha recitado casi de corrido el relato de los últimos movimientos de los rebeldes.

Verá, señor. Los preparativos que tensaron la situación en el almacén de la Barceloneta duraron los tres días siguientes a la entrevista que tuvieron Serra, Mateu, Casanellas y Pau con el traficante al que he oído que llaman Pierre, aunque no sé ni si este es su verdadero nombre ni si es francés. En fin. Quimet y yo, como responsables de uno de los camiones que Quimet ha aprendido a manejar, habíamos recibido órdenes de esperar noticias en el almacén el lunes 17 al mediodía, y pasaba el tiempo sin que nos llegara ni una indicación, a pesar de que parecía que todo era inminente. El más nervioso del grupo era yo, por motivos evidentes, como pueden comprender, e intentaba poner de mi lado a Quimet, mi compañero.

-Nos tienen aquí esperando sin saber adónde tenemos que ir, y nosotros somos los que correremos el riesgo de ir a por las armas.

-No seas impaciente -como de costumbre, Quimet parecía calmado-. Enric no me concretó nada.

-¿Pero qué te dijo exactamente?

-Que lo esperásemos aquí a partir de las doce del mediodía. Y que si no venía comiéramos...

-¡Pero ya hemos comido hace rato! ¿Y dónde está la gente? -insistí-. Seguro que Eusebi sí está al corriente...

-¡Y a mí qué me cuentas, si estoy igual que tú! Con tal de no oírte, creo que me voy a echar una siesta en el camión...

Al decir eso, se oye una llamada tímida en la puerta, que se repite dos veces. Me apresuro a abrir y me encuentro ante un chiquillo de ocho o nueve años que me sonríe.

-¿El señor Quimet?

-Sí, yo -miento.

-Tome.

El chico me entrega un trozo de papel y lo leo.

-¡En marcha! -grito de inmediato.

-Señor... -el chiquillo tira de mi brazo para llamarme la atención-. Me debe usted veinte céntimos...

Quimet se levanta, riendo, se acerca al chico, busca en sus bolsillos y le entrega una moneda. El niño sonríe. Quimet le revuelve el pelo y le dice:

-Buen trabajo, compañero.

Después de ver al chico marchando calle arriba dando saltos de alegría, Quimet abre la puerta del almacén, se sube al camión y lo pone en marcha.

-Al Cementerio del Este, al lado de las vías -le indico, mostrándole el papel con la letra de Enric- No sé por qué tanto misterio y tanto niño...

En realidad, yo sabía que, desde la cita del tren que un servidor les proporcionó a ustedes. Enric Serra no se fiaba de casi nadie. Y por ese motivo mantenía en secreto los lugares y los movimientos, pero a mí me parecía que, si insistía en merecer su confianza, tendría la oportunidad de adelantarles información para que la operación tuviera completo éxito.

Pues bien, llegado que hubimos con el camión a la misma ladera del Cementerio del Este, nos esperaban unos individuos de aspecto facineroso. Parecían impacientes y, ya al vernos llegar, uno de ellos, el que parecía el jefe y que resultó ser el que llamaban Pierre, nos increpó con un chorro de palabras en distintos idiomas que me desconcertó a mí y asustó a Quimet.

-Estará al llegar -le dije, cuando entendí que se quejaba de la puntualidad de Enric.

-Si no llega enseguida, nos llevamos las cajas de nuevo. ¡Sin formalidad, el negocio se acabó!

Me acerqué a su coche y vi dos cajas: contenían rifles y pistolas de buen calibre.

-Parecen buenas... -dije, para romper el hielo e intentar confraternizar con ellos-. ¿De dónde las habéis sacado?

-¿Nadarías bien con una piedra atada a los pies? -preguntó con una mueca por sonrisa Pierre, el único de ellos que hablaba, para explicarme que no estaba para responder preguntas ni hacer amistades.

-Podemos empezar a cargarlas mientras ellos llegan -propuso Quimet, para ganar tiempo y para que vieran que con sus amenazas chulescas no nos amedrentaban.

-Si os acercáis a estas cajas otra vez, estáis muertos... -amenazó Pierre, y los cuatro que le acompañaban mostraron sus pistolas.

Y entonces, por suerte, llegaron Enric y Pau en el Hispano Suiza del difunto señor Torrents.

-Perdona, pero hemos ido a por el dinero -dijo Enric, entregándole la misma bolsa del pago del secuestro.

Mientras el otro contaba, me acerqué a Pau y le pregunté:

-Pero... ¿el dinero no estaba en el almacén de la Barceloneta?

-No, lo guardaba Eusebi en su casa -rió, el muy cínico-. Parece que se fía mucho de las virtudes de guardián que tiene Hércules...

Era evidente que Enric desconfiaba de mí y de Quimet, si había cambiado el dinero de lugar y nosotros éramos los únicos que lo ignorábamos. Pero en fin...

En un momento, cargamos las ocho cajas. Los traficantes desaparecieron con la recompensa en su automóvil y nosotros, en el camión, seguimos el Hispano de Enric, que nos llevó hasta el cruce de las calles Llacuna y Mataró, en el barrio de Sant Martí. Paramos en un solar donde nos esperaba Eusebi.

-Descargadlas en el Hispano -nos ordenó Enric-. Eusebi las pondrá a punto para cuando haya que repartirlas entre los compañeros.

Lo hicimos y después Enric y Pau subieron detrás, en la caja, y los cuatro llevamos el camión hasta el almacén de la Barceloneta de nuevo.

Esto era el lunes pasado, día 17, como les dije. Y al parecer las cosas estaban ya muy maduras, aunque Enric nos dijo que le faltaba contactar con los que nos facilitarían más armas y municiones para el momento definitivo del ataque. Y ayer salió temprano por la tarde, como tantos días, pero volvió de madrugada, cosa nada habitual; esta mañana he sabido por qué: se trata de un contacto en el cuartel de la

Ciutadella, el que tiene entrada por la calle Villena, pero, con su secretismo habitual, no ha explicado cuándo ni con quién ha contactado allí. Lo único que sé es que de allí tienen que salir más armas, y pronto...

Orellana y Gregori Torrents están bastante satisfechos con las informaciones que les ha traído Pere Sentís.

-De momento no les atacaremos, a pesar de conocer su guarida -dice Gregori-. Nos interesa mucho más pescar una buena redada cuando se dispongan a llevar a cabo su revolución.

-Sí -reafirma Orellana-. Serán más y el escarmiento será más eficaz.

-Pero necesitamos saber la fecha de la revuelta y los puntos exactos donde piensan iniciarla, además del lugar donde guardan las armas. Tienes que avisarnos como sea...

-No sé, yo... Tengan en cuenta que no puedo ausentarme casi ni cinco minutos y resulta difícilísimo encontrar una excusa para dejar el almacén.

-Pues tienes que espabilarte -Gregori está cansado de la letanía del sacrificio de aquel desgraciado-. Es tu trabajo...

Insiste en contar que todo lo hace arriesgándose mucho, que teme de la desconfianza de Enric y que lo más difícil va siendo precisamente poder informarles. Explica la excusa usada hoy para escaparse y que si llega demasiado tarde o cuando Enric ya haya vuelto, tendrá problemas, por lo que ahora le urge volver a la Barceloneta, pero no sabe de qué manera ni dónde podrá contactar de nuevo con ellos y teme que...

-Bueno, bueno...Ya sabes que tu salario va siendo ingresado en una libreta de ahorro de la Banca Arús con puntualidad cada semana -corta las excusas Gregori Torrents, que quiere perder de vista a aquel gusano, que ahora parece que lloriquea para ganar unos duros más—. Si cumples como debes, puede que al final tengas una propina. Y en cuanto a los contactos, ponte de acuerdo con el subinspector...

Orellana entiende que Gregori quiere sacárselo de encima y le pasa el muerto a él, por lo que se ofrece a acompañar a Sentís con el coche hasta los alrededores de la plaza de toros de la Barceloneta «para que no llegues tarde».

-Cuando tengas algo importante, puedes venir o mandar recado a la comisaría de Consell de Cent, pero, sobre todo, que no pase por las manos del comisario Melquíades, que es un mierda que lo desbarata todo. Si quieres tener al señor Torrents contento, pásame la información personalmente. Y si no puedes, deja recado en la capitanía militar, ante las Atarazanas. Siempre a mi nombre. Yo encontraré la manera de verte.

-Capitanía, Atarazanas, comisaría sí, Melquíades no -memoriza Pere Sentís-. De acuerdo...

-Y no pongas esa cara de amargado. Debes echar en falta una partidita de cuando en cuando, ¿no? -ha preguntado el policía, al cruzar con el automóvil el paseo de Colom.

-La verdad es que no -ha dicho él, a quien, con solo recordar la última y sus consecuencias, empieza a dolerle la cabeza y el estómago a darle vueltas-. Bastante emoción tengo en mi nuevo «trabajo» para ustedes.

—Parece que has aprendido —ríe Orellana, cuando Sentís ya se apea-. Para que luego digan que la pedagogía no existe...

Y arranca con una carcajada, satisfecho de la agudeza de su chiste.

En la entrevista de la iglesia de Betlem, Pere Sentís ha explicado que Enric ha entrado en contacto con alguien del cuartel colindante al parque de la Ciutadella. Los detalles y los nombres de esta conexión se conocerán un tiempo después, cuando el cabo Conrado Gimeno y el soldado Bernat Armengol confiesen en su consejo de guerra y admitan sin ningún paliativo que ellos fueron los únicos responsables de facilitar la entrada al cuartel a elementos subversivos y absolutamente ajenos a la milicia, la noche del 26 al 27 de noviembre de 1919, con la finalidad de apropiarse del armamento y la munición que custodiaban en la armería y el polvorín, con el agravante de haber utilizado, para sacar el material del cuartel, los dos camiones que se

encontraban en el patio, preparados para unas maniobras que debían celebrarse cinco días después en el acuartelamiento de Huesca. Todo según acta judicial firmada por el tribunal militar que actuó en el caso y con sentencia refrendada por el gobernador militar de la plaza.

Pero cuando Pere baja del coche de Orellana y se reincorpora al escondite con sus compañeros, nada de todo esto ha ocurrido todavía. Los preparativos ocupan el tiempo de los Ingobernables, mientras se van concertando las acciones y, más importante todavía, la fecha de la insurrección, que finalmente se concreta.

Han reclutado entre compañeros y afiliados al sindicato un número importante de gente dispuesta a participar en la revolución. Están avisados para, al recibir la consigna, concentrarse en unos cuantos puntos clave, donde recibirán instrucciones y armamento. La llamada es absolutamente confidencial y destinada solo a elementos de toda confianza, porque es evidente que no se pueden correr riesgos en una operación como aquella; pero necesitan reunir suficientes efectivos revolucionarios para decantar las cosas. Y todo parece a punto.

Al atardecer del miércoles 26 de noviembre, todo empieza a moverse muy deprisa. Enric reparte los puestos y las responsabilidades, envía las consignas y establece los horarios precisos, asignando a cada uno de los Ingobernables la responsabilidad que le corresponde en la lucha. El almacén se encuentra en estado de máxima excitación y Pere, que ve urgente aprovechar el ajetreo de estos últimos momentos, se arriesga a escribir con prisas una nota en la que se lee: «Hoy a las 12. Cuartel de la Ciutadella, por calle Villena. Cabo de guardia. Armas salen de sótano en cruce calles Mataró-Llacuna, en Sant Martí. Ayuntamiento, a las 12.20. Cárcel Modelo a las 12.25». La cierra a conciencia en un sobre en el que escribe: «Para el subinspector Orellana», y sale del almacén en busca de un chiquillo que le sirva de correo.

-Si llevas esta carta a capitanía, te darán otra peseta como esta -miente a un muchachito que jugaba haciendo puntería en la esquina, para asegurarse de que cumple con celeridad, sabiendo que no le verá más.

Y vuelve al almacén donde todo es movimiento, dispuesto a abrir los ojos en aquella partida decisiva.

NOCHE ACIAGA, NOCHE HEROICA

El ajetreo que hay en el que ahora es el cuartel general de los Ingobernables es fácil de imaginar. Se han trasladado del almacén clandestino de la Barceloneta al sótano de la nave industrial vacía en el cruce de las calles Mataré y Llacuna, que Pere ya ha mencionado en su nota de urgencia. El traslado ha sido a última hora y por sorpresa, aquella misma noche del 26 de noviembre en que se supone que todo un mundo caduco debe empezar a derrumbarse para dejar paso a un universo nuevo y fraternal, sin Dios, ni Estado, ni patrón. En aquellas horas cercanas a la medianoche, docenas de obreros están a punto de concentrarse en diversos lugares estratégicos de la ciudad en espera de la señal convenida y de las instrucciones para empezar la revolución, que se está gestando entre las paredes de la nave de Mataró y Llacuna.

Enric Serra, el jefe, el dirigente, sin quererlo ni que nadie le haya nombrado, se detiene a observar unos segundos la operación que llevan a cabo dos compañeros del Sindicato del Metal, encargados de colocar las chapas protectoras que deben convertir el camión y el coche de que disponen en primitivos blindados para usarlos en los ataques planeados. Unos pasos más allá, Pau carga fusiles y cajas de munición en los vehículos para los compañeros enrolados y los que se supone que irán uniéndose a la revolución.

-Eusebi -le llama Enric-. ¿Cuántos hombres caben en el camión con que os enfrentaréis a los guardias del Ayuntamiento?

-Quince hombres con quince fusiles y algunas granadas de mano -contesta el otro-. Los recogeré de camino, en el mercado del Bom. A estas horas apenas hay un retén de guardias medio dormidos en la entrada del Ayuntamiento...

-Sí, pero llévate munición suficiente y unas cuantas pistolas.

-Quimet debe estar a punto de llegar al cuartel -recuerda Eusebi-, Dentro de una hora se encontrará conmigo en la plaza Sant Jaume con armas y refuerzos, porque dijeron que hay soldados que desertarán para unirse a nosotros, ¿no? Además de armas, dijiste que se apropiarán de dos camiones más del ejército.

-Y cuando lleguen, habrá que repartir el armamento con los que vayan viniendo del Raval -recuerda Enric-. Supongo que habrá bastante...

-Puedes estar seguro de que plaza Sant Jaume será nuestra en pocos minutos -sonríe Eusébi.

-Levantad barricadas enseguida y mandad patrullas por el barrio, que lleguen hasta la plaza de Catalunya, si puede ser, para organizar un perímetro de ocupación bien claro.

-¿Cuántos vamos a la Modelo? -pregunta Pau.

-Con veinte será suficiente. Se trata de lanzar la primera chispa, para que los mismos presos tomen la cárcel desde dentro.

-Que Andreu coja el Hispano y, si hace falta, lo estelle contra la puerta. Sacáis el armamento del coche, dejáis en el auto las granadas, y que explote. La confusión será grande y empezará el motín, porque los compañeros del presidio ya están avisados. Dadles armas y después que bajen en manifestación hacia el centro, pasando por las fábricas, para recoger a los que entran en los turnos de madrugada.

La acción parece bien organizada. Pere teme que su mensaje no haya llegado a Orellana, o que cuando reaccione se encuentre con un ejército de obreros dispuesto a todo y bien armado. Ve que urge retener aquel movimiento y no sabe cómo hacerlo, hasta que se le ocurre una doble acción desesperada.

Mientras cada grupo está ultimando los detalles de la misión que le corresponde, los compañeros están acabando de colocar las planchas que han de blindar el camión. El Hispano Suiza con el que Andreu y Pau tienen que salir ya está a punto, de manera que él, aprovechando un momento de descuido, disimuladamente, raja uno de los neumáticos con su navaja. Y antes de que se

den cuenta, va en busca de Enric con una propuesta tan loca como impensable, y quizás por eso eficaz:

-Podríamos invitar a los compañeros a un vaso de vino, antes de empezar la acción, para darles ánimo, ¿no te parece, Enric? Voy a la bodega que hay a la vuelta de la esquina y estoy de nuevo aquí en un santiamén con un par de botellas...

—Valeri es un hombre muy viejo, igual ya está en la cama y no te abre... —le dice Eusebi, que es quien conoce los alrededores del local.

-Bueno...

La respuesta apresurada, inconsciente, es de Enric, que ante una proposición tan extraña, ocupado en mil cosas, no sabe qué decir, con lo cual Pere quiere entender que le parece bien. Por eso, sale rápidamente del almacén para llegar hasta la bodega que está a dos pasos. Y en el momento que sale por la portezuela lateral, le cae del bolsillo la navaja.

—¡Pere, la navaja! -Pau no ha tenido tiempo de advertirle de la pérdida, y su reclamo ha sido apagado por la voz de Andreu, el conductor.

-¡La madre que nos...! Pero... ¿qué coño es esto?

Ha visto el neumático del coche sin aire y señala el agujero con el dedo.

-¿Quién ha sido? -grita Eusebi-. ¡Que salga el cabronazo que ha...!

-Venga, no hay tiempo para lamentaciones. ¡Tenemos uno de recambio y buenas manos! -ha ordenado Enric, que mira alrededor buscando quién puede haber intentado sabotearles.

Pau tiene la navaja en los dedos y el inicio de una sospecha se abre camino en su cabeza. Se acerca a la rueda y comprueba el corte del neumático para asegurarse de lo que ha pensado.

-¿A dónde ha ido Pere? -pregunta, sin aclarar por qué le busca.

-A la bodega de Valeri, a por vino para todos, si es que la encuentra abierta...

-contesta Eusebi, sin darle importancia.

Nadie ve que Pau sale en busca de su compañero, con la navaja en la mano y ya casi absolutamente seguro de que ha sido él quien ha reventado la rueda del automóvil.

Mientras tanto, Pere ya está en la bodega. Le ha pedido al viejo tembloroso que ha abierto la puerta que le ponga unas botellas de tinto del bueno. El tabernero, harto de la soledad miserable de la decrepitud, se mueve con inseguridad ortopédica mientras habla sin cesar con el desconocido, relatando retazos de su sorpresa por la aparición de un cliente a aquellas horas y de la existencia desgraciada de quien no tiene con quién hablar ni pasar las horas de la noche, ya que se quedó sin mujer hace tanto tiempo que casi ni se acuerda de cómo se llamaba.

-... Por no recordar, ni recuerdo su voz ni su olor. Porque todas las personas tenemos un olor, aunque aquí, rodeado de aromas alcohólicos, uno pueda llegar a perder el olfato. Pero no, señor, yo todavía conservo algo de finura en las narices, por ejemplo, usted huele... no sé, a verbena, aunque no sea tiempo de fiesta y cohetes, pero sí, sí, señor, usted huele a petardos y fuego, a noche de Sant Joan... en cambio, yo apesto a viejo, no a borracho, ¿eh?, no confundamos, a viejo, a materia imprecisa, de cuerpo huidizo, enrobinada por sucesivas costras de esterilidad roñosa, a concentración de muerte, vamos... ¡Cuánto cuesta definir bien un olor! ¿No cree, caballero? Pero... ¿querrá alguna otra cosa, además del vino?

-Tú no tendrás teléfono, ¿verdad? -le tutea, exasperado por la verborrea, mientras el hombre coloca el embudo con manos tan inseguras que no parecen poder acertar el agujero de la botella.

-¿Y para qué quiero yo un cacharro de esos? -ríe, agachado, el bodeguero.

-¿Sabes si hay alguno cerca? -insiste.

—¿A estas horas quieres llamar a la fulana? -el hombre ha pasado también al tuteo de la confianza; sigue riendo y llenando la botella con un chorrito cantarín.

-Es que tengo que hablar con...

No termina la frase, porque la llegada de Pau le interrumpe. Ve en sus ojos algo que no le gusta y que confirma cuando el chico le muestra la navaja.

-¡Hola, muchacho! -saluda Valeri, sin levantarse, mirando un instante solamente, porque la botella está colmada-. ¡Caramba, caramba...! La noche se presenta animada como hacía años que no se veía por estos andurriales. ¿Tú también quieres echar unos tragos de madrugada? No sé qué mosca le ha picado hoy al personal, pero os saldrán un poco más caros. A veces vale la pena pagar un poco más; para qué quiere uno el dinero, ¿verdad? Si lo tienes...

Mientras el hombre enhebra un nuevo soliloquio, Pere ha tenido tiempo para adivinar que todo está a punto de caerle encima, porque Pau se le acerca con una intención muy clara.

-Pau, tú eres un hombre que odia las armas, ¿no?

La pregunta, cínica, ha detenido solamente un segundo a Pau, lo suficiente como para que Pere sacara su revólver y le pegara dos tiros que han hecho que, al mismo tiempo que Pau caía herido de muerte, el pobre Valeri se desequilibrara de pánico, cayera también al suelo, se manchara de vino tinto y solamente tuviera tiempo de decir tres veces «No... no... no...», al oír que Pere se disculpaba:

-Me sabe mal, pero no puedo dejar testigos...

Y los disparos le han desparramado a él también entre cristales, sangre y vino.

Pere se apresura a volver al almacén. Ha cogido una botella del suelo, la primera que ha encontrado, y en el instante de entrar pregunta con toda la calina que ha podido acumular durante el camino de vuelta, después del esfuerzo de arrinconar los cadáveres tras la cortina de la trastienda:

-Andreu, ¿has visto a Pau?

-No... Y ya lo tenemos todo a punto para salir...

La pregunta y la misma respuesta se repiten hasta llegar a Enric, quien toma un trago largo y después comenta:

-Creí que estaba contigo...

Enric se muestra preocupado, ya que Andreu está esperando al chico para salir hacia la Modelo y no es cosa de perder tiempo y retrasarlo todo. Y cuando Pere empieza a balbucear una nueva mentira para cubrirse, en la calle suenan unos neumáticos chirriando y unos golpes brutales en la puerta. La alarma definitiva se produce con el sonido de las sirenas.

Enric reacciona rápido:

-¡Reforzad bien la puerta, que no puedan entrar!

Suenan los primeros disparos de intimidación en la calle, entrelazados con órdenes cruzadas a gritos.

-¡Las metralletas! -Eusebi señala una de las cajas.

Reparten una metralleta para cada uno. Los chicos del Sindicato del Metal empiezan a disparar contra la puerta cuando ven que se mueve, a causa de los golpes rítmicos que dan desde fuera.

-¡A las ventanas! -ordena Enric-. ¡Pero no malgastéis municiones!

Eusebi, que es quien mejor conoce el local, se ha encaramado por las cajas hasta una de las vigas, y desde allí observa la calle por una claraboya medio tapada por el polvo, pero que le permite ver lo suficiente:

-¡Han venido los militares! ¡Están montando un cañón!

-Ha habido un chivatazo -lamenta Enric-. No puede haber sido de otra manera.

-Pau -denuncia Pere, en una astuta reacción de vileza-. Solamente puede haber sido él.

Enric le mira, incrédulo, pero no puede negar la evidencia ni entretenerse en razones:

-¡Nos vamos de aquí! -grita y gesticula para que le sigan-. No podemos hacerles frente, intentemos salvar algunas armas-. ¡Rápido, al sótano!

Bajan todos. Eusebi levanta una trampa que da a las alcantarillas. El ruido en la calle es ensordecedor y desde abajo adivinan que ya están a punto de derribar la puerta de la nave.

Los dos chicos del Metal son los primeros en entrar en el túnel subterráneo que da a las cloacas.

-Para dar tiempo a huir a los demás -dice Pere-, me quedaré protegiendo la trampilla y la disimularé con unas cajas desde fuera.

El gesto sorprende a Enric y también a los demás.

-Me quedo contigo -le dice Eusebi-. Al fin y al cabo, es a mí a quien alquilaron el local y soy el que conocen.

-Ni hablar, ¡me quedo yo! -parece resuelto Pere.

Se miran todos entre ellos. Andreu, que ya entraba en el agujero, arrastra a Enric para que le siga hacia abajo.

-¡Venga, marchaos! -grita Eusebi, cargando su arma y sin dejar que Pere se oponga.

Andreu y Enric se meten en el túnel en el mismo momento que se produce una explosión enorme en la nave superior. Una nube de polvo llega hasta el sótano. Unas cajas de munición caen con gran estrépito sobre Eusebi. Arriba se oyen gritos. Abajo no se puede ver nada. Cuando Eusebi consigue abrir los ojos, desde el suelo, mira a Pere y no puede entender qué ocurre: ve que le apunta con su pistola, mientras le dice:

-Te dije que te fueras, debías haberme hecho caso...

Eusebi ya sabe quién es el traidor pero cuando se dispone a morir suena uno, dos, tres disparos y Pere cae al suelo.

-¡Vamos! ¡Corre! ¡Baja!

Es Enric, con medio cuerpo fuera de la trampilla, que ha disparado para salvar a su compañero.

Un nuevo estruendo hace temblar el suelo de la nave, que está sobre sus cabezas. Enric arrastra a Eusebi herido y le obliga a meterse en el agujero; después se apresura a colocar unas cajas encima, para disimular la tapa. Respira con intensidad unos segundos y sale de la habitación con las manos en

alto, dispuesto a ganar el máximo de tiempo posible para que los compañeros huyan por las alcantarillas.

Se encuentra ante dos militares que le apuntan. El polvo va desapareciendo y puede ver que entra un grupo de policías, con Orellana al frente, que se dirige directamente hacia él:

-¿Dónde están los demás? -grita.

Enric se encoge de hombros, como si no supiera de qué le está hablando. Orellana, encendido, le derriba de un puñetazo.

-¡Habla, hijo de puta! ¿Dónde están todos?

Le sangran los labios. Con dificultad logra ponerse de rodillas. Se sabe perdido. Todo ha terminado. Un militar sale del sótano.

-¡Aquí no queda nadie! -dice-. Solamente el cadáver de uno de ellos.

Con el labio hinchándose, dolorido, Enric medio sonríe pensando que el único al que encuentran es Pere, uno de los suyos, y encima está muerto.

-Pero... ¿Qué coño pasa aquí? -repite Orellana, cogiendo a Enric del cuello:- ¿Dónde están todos?

-En tu casa -contesta Enric, limpiándose los labios-, bajo la cama de tu madre...

Orellana, desquiciado, le pega un rodillazo en la cara, le levanta agarrándole por el pelo y lo zarandea.

-¡Habla! ¿Dónde se han escondido?

Enric le responde escupiéndole sangre en la cara. El policía, enfurecido, se limpia el escupitajo con la manga, mientras con la otra mano saca la pistola.

—¡Ya basta, Orellana! ¡Ni lo intente!

La voz inconfundible de Melquíades irrumpe en la escena. Conoce bien el poco aguante chulesco de su subordinado y por eso toma la precaución de apuntarle con la pistola. El subinspector está encendido.

-¿Se ha vuelto loco? -masculla, impotente, Orellana-. ¿Me está apuntado a mí?

-Apártese. Me encargaré personalmente de que este hombre sea juzgado y pague por sus culpas.

-¿Se ríe de mí, o simplemente lo hace para jodernos a todos? -el subinspector ya no puede contener sus palabras-. Hablaré con Milans, con los Torrents, con todo el mundo. Voy a pedir su cese, comisario.

-No hable tanto y trabaje más -responde, desafiante, el comisario-. Y obedezca: ponga las esposas al detenido y ayúdele a levantarse.

Con gestos rudos y agarrando como una pinza que aprieta con todas sus fuerzas el brazo de Enric para que se levante, Orellana le coloca las esposas lo más ajustadas posible, pellizcándole la carne, mientras disimuladamente le susurra al oído:

-¿Duele? Te vas a cagar, cabrón, a ti no te salva ni este viejo chocho.

-Yo soy inmortal, ¿recuerdas?... Y cuando cague, pon la boca, que te voy a dar de comer como hice con tu madre... -contesta el prisionero, sin preocuparse lo más mínimo del tono de su voz.

Melquíades ha oído el comentario de Enric y se ha dado la vuelta para disimular su risa. La insolencia del detenido le ha procurado una inesperada alegría que lamenta no poder compensar. Al contrario, ahora va a hacer feliz a Orellana:

-Y no se preocupe por mi futuro, subinspector que ya me ocupo yo de él. Le comunico, para su gozo, que he sido trasladado a una pequeña comisaría de Cuenca, y no sé si alegrarme más por la tranquilidad del destino o porque voy a perder de vista a algunos indeseables habituales por aquí... En fin, que podrá usted decir de mí que he sido un mal policía y todas las pestes que quiera añadir pero no podrá decir nunca que he sido un asesino.

Orellana le ha mirado con desprecio, sin decir nada, antes de marcharse.

-A ver, usted, guardia -Melquíades llama a un policía uniformado-. Llévase a comisaría al detenido. Y ustedes, ¿a qué esperan? Registren palmo a palmo este lugar.

El comisario Melquíades referirá repetidamente aquella escena con el prisionero y su subalterno insoportable a sus contertulios en las tardes de partida durante los años venideros en su retiro dorado de Cuenca, donde se convertirá en experto criador de conejos -«Será que soy dado a las jaulas y a los animales en cautiverio», dirá, con su buen humor recuperado-. Regentará una granja que le dará más quebraderos de cabeza que todos los delincuentes locales allí activos, aunque también más alegrías que cualquiera de las medallas a las que ya nunca podría aspirar después de dejar la comisaría de Consell de Cent de Barcelona.

Y aquellos mismos hechos del asalto al almacén correrán por los ambientes libertarios, primero de viva voz y un tiempo después a través de las numerosas páginas ácratas escritas glorificándolos y definiéndolos como el «enfrentamiento heroico de la noche del 26 al 27 de noviembre de 1919 en el cruce entre Mataré y Llacuna», hasta ser considerados leyenda y modelo de valentía del movimiento anarquista, acostumbrado a convertir en noche heroica lo que algunos ven como una noche aciaga más.

ÚLTIMAS PÁGINAS DE UN DIARIO

Después del fracasado episodio revolucionario, el futuro de Enric Serra, como el de tantos que apostaron por el triunfo de la anarquía, está ya escrito: cárcel y condena. Pero hace meses que este hombre ha atado su experiencia personal a la vida de una mujer, Eulàlia Torrents, que vive aquellos días con una amarga y dolorosa entereza. Nadie mejor que ella puede explicar la experiencia a través de las últimas páginas de su diario.

Supe todo lo ocurrido unos días después, cuando los periódicos informaron de manera escueta pero suficiente de la «encomiable labor policial llevada a cabo al neutralizar a una banda de peligrosos elementos anarquistas que planeaban atentar contra la pacífica convivencia ciudadana». No daban nombres ni detalles, pero por lo que él me había contado, enseguida comprendí que se trataba de Enric y los suyos. Y lo primero que se me ocurrió fue que el verbo «neutralizar», usado en lugar del habitual «detener», ocultaba el alcance real de la operación, y que, tal como solían desarrollarse las cosas entonces, era más que probable que Enric, Pau, Eusebi y los demás hubieran desaparecido de manera que nadie sabría nunca qué había sido de ellos.

Procuré disimular mi estado de ánimo, pero me resultaba insoportable pensar que no volveríamos a estar juntos. Sabía que Enric había caído luchando por aquello en lo que creía, defendiendo su idea de justicia, intentando mejorar una sociedad hipócrita y falsa que salvaba y protegía a los asesinos y escondía a las víctimas para que nadie hablara de ellas ni las recordara. Viví unos días de tristeza profunda, escondida de casi todo el mundo, buscando inútil consuelo en la soledad, refugiada en algunos libros que despertaban recuerdos dolorosos y,

sobre todo, intentando escribir larguísimas cartas de amor imposibles, que siempre acababa rompiendo en mil pedazos, mientras me hundía en un mar de lágrimas de dolor y añoranza. Hasta que una tarde, Joan llegó con una noticia que lo cambió todo.

-Eulàlia -me dijo, llevándome aparte con un sigilo poco habitual-. Ven al despacho un momento. Tengo que decirte una cosa... Esta mañana ha venido a despedirse el comisario Melquíades, le recordarás de cuando la muerte de papá... Pues dentro de una semana se marcha destinado a Cuenca y ha venido a decirme que hace un tiempo que tienen preso a Enric Serra y que dentro de unas semanas se celebrará el juicio contra él...

-¿Qué dices? -el corazón empezó a agitarse desbocado en mi pecho, la respiración se me alteró tanto que tuve trabajo para articular las dos palabras, y es probable que Joan pensara que mi odio por el secuestrador asesino de mi padre era tal que solo oír su nombre me provocaba un ataque de nervios.

-Tranquilízate, mujer... -se asustó Joan, absolutamente equivocado; entonces caí en la cuenta-. No tienes que verle ni hablar con él. El comisario ha venido a decirme que quizás nos citen a declarar en el juicio. Yo le he dicho que tú no declararías de ninguna manera, que, si acaso, Gregori y yo estamos dispuestos a contribuir a su condena con todo lo que haga falta. Pero, a pesar del dolor que parece que te he provocado contándotelo, he creído que debías saber que ya está detenido y a punto de ser condenado.

No dije nada. No podía ni hablar. Las palabras de mi hermano intentando consolarme de manera equivocada me llenaron de una alegría que se tornó desesperada impaciencia. Por eso arranqué a llorar como una niña, sin poder evitar una sonrisa alegre tras las lágrimas, que debió hacerme parecer descontrolada, casi loca. Mi hermano pretendía calmarme con su poca habilidad de siempre, ignorando el significado exacto de mi llanto alegre. Me hablaba y yo no

oía lo que me decía, porque solamente pensaba en cómo podría arreglármelas para ver a Enric, para salvar a Enric, para huir con Enric.

Joan me tenía abrazada como cuando, de niña, yo buscaba su protección ante las amenazas y burlas de Gregori. Fue entonces cuando se me ocurrió que él era la única persona a la que podía acudir, y me salió sin pensarlo:

-Quiero ver a Enric, Joan.

Extrañamente, en lugar de soltarme el discurso que yo esperaba sobre lo desaconsejable de ver al delincuente que tanto daño me había hecho, se apartó y me miró con algo que interpreté como respeto, interrogando con el gesto. Vi que acababa de entender el significado de mi reacción, por el tono de mi voz y por la manera como le había nombrado.

-¿Enric? Entonces, la noche de la liberación, tú... -empezó a decir, comprendiendo.

-Sí -contesté con seguridad-. Y después nos estuvimos viendo a escondidas durante un tiempo.

-No lo entiendo...

Parecía más confuso que sorprendido, más abatido que enfadado. Se sentó en su silla y dejó que su mirada se perdiera en un punto del infinito.

-No te pido que lo entiendas, ni que lo apruebes -me acerqué a él y le puse la mano en el hombro para atenuar mi firmeza, pero ni se movió-. Solamente quiero ver a Enric Serra, visitarle, acompañarle, estar con él.

-Vas a matar a mamá... -susurró al cabo de un rato, por toda respuesta.

-Ayúdame, Joan -le respondí, rogándole.

Se levantó en silencio y salió del despacho sin mirarme. Me quedé con la impresión de que mi hermano me tomaba por loca y no pensaba hacer nada para ayudarme. Por lo que decidí actuar por mi cuenta.

A la mañana siguiente, todo el mundo hablaba del atentado contra el Noi del Sucre, y de la suerte que había tenido al salir ileso. Por eso recuerdo que era el frío lunes 5 de enero de 1920, cuando decidí salir de casa, dispuesta a mover cielo y tierra con tal de saber dónde estaba preso Enric y qué debía hacer para visitarle.

Dije que salía con la excusa de dar un paseo, una idea que mi cuñada Rosa aplaudió, siempre dispuesta a estropear los planes de los demás:

-Sí, te conviene. Pasas demasiado tiempo encerrada -dijo; y después añadió-, yo también te acompañaré, porque me conviene tanto como a ti tomar el aire...

-¡No! -tenía los nervios a flor de piel y me salió una negación muy contundente, que procuré arreglar con una mentira-. Prefiero ir sola... Es que tengo que encontrarme con una amiga...

-¿Quién es? ¿La conozco?

Me hablaba preparando su abrigo. La incapacidad de aquella mujer para comprender lo más evidente era nula, por lo que me obligó a decir:

-Mejor no vengas, Rosa, que no sé a qué hora volveré... -vi que me miraba sin entender-. Puede que no regrese hasta la hora de la cena y los niños te echarían en falta...

Que una mujer saliera de casa antes del mediodía y no volviera hasta el atardecer resultaba inconcebible para Rosa, que se quedó con su abrigo en la mano y sin saber qué decir, cuando yo ya salía, cruzándome con Baltasar, el mayordomo, y sus miradas siempre inquisidoras tras la sonrisa y la reverencia.

Me dirigí a toda prisa a la cárcel Modelo, pero no pude hablar con nadie: los guardias ni me atendieron, solamente se rieron de mí y me tomaron por una «fulana elegante», como dijo uno de ellos, indicándome que si tenía un amiguito allí dentro, mejor me buscara la vida con otro, porque no le vería en mucho tiempo.

De allí, me dirigí a la primera comisaría de policía que encontré, para preguntar por el comisario Melquíades, que todavía no había cambiado de destino, pero nadie parecía conocer su nombre y menos aún saber en qué distrito o en qué comisaría trabajaba. Probé en otra, y obtuve la misma respuesta. Pero no me pensaba dar por vencida.

Andando, dispuesta a entrar en todas las comisarías o cuarteles que encontrara a mi paso, recorrí un buen trecho de la Gran Vía de les Corts Catalanes hasta la plaza de la Universitat, y allí se me ocurrió que si los de un bando no podían darme razón de nada, era posible que los compañeros de Enric o alguien que se moviera en los ambientes obreros y le conociera, sabría dónde estaba y podría indicarme qué solía hacerse para ver a un preso. Y me dirigí hacia el Ateneo Enciclopédico de la calle del Carme, del que tanto había oído hablar a Pau durante mi cautiverio.

Como era lógico, ahora lo comprendo, nadie quería hablar de según qué temas con una desconocida cuyo aspecto, además, chocaba con el de las demás mujeres, que me miraban como si yo fuera una aparición o hubiese salido de una obra de teatro. Si la actitud de los guardias de la cárcel había sido ofensiva, al confundirme con una cualquiera, la de los obreros a los que me dirigía no era más delicada, y tuve que escuchar desde proposiciones directas hasta insinuaciones con gestos obscenos a mi paso, sin conseguir que ni tan solo me escucharan.

Al cabo de casi tres horas de andar y andar sin ningún resultado, empecé a sentirme mal. Estaba mareada, sí, pero lo que más me pesaba era la soledad absoluta, el vacío aterrador de no encontrar a nadie que pudiera orientarme. Había visto docenas de caras diciendo que no con miradas desconfiadas, displicentes, burlonas y hasta amenazantes. Las calles eran un territorio hostil y en casa me sentía como una extraña, ¿cuál era mi lugar? Estaba cansada, dolida, profundamente triste y más sola que nunca. Al pasar ante el hospital de la Santa Creu, me paré a descansar, apoyándome en la reja. Estuve allí un rato, no sé cuánto, viendo pasar a la gente y envidiando la vulgaridad monótona de tantas vidas. Hasta que, de pronto, un

hombre mal aliñado, con un traje lustroso y gastado pero sin aspecto de obrero, se paró ante mí.

-¿Señorita Torrents? -preguntó, tocándose el sombrero.

Sonreía queriendo ser amable, pero estaba tan cerca que su olor a tabaco rancio y alcohol barato me hizo desconfiar y no respondí.

-No se asuste, señorita -sonreía más, apestaba más-, soy policía. Indalecio Orellana, para servirle.

Y me enseñó una placa que supuso que me tranquilizaría. Por un instante tuve la esperanza de que aquel hombre, cuyo rostro ahora empezaba a verme lejanamente familiar, podría ayudarme a llegar hasta Enric. Y se lo dije:

-Podría usted ayudarme a...

Dudé los segundos justos para que él me interrumpiera con una frase que cerró toda esperanza.

-Faltaría más, señorita, la llevaré a su casa con mucho gusto. Allí tengo mi coche -señaló hacia la calle-, a eso he venido. Debe usted saber que soy muy amigo de su hermano Gregori.

Me quedé paralizada. ¿Me habían seguido? Nunca lo supe, pero aquel hombre insinuó saber mucho más de lo que revelaba su sonrisa forzada, mientras me tomaba del brazo para ayudarme a subir a su automóvil:

-Si me permite un consejo: no debería usted aventurarse por según qué distritos de la ciudad. La suerte ha sido que nosotros tenemos ojos en todas partes y me han avisado hace un rato de que andaba usted por aquí, como perdida y preguntando por no sé quién... ¿A quién buscaba?

-Al comisario Melquíades -fue lo primero que se me ocurrió decir-. Pero no sé en qué comisaría se encuentra.

Su sonrisa se tornó en mueca por un instante, pero enseguida recuperó el tono melifluo de antes y se permitió una carcajada que sonó como un graznido:

-¡Pues pronto estará en la comisaría de Cuenca capital, donde le han destinado! -y después, curioso-. ¿Y se puede saber para qué le necesita? Lo digo por si yo...

-Es que quería agradecerle un servicio que nos hizo a mí y a mi familia...
-mentí, para salir del paso de aquellas preguntas que ya empezaba a considerar insidiosas.

-¡No me diga más! -exclamó con orgullo-. Usted se refiere a lo de su secuestro y a la captura de los bandidos... Permítame que le diga que yo, Indalecio Orellana, fui uno de los primeros, por no decir el primero, que entró en el escondrijo de aquellas ratas a prenderles...

Empecé a entender con qué clase de sujeto me encontraba y decidí jugar su juego, procurando beneficiarme de su petulancia.

-Pues yo quería agradecerles al comisario Melquíades, y ahora a usted, por supuesto, que apresaran a aquellos malhechores. Y además pedirles un favor...

-Usted dirá, y yo, dentro de mis modestas posibilidades, haré cuanto pueda -respondió, complacido.

Entonces tomé aire y solté, teatral, una de las mentiras más bien elaboradas de mi vida:

-No sé si usted... Puede que lo crea exagerado... pero me gustaría tener una entrevista con Enric Serra, el que fue mi secuestrador. Quiero mirarle a los ojos directamente y pedirle cuentas sin intermediarios ni tapujos. ¿Podría conseguirme, lo más pronto posible, una entrevista con él?

Soltó una risita sádica, una especie de hipo, como controlando el graznido que antes se le había escapado, y asintió varias veces seguidas

con la cabeza, supongo que satisfecho de pensar el mal rato que le procuraría a Enric enfrentarse con su supuesta víctima.

-Cuando usted quiera, estoy a sus órdenes -dijo, satisfecho-. Me parece una idea excelente, para que aquel cerdo, y perdone el lenguaje, empiece a purgar sus culpas ya antes de que le condenen a muerte.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo de pies a cabeza, pero me esforcé en disimular, porque ya llegábamos a casa y tenía prisa por acordar la cita de inmediato.

-Si a usted le parece, oficial Orellana -le ascendí para hinchar su orgullo-, mañana a las diez, podría recogerme con su coche ante la iglesia de la Bonanova después de que haya oído misa.

Redondeé el plan con la mentira de mi piedad y le saludé con una leve reverencia al bajar del coche, respirando para borrar su insoportable olor.

Y así, con esta trampa que cuando se la conté a Enric dijo que era un sarcasmo del destino, fue como conseguí reencontrarme con él en la visita especial del día de Reyes, la primera a la que acudí en el coche de Orellana, y que me llenó los ojos de lágrimas y el corazón de alegría.

Después, durante los meses que estuvo en la cárcel y mientras duró el juicio, tuve que visitarle en aquella sala llena de gritos e indiscreción escondidas de los de casa los primeros días, hasta que Orellana quiso hacerse valer ante Gregori y le contó el «favor» especial que me había hecho para que «torturara» a Enric.

Mi hermano, que primero creyó que yo compartía su gusto por la humillación y el sadismo, comentó que «¡estás hecha una auténtica Torrents, Eulàlia!», hasta que al poco tiempo se dio cuenta de que mis visitas tenían exactamente el sentido contrario y decidió que yo era una indeseable a la que había que desheredar.

-Puedes estar segura -masculló en voz baja, para que nadie oyera su rabia- de que utilizaré todas mis influencias para acabar con aquel

asesino, aunque esto te cueste un disgusto, Eulàlia. Y si insistes en seguir visitándole, habrá que pensar que quieres dejar de ser una Torrents a efectos legales, hermanita...

-Haz lo que te parezca, que yo también lo haré -respondí sin amedrentarme.

No me asustaba casi nada, en aquel tiempo, a excepción de que llegara un día en el que no me dejaran entrar a visitar a Enric, porque sabía que Gregori tenía muchas amistades que podían dar una orden como aquella. Pero, según supe después, Joan le prohibió rotundamente que interviniera, sobre todo para evitar que mamá se enterara de nada y sufriera. Esta fue la suerte que me permitió seguir viéndole.

Fueron tiempos duros. Los leves momentos felices consistían en la emoción de entrar y verle desde lejos, confundida entre la multitud, la mayoría mujeres y niños, que iban a ver a padres, maridos o hermanos y a procurarles un poco de comida y ánimos para su subsistencia. El hacinamiento provocaba que, de vez en cuando, para vaciar las celdas, trasladaran gente al castillo de Montjuïc o, incluso, a algún barco anclado ante el puerto, como hicieron más de una vez con los dirigentes sindicales, para conseguir espacio para nuevos detenidos.

Muy de mañana, cogía un fardo que me había hecho preparar en la cocina la noche anterior y, en el coche de Joan que ahora tenía un nuevo chófer, me hacía acompañar hasta las Escuelas Industriales y desde allí andaba hasta la calle Entenga a esperar en una cola interminable, aguantando un frío que, por fortuna, empezó a menguar a mitad de febrero. Y cuando abrían, después de un molesto registro a veces minucioso hasta lo quisquilloso, según el guardia, al ver aparecer a Enric, todo aquel sacrificio se borraba y, en medio de la algarabía, intentaba darle ánimos, reír, convencerle de que todo iba bien, hasta, alguna vez, llegar a mentirle sobre la situación prerrevolucionaria que él quería creer que se estaba gestando.

Pero la mañana del sábado 21 de febrero, después de hacer la cola para entrar, los guardias me comunicaron una noticia que al principio no pude creer:

-¿Enric Serra Garcés? Traslado.

-¿Cómo que traslado? -me asusté y grité, pero las piernas me flojeaban.

-¡Sí, señora: traslado! ¿O es que no hablo lo bastante claro? -el guardia me empujaba a un lado, para que la siguiente solicitud pasara.

-¿Y dónde está traslado? -grité, ante su hermética indiferencia.

-Ayer por la tarde, se llevaron a los que tiene que juzgar el tribunal militar al castillo de Montjuïc.

Una viejecita de las habituales se había apiadado de mí y me informaba de algo que, al parecer, algunos más veteranos en aquellos menesteres ya sabían: que a los presos considerados militares les encarcelaban en el castillo.

O sea, que el delito de Enric era militar... Entonces empezó un nuevo camino y una rutina distinta, la de los militares, que miraban a las mujeres de los presos con una mezcla de desprecio rabioso y lóbrega voluptuosidad, que hacía la espera, las declaraciones y sobre todo los registros especialmente humillantes y desagradables. Pero todo se aguantaba, y era cuestión de aprovechar el tiempo, que corría en nuestra contra, ya que el juicio, que había sido fijado para el día 16 de marzo a las ocho y media de la mañana, se acercaba.

Una de las peores noticias que recibí aquellos días fue que no podría asistir a la vista, ya que el tribunal militar que juzgaba los hechos solamente admitía la presencia puntual de los testigos. No sé si aquello era irregular o no: era militar. Quise figurar como testigo, ni que fuese de la acusación, pero nadie contestó los escritos que presenté con insistencia, y allí sí creo que llegó la mano aviesa de mi hermano Gregori. Llegué a las puertas del castillo con antelación, antes de las

ocho de la mañana del día indicado, pero no me fue permitido entrar, por no ser día de visita. Y cuando, a la mañana siguiente, volví para saber cómo andaba el juicio, el mismo Enric me comunicó la sentencia:

-Pena de muerte. Han sido rápidos, ¿verdad?

Lo dijo sin titubear, mirándome a los ojos. Los dos sabíamos que esta era la condena habitual, porque le acusaban de ser un soldado traidor y de un montón de asesinatos, incluso de la muerte del policía a quien Joan había disparado aquella noche. Y este detalle fue el que utilicé para conseguir estar al lado de Enric hasta los últimos momentos.

-Nos lo debes, Joan -le dije llorando, al saber que la sentencia se ejecutaría la mañana del sábado 3 de abril-, Enric cargará con tu asesinato. Tienes que ayudarnos y puedes hacerlo.

-Lo intentaré... -fue su respuesta.

Y lo consiguió.

-Tiene usted suerte de ser quien es, señorita Torrents, porque gozará de un privilegio absolutamente extraordinario e inusual, con un reo de muerte como este, asesino múltiple, sedicioso, rebelde, anarquista y ateo.

Esto es lo que nos dijo un coronel del ejército al que acudimos con Joan, para que me permitieran pasar con él unas horas, antes de la ejecución.

Con un soldado de pie en una esquina de aquella habitación gélida, Enric y yo cuchicheábamos sentados uno a cada lado de una mesa. Se suponía que no podíamos cogernos de la mano, pero no nos soltábamos. Nuestro vigilante hacía como que no se daba cuenta.

-Lo siento, lo siento... -repetía Enric-. Tú no te merecías esto...

Yo le miraba, no decía nada e intentaba paliar en vano, con una sonrisa, las lágrimas silenciosas que me surcaban las mejillas y que él

secaba pasando suavemente el dedo en unas caricias lentas. De cuando en cuando, yo le besaba la mano.

-Has hecho lo que tenías que hacer. Estoy orgullosa. La felicidad no vale nada sin dignidad. No te hubiera podido querer si hubieras sido de otra manera.

Intentaba hilvanar frases de ánimo, ideas, palabras dulces pero firmes, que dieran sentido al sacrificio que se nos venía encima. Y nos mirábamos durante largos silencios, soñando la ternura que no podríamos vivir juntos, sorbiéndola urgentemente en cada bocanada del aire que respirábamos.

Hasta que, al apuntar la primera luz del día, el mismo coronel que nos había recibido entró con mi hermano Joan.

-Señorita, por favor...

Me levanté de un salto, abracé a Enric con todas mis fuerzas y mis lágrimas y mi desesperación, tensándome toda en la fuerza de los brazos para sentir sus labios fríos sobre los míos, su aliento vivo y su voz diciendo que me quería. Cuando me separé de él, dije bien alto, a manera de despedida:

-¡No matarán la idea!

Escribir esto ha representado para mí una forma de liberarme, de dar salida a lo más profundo, secreto, íntimo. He revivido, escribiendo, algunos de los momentos más importantes de mi vida, pero en estas últimas páginas, que han sido las más difíciles de anotar y fueron las más difíciles de vivir, han resucitado con toda su dureza sensaciones e imágenes dolorosas que queman mi conciencia con el mismo fuego de aquellos días. No son recuerdos, son la realidad que me ha acompañado, que he revivido en secreto cada vez que sacaba del cajón oculto el pequeño volumen desvencijado de La conquista del pan, única herencia tangible, palpable, que me quedó de él. Releo la dedicatoria de Ferrer i Guàrdia y siento que aquellos días y su profunda huella viven en mí para siempre, que Enric vive y vivirá siempre en mí,

a pesar de haber querido cubrir con silencio y apariencias de vida el resto, los sesenta y siete años que después de aquello me ha tocado vivir. Y es que no, no han matado ni el amor ni la idea.

Porque nunca más volví a querer como entonces, aunque mi marido, Francesc Batlle Montcada, fue un buen hombre, tranquilo, respetuoso y amable, además de un lince con los negocios; la clase de hombre, pues, que satisfizo a mi familia y que aportó capital y prestigio a los Torrents, con su próspero y providencial imperio bancario, ramificado en docenas de inversiones industriales que han hecho de mí una de las «señoras» de Barcelona, envidia de mi cuñada Rosa, que en gloria esté, la pobre; ella no pudo disfrutar casi nada de su estatus social, ya que la fábrica Torrents fue languideciendo, después de que Gregori se lanzara a sus aventuras políticas, dejando a Joan toda la responsabilidad de un negocio que era incapaz de asumir en los nuevos tiempos, con las guerras y conflictos que ha habido en estos años. Y, a pesar de todo, suerte tuvieron mis hermanos de que Francesc les cediera cargos influyentes en la Compañía Eléctrica a uno y en la Naviera Exportadora al otro, para mantener su buen nombre y no tener que vender hasta la torre de la Bona- nova.

Francesc, mi marido, que un día me vio leyendo el viejo librito de Kropotkin y sonrió sin decir nada, demostrando lo que es tener clase, cuidó de mí con cariño durante toda su vida, y con él tuve los dos hijos magníficos que me han procurado y me procuran todavía una felicidad casi completa. Pero ellos no saben, y como su padre puede que no sepan nunca, a no ser que algún día lean estas notas, que yo tuve veinte años solamente una vez y que fue entonces cuando amé con una locura intensa e irrepetible a un hombre cuya imagen, ideas, olor, dulzura, dignidad y valentía me han acompañado y me acompañarán siempre.

EPÍLOGO: INCÓGNITAS Y SUPERVIVENCIA

La historia también se escribe manejando hipótesis. ¿Qué mejor manera de dar a entender los hilos que mueven tantos actos supuestamente documentados que aparecen en los libros? No podemos entrar en el alma de los protagonistas de los grandes hechos, resulta imposible saber qué pensaban los actores principales que se supone que guiaron el rumbo de la humanidad con sus decisiones. ¿Qué pensaba Alejandro Magno cada noche al dormirse? ¿En qué viejas frustraciones resentidas fundamentó Napoleón su furia conquistadora? ¿Existió Sócrates o fue una idea difundida con éxito por Platón para escudarse? ¿Es cierto lo que dicen que afirmó y la historia le atribuye sin dudar? ¿El sadismo de Hitler es debido a que nació en un parto desgarrador? ¿Qué inconfesable dolor escondió Sigmund Freud tras las teorías que después confirmó con pacientes que fundamentaban sus brillantes hipótesis? ¿Qué montón de secretos complejos llevaron al general Franco a calzar botas de domador ridículo para convertirse en un ser tan abyecto como detestable? ¿Es cierto el retrato de mujeriego brutal e inconsciente que Jaume I traza de su padre? ¿Conocían los biógrafos de Stalin las conversaciones íntimas que alimentaban su paranoia asesina? ¿Realmente Petrarca sintió amor platónico por Beatriz? ¿Y Beatriz no supo ni sintió nada? ¿La cobardía de Mussolini era genética y por eso tenía un aspecto tan inevitablemente grotesco, o se trataba de una pose aprendida en sus años de estudiante de magisterio? ¿El agrio y punzante sentido del humor de Cervantes era algo más que un asco absoluto por sus contemporáneos? Y así miles y miles de preguntas que la historia oficial no responderá nunca.

Las incógnitas sobre estos y una multitud de personajes históricos más son infinitas e irresolubles. En cambio, sus biografías y todos los libros que intentan explicar las razones de su comportamiento afirman sin dudar

aspectos que nadie puede probar, movimientos determinantes para su encumbramiento que se basan en simples deducciones, ni tan solo en pruebas directamente referidas a tal o cual hecho. Y es habitual que se relacionen aspectos generales de una época con la actuación de un individuo del que el azar nos ha procurado imagen, palabra o memoria de algún tipo.

La historia se basa en la verdad, dicen. Pero ¿en qué verdad? ¿En la que puede presentarse con datos y pruebas de veracidad indudable? ¿O en la que resulta al final de un proceso que se pretende dilucidar a través del «ensayo» que conduce a una conclusión? Y la palabra «ensayo», tan cerca del «intento de reproducción» propio de los actores que simulan para conseguir crear una sensación, provocar ideas, despertar sentidos, incitar reflexiones, no es en absoluto casual. Porque la verdad, al fin y al cabo, es lo que queda vivo de todo lo que ocurre.

Valgan los motivos anteriores de ejemplo y justificación para el inesperado final de esta historia, recogida de dispersos retazos de realidades que conforman un ensayo de comprensión histórica de un tiempo y unos personajes anónimos, que vivieron apasionadamente entre preguntas, dudas, respuestas y engaños.

Con sus propias palabras muestra Eulàlia Torrents en su diario cómo fue su vida después de aquella noche intensa en la celda del castillo de Montjuïc. El tiempo, a partir de entonces, para ella pareció convertirse en una rueda anodina que reproducía fielmente lo que se esperaba de una chica joven y hermosa, de buena familia, que a los veintiún años intenta rehacer su vida con el secreto que oculta, discretamente confesado en las páginas de sus cuadernos íntimos, hurgándole el alma. Y sabemos también que su incorporación a la sociedad barcelonesa la convirtió en una dama de vida irreprochable, bien casada, aparentemente feliz, con el constante resquemor inconfesable de la herida que dejó sangrando la mañana del 3 de abril de 1920 en que Enric Serra salió de la celda para presentarse ante el pelotón de fusilamiento.

Pero sabido es que no hay biógrafos para los personajes oscuros y anónimos, ni testigos, ni cronistas que dibujen el fin de su historia, sometida muchas

veces a los golpes del azar en los que se demuestra que la vida da vuelcos inesperados y uno de los más habituales y hasta comprensibles es el que mueve al ser humano a conservar su vida a toda costa.

Se tienen dos indicios fiables para recomponer esta historia. Uno es el testimonio de un marinero del mercante Aurora, que afirma haber reconocido a Enric Serra en la persona del único pasajero que había a bordo, un sargento que decía llamarse Emilio Soler García, que ha embarcado inesperadamente entre los fardos pocos minutos antes de zarpar, acompañado de una discreta patrulla y de un oficial que se han despedido de él en la pasarela. Durante la travesía, el sargento Soler apenas se relacionará con nadie de la tripulación, excepto con el capitán, pero pasará muchas horas en la cubierta, fumando y mirando el mar como si esperara que saliera alguien de entre las olas.

Tomás Horta, el marinero del Aurora que cree reconocer en el que llaman sargento Soler «al compañero Enric Serra, el hermano del pobre Isidre», lo dirá cuando vuelva del viaje y se encuentre con los amigos y correligionarios del Ateneo Enciclopédico, aunque todos insistan en que no puede ser; que «a Enric le fusilaron hará un mes en Montjuïc, ¿no te acuerdas?», hasta que el bueno de Tomás decidirá callarse, a pesar de su absoluto convencimiento. Por eso hizo la prueba de hablarle en catalán como por descuido, un día que el supuesto sargento estaba fumando, apoyado en la barandilla y con los ojos perdidos en el vaivén de la espuma que mecía el casco; y el militar le contestó en un perfecto catalán, aunque solo hasta la mitad de la frase, a la pregunta «La travessia és placida i aviat a Alacant. Va alia, vosté, oi?» (La travesía es plácida y pronto llegaremos a Alicante. Se dirige usted allí, ¿verdad?), pero después tengo que llegar hasta Melilla, que es mi destino», y le miró como si se asustara de él mismo, antes de darse la vuelta y desaparecer camino del camarote que ocupaba. Tomás lo comentó en casa y su mujer, Carmina, le dijo que olvidara la historia, que hablar de Enric Serra era ponerse en peligro porque «a ver si se creen que tú eras uno de los que estaban con ellos y vienen a buscarte y te suben a un barco, pero para tirarte por la borda en alta mar», ella tan optimista.

Tomás calló durante meses, hasta que, por casualidad, comentando lo mal que estaban las cosas en África con Pep, un pobre lisiado acabado de licenciar;

víctima de las primeras escaramuzas de los hombres de Abdelkrim en el Rif, cuando la guerra ya estaba encendida, le oyó decir que aquello estaba lleno de catalanes y que «la mayoría de los de la Legión Extranjera, un cuerpo creado recientemente, son antiguos compañeros sindicalistas que huyen de aquí, porque allí se acepta a todo el que quiera disparar; sin pedirle antecedentes a nadie».

-¿Viste a algún conocido? -preguntó sin pensar; pero de inmediato recordó el viaje del *Aurora*, y añadió:- Creo que por allí estaba un tal Emilio Soler o Enric Serra, un barcelonés de los nuestros que era sargento...

-Conocí a un capitán legionario, Emilio Soler; un tipo que apenas hablaba con nadie, que no creo que fuera catalán ni de los nuestros...

La seguridad obstinada de Tomás Horta, que hubiera jurado sobre las obras completas de su admirado Erríco Malatesta que el tipo disfrazado de sargento era Enric Serra, no encontró nunca quien le diera la razón, le hiciera el mínimo caso o, por lo menos, le concediera el beneficio de la duda. Pero jamás desistió de la idea y la repitió como ejemplo a sus dos hijos y a los seis nietos, sin escuchar a su mujer quejándose: «¡Llevo más de cuarenta años oyendo la misma canción sobre el dichoso Enric Serra que el diablo se lleve!», y sin dejar nunca de repetir: «Un hombre nunca puede ni huir de sí mismo ni traicionar a los suyos»; porque, en su obsesión, Tomás Horta llegó a la conclusión de que el anarquista auténtico es el que nunca engaña, pero que la mentira es consustancial al ser humano, por lo cual no hay que fiarse de nadie y el único anarquista del que no se puede dudar es uno mismo, en este caso, Tomás Horta, a quien la Guerra Civil de 1936 confirmó la idea de lo que dio en llamar «la gran mentira universal», tras la que se escudaban, según él, millares de falsos anarquistas de conveniencia.

Sea como sea, la idea de Tomás Horta de que Enric Serra sobrevivió o esquivó el pelotón que debía llevar a cabo la sentencia es más que plausible, sobre todo teniendo en cuenta que no existe acta alguna de su juicio ni de su ejecución en los archivos militares del castillo de Montjuïc que recientemente se han podido consultar. Se trata, pues, de otro de aquellos casos en que la

historia real se esconde tras el silencio o el simulacro de pruebas o rumores. La hipótesis que aquí se propone podría muy bien explicarse como sigue.

Se anuncia un día luminoso, pero terrible, que todavía no se ha levantado completamente. Las palabras de Eulàlia Torrents suenan todavía en el aire de la celda, pero Enric Serra ya no está allí. Tras la noche en vela, con la tensión acumulada y un temor lógico pesándole en el estómago, avanza acompañado por los dos guardias que le custodian. Quiere olvidar la imagen sollozante que ha acompañado la consigna de Eulàlia como un beso final, quiere borrar la imagen de una belleza triste y desesperada que le ha mirado hace un momento, quiere olvidarlo todo, creerse solo y afrontar el miedo que va creciendo y se anuda en la garganta a cada nuevo paso marcial de las botas militares que resuenan sincronizados en el pasillo de las celdas vacías. No hay nadie porque uno debe morir solo. Recuerda a Pau, al Murciano, a Palenzuela y a Isidre, para que le acompañen y le ayuden a soportar el último instante. Escucha el exagerado ritmo de su propia respiración alterada como si andar aquel trecho le cansara terriblemente. De pronto tiene frío, un frío que anuncia la eternidad gélida que cree atisbar al final del pasillo, que está allí y se encontrará cuando haya bajado la escalera que conduce al patio, donde ha oído voces que parecen ensayar su muerte. Intenta no parecer asustado, al pensarlo. Pero no puede negar la evidencia que le aterra todavía más. Siente un miedo nuevo, distinto, y se esfuerza por recordar la última tarde que pasó con Eulàlia, se agarra a la memoria de su cuerpo, busca restos de sensaciones vivas en la mente, cuando de golpe los dos guardias se paran y le cogen de los brazos. Se acercan a una puerta y llaman. Él no entiende qué nueva inesperada dilación prolongará aquella agonía que no acaba de llegar nunca.

-¡Adelante!

La orden ha venido de dentro. Los guardias abren la puerta y le meten en una habitación que, después de meses de celda en celda, le parece confortable. Cierran a su espalda y se encuentra ante un coronel que está sentado despachando papeles en su mesa y que apenas levanta los ojos un instante, como si no le viera o él no estuviera allí. Al cabo de un momento le mira y ordena:

-¡Preséntese!

Él no comprende la orden hasta unos segundos después, cuando aquellos ojos le escrutan furiosos, a punto de volver a gritarle la orden, pero ahora a un palmo de la cara, porque se ha levantado y está plantado con los brazos cruzados ante él.

-Soy Enric Serra...

No ha terminado de pronunciar su apellido cuando un manotazo espectacular le vuelve la cara al revés y le desestabiliza. No tiene tiempo de reponerse ni de pensar qué es lo que aquel energúmeno chillón le pide, que oye otra vez la orden como un rugido:

-¡Preséntese!

-Pero... ¿Qué coño quiere?

Ahora ha podido pronunciar completa su respuesta insolente. El coronel le sonríe con sarcasmo. Ya ve venir otra bofetada. La espera. Y otro grito. Pero no. El militar saca un cigarrillo, lo enciende con parsimonia, le echa el humo en la cara, y cuando él cierra los ojos instintivamente, dice, con una suavidad afectada, teatral:

-Quiero que se ponga firmes y se presente usted como lo que es: un soldado de España. ¿Comprende?

Lo último que Enric Serra esperaba esta mañana del 3 de abril, antes de que le pusieran ante el pelotón de fusilamiento, era que le vinieran ganas de reír. Puede que sea la tensión que ha ido creciendo en las últimas horas de una forma incontrolable, pero la verdad es que sus labios intentan contener la explosión de risa que le crece en el estómago. El coronel observa incrédulo aquella reacción tan inesperada y, antes de que aquel desgraciado corrobore su definitiva e inmediata sentencia de muerte, dice:

-Ha sido usted juzgado como un militar, ya que es usted un militar en la reserva. No puede, pues, extrañarse de que le pida que se presente como corresponde... -la pausa le sirve para aspirar el humo del cigarrillo largamente, y de pronto soltar un bramido-: ¡Por última vez: nombre y rango!

-¡Cabo de infantería Enrique Serra Garcés, señor!

Le ha salido sin pensarlo, de forma automática, y ahora lamenta haberse dejado sorprender por la brutalidad del coronel, habitual en los cuarteles, que ya había olvidado. Quiere añadir algo, pero el oficial, por sorpresa, le ordena:

-¡Siéntese, cabo!

-Yo no soy cabo...

-No me venga con tonterías, ca-bo -ha silabeado-. Es usted un cabo anarquista, ateo, asesino y yo qué sé cuántas cosas más, pero sobre todo es usted un soldado, cabo Serra. Y le he dicho que se siente.

Enric intenta simular indiferencia encogiéndose de hombros al sentarse, pero su cerebro empieza a preguntarse qué clase de escena es aquella, qué debe querer aquel buitro y, sobre todo, por qué le tortura de aquella manera estúpida con su discurso absurdo, minutos antes de ordenar pasarle por las armas.

-Tengo entendido que ha servido recientemente en Marruecos -continúa el coronel-, y que por eso todavía está bajo jurisdicción militar...

-Por desgracia. Hubiera preferido un juicio civil.

-En eso se equivoca mucho. ¿Hubiera preferido ser condenado al garrote?

Enric no puede evitar un escalofrío, pero intenta disimularlo aparentando insolencia.

-¿Por qué demora mi ejecución, coronel? ¿Qué me importa a mí ser considerado todavía un militar y presentarme como cabo?

-Le importa mucho más de lo que cree, cabo Serra. Debe usted saber que la milicia no olvida nunca. Y para que vea que ser militar no es lo mismo que no serlo, le quiero ofrecer una alternativa.

Enric no entiende nada y llega a creer que aquel individuo es un loco que incomprensiblemente se ha colado allí.

-No me mire así -adivina el oficial-, y escuche con atención. El ejército español prepara una ofensiva en Marruecos. Pronto vamos a entrar en guerra y necesitamos reclutar a hombres valientes...

-Que les sirvan de carne de cañón, ¿no?

-Haré como que no he oído su impertinencia -sonríe-, y le demostraré de nuevo la buena voluntad del ejército. Queremos darle esta oportunidad porque su hoja de servicio en la milicia es intachable. Consideramos que sus habilidades, la capacidad de organización demostrada con creces -sonríe, refiriéndose a la sublevación preparada por los Ingobernables-, antes y ahora, y su especial dominio de las armas pueden tener una finalidad más noble: servir a la patria.

-Yo soy anarquista, coronel, y no tengo patria.

-Lo que usted parece es idiota, cabo Serra -ríe el coronel, y se acerca a la silla de Enric-. Y lo que no tiene es cerebro. Le estoy ofreciendo dos opciones. Una: ser ejecutado acto seguido por el pelotón de fusilamiento que está preparado en el patio. La otra: servir a su patria, a España, desaparecer y salvarse luchando en su ejército. Y tenemos poco tiempo para decidir.

Un silencio denso, una negra nube espesa, un desconcierto absoluto.

-Mañana zarpa el vapor Aurora en dirección a Alicante -el coronel no espera respuesta: sabe perfectamente qué es un hombre puesto al límite-. Allí seguirá su viaje hasta Melilla, donde se presentará al teniente coronel Millán Astray, quien, junto con el comandante Franco, está empezando a organizar un tercio de legionarios extranjeros para preparar la campaña definitiva. Ahora va usted a pasar la noche en capitanía, donde le entregarán su uniforme de sargento (vea el gesto de buena voluntad: le hemos ascendido), y su nueva documentación oficial. ¿Entendido?

El coronel espera respuesta, por eso repite:

-¿Entendido?

-A sus órdenes, mi coronel.

Corroborar esta sorprendente escena un documento aparecido en el archivo municipal de Sabadell, durante las obras de remodelación del local que había quedado obsoleto. Entre las fotografías y los diversos materiales que fueron donados por la familia Padró Viladomat, apareció una brevísima carta que todo indica que nunca encontró su destino, puesto que el encargado de entregarla en Barcelona llegó a su ciudad natal desde el Rif a finales de 1925 dentro de una caja de pino, acompañada de una bolsa con todas sus pertenencias entre las cuales se encontraba la siguiente misiva, que traducimos del catalán:

Querida Eulàlia:

Unas líneas solamente para pedirte perdón, mil veces perdón. He meditado mucho si debía escribirte esta carta o no, hasta que al final me he decidido a hacerlo, porque creo que mereces toda mi sinceridad. No entraré en detalles que ahora ya no tienen sentido. Puede que pienses que soy un cobarde, porque acepté la oferta de salvar mi vida a cambio de perderte y abandonarlo todo, pero, pasados estos años, estoy seguro que entenderás mi decisión y, como yo, estarás convencida de que era imposible que hubiéramos podido ser felices juntos. Tú merecías una vida distinta que yo no podía haberte dado nunca. Por eso, y porque no soy tan valiente como quisiera ante la muerte, me rendí. Espero que hayas sido y seas feliz.

Doy esta carta a un soldado legionario que dentro de unas semanas se licencia, para que te la haga llegar. Recibe con ella todo mi amor y el recuerdo imborrable que me mantiene vivo.

Siempre tuyo, aunque sea en la distancia,

E.

Puede que no sea necesario añadir nada más. El desierto es un paisaje especialmente adecuado para el final de esta historia. Estos son los hechos

que se intentaban explicar en una tesis doctoral que, como se dijo al principio, no despertó el más mínimo interés entre los especialistas que se negaron a aceptarla y a valorarla. Por eso, ahora que ya todo está a punto de desaparecer -trabajo, investigador, especialidad y despacho-, el cronista deja a la consideración del lector la validez del estudio presentado, así como la visión de la historia, la perspectiva desde la que se ha observado, y el sentido último que puedan tener las vidas dedicadas a cumplir la antigua condena, se diría que obsesiva y eterna, del «ojo por ojo».



ANTONI DALMASES (Sabadell, 1953) es escritor, articulista de prensa y profesor de lengua y literatura.

Tras estudiar Filología Hispánica en la universidad y publicar un primer libro académico sobre la figura de Pere Quart, el autor sabadellense empieza a publicar novelas, tanto para niños y jóvenes como para adultos. El año 1986 publica su primera obra de narrativa, juvenil, *I no parava de ploure*, y desde entonces no ha dejado de publicar libros. También ejerce de profesor de lengua y literatura en un instituto de secundaria y colabora en la prensa.

De entre las varias obras que Antoni Dalmases ha escrito para niños y jóvenes, destacan *La sorprenent història d'en Joan-No-Me'n-Recordo* (1990), *El vescomte minvant* (1992) o *Doble Joc y Jo, el desconegut*, premios Gran Angular los años 1992 y 2005 respectivamente.

En el terreno de la narrativa para adultos, Antoni Dalmases se ha prodigado menos, pero ha tenido también bastante repercusión, como lo demuestra la obtención de premios como el Marià Vayreda de Olot el año 1992 por el libro de cuentos *La infinitud dels parcs*, el Premi Octubre de Narrativa de Valencia el año 1993 con *L'última primavera* y el Sant Joan de Sabadell el 1998 con la novela *Al mig del camí*.